

VOL 38(2)



Diciembre 2024

REVISTA CHILENA DE PSICOANÁLISIS





REVISTA CHILENA DE
PSICOANÁLISIS

ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA CHILENA
Volumen 38 / N°2 / Diciembre 2024
ISSN 2452-4999

Órgano oficial de publicaciones de la Asociación Psicoanalítica Chilena. Sociedad componente de la Asociación Psicoanalítica Internacional y de la Federación Psicoanalítica de América Latina.

Editora

María de los Ángeles Vergara
vergarasalas1@gmail.com

Comité Editorial

María Luisa Barros
Maritza Moreno O
Javier Ravinet C.
Mabel Silva D.
Javiera Somavia S. C

Secretaria Asistente Bibliotecaria

Mónica Meliqueo S.

**Directorio Asociación
Psicoanalítica Chilena**

Presidente:

Ps. Ernestina Corvalán B.

Vicepresidente:

Ps. Marcela Fuentes C.

Secretario:

Ps. Javier Camus H.

Tesorero:

Ps. Ana Karenina Lacoste M..

Directores:

Ps. Soledad Rencoret M.
Ps. Juan Dittborn C.
Ps. Pilar Cubillos P.



Foto portada: Juan Carlos Almonte K.

Diseño: Daniel Goldzveig / Branding Digital

Dirección:

Av. Apoquindo 6410 oficina 202-203.
Las Condes. Santiago - Chile.

Las opiniones vertidas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de quienes las emiten y no representan el pensamiento del Comité Editorial de la Revista Chilena de Psicoanálisis.

Contenido

EDITORIAL	6	MONOGRAFIA	54
<i>María de los Angeles Vergara</i>		Cornelius Castoriadis: Acercamiento a alguno de sus conceptos psicoanalíticos.	54
		<i>Nicole Gomberoff S.</i>	
RECUERDOS COMPARTIDOS	8	ENTREVISTA	65
Mi amiga Wanda	9	Entrevista al Dr. Roosevelt Cassorla:	
<i>Marcela Fuentes C.</i>		«Mi indignación es más creativa ahora»	65
		<i>Patricia Olguin E. y Juan Carlos Almonte K.</i>	
Wanda	10		
<i>Nicolás Correa H.</i>		PSICOANÁLISIS Y LAS ARTES	70
		César Franck. Algunas reflexiones psicoanalíticas	72
Semblanza de Wanda	11	<i>Arlette Lecoq</i>	
<i>Nicole Ropert F.</i>		Mirada psicoanalítica a la	
		«Carta al padre de Franz Kafka»	80
Semillas	13	<i>Esperanza Castelli Rodríguez y Mabel Silva D.</i>	
<i>Javiera Somavía SC.</i>			
El viaje	14	COMENTARIO DE CINE	91
<i>Ernestina Corvalán B.</i>		Un asunto de familia	91
		<i>Juan Dittborn Chadwick</i>	
La belleza	15		
<i>Felipe Lira V.</i>		COMENTARIO DE LIBROS	97
		La señora A: El duelo en melanie klein de Juan Dittborn Santa Cruz	97
ARTICULOS PSICOANALITICOS	16	<i>Juan Dittborn S. C., Paola Cavallo, Marcela Fuentes C., Ernestina Corvalan B.; Constanza Buguña S.</i>	
El método psicoanalítico y el encuadre distancia	17		
<i>Antonio Pérez-Sánchez</i>		INSTRUCCIONES A LOS AUTORES	103
Sentimientos de resentimiento y agravio: Obstáculos en el camino hacia la libertad de pensamiento	28		
<i>Tomás Fleischmann C. y Carlos Rubilar R.</i>			
Evolución del concepto de obsesiones en el psicoanálisis	35		
<i>Ramón Florenzano U.</i>			
El síndrome de capgras, una comprensión psicoanalítica	39		
<i>Pablo Santander T.</i>			
Pedro y su mamá: continuidades/discontinuidades. Una intervención temprana	46		
<i>Lilian Hitelman J.</i>			

NÚMERO EN HOMENAJE A WANDA PESSOA



Kandinsky 1904

La relación de unas cosas con otras
iba borrando poco a poco las cosas
Versos sin palabras
Formas sin figuras.
No bien partía un barco de la orilla
cuando ya no era ni orilla ni barco ni partía

Enrique Lihn¹

EDITORIAL



Fluimos en tiempos tan veloces que a veces el motor de la historia tiende a perderse en el horizonte. Acceder a la verdad que alimenta nuestra psique, articular lo esencial y resguardar la autenticidad, al mismo tiempo que aspiramos a construir una matriz de sentido en libertad, son ideas psicoanalíticas (preciosas) que nos enseñó Wanda para construir vida, vínculos, trabajo, y las traemos hoy a nuestra revista. Hay pocas certezas a las cuales arrimarse y sin embargo, existe la alternativa de la reparación (no sin dolor) que en su dimensión positiva de transformación alude al reconocimiento de quiebres, rupturas, vulnerabilidades y pérdidas, pero también a esperanza y a justicia. La paradoja que existe entre nuestra tendencia a la homeostasis y la tendencia a la transformación nos pasea por un interjuego que intenta sostener el equilibrio de los sistemas vivos.

Dedicamos este número a Wanda Pessoa que veía complejidades con una mirada aguda y delicada; consideraba a cada ser vivo en toda su riqueza y dignidad, y apreciaba al otro (humano) en toda su naturaleza y con enorme claridad. Con una sonrisa alegre, María Bethania dijo alguna vez que «*el arte existe, porque la vida no basta*». Pienso que Wanda era una artista, una artista que genera(ba) sentido y sentido de pertenencia a nuestra comunidad psicoanalítica.

Recordamos también a Roosevelt Cassorla, psicoanalista que trabajara intensamente con nosotros en múltiples visitas y a través de esta maravilla que a veces resulta con los encuentros a distancia. Patricia Olguín y Juan Carlos Almonte lo habían entrevistado recién cuando supimos de su muerte; una persona tan generosa y fértil en su perspectiva que, como Wanda, tenía una mirada inteligente y sensible sobre los sueños, el suicidio y tantos otros temas.

Pocos años atrás, invitamos a escribir acerca del «despliegue de pulsiones destructivas». En este número y desde las reflexiones de su trabajo analítico, Nicole Gomboroff presenta un trabajo sobre los conceptos de Castoriadis, un interesantísimo autor greco-francés que aborda temáticas filosóficas, políticas, sociales y clínicas en este sentido. Tomás Fleischmann y Carlos Rubilar también escriben sobre dinámicas intrapsíquicas del sujeto resentido que, adherido al recuerdo de una injuria (afrenta narcisista), está tan vigente en nuestra civilización.

En la sección de escritos psicoanalíticos, Ramón Florenzano revisa la comprensión que distintos psicoanalistas han dado a los síntomas del trastorno obsesivo compulsivo a través del siglo XX, y Pablo Santander nos propone una relación entre la descripción fenomenológica del síndrome de Capgras¹ y ciertas dinámicas inconscientes descritas por el psicoanálisis.

Por otra parte, la ética psicoanalítica nos insta constantemente a resguardar espacios seguros para el trabajo en el consultorio y, como dijera en el prólogo de Re-Creaciones, esto hace que a veces transitemos a la escritura sostenidos por artistas. Aquí presentamos el trabajo de Arlette Lecoq que estudia la vida de César Frank y el de Esperanza Castell y Mabel Silva, que analizan la «Carta al padre de Franz Kafka». La vida del músico así como la carta del escritor son «elementos que trascienden» lugares y tiempos, y nos permiten reflexionar sobre algunas de las problemáticas que observamos en el funcionamiento de la mente humana.

Sin embargo, nuestra recién elegida presidenta de FEPAL, Lilian Hitelman, emprende el relato de su experiencia de trabajo en una de las variaciones psicoanalíticas del encuadre más interesante, cuál es la del trabajo con la «díada madre-bebé». La observación cuidadosa de los vínculos tempranos y del trauma perinatal así como la delicadeza de las intervenciones, ingresan en un terreno nada fácil de expresar.

En el Comentario de cine, transcribimos una preciosa presentación que hiciera Juan Dittborn Chadwick en el ciclo de cine de 2019 con su análisis de «Un asunto de familia». Este psicoanalista explora desde diferentes vértices, los vínculos que mantienen a la familia Shibata reunida, desarrollando propuestas dinámicas y sensibles. Por otra parte, en el Comentario de libro, presentamos las palabras con que fue lanzado el libro de Juan Dittborn Santa Cruz en nuestra Asociación: «La Señora A: El duelo en Melanie Klein». A la teorización del duelo se agregan sucesos biográficos que juntos, ayudan a encontrar los elementos amorosos y reparadores del mismo proceso.

Por último, la discusión que tuvimos a propósito del «encuadre a distancia» en las jornadas de nuestra Asociación estuvo basada en una conversación con el Dr. Perez Sanchez, de la Sociedad Española de Psicoanálisis. Publicamos aquí el texto que recoge su pensamiento sobre estos desmaterializados, económicos, globales y flexibles encuentros facilitados por la tecnología que nos abren el mundo con una simple conexión a Internet pero pueden también cerrar los espacios analíticos a otras experiencias humanas esenciales. Lo importante parece estar en la observación y el registro lúcido de los límites y oportunidades que otorga el encuadre.

Los invitamos a leer este texto (y los otros) para poder pensar temas que nos atañen a todos con la riqueza del trabajo de sus autores.

Angeles Vergara

1 Cuadro descrito por la psiquiatría clásica cuando se daba importancia clasificatoria al contenido del delirio.

RECUERDOS COMPARTIDOS



Acuarela de Marcela Fuente

Mi amiga Wanda

El domingo 20 de octubre, en la madrugada, tuvo una muerte en paz Wanda Pessoa. Murió al contagiarse de COVID; primero se pensó iba a mejorar, pero luego la venció la enfermedad. Ella no pudo luchar más: «mis pulmones tienen sus límites dijo, quiero vivir, pero los límites del pulmón no me dejan».

Es difícil hablar cuando alguien a quien uno quiere y aprecia se nos va, una buena amiga.

Me pasó a mí que como que el tiempo se hubiera detenido, aunque el mundo y el tiempo material sigue.

Sentimos algo muy extraño, y profundamente doloroso, aunque sospechábamos los últimos días que se venía el desenlace (muy luego). A mí, literalmente, se me paró el reloj.

La conocí cuando retornó a Chile desde Mendoza, pero nos hicimos amigas en el Congreso de Roma, ahí por 1989. Por primera vez representábamos a Chile junto con Ximena Artaza y José Antonio Infante. Íbamos asustadas con lo que nos teníamos que enfrentar, pero ahí compartimos nuestros temores; nos reímos del por qué tan asustadas y nos hicimos amigas. Nos encontramos con Ramón Ganzaraín que nos invitó a conocer el pueblo de Asís (donde se encontraban los frescos del Giotto); él se reía porque especulaba que había una relación romántica entre San Francisco y Santa Clara, oculta; que tenían un escondite (incluso nos lo mostró) y de cómo ellos se las arreglaban para estar juntos, eludiendo las convenciones religiosas y sociales. Nos matábamos de la risa con Wanda escuchándolo. Ahí me di cuenta lo poco convencional que era Wanda, a veces hasta excéntrica, ya que podía estar hablando algo muy profundo, y también, encaramarse a un árbol de su parcela para sacar frutas y hacer mermeladas.

Era modesta, sencilla y caminaba (o adelantaba) mentalmente grandes distancias que otros no podían imaginar. Algo había en su mente, algo distinto; tenía una fuerza de gravedad diferente a los demás. Podía ser tan franca que espantaba.

Un hito de gran alegría fue comprar su parcela en El Arrayán donde vivió hasta el final de sus días. Conoció esa parcela cuando era un sitio pelado, que gracias a Osvaldo pudo poblar de árboles y plantas que él cuidó y cuida, hasta el día de hoy. Me comentó que quería tener cerca algo de los bosques nativos del Sur de Chile. Algu-

nos comentaban que eran muchos los árboles, pero ella consiguió su parcela llena con los árboles que soñó.

Algo importante en su vida fue Julio, a quien quiso mucho y él a ella; es de lamentar que murió prematuramente. Pude observar la buena relación y el respeto que se tenían. El la dejaba muy libre, ser ella. Recuerdo que él me decía y se quejaba: «Wandita es tan, pero tan desordenada, mira cómo tiene sus papeles ...». Y era verdad.

Una analizada de ella me dijo: «Ha vivido una buena vida, larga, alegre y pensante. Ha dado mucho y tocado muchas personas, y creo que ha pensado hartito sobre la profundidad de la vida sin miedo, más bien, con curiosidad, eso puede ser tranquilizador para nosotros sus analizados». «Justo pensaba el otro día ahora que estoy sin análisis que lo que me ha regalado es tiempo y que debo honrar ese tiempo con un buen uso». Me pareció muy notable lo que ella dijo. También me comentó: «El análisis continúa desde el otro lado, no se termina, es interminable, sé lo que me respondería en tantas situaciones, así que sí lo tendré dentro» «Un tesoro tener esa cabeza hasta tan al final». «Pienso que ella hubiera querido que sigamos con fuerza y alegría...»

Esto yo también lo pude apreciar en sus últimos momentos, estaba con mucha conciencia de sí, pensando cosas. Recuerdo que dijo: «como que algo no cambia nunca en nuestra personalidad...» (y también) «...hay un odio en uno a la existencia...» También: «estoy preocupada de que el grupo de Bion termine el trabajo de Reparación; es importante la Reparación finalmente, en cada uno de nosotros».

Al final me dijo a mí: «Te quiero mucho y me he sentido rodeada de todos los seres que me quieren, mis hijas, mis nietas, mi yerno y Osvaldo. Quiero vivir, pero bien. He tenido una vida feliz».

La vi aceptando lo que venía y contenta con despedirse de la vida. Sentí una enseñanza en esta muerte: hasta el final se puede evolucionar y crecer, observar la propia muerte sin ansiedad, no es poco decir.

*Marcela Fuentes C¹.
20 de octubre 2024*

Wanda

a Wanda Pessoa Olejnik

*Cómo se guardan los dolores
si no es envueltos en misterio.*

*Cómo se cuida la vida
sino alumbrando las sombras de sus pasos.
Cómo retrato tu sonido
en los años del camino
sino en los huesos de mi nueva historia
ésa que se observa desde lejos
con la serenidad de la cima alcanzada
a donde uno llega para volver a perderse
y seguir buscándola.
Cómo guardo tu silencio
sino en la bondad de los campos
que germinaron para ofrecerse
a quien quiera cosecharlos.
Cómo queda en el aire
este momento amargo
de la noble despedida
sino a través de la suave brisa
que van entretejiendo tus palabras
para llegar a posarse en las flores
del jardín agradecido del sintiempo.*

*Nicolás Correa H¹.
20 de octubre de 2024*

1 Médico Psiquiatra. Psicoanalista APCh.
El autor agradece especialmente a la familia, que le permitiera leer estos versos en la
ceremonia fúnebre del día 21 de octubre de 2024»

SEMBLANZA DE WANDA



Voy a hablar de Wanda desde el agradecimiento que tenemos muchos psicoanalistas por la persona que fue.

Hizo del psicoanálisis su profesión porque lo amaba profundamente y para muchos de nosotros fue nuestra maestra en todo el sentido que tiene esa palabra. Fue generosa con sus conocimientos y luchó porque aprendiéramos y nos motiváramos a mejorar, a progresar, transmitiendo que se puede y que es entretenido. Porque ella sí que disfrutaba estudiando. ¡Qué curiosidad la suya Wanda! La veía y pensaba: que afortunada es de haber encontrado una profesión que le guste tanto, ¡tanto! que quisiese mantenerse activa y en constante evolución hasta el último día.

Desde que la conocí me impresionó su vocación de psicoanalista. Me siento afortunada de haber compartido tantos años en Bion, en grupos clínicos, en supervisiones con ella. Tenía el psicoanálisis encarnado, porque qué mente tenía la Wanda. Decir que era inteligente es quedarse corta. Su mente era única, -todos somos únicos- pero la originalidad de la Wanda es irremplazable. Bion habla de la capacidad del analista de tener una visión binocular, es decir, que sea capaz de mantener perspectivas diferentes. Bueno, la Wanda era la realización de la visión binocular. En los seminarios y actividades científicas uno siempre esperaba escuchar «qué va a decir la Wanda» y la discusión no era la misma si ella no estaba, porque aportaba algo nuevo. Era entretenido conversar con ella porque le interesaban muchas cosas: los vínculos afectivos, su parcela, los caballos, la naturaleza, los animales, la física, la astronomía, la situación del país y mundial, las películas de Pixar, la comida rica (cocinaba exquisito). Recuerdo haber probado el mejor pan de pascua con frutas confitadas que, también,

habían sido hechas por ella. Porque Wanda era fina, le gustaban las cosas bien hechas. Le brillaban los ojos cuando se acordaba de Wall-e y de que la había ido a ver con sus nietas. Y se mataba de la risa cuando se acordaba de escenas de la película. Recuerdo cuando se le murió el caballo y lo triste que estuvo. También, cuando no pudo más ir al sur a Lleu-Lleu. Sentía la vida.

A la Wanda le interesaban todos los seres vivos, sin excepción. Conocer cómo pensaba uno, tratando de entender y abriéndose a nuevas ideas y perspectivas. Se guiaba por la intuición y por un riguroso estudio de los autores que ella consideraba importantes. Porque pucha que era buena para estudiar, buscando estar al día, encargando libros a través de Mónica, nuestra bibliotecaria, participando en congresos, preguntando por trabajos interesantes que hayamos visto. Viajando a Londres, a West Lodge. Decía que había que manejar pocas teorías, pero bien. De ella escuché por primera vez la idea de que había que «devenirse en psicoanalista», que era un trabajo que tomaba años y que nunca se alcanzaba (¿quizás como O?), después de años de ejercicio de la profesión logré entender más cabalmente lo que quería decir. Es un trabajo interminable, que ella disfrutaba y vivía con gozo. Esa capacidad para hacer de la profesión algo estimulante, interesante, y la apertura para estar en constante evolución, se la agradecemos a la Wanda.

La Wanda tuvo un perro (Lhasa Apso/Shih Tzu) que se llamaba Pericles. Uno se podía cruzar con él o con alguno de sus descendientes cuando tenía la consulta en el departamento de Tobalaba. Cuando mis hijos eran chicos, le pregunté qué raza me recomendaba, y al tiempo, ella me ofreció un cachorro Lhasa Apso (no recuerdo



si era pariente de Pericles o no). No me olvidaré que me dijo que había estado muy preocupada de que los cachorros tuviesen un «buen maternaje», que la madre pudiese amamantar tranquila, y que estos perros (que yo no conocía), eran los que tenían los Dalai Lama en sus palacios porque tenían una personalidad muy especial: eran muy tranquilos, cariñosos, inteligentes y asertivos. En esas cosas se fijaba la Wanda.

También, como supervisada le tengo que agradecer su capacidad para no espantarse con nada. Y cuando digo nada: es nada. Cada paciente es un desafío interesante, la mente está en constante evolución, entonces hay posibilidades. Hay posibilidades en uno y en el paciente. Esa visión positiva y desprejuiciada creo que ha sido muy importante para los que nos formamos con ella. No hacía diagnósticos ni le interesaba etiquetar; ella quería entender cómo pensaba y sentía el paciente, y quiso desarrollarnos a nosotros -sus alumnos- un aparato para pensar los pensamientos. Hay frases que tengo grabadas que cada cierto tiempo me vuelven: «La mente se desarrolla de a dos», «La verdad psíquica es el alimento para la mente», «Es imposible no comunicar», «La verdad última no la conocemos, tenemos aproximaciones,

no tenemos certezas, y hay que tolerar grados importantes de incertidumbre», y quizás las que más recuerdo: «De la única persona que uno no se puede arrancar es de uno mismo» o cómo transmitirles a los pacientes que «no hay que sufrir de más». Todas las cosas que nos decía uno las pensaba para la propia vida y le hacían sentido también. Diría que era optimista, porque creía profundamente en el dinamismo de la mente, que había que perseverar en el esfuerzo de conocernos más. Todo partía por analizar la propia mente a fondo, por eso creía en que había que reanalizarse. En ese esfuerzo por tolerar grados mayores de verdad, nos pasamos -y jugamos- la vida. Era valiente, divertida y libre. Podía decir algo muy diferente a lo que el grupo estaba pensando, se atrevía. Podía recibirte en la consulta con las botas de montar puestas. A veces podía ser directa, dura, caer mal, pero fiel a lo que ella pensaba.

Wanda no puedo imaginar Bion ni la APCh sin usted. Desde lo más profundo de mi corazón: gracias.

Nicole Ropert F¹.
20 de octubre 2024

¹ Psicóloga. Psicoanalista APCh.

Semillas

Se fue...
Se hizo un silencio
como superficie de lago sereno
cuando no corre viento.
Se ha ido.

Se fue
con la brisa que mueve las ramas
de los árboles de su jardín.
Se pasea
en una última caminata por la parcela
antes de volverse tierra.
Mueve las hojas al paso de su despedida...

Sabía que todo cambia, muta, transmuta
«La muerte es parte de la vida» decía...

Las flores de primavera la despiden abiertas y agradecidas.
Los frutales saben que ya no podrán ofrendarle sus frutos
para que los coseche,
que ya no serán parte de su cocina
ni podremos más recibir sus manjares.

Se va en silencio... serena.
Está en cada nuevo brote
de cada semilla que alguna vez plantó
Plantó tantas semillas...

Llueve esta madrugada
Acaso la lluvia limpiará
el polvo suspendido?
el polvo adherido?

Lagrimas que limpian,
agua que nutre.
Está nublado y necesito abrigarme
porque hace frío.

Tristeza profunda
y tanto que agradecer...

Asoman tímidos los rayos de sol
pero esta mañana amaneció nublado
y hace frío

*Javiera Somavia S. C¹.
20 de octubre 2024*

EL VIAJE

A Wanda Pessoa

Qué podría contarle, que hoy estoy despidiéndola a usted, cuando en el espacio y el tiempo que habitamos usted y yo las despedidas eran anuncio de próximos encuentros.

Que me siento en una disyuntiva, en un cruce de caminos, tratando de dilucidar los límites entre lo público y lo personal, entre lo que es íntimo y lo que es compartido.

Porque la relación con usted está, desde que se forjó, desde que acordamos, desde que trabajamos, desde que usted comenzó a conocerme y yo comencé a conocerla a usted, en un ámbito íntimo, personal, que constituye un espacio diferente.

Usted y yo nos encontrábamos en la interpretación, si tiene sentido decirlo así, en los silencios, en las palabras cargadas de emociones, en los gestos, en los tonos, en los ritmos.

Podría hablar de nuestros intercambios, respetando eso sí el ámbito privado, íntimo, algo que aprendí de usted, no explícitamente, por supuesto, sino como función. Así usted queda resguardada, cuidada, me gusta pensarlo de esa manera.

Hablar de nuestros encuentros en el arte, por ejemplo, lo que no quiere decir gustos, afinidades, similitudes, preferencias parecidas, sino al revés, encuentros divergentes, explosivos, apasionados, donde la diferencia entre usted y yo fue el mejor encuentro.

Digo arte, porque intento sugerir, evocar, un sin número de posibilidades, una multiplicidad de voces donde se abran significados, donde las palabras connoten.

La palabra, las palabras, el juego con las palabras crearon entre nosotras puentes, nexos, a veces coloridos, a veces encendidos, a veces pletóricos de humor, a veces tristes, a veces dolorosos.

Me resisto a hablarle desde la teoría o desde lo formal, como le dije antes, desde lo público, desde lo compartido. Mi despedida, entonces, tomará un camino para el cual no tengo referentes, porque no tengo ejemplos para articular un modelo, podría quizás reproducir un modelo sugerido, esperado. Conjeturo que mi despedida transitará un camino que se irá definiendo con el tiempo. Ciertamente, despido y honro a la docente creativa,

a la formadora de analistas, a la mujer activa, firme, inquisitiva, fina en su escucha, que deja un legado en la Asociación Psicoanalítica Chilena, en sus discípulos, en sus colegas y en sus amigos.

Pero la despido a usted también, y siento que así puedo salir del cruce de caminos y la disyuntiva que me atrapó por unos momentos, la despido desde el lugar que representa para mí un espacio sin nombre previo, un espacio que comienza a tener nombre cuando usted y yo comenzamos a habitarlo, a descubrirlo, a vislumbrar sus luces y sus sombras, su profundidad y su superficie. Confío en que, una vez calmadas las aguas de la tormenta de emociones, de palabras dichas, de discursos externos e internos (sin duda usted se ríe porque no quería teorizar), una vez que el proceso de duelo, con las vicisitudes que conlleva y con la posibilidad de recuperar el objeto amado perdido, una vez que internamente eso vaya sucediendo, confío en que volveremos a reencontrarnos en la interpretación.

«Así el principito domesticó al zorro. Y cuando se aproximó la hora de la partida:

¡Ah! Dijo el zorro... Voy a llorar.

Es tu culpa- dijo el principito- yo no te deseaba ningún mal, pero tú quisiste que te domesticara.

-Claro- dijo el zorro.

¡Pero vas a llorar! Dijo el principito.

-Claro- dijo el zorro.

¡Entonces no ganas nada!

Sí gano —dijo el zorro— a causa del color del trigo»

Antoine de Saint-Exupéry, El Principito

Me parece que ya estamos en la hora.

Sí, estamos en la hora.

Buen viaje, Wanda.

Con afecto,

Ernestina.

*Ernestina Corvalán B¹.
Santiago, octubre de 2024.*

La bellezza

Si el psicoanálisis tiene de arte,
es que me estabas enseñando a pintar.
Fue corto el tiempo, abundante el aprendizaje.
Un caso te evocó la película «Pasqualino settebellezze»
Te recuerdo entonces alegre diciendo
¡El señor de las settebellezze!

Ya no estás en mi amanecer
de esos viernes por la mañana.
Es que con aroma a café,
presencié lo que ahora entiendo era
La Bellezze de tu puesta de sol,
en otro lugar, un nuevo amanecer.

Te habrás ido a galope,
Te habrás ido a caballo.
Con tu pelo salvaje en tonos morados,
corres al viento, vuelves a tu campo.
Estarás en las lomas,
te veré en los cardos.
Te voy a echar de menos.
De vez en cuando, aún incrédulo,
te estaré esperando.
Conservaré tu palabra profunda,
tu relato suave y al final de cada hora,
una sonrisa amable.
Estaré haciendo el jardín,
estaré haciendo un cuadro,
estaré tan sólo recordando
que una vez fuiste, La Bellezze,
una persona importante
en el camino andado.

*Felipe Lira V¹.
Octubre 2024*

ARTÍCULOS PSICOANALÍTICOS



EL MÉTODO PSICOANALÍTICO Y EL ENCUADRE A DISTANCIA ¹

Antonio Pérez-Sánchez²

En esta presentación expondré mi perspectiva sobre el método psicoanalítico específico necesario para el desarrollo de un proceso analítico, al que denominaré «método presencial», y la comparación con el método modificado al introducir la tecnología y que llamaré, «método no presencial» o «método a distancia». La incidencia de la pandemia, al obligarnos a suspender temporalmente el contacto personal con los pacientes para sustituirlo por el virtual, supuso una buena oportunidad para contrastar y reflexionar sobre las diferencias y similitudes del trabajo analítico en ambos encuadres. El material clínico de un mismo paciente en el que tuve que modificar el método habitual, presencial, por el de «distancia» mediante videoconferencia, obligado por el confinamiento, para luego, una vez finalizado este, volver al presencial, me permitirá contrastar ambos encuadres. Establezco luego unos fundamentos teóricos que apoyan mi posición.

I. Consideraciones generales sobre el método psicoanalítico

El Diccionario Interregional Enciclopédico de la IPA (IRED por las siglas inglesas) define el encuadre así: *Las condiciones estables necesarias para llevar a cabo la investigación y transformación de los fenómenos psíquicos, en particular los relacionados con el inconsciente, en un entorno terapéutico específico.* Entiendo este entorno como el propiciado por el método psicoanalítico que incluye estas *condiciones*: alta frecuencia de sesiones a la semana, una disposición de las posturas de paciente (diván) y analista (detrás), horarios y honorarios acordados, y el cumplimiento de la regla fundamental: la actitud de asociación libre del primero y de atención flotante e interpretativa del segundo.

No se menciona en la definición el carácter de la presencia de paciente y analista en el mismo espacio físico. Como dicha entrada fue escrita antes de la pandemia, se daba por supuesto tal condición. El uso de las nuevas tecnologías que fueron apareciendo quedaban relegadas a situaciones especiales. Así que, de momento, volvemos a una situación previa a la de la pandemia para describir el encuadre. Es decir, con la presencia de la pareja analítica en el mismo espacio.

La estabilidad del encuadre es una condición esencial en el proceso analítico, siendo el analista el principal responsable de su mantenimiento. Aunque es necesaria la colaboración del analizado, al aceptar el encuadre propuesto: puntualidad en las sesiones y cumplimiento de la regla fundamental de la asociación libre. Inicialmente, se consideraba que el contenido inconsciente del paciente sería susceptible de observación a través de la verbalización y la identificación de sus resistencias.

No obstante, J. Bleger en su ya clásico artículo, *Psicoanálisis del Encuadre Psicoanalítico* (1967), llamó la atención sobre el carácter defensivo inherente a esta situación. Advierte que los análisis pueden convertirse en adaptativos y falsos si los niveles inconscientes menos accesibles a la verbalización quedan excluidos. Entonces todo transcurre según una aparente placidez, generadora de la ilusión de estabilidad, pero poco propicia para provocar cambios psíquicos significativos. Bleger observó que este clima apacible queda interrumpido cuando surgen modificaciones imprevistas del encuadre, dando lugar a la emergencia de fenómenos primitivos y psicóticos que permanecían encubiertos hasta ahora por las mismas condiciones del encuadre. De manera que estos puntos de quiebre ofrecen la oportunidad de un abordaje enriquecedor y transformador.

Siguiendo la perspectiva de Bleger, suelo ilustrarlo con un ejercicio didáctico que existe en algunos museos de

1 Texto basado en la conferencia presentada en las Jornadas de la Asociación Psicoanalítica Chilena, el 4 y 5 de enero de 2024.

2 Psiquiatra. Psicoanalista Didacta y Supervisor de la Sociedad Española de Psicoanálisis. Email: aps.nijar@gmail.com

la ciencia. En este, se utiliza un artefacto mecánico que muestra un paisaje desértico con sombras de diversa intensidad. Al accionar un dispositivo lateral, el fondo se mueve, revelando de forma destacada la figura de un camaleón, previamente camuflado con el paisaje debido a sus colores. En este sentido, cuando alguna circunstancia altera las condiciones del encuadre, sobre todo si procede del analista, puede activar en el paciente aspectos primitivos o psicóticos hasta entonces ocultos.

Un ejemplo clínico completa esta ilustración. Una paciente tenía sus sesiones al atardecer y, dependiendo de la estación del año y las condiciones climáticas, la sala de espera podía quedar a oscuras. Por lo tanto, habitualmente yo procuraba encender la luz antes de su llegada. En una ocasión, al abrir la puerta, descubrí que la habitación estaba completamente a oscuras y apenas podía vislumbrar a la paciente. Había olvidado encender la luz y, además, resultó ser la última sesión antes de unas vacaciones de verano. Ya en sesión, la paciente me comunicó la intensa ansiedad que experimentó al encontrar la habitación sin luz. Quedó paralizada y no fue capaz de encender la lámpara de la mesita. A medida que verbalizaba su vivencia, me percaté que se trataba de ansiedades de índole catastrófica: con temores de que el analista se hubiera marchado sin decirle nada o, incluso, que hubiera muerto, a pesar de que se trataba de una paciente con una organización neurótica.

Bleger propuso la teoría de que el encuadre *estable* es «mudo», considerándolo como una extensión del cuerpo del analista que permitirá al paciente vivir, en su fantasía inconsciente, los aspectos primitivos de su personalidad, según los cuales se fusiona en un todo con el analista. Este estado mental solo se evidenciaría cuando se altera la estabilidad del encuadre.

Como han transcurrido muchos años desde la publicación del valioso trabajo de Bleger, y a la luz del psicoanálisis contemporáneo, podemos decir que la propuesta es *parcialmente* válida. Se comprende el interés de Bleger al alertar sobre el riesgo de colusión entre el analista y el paciente, en cuanto que el cumplimiento del encuadre analítico por parte del paciente puede conducir a análisis «adaptativos» y falsos. No obstante, aunque Bleger enfatiza esta función del encuadre, en cuanto depositario de una relación primitiva del paciente con el analista, queda implícito en Bleger que también cubre otras funciones. La función primordial del encuadre es la de crear un espacio de observación de la realidad psíquica del paciente en su relación con el analista, y también actúa como un espacio continente. Por tanto, no es solo depositario de lo psicótico, sino que también es receptor de experiencias que pueden ser devueltas de manera adecuada. Asimismo, el encuadre desempeña un papel fundamental como protector del analista, permitiéndole tolerar de manera efectiva la inevitable turbulencia emocional generada por el contacto con el inconsciente del paciente.

Además, en la actualidad entendemos que los niveles primitivos del paciente, inaccesibles a través de la verbalización, pueden manifestarse mediante vías «no verbales», que incluye toda expresión y manifestación que sale de la persona del paciente, especialmente su cuerpo. Al prestar atención a estas otras formas de comunicación, no es necesario esperar a que se produzca una ruptura del encuadre para observar estos niveles; un encuadre estable también permite su detección.

En síntesis, hoy día podemos ampliar la concepción de Bleger sobre el encuadre al reconocer que su función no se limita a contener los aspectos primitivos depositados en el encuadre aparentemente *mudo*. En primer lugar, esto se debe a que el encuadre no es tan silencioso, siempre y cuando estemos atentos a las sutiles variaciones que pueden ser reveladoras. Además, dado que existen formas no verbales de expresar niveles primitivos de la mente, como es la identificación proyectiva, podemos identificarlos incluso en un encuadre estable.

Resumiría las funciones del encuadre en la actualidad de la siguiente manera: a) propiciar la emergencia de los diferentes componentes transferenciales de la relación analítica, minimizando en lo posible las variables externas; b) facilitar el campo de observación de lo inconsciente, incluidos los niveles primitivos y psicóticos de los participantes; y c) salvaguardar a paciente y analista en la medida de lo posible, mitigando las consecuencias inevitables de la turbulencia emocional derivada de la comunicación inconsciente entre ambos, a fin de reducir las *acting-out* del paciente y los *enactments* del analista.

Además, en la actualidad reconocemos que no existe un encuadre perfecto e inmutable que nos aisle de la realidad externa. Es más, las «grietas» (en expresión de Bleger) no solo son inevitables, sino que indican que estamos rodeados de vida, y no en una cámara al vacío. Sin embargo, si bien es necesario realizar un esfuerzo permanente por parte del analista y paciente para reducir al máximo posible las variables, estamos receptivos a las imprevistas realidades que surjan. Parafraseando a Bion, podríamos decir que, en cada sesión, no solo el paciente se presenta de manera nueva para el analista, sino que cada día el paciente se encuentra con un encuadre y un analista «diferente», aunque exista la voluntad por ambas partes de mantener su estabilidad. Esto no únicamente se debe a una variación en la actitud perceptiva del paciente, sino también a las posibles modificaciones en el propio encuadre, por mínimas que sean. Por ejemplo, el paciente podría encontrar en la sesión de hoy huellas diferentes a las de ayer, bien sea por algún elemento del mobiliario o decoración que ha variado ligeramente y que para el paciente puede tener un significado especial; como por el olor del ambiente, porque el paciente que le ha precedido hoy es distinto al de ayer; o la intensidad de la luz del día que varía según las condiciones climáticas o por la estación del año, por mencionar algunos factores.

No obstante, esto no exime, insisto, de nuestra responsabilidad de esforzarnos para evitar la introducción de variables innecesarias con respecto a la propuesta inicial de encuadre. Y si resultan inevitables, habrá que incorporarlos al proceso analítico, observando la contratransferencia e interpretando. En el ejemplo de mi paciente que encontró la sala de espera a oscuras, lo que propició que aflorara un nivel primitivo de su mente del que yo no tenía conciencia, no hay duda de la negligencia del analista. Así que, en primer lugar, tuve que autoanalizar mi olvido, y luego interpretar el nivel hasta ahora oculto de la paciente.

II. El encuadre a distancia y el método psicoanalítico

Hasta la intrusión de la pandemia, yo no había hecho uso de la tecnología en los tratamientos psicoanalíticos, es decir, en los que aplico el método psicoanalítico, según lo describí anteriormente. No es que sea reacio al uso de esta herramienta; de hecho, la había utilizado previamente con pacientes en psicoterapia psicoanalítica. No como indicación inicial, sino que surgió cuando un paciente, tras finalizar la psicoterapia, solicitó un periodo adicional de ayuda después de mudarse a otra ciudad.

Ahora, volvamos a considerar la situación generada por la pandemia. Nos enfrentamos a un acontecimiento insólito que irrumpió con tal fuerza que sus consecuencias no fueron las de generar alguna «grieta», más o menos significativa, en el encuadre presencial, sino que lo hizo completamente inviable. Por razones sanitarias y gubernamentales, como el confinamiento, mantener el contacto personal era imposible. La continuidad de la relación entre paciente y analista solo era concebible con el auxilio de la tecnología, lo que requería establecer una nueva propuesta de encuadre, mientras persistiera esta situación excepcional.

La propuesta de encuadre: En mi opinión, al igual que en el encuadre presencial, es el analista quien debe ofrecer el encuadre que considera más adecuado para realizar su trabajo con el paciente. En mi experiencia, creo que la videoconferencia era la que más se *aproximaba* a la situación analítica presencial. Y así lo expliqué a los pacientes. Cuando el paciente llama, nos saludamos y luego aparto mi cámara de manera que yo no aparezco en pantalla, pero sí algún rincón de mi despacho. Por su parte, el paciente deja su cámara abierta de manera que siga viéndolo. Algunos mantuvieron la posición frente a la cámara, otros se recostaban en un sillón, con la cámara de su ordenador al lado. Recuerdo que me estoy refiriendo a pacientes en curso de un tratamiento analítico con alta frecuencia de sesiones y diván. Es diferente en las psicoterapias donde mantengo el «cara a cara» con las dos cámaras activas. Por mi parte, procuré que

el entorno, en la medida de lo posible, fuera similar al de la sesión presencial. Yo me sitúo en mi sillón detrás del diván. La imagen que se refleja, y sobre todo al mover la pantalla con la cámara hacia atrás para que no recoja mi cara, suele ser un rincón del techo y parte de la librería situada detrás de mí. La opción de apagar la cámara del analista para que el paciente no lo vea, puede generar confusión. Por ejemplo, cuando se producen silencios no se sabe si es el paciente que calla, o ha habido algún problema de conexión.

El espacio del nuevo encuadre no es compartido, sino que está desdoblado. Uno de los espacios puede ser el habitual del analista, su despacho, como fue en mi caso, o no (hay analistas que trabajan desde su hogar). El otro espacio es el del paciente, escogido por él mismo, siendo su responsabilidad garantizar la privacidad necesaria para realizar la sesión. Aquí introducimos una variable importante susceptible de muchas más variantes que cuando nos encontramos en el espacio compartido del despacho del analista. Ahora, este ámbito pertenece al paciente y, por tanto, nos «habla» de él, y ofrece al analista elementos concretos de su realidad externa: nos muestra el espacio físico escogido, la decoración y algunos objetos que lo ocupen. Dado que este lugar es su hábitat, pueden surgir elementos de su vida cotidiana que, en principio, no forman parte del encuadre. Esto incluye la presencia ocasional de animales domésticos, como gatos o perros. También el hecho de estar en su casa (cuando es así) le permite, en ocasiones, tomar un sorbo de agua durante la sesión. Vemos, pues, un aumento de las variables dentro del campo de observación. Variables que difícilmente podemos incluir como elementos para la interpretación.

Al estar en casa también permite al paciente vestirse de manera más informal, usando ropa que seguramente no traería al despacho del analista. A veces, a algunos pacientes le surge la duda de si deberían vestirse de manera particular para la sesión o si es suficiente con ponerse una bata encima del pijama. Cuando se planteó esta cuestión con la paciente de la que hablaré después, tuvimos que aclarar que no se trataba de que yo iba a visitarla y ella me recibía como invitado, sino que era ella quien me llamaba para «venir» a mi despacho.

Si tuviéramos que interpretar el nivel inconsciente de cada uno de todos estos elementos del encuadre físico proporcionado por el paciente, creo que nos enredaríamos en la realidad externa y nos alejaría de la observación del inconsciente propiamente. No obstante, la dificultad que plantean estos detalles menores, en mi opinión, no constituyen la razón fundamental que diferencia el encuadre presencial del virtual.

Veamos estas otras cuestiones. El encuadre presencial ofrece una *realidad tridimensional* de la relación analítica que difiere de la *relación bidimensional* a través de la pantalla. Una paciente con ciertas dificultades conscientes para «estar del todo» en la sesión presencial, como

defensa, percibió que el paso a la pantalla incrementó la distancia entre ambos, dificultándole conectar con ella misma. En mi opinión, esto está relacionado con la falta de *fisicalidad* del encuadre virtual, uno de los argumentos principales de este trabajo. En el encuadre presencial, hay dos cuerpos que ocupan sus respectivos *volúmenes* en la misma habitación, que la hace distinta a como era un momento antes de empezar la sesión. Es algo tan obvio como que cuando el paciente entra en el despacho, yo estoy con alguien, mientras que cuando nos encontramos en la pantalla, yo sigo estando solo en la habitación. Solo hay un cuerpo que la ocupe.

Obviamente, la presencia o ausencia del otro tiene implicaciones significativas. El cuerpo humano emite estímulos espontáneos que el otro puede percibir con su mera presencia. Cada paciente tiene su olor particular, ya sea agradable (perfumes suaves) o desagradables (colonias penetrantes, olor a sudoración u otros olores característicos). El despacho del analista también ofrece su microambiente particular que, a pesar de nuestros esfuerzos por mantenerlo constante, no siempre se logra. Elementos como el ambientador y los olores dejados por el paciente anterior en el diván pueden variar, como ya mencioné anteriormente.

Continuando con las implicaciones de la presencia física del paciente, una vez *en el diván* observamos todo su cuerpo y cómo se acomoda en él. Generalmente, los pacientes se tumban boca arriba con las piernas estiradas, pero a veces, algunos, en determinados momentos, necesitan cambiar de posición, dando la espalda al analista, o bien en la dirección opuesta buscando su mirada (considerando la disposición de mi sillón un poco esquinado respecto del diván y no completamente detrás). A veces, encogen las piernas, o apoyan una en el suelo (mi diván es lo suficientemente bajo para permitirlo). Es conocido, sobre todo al principio del tratamiento, el cuidado de algunos pacientes por no ensuciar el diván. A pesar de la tela que cubre la zona de los pies, preguntan si deben quitarse los zapatos. Aquí, subyacen numerosas fantasías inconscientes, donde ensuciar puede tener connotaciones agresivas o de otro tipo. La acción de quitarse los zapatos también puede albergar otras fantasías, como la de meterse en la cama del analista o en la propia, o la de tumbarse en el sofá de casa, y con ello dar a la sesión un clima más familiar, y encubrir así las ansiedades paranoides frente a la nueva situación.

Siguiendo con la posición de diferentes partes del cuerpo en el diván, la de la *cabeza* puede revelar aspectos significativos. Por ejemplo, un paciente narcisista solía colocar defensivamente el puño detrás de la cabeza para mantenerla algo levantada, evitando así estar echado del todo, que consideraba humillante. Otra paciente apoyaba la cabeza sobre la almohada sin quitarse la pinza del pelo, bastante grande, hasta que un día, después de mucho tiempo, tomó conciencia del dolor que le causaba, y de cómo había estado soportándolo innecesariamente. Esta observación surgió en una

sesión en la que tratábamos aspectos masoquistas de la paciente. En otro paciente, noté que tenía dificultades para reposar completamente la cabeza en la almohada, debiendo realizar un esfuerzo para mantenerla ligeramente levantada, lo que expresaba cierta rigidez, que le impedía «abandonarse» en el diván. También, algunos pacientes giran la cabeza momentáneamente para ver fugazmente al analista en determinados momentos de la sesión. Por ejemplo, durante un silencio prolongado del analista, para comprobar su atención y comprensión, o para verificar su reacción ante lo que el paciente acaba de decir. O, para confirmar si el analista está despierto o dormido.

En lo que respecta a la posición de las *manos*, se presentan numerosas opciones. La más común es la de colocar una mano sobre otra, ambas reposando sobre el vientre o el pecho, a veces con los dedos entrelazados. En otras ocasiones, el paciente coloca ambos brazos a los lados del cuerpo, lo cual podría ser expresión tanto de una sensación de desprotección, como de «entrega». En el curso de la sesión, el paciente va modulando el movimiento de las manos, revelando determinados estados emocionales. Por ejemplo, un paciente solía colocar los brazos sobre el diván, los antebrazos flexionados y las manos juntas tocándose solamente las puntas de los dedos, manteniendo esta posición durante largos períodos. Más adelante, lograba levantar uno de los brazos, para señalar algo, dejando el otro brazo con el antebrazo levantado y las manos con los dedos abiertos, en espera de retomar el contacto al bajar el otro brazo. Esta rigidez se manifestaba también en el curso del proceso terapéutico.

Otro aspecto a considerar son los movimientos de *piernas*. Un paciente homosexual, en determinados momentos del análisis donde la cercanía emocional con el analista le resultaba excesiva, experimentaba finos temblores de piernas que ascendían hasta la cadera, generando movimientos sutiles e involuntarios de la pelvis que asociaba con angustia a los de un acoplamiento «por detrás». En estas situaciones, el paciente se quedaba bloqueado, hasta que la manifestación corporal se hacía tan evidente para ambos, que yo podía interpretarla.

También apreciamos expresiones corporales en los inicios del *llanto*, cuando aún es casi imperceptible, y solo la proximidad de la presencia capta las lágrimas deslizándose por la mejilla. Otras veces, observamos la huella húmeda sobre el pañuelo de papel que cubre el almohadón, después de la marcha del paciente. Asimismo, prestamos atención al estado de tensión muscular de su cuerpo, y a la manera de entrar y salir de la habitación.

No estoy describiendo nada especial; es algo que todos hemos observado infinidad de veces. Hasta ahora, no había sido necesario destacarlo, ya que es algo tan común. Sin embargo, al pretender llevar el método psicoanalítico al ámbito virtual, es necesario recordar lo que

se pierde al prescindir de la presencia física en el mismo espacio de la pareja analítica. Debería resultar evidente que gran parte de la información relacionada con los contenidos psíquicos inconscientes descritos no puede ser captada a través de la pantalla.

Otra diferencia apreciable entre el encuadre presencial y el virtual la encontramos en el *inicio y el final de la sesión*. Cuando el paciente viene al consultorio, debe recorrer un trayecto que demanda un tiempo variable, según su lugar de procedencia. En otras palabras, implica un esfuerzo. En ocasiones, este desplazamiento le permite entrar en contacto con sus pensamientos y sentimientos, recordando experiencias del día o desde la última sesión, así como las expectativas, conscientes o inconscientes, sobre cómo encontrará al analista. Una vez dentro del consultorio, el paciente percibe el ambiente, sus olores habituales o diferentes, la temperatura, y luego quizá aguarda aún unos minutos en la sala de espera, donde puede estar más conectado con su mundo interno y reflexionar sobre lo que dirá, o no, al analista. Al verse, paciente y analista, se saludan, y caminan un trecho, hasta la habitación del diván, prolongando así la preparación. El paciente se tumba, se acomoda, comienza a hablar de inmediato, o toma un tiempo para empezar. Así que desde que el paciente decide venir a la sesión hasta que se encuentra sobre el diván hablando, ha transcurrido un tiempo que pone de manifiesto la distancia física y la separación entre ambos. En cuanto al final, también lleva su tiempo. Cuando el analista anuncia la terminación de la sesión, el paciente se incorpora, recoge sus pertenencias, se despiden, se dirige hacia la puerta y marcha, evidenciando nuevamente la experiencia de separación al desandar el camino hasta su hogar.

En la videoconferencia, todo es mucho más rápido. El paciente se encuentra en su casa, realizando cualquier cosa, y en cuestión de minutos se sienta ante el ordenador a su hora de sesión, clickeando el botón, suena la llamada y el analista ya está al otro lado de la pantalla. Es decir, el «viaje» hasta la sesión apenas ha durado unos minutos. Entra en la sesión sin apenas tiempo para prepararse internamente. El final también es abrupto, ya que la despedida requiere poco tiempo; basta con saludarse y que ambos cliquen el botón de apagado para desaparecer. Me he dado cuenta que en la videoconferencia suelo indicar el final con frases más largas de las empleadas en el encuadre presencial, como para suavizar la despedida.

Otra cuestión que querría resaltar y que es diferente en ambos encuadres es la del cumplimiento de *la regla fundamental* del método psicoanalítico que queda dificultada, precisamente por la menor intensidad emocional de la experiencia a distancia, respecto de la presencial. Para el *paciente*, las circunstancias externas de su ámbito particular adquieren una presencia prevalente, que se convierten con facilidad en estímulos defensivos que dificultan asociar libremente. A ello se suman las relativamente frecuentes interferencias técnicas. Por otro

lado, al tratarse de elementos externos que se superponen, al margen del encuadre, son variables que no son susceptibles de interpretación.

Por parte del analista, es evidente la dificultad para mantener la atención flotante. Aunque el analista utilice el mismo espacio de su consultorio, la distancia física del cuerpo del paciente hace que los objetos habituales del despacho adquieran preponderancia. En estas condiciones, la actitud analítica de ensoñación o *reverie* para conectar con mi inconsciente, a partir de los estímulos del paciente, me resultó muy difícil de conseguir. Como sabemos desde Bion, y aunque parezca paradójico, para lograr el *reverie* es necesario un doble proceso. Por un lado, la opacidad de la mente, y por otro, dejarse invadir, sumergirnos en lo que los sentidos nos proporcionan en el encuentro presencial con el paciente. Este impacto de lo sensorial-corporal constituye el punto de partida para la emergencia de estados emocionales oníricos. Posteriormente, será necesario que el analista no quede atrapado en esa impregnación sensorial, para permitir que surjan imágenes, desde las cuales emerjan pensamientos. Con la introducción de la pantalla, y la ausencia de la presencia de los cuerpos en el mismo espacio, hay una manifiesta disminución del impacto somático-sensorial, que queda limitado a lo visual y auditivo. Estos últimos además restringidos. No es lo mismo visualizar solo la cara, que percibir todo el cuerpo, como ya vimos. Asimismo, el volumen y timbre de voz queda cribado por la tecnología, y se pierde algo de lo genuino del momento.

Ahora, trataré de exponer algunas de estas diferencias a través del siguiente material clínico.

III. Material clínico¹

1. Síntesis del proceso terapéutico antes del confinamiento

Una mujer en la treintena consulta por manifestaciones corporales, como contracturas musculares dolorosas y molestias digestivas, que se acompañan de un estado depresivo. Descartada la patología orgánica, se le recomienda ayuda psicológica, aunque inicialmente muestra escepticismo y resistencia a reconocer el origen psicológico de sus dolencias. Además, su vida social se ve limitada en el ámbito de las relaciones sentimentales.

La paciente perdió a su padre a los tres años de edad. La madre y hermana, esta última varios años mayor que ella, tuvieron dificultades para elaborar el duelo. Esperaban que la vitalidad y gracia de la niña las animara, pero en la familia, pronto dejó de hablarse del padre. En su desarrollo personal, la paciente ha demostrado ser

1 Parte de este material clínico fue utilizado en otra publicación, *Trabajo Analítico y pandemia*, en la Revista de Psicoanálisis, Vol. LXXVIII, nº 1-2. Aquí está expuesto de manera diferente y pongo el énfasis en otros aspectos.

independiente y responsable, cualidades que ha llevado a sus relaciones personales, creyendo que el éxito futuro en amistades o parejas depende en gran medida de ella. Esta extrema responsabilidad también se refleja en su ámbito laboral, donde es muy eficaz. Y también en el tratamiento, donde siente que el progreso depende casi exclusivamente de su esfuerzo.

Después de un periodo de psicoterapia cara a cara, dos veces a la semana, aunque se observa una mejoría en el trastorno digestivo, la rigidez muscular persiste. Durante las sesiones, la paciente, adopta una posición sentada en el borde del sillón, evitando apoyarse en el respaldo, lo cual refleja su resistencia a entregarse por completo y su deseo de controlar cualquier aspecto que pueda entrar o salir de ella. Para abordar esta tensión, sugiero pasar al diván, con el objetivo de reducir este estado de rigidez y acercarla más a la práctica de la asociación libre. Poco después, también vimos la necesidad de agregar una tercera sesión a la semana.

Este nuevo encuadre terapéutico permitió que la fantasía inconsciente de sentirse una niña huérfana y abandonada emergiera con mayor claridad. La paciente experimentaba la espera de que una figura paterna viniera a rescatarla, aun sabiendo de la imposibilidad de tal hecho. Durante este periodo, se estableció una importante disociación. Por un lado, en las sesiones, predominaba la fantasía inconsciente de la niña huérfana, que expresaba dolor por el abandono y la soledad. Sin embargo, sus expectativas de rescate no estaban depositadas en el analista, sino en las posibles parejas sentimentales. Por tanto, la otra parte de la disociación se manifestaba en su vida externa, en la búsqueda de parejas mediante aplicaciones para este fin. En cada nueva relación activaba la fantasía de haber encontrado al hombre que llenaría el hueco dejado por la ausencia del objeto primordial paterno.

Durante la primera etapa del análisis, la paciente experimentó varias relaciones breves en las que se esforzaba por satisfacer todas las expectativas del compañero con el fin de retenerlo. Ante el fracaso de una relación, le resultaba difícil admitirlo y se aferraba a cualquier indicio que alimentara la esperanza de una reconciliación. Incluso cuando la realidad demostraba que la separación era definitiva, se culpaba por no haber hecho todo lo posible para mantener la relación, tal era su convencimiento de que dependía enteramente de ella.

A medida que avanzaba el análisis, comprendí que a través de estas relaciones repetidas, la paciente perpetuaba un estado de ausencia del objeto nunca aceptado, renovando la fantasía de que la próxima figura masculina sí la rescataría y llenaría el vacío; a pesar de su suficiente contacto con la realidad que indicaba lo contrario. En ese contexto, la relación analítica, gradualmente, gracias a las características del encuadre, le ofrecía una

situación novedosa que invalidaba dicha dinámica.

Inicialmente, su actitud defensiva de «no acabar de estar del todo presente en la sesión» la mantenía parcialmente desconectada de la relación analítica. Sin embargo, la posición del analista en mantener el encuadre y su función analítica establecían límites a su fantasía omnipotente de controlar la relación. Con el tiempo, esta relación que, al principio, ocupaba un segundo plano en su vida, adquirió más peso, disminuyendo la disociación entre las relaciones externas y la del analista, y así experimentar de manera más completa esta relación. En consecuencia, se hizo más evidente el dolor asociado con las separaciones analíticas, que hasta ese momento había gestionado mediante defensas varias, como somatizaciones, las tensiones musculares y las molestias gástricas, además de mediante la transferencia disociada en las relaciones eróticas de fuera.

Esta evolución prosiguió hasta poco antes de la irrupción de la pandemia, cuando la paciente comenzó a reconocer que no solo los demás tienen deseos y necesidades que además ella ha de atender, sino que ella misma también los tiene y necesita de los demás. Aunque le irrita no poder valerse por sí misma, empieza a encontrar satisfacción en permitirse recibir atención, incluso durante el análisis.

Se han observado avances notables, como *ser más capaz de estar toda ella en las sesiones, en contacto consigo misma y en la presencia del analista*. Además, puede reconocerse como una mujer adulta de treinta y pico de años, con su propio cuerpo, deseos e incluso temores relacionados con el riesgo de erotizar la relación. Aunque ocasionalmente resurge la vivencia de la niña huérfana abandonada, que en este momento serviría como una defensa frente a ese riesgo de erotización de la relación analítica.

En este contexto, surge la imposición de la realidad de la pandemia de suspender las sesiones presenciales para pasar a la videoconferencia, manteniendo las tres sesiones por semana.

2. Proceso durante el confinamiento

El periodo del confinamiento representó un significativo retroceso respecto de los logros conseguidos hasta el momento. La paciente se encontraba aislada en su piso, trabajando desde casa. En este contexto, resurgió con fuerza el sentimiento arraigado de la niña que anhela ser rescatada. Paradójicamente, las sesiones por videoconferencia parecían propiciar un estado regresivo, generando cierta fusión con el analista. Mi aparición en la pantalla era percibida como si yo entrara en su espacio, de modo que, al concluir la sesión, persistía un residuo de mi presencia, según manifestaba ella. Sin embargo, al ser muy limitado su registro sensorial telemático del

analista, durante el fin de semana se intensifica el sentimiento de soledad y abandono. Para mitigar la ansiedad de separación, la paciente precipitó la relación con un chico recientemente conocido a través de una «aplicación». A pesar del confinamiento, se veían los fines de semana en casa de ella, pero no durante los días de sesión.

La paciente se encontraba deprimida. Sentía que había retrocedido a la vivencia de la niña huérfana, abandonada y sin esperanzas de ser rescatada. Su capacidad para ocuparse de sus propios asuntos se vio mermada, pasando los días de la semana a la espera de las sesiones y luego de la presencia del chico los fines de semana. Decía: «Aunque sé que el miércoles es la última sesión de la semana, mi vivencia durante el fin de semana es como si el lunes no existiera». En ese momento, para la paciente, la separación implicaba una suerte de muerte, experimentando una profunda soledad y tristeza. Temía además que el analista no tolerara su estado, como, al parecer, sucedió en casa con la madre, tras la pérdida del padre. También había enfado por la separación porque lo único que anhelaba era *la «presencia continua»* del analista. Así, el encuadre a distancia generó una dinámica oscilante entre la fusión durante las sesiones y la pérdida total del analista cuando no las tenía.

3. Vuelta al encuadre presencial

Tras dos meses de confinamiento impuesto por las autoridades, retomamos las sesiones presenciales, a pesar de que persiste la agorafobia desarrollada durante este periodo. Vuelve a experimentar el estado de desconexión respecto a sus sentimientos y deseos, como si pertenecieran a otra persona. Su jornada está marcada por la espera de la sesión. Le cuesta volver a la normalidad. Aunque solo asiste al trabajo dos días a la semana, ya que los demás realiza teletrabajo, está considerando la posibilidad de pedir la baja médica, pues siente que simplemente no puede hacerse cargo de su vida. Manifiesta su enfado con todos, incluido el analista, por haberla dejado sola durante el confinamiento. No quiso hacer esfuerzos empleando sus recursos, porque eso hubiera supuesto necesitar menos del análisis, lo que le alejaba del analista. Lo que le sale es: «dejadme en paz».

Exploramos la confusión de la paciente, en cuanto que sus deseos corresponden con lo que los demás esperan de ella. Se revela contra ese funcionamiento que ha predominado en su vida, evidenciando su agotamiento al expresar un contundente «dejadme en paz», que también busca hacerme saber el profundo dolor que experimentó durante el confinamiento debido a la sensación de abandono.

La paciente está harta de representar el papel de la niña pequeña que, en el entorno familiar, se esperaba que

fuera tan mayor, tan fuerte y omnipotente, que no le afectara la pérdida del padre y, además, animara al resto de la familia. También le preocupa que hayamos perdido los avances logrados en el análisis, previo al confinamiento.

En dos ocasiones de las semanas siguientes, me pidió hacer la sesión por *Skype*, por los temores agorafóbicos, aunque mantuve el compromiso de la sesión presencial y ella asistió. Entendemos que salir de casa para desplazarse hasta la sesión contrasta con la experiencia de las *sesiones por videoconferencia, donde siente como si yo entrara dentro de ella*. La separación le resulta insoportable, generando resentimiento y una tendencia a borrar la experiencia analítica, interrumpiendo la continuidad interna de la relación con el analista, «matándolo» simbólicamente, para luego quejarse de que es él quien la abandona. A medida que lo hablamos, la paciente comienza a comprender y tolerar mejor la separación, lo que contribuye a sentirse más fuerte.

En una sesión de *lunes*, la paciente llegó manifestando malestar físico con el estómago cerrado y náuseas, como si necesitara vomitar. Le hice notar que parecía haber algo que no acababa de digerir, algo que necesitaba liberar o expulsar. Luego dice que la semana pasada, al salir de la última sesión, se detuvo un momento en el rellano, dudando sobre si volver a entrar. Recuerda que habíamos hablado de la importancia de estar en contacto consigo misma, pero al encontrarse sola fuera de la sesión, se sintió desconcertada respecto a cómo lograrlo. Sin embargo, pudo marchar a casa y sentirse bien, incluso con ilusión de poder estar en contacto consigo misma. Y tuvo ganas de hacer cosas con una amiga durante el fin de semana. No obstante, al día siguiente, despertó con una abrumadora sensación de soledad y dificultades para asimilar la separación, lo que se manifestó con esa sensación de tener el estómago cerrado. Tuvo que pedir a la madre que la acompañara para salir de casa, aunque luego lamentó no poder disfrutar del día, del buen tiempo, del verde del parque y del aire libre. La inminencia de las vacaciones de verano, después de la semana próxima, le generó una intensa conciencia de la separación.

Intervine para señalar su dificultad para aceptar la separación. Y también le recuerdo que al inicio de la sesión había mencionado venir con el estómago cerrado y náuseas, como si hubiera algo difícil de digerir, o que necesitaba expulsar. De esa manera no era posible que le entrara algo nuevo. La paciente comenta que se ha quedado fijada a la idea del chico conocido durante el confinamiento y en cómo retenerlo en su vida. Le indico que así evita digerir las emociones derivadas de la separación de aquí. Responde que tiene una necesidad casi física de retener dentro de ella la figura masculina del chico, para que no se vaya. Y así, le digo, sustituir la relación conmigo. La paciente reconoce que no son realistas sus expectativas de establecer una relación de

pareja con el chico, ya que no existe una base real desde lo que ella ya conoce de él.

A continuación, menciona un sueño que le resulta difícil de explicar, porque tiene que ver con el analista y contiene alusiones sexuales. *«Hay una primera parte en la que yo cuido de un bebé en su carrito. La madre es una amiga. Pero yo no presto mucha atención, pues sujeto el carrito con una sola mano, mientras desciendo por una pendiente. El carrito vuelca, y el niño cae. Por suerte, no sufre ningún daño. Sin asustarme recojo al bebé. La madre, que ha presenciado la escena, tampoco se alarma. Cuando trato de entregarle el niño, este parece aferrarse a mí, como si se encontrara bien conmigo. A pesar del accidente, el sueño es emocionalmente plano, como si nada hubiera sucedido.»*

«La segunda parte del sueño es la que me resulta más difícil. Estamos haciendo la sesión por Skype, pero la conexión se interrumpe constantemente, así que decido venir al despacho. Este es una habitación con una cama grande, incluso con dosel. Yo estoy tumbada y usted recostado a mi lado. No sé si usted dice algo. Me giro, dándole la espalda, como si estuviera en mi cama. Llevo puesta una camiseta y un pantaloncito corto, que dejaba a la vista... la mitad del culo. Luego, me doy la vuelta y lo miro, y usted... Esto es lo que me cuesta explicar. Usted está sin ropa en la parte inferior. Sin embargo, todo era muy natural. Aunque estoy tranquila, y no me asusto, pero yo digo que aquello no es apropiado, porque estamos en sesión, y no es lo que corresponde. Y usted responde que no pasa nada. Tampoco hace ningún movimiento. Y ahí acaba.»

Le comento que tal vez lo que encuentra difícil de digerir del sueño, y necesitaba vomitar, es la presencia de los dos en una situación transgresora y con la complicidad del analista, cuando le digo: «no pasa nada».

P: sí, pero conscientemente, yo ya sé que usted no va hacer nada de todo eso.

A: Pero estos días hemos hablado de sí, junto a la niña huérfana abandonada que es la que viene con más frecuencia, podría también estar presente en sesión la adulta mujer, y cómo manejar esa situación. Quizá ha podido pensar que, al indagar este asunto por mi parte, yo estaría erotizando la relación, en lugar de analizarla.

Dice que debe ser cosa del sueño porque, conscientemente, no lo piensa. Y asocia que, «siendo adolescente joven de unos 12 años, me quedé a dormir en casa de una amiga. Me encontraba tumbada sobre la cama con un pantaloncito corto, porque era verano, y también enseñaba algo del culo, como en el sueño. A media noche noté que un hermano de mi amiga, que tendría 17 años, se me acercó y me acarició un poco el culo. No había nada agresivo. Yo no me desperté, solo me di la vuelta, y él se marchó.

Lo que confirma, le digo, que la erotización se la atribuye a una figura masculina mayor, el chico entonces, o el analista, ahora. Aunque, también está la primera parte del sueño. «El analista como figura materna que durante las sesiones atiende la parte bebé de usted pero que, al marchar de vacaciones, delega en usted ese cuidado. Pero usted lo descuida, puesto que está convencida que es lo que yo hago al irme de vacaciones; que, como la madre del sueño, me distancio afectivamente, no me importa lo que le pase a usted.

Comentarios a la sesión: La primera parte de la sesión fue una manera de vomitar, de trasmitirme por identificación proyectiva su malestar. El malestar derivado de dos cuestiones presentes en el sueño. Hay un reconocimiento en ella tanto del self adulto como del self infantil. En la primera parte, ante la vivencia de un analista-madre que la abandona, dejándole a ella el cuidado de sus niveles infantiles, pero que la vigila a distancia; pero la parte adulta de la paciente es negligente con la parte bebé, al identificarse con un analista que la abandona, de manera que ninguno de las dos se preocupa por lo que le suceda al self-infantil abandonado. El malestar también se deriva de su defensa, al atacar la función analítica, mediante la proyección en el analista de la erotización de la relación. Vimos que el *encuadre virtual* propició una regresión de la relación: al entrar el analista en su casa por la pantalla, se generaba un solo espacio primitivo en el que ambos se fusionan. Volver a las *sesiones presenciales* supone salir de ese refugio, es decir, poner en marcha sus capacidades adultas, para desplazarse al despacho del analista, y compartir un mismo espacio, que no es el suyo. Esa diferenciación comporta enfrentar los problemas que se manifiestan a través del sueño. Por un lado, un nivel infantil primitivo que se siente abandonada por la separación y del que ella no se hace cargo, al identificarse con el analista que abandona. Y el nivel de adulta mujer con los riesgos de erotización. Es significativo también que, en el sueño, la propia paciente pide el encuentro presencial, porque la comunicación por Skype se cortaba, es decir, era incompleta.

Al retomar las sesiones presenciales después de mis vacaciones, la paciente se encuentra de baja laboral que necesitó pedir poco después de la interrupción. Nunca antes había faltado ni un solo día al trabajo, aunque estuviera enferma. Ya vimos el trauma que supuso el confinamiento, al interrumpir las sesiones presenciales, del que comenzaba a recuperarse cuando hemos de interrumpir de nuevo por las vacaciones. Parece que esta nueva separación fue insoportable y tuvo que darse de «baja».

Tras un mes de sesiones analizando esta situación viene un lunes con serias dificultades para hablar, acentuándose aún más en la sesión del *martes*. Experimenta una sensación de tener el estómago cerrado y tensión muscular, hay prolongados silencios, así como la sensación de no tener nada dentro de ella. Le

interpreté en ese momento, que solo existía lo que yo pudiera decir.

Al día siguiente *miércoles* me explica el siguiente sueño: «*Estoy en casa de mi madre. Hay un invitado al que le cedieron mi habitación para que pudiera quedarse a dormir, y yo voy a la cama con mi hermana. Luego me levanto, camino hacia mi habitación, pero al pasar por la de mi madre decido entrar y me acuesto con ella. Al poco rato, me levanto y me veo en un balcón, con un compañero de trabajo. Observamos el cielo y vemos estrellas fugaces. Después, me dirijo hacia mi habitación y me veo frente a mi cama. Parece que me acuesto en ella.*»

«Pienso que es un sueño muy simbólico de la situación que estoy viviendo. Por eso quería recordarlo. Así que, al despertar, intenté describirlo mentalmente, pero no me salían las palabras que uso ahora... No sé cómo explicarlo... Por ejemplo, cuando decía que estaba en la cama con mi hermana, al describirlo para mí esta noche, me salían otras palabras, algo así como «piel con piel», o incluso «carne con carne», como que era la manera de describir mejor lo que estaba pasando. En lugar de las palabras me salía la emoción, la sensación de lo que vivía. Era como sentir el calor del cuerpo, como algo muy básico, muy del cuerpo a cuerpo, que es difícil poner en palabras.»

Luego añade: «al principio de la sesión de ayer, sentía como si tuviera un tapón en el pecho que no me permitía hablar, con el estómago completamente cerrado, como una opresión que casi me impedía respirar. No recuerdo exactamente de qué hablamos, pero poco a poco se fue destapando. ¡Ah, sí! Hablamos sobre que, si yo puedo reconocer lo que quiero en mi vida, entonces mi vida dependerá más de mí. Y me sentí contenta al ver posibilidades de salir de la situación en que me encuentro. Le señalo que quizá el tapón de ayer fue como estar aquí conmigo «carne con carne, piel con piel». Si ella no habla, entonces solo habrá lo que yo diga y estará unida a mí. Sin embargo, poco a poco pudo ir describiendo cómo se sentía y fue posible destapar la situación y separarse de mí, como lo refleja el sueño al dirigirse a su propia cama. Eso le alegra, al descubrir en ella deseos de salir de la situación actual; deseos que reconoce como propios, aunque, al mismo tiempo implica soportar la separación que conlleva.

Comentario: Creo que este fragmento de material tras las vacaciones muestra la fragilidad de la paciente ante las experiencias de separación. En este momento del tratamiento, sus defensas maníacas y de omnipotencia han ido perdiendo fuerza, situándola en estados mentales muy primitivos. Esto se refleja en su dificultad para poner en palabras la manera en que estaba «junto» a su hermana en el sueño, una experiencia que trató de describir en términos de estar «carne con carne». Experiencia similar a la sesión anterior «junto» al analista, como le interpreté». En el encuadre online, veíamos que se daba una regresión a una relación fusional con el

analista, algo que se aproxima a lo que vivió en la sesión el martes, pero la diferencia del encuadre presencial es que posibilita trabajar la regresión, como se aprecia en la sesión del miércoles.

Por tanto, la dinámica del encuadre presencial, con sus fluctuaciones y movimientos, entre el «contacto» físico, a través de ciertas percepciones, y la pérdida de ese contacto por la separación, ha permitido la transición desde la experiencia sensorial y física hasta la activación de las capacidades de simbolización.

IV. Fundamentos teóricos de la importancia del cuerpo en la vida psíquica

En la comparación que hice al principio entre el encuadre presencial y el virtual, muestro de manera notoria la diferencia entre uno y otro. Luego, el caso clínico expuesto también apoya estas diferencias. Quisiera ahora aportar algunas teorías que sustentan mi hipótesis de que el encuadre virtual no ofrece las condiciones necesarias para establecer un proceso psicoanalítico.

Me centraré particularmente en las ideas de Susan Isaac, cuyo trabajo clásico sobre fantasía inconsciente resalta la importancia de lo corporal en la vida psíquica, al concebir la fantasía como contenido primario de los procesos mentales inconscientes. Freud, al respecto, afirma: «Suponemos que el ello está en íntimo contacto con los procesos somáticos, de donde toma sus necesidades instintivas y les da *expresión psíquica*» (1933). Para Isaacs, la *expresión psíquica* de la pulsión se manifiesta a través de la fantasía inconsciente. De esta manera, las primeras fantasías, son anteriores al lenguaje y surgen de los impulsos corporales, entretejidas con sensaciones corporales y afectos (Isaacs, 1948, p.86). Luego, la autora plantea la pregunta de cómo una persona puede discernir si lo internalizado (*taken inside*) es una imagen y no un objeto corporal concreto. La respuesta —nos dice— se encuentra en el largo proceso evolutivo que, en síntesis, sería como sigue.

En el desarrollo inicial del individuo, las primeras fantasías se construyen a partir de impulsos orales relacionados con el gusto, el olfato, el tacto (principalmente en labios y boca), así como de las sensaciones cenestésicas y viscerales, asociadas con la experiencia de «tomar cosas» (chupar y tragar). En esta etapa, la presencia de elementos visuales es limitada. Hay poca presencia de los componentes visuales. Estas sensaciones y los correspondientes esbozos iniciales de imágenes constituyen una experiencia corporal apenas distinguible del objeto externo, al no percibir aún la piel como un límite entre realidad interna y realidad externa.

A medida que el componente visual del aparato perceptivo aumenta gradualmente, las primeras imágenes visuales siguen siendo en gran medida «eidéticas», vívidas y concretas, confundiendo con las percepciones. Estas imágenes están íntimamente asociadas a respuestas somáticas, muy vinculadas a las emociones y propensas a la acción inmediata. Con el predominio gradual de los elementos visuales, las sensaciones somáticas sufren una cierta represión, permitiendo que las imágenes se independicen de lo corporal. La distinción entre el mundo interno y el externo se hace más clara a medida que los elementos visuales se convierten en «imágenes» en sentido estricto, es decir, «representaciones» mentales. Y *se toma conciencia que los objetos están fuera de la mente y las imágenes dentro de ella*. Finalmente, me interesa destacar un aspecto de la descripción que Isaacs ofrece respecto del tema que nos ocupa:

«Tales imágenes, sin embargo, extraen su poder de influencia sobre la mente por estar «en ella», es decir, su actuación sobre los sentimientos, el comportamiento, el carácter y la personalidad, o sea, sobre toda la mente, se basa en *sus elementos somáticos inconscientes y reprimidos*, en el mundo inconsciente de los deseos y fantasías, [un mundo] del que existe la creencia que los objetos a los que se refieren están dentro del cuerpo, *incorporados*» (Isaacs, 1948, p. 93) [traducción y última cursiva del autor]

En otras palabras, aunque tenga lugar la *introyección* de los objetos externos, su representación los transforma en objetos internos, al mismo tiempo que permanecen *incorporados*, o sea, dentro del cuerpo. Este proceso implica que no desaparece por completo el componente sensorial y somático del afecto que acompaña a la relación con el objeto externo, incluso cuando se consigue el nivel de representación. En consecuencia, podríamos decir que cualquier obstáculo que dificulte la *incorporación* (o sea, que forme parte del propio cuerpo del individuo) del objeto externo limita la experiencia de crecimiento.

La importancia del cuerpo en la comprensión de la mente está presente en Freud, como hemos visto, y queda explícito en su afirmación: «El yo es, ante todo, un yo corporal» (Freud, 1923) y también en esta otra cita: «el yo se deriva en último término de las sensaciones corporales, principalmente en aquellas producidas en la superficie del cuerpo» (Freud, 1923, nota a pie de página de 1927). Melanie Klein dice que el bebé en su relación con el pecho siente esta experiencia «de maneras mucho más primitivas de lo que el lenguaje puede expresar. Cuando estas emociones y fantasías primitivas son revividas en la transferencia aparecen como «recuerdos a través de los sentimientos (*memories in feelings*)» (Klein, 1957, p. 180). Y más recientemente Leuzinger-Bohleber (2008) que se refiere a «recuerdos encarnados» (*embodied memories*), sostiene que las experiencias traumáticas dejan una marca en el organis-

mo, incluso antes de los 4 años, que puede ser recordada en forma de reacciones somáticas (coordinaciones sensorio-motrices) (Leuzinger-Bohleber, 2008, p. 1175). Pensamos que esto debería ser válido, no solo para situaciones traumáticas, sino para todas aquellas que han sido suficientemente significativas para contribuir al aprendizaje de la experiencia.

Por lo tanto, las posibilidades de una interacción «profunda» entre paciente y analista solo serán viables si tales niveles de registro somático de la vida psíquica pueden ser transmitidos y captados, para que se establezca una auténtica comunicación de inconsciente a inconsciente como señala Freud (Freud, 1912). Es decir, si ambos cuerpos están presentes en el mismo espacio.

En el encuadre de pantalla, los sentidos más primitivos (gusto, tacto, olor, sensaciones cenestésicas promovidas por la presencia de un entorno que no es el propio), quedan muy limitados, al predominar lo visual y lo intelectual. Falta, pues, la vivencia de «la mente como un todo, fundamentada en los derivados inconscientes somáticos reprimidos» (Isaacs, 1948).

En mi experiencia con pacientes en análisis (tres, cuatro y cinco sesiones semanales y en diván) que nos vimos obligados a modificar el encuadre, y pasar a la videoconferencia, quedó limitado el alcance de la experiencia analítica, por el uso defensivo de las condiciones de este encuadre: un predominio del nivel cognitivo intelectual incluso para hablar de problemas emocionales, y una menor presencia de lo enraizado en la vida emocional genuina, que incluye la percepción y sensorialidad primitiva, dando lugar a una relación menos «profunda». Sin embargo, en el caso presentado hemos visto que usó las condiciones del encuadre a distancia, sumado al hecho del confinamiento, de forma defensiva diferente, al conferirle a la situación un carácter mágico y omnipotente, en la que paciente y analista se fusionan a través de la pantalla. El problema aquí radica en que las mismas condiciones de la relación virtual que estimularon esas fantasías regresivas impiden realizar un trabajo psíquico que las modifique, lo cual solo fue posible al volver a la relación «real», presencial y encarnada.

V. Conclusiones provisionales

1. La irrupción de la pandemia obligó a los analistas a adoptar el encuadre a distancia para proseguir los tratamientos en curso. Lo que antes había sido una experiencia limitada a unos cuantos analistas interesados en las bondades de ese encuadre, se generalizó. Este hecho nos permite ahora a todos los analistas, tanto los defensores entusiastas como aquellos menos convencidos, la oportunidad de fundamentar las posiciones basándose en la experiencia, hasta donde nos sea posible.

- En el caso descrito, la aparición de la pandemia afecta a una paciente con intensas ansiedades de separación no reconocidas hasta que inició el análisis, y en un momento delicado de su crecimiento mental, en el que lograba ir abandonando las estructuras infantiles omnipotentes, para dar mayor protagonismo a las estructuras infantiles progresivas y los aspectos adultos de su personalidad. Sin embargo, el cambio de encuadre, del presencial al virtual, desencadena una situación traumática con un consiguiente retroceso, reactivando el trauma original de la pérdida del padre, duelo que no pudo elaborar.

En otros pacientes, la transición del encuadre presencial al tratamiento a distancia ha generado, paradójicamente, una aparente cercanía. Una posible explicación podría ser la actitud defensiva del paciente en la relación presencial ante ansiedades intrusivas respecto del analista. En cualquier caso, el nivel de relación terapéutica en el encuadre a distancia también fue más superficial.

- En el caso expuesto, espero haber mostrado el contraste y las diferencias entre el encuadre presencial y el virtual. Asimismo, espero haber clarificado que, al destacar la fisicalidad de la relación presencial, el «cuerpo a cuerpo» entre paciente y analista, y al resaltar los niveles primitivos de la mente necesarios para una transformación psíquica, he fundamentado mi hipótesis de que el desarrollo de un proceso psicoanalítico requiere del encuadre presencial.
- Como corolario cabe llevar estas reflexiones al ámbito de la formación de analistas. Si es cierto, como aquí se defiende, que el método analítico necesita del encuadre presencial para desarrollar un proceso analítico, difícilmente podrá adquirirse una identidad analítica, a partir de una familiarización con los propios procesos inconscientes, mediante el encuadre online.
- Por último, si bien no contemplo el tratamiento a distancia en mi práctica como recurso que posibilite un proceso analítico, me resultó útil para mantener la continuidad terapéutica en la circunstancia extrema de la pandemia, para evitar la interrupción por un tiempo incierto. Interrupción que en algunos países ha tenido una duración mucho mayor. Y, como ya aclaré, es un recurso que puedo emplear en otras formas de ayuda psicoterapéuticas. Pero no con el método psicoanalítico.

Resumen

Uno de los objetivos fundamentales del método psicoanalítico es crear las condiciones para que sea posible la comunicación entre el inconsciente del paciente y el del analista, y una interacción entre ambos que permitan transformaciones en el primero (incluidos ciertos niveles inconscientes). El trabajo sostiene la idea que ello requiere de un encuadre presencial en el que ambos cuerpos de analista y paciente estén presentes en el mismo espacio. Esta posición se ilustra con un caso clínico estudiado en el encuadre presencial y en el encuadre a distancia (obligado durante el confinamiento por la pandemia). Se aportan las bases teóricas que apoyan esta posición.

Palabras clave: Método psicoanalítico, encuadre presencial, encuadre a distancia.

Abstract

One of the fundamental aims of the psychoanalytic method is to create the conditions for communication between the patient's unconscious and the analyst's unconscious, and an interaction between the two that allows for transformations in the former (including certain unconscious levels). The paper supports the idea that this requires an in-person setting in which both bodies of analyst and patient are present in the same space. This position is illustrated with a clinical case studied in the in-person setting and in the distance setting (forced during the confinement due to the pandemic). The theoretical bases that support this position are provided.

Key words: Psychoanalytic method, In-person setting, Remote setting.

Bibliografía

- Bleger, J. (1967). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. En *Simbiosis y ambigüedad* (pp.237-250). Buenos Aires: Paidós, 1984, 4ª. También en *Rev. Psicoanál.*, (1967): 24(2):241-258. Y en *Simbiosis and Ambiguity, A Psychoanalytic study* By José Bleger, John Churcher y Leopoldo Bleger (Chap. 6). London: Routledge. 2013.
- Freud, S. (1912). *Recommendations to physicians practising psycho-analysis*. S.E. 12. 109-120.
- Freud, S. (1923). *The ego and the id*. S.E. 19: 33-66.
- Diccionario Enciclopédico de Psicoanálisis de la API. Encuadre (psicoanalítico). <https://online.flippingbook.com/view/1045111/144/>.
- Isaacs, S. (1948). The Nature and Function of Phantasy. *International Journal of Psycho-Analysis*, 29, 73-97.
- Klein, M. (1957). Envy and Gratitude. In *The Writings of Melanie Klein* (Vol. III, pp.176-235). London: The Hogarth Press.
- Leuzinger-Bohleber, M. (2008). Biographical truths and their clinical consequences: Understanding «embodied memories» in a third psychoanalysis with a traumatized patient recovered from severe poliomyelitis. *International Journal of Psycho-Analysis*, 89, 1165-1187.
- Pérez-Sánchez, A. (2021). Trabajo analítico y pandemia. *Revista de Psicoanálisis APA*, 78(1-2), 45-60.

APROXIMACIONES PSICOANALÍTICAS A LOS SENTIMIENTOS DE RESENTIMIENTO Y AGRAVIO: BÚSQUEDA DE LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO

Tomás Fleischmann C.¹ y Carlos Rubilar R.²

*«Pero igual, sabiendo que no puede ser, hiciste una trinchera de
ilusión.»*

Y al final tu ego lastimado es la prisión más atroz»

(Rencor, canción de Pedro Aznar)

Introducción

En el marco del convenio docente de la Asociación Psicoanalítica Chilena con el Instituto Psiquiátrico José Horwitz Barak, se invitó a analistas en formación a reflexionar acerca de alguna temática de salud mental relevante. Seleccionamos los sentimientos de resentimiento y agravio debido a su intensa presentación en nuestra sociedad actual, aparejada a su manifestación clínica en nuestros pacientes y a su impacto en la relación de ayuda.

El título de nuestra conferencia, realizada en diciembre de 2023, fue: «Sentimientos de resentimiento y agravio: presentación clínica, dinámica intrapsíquica y sugerencias técnicas». Entre los asistentes a la conferencia se encontraba personal del hospital, psiquiatras, psicólogos

clínicos, analistas en formación, becados de psiquiatría y psicólogos en práctica, a quienes solicitamos definir inicialmente el sentimiento de resentimiento, buscando activar los conocimientos previos de los participantes, encontrándonos con las siguientes respuestas: «*Emoción de valencia negativa que tiene como contenido de pensamiento un agravio cometido por otro hacia uno*», «*es un veneno del espíritu que impide el bienestar emocional*», «*persistencia del dolor y la rabia subsiguiente a algo que se sintió como una herida en la autoestima*», «*rencor, montos de rabia anclados, que no han podido elaborarse*», «*dificultad en olvidar una situación en que uno se sintió ofendido, maltratado, injustamente tratado, provocando impotencia y ganas de querer dañar al otro y poniendo en juego el acto de perdonar*». Luego revisamos

1 Psicólogo clínico. Analista en formación del Instituto de psicoanálisis APCH. email: tomas.fleischmann@gmail.com

2 Psicólogo clínico U. de Concepción. Analista en formación del Instituto de psicoanálisis APCH. Email: carubilar@gmail.com

en conjunto la definición publicada en la página web de la Real academia española (2014) donde «resentimiento» es definido como acción y efecto de resentirse, estableciéndose como sus sinónimos al rencor, despecho, resquemor, amargura y la animadversión, mientras su antónimo es el agradecimiento. Fue sorprendente la cercanía de las definiciones dadas por los asistentes con las ideas postuladas por los autores que habíamos estudiado, poniéndose en evidencia en la discusión grupal, que fue cercana y honesta, que hablábamos de un sentimiento muy presente, reconocible y extensivo, tanto a la vida social, profesional como a la personal, teniendo un impacto innegable en las relaciones humanas. Así, vimos enriquecida nuestra presentación y el acercamiento a esta temática, lo que intentaremos plasmar en el presente artículo donde se presenta una revisión bibliográfica y varios elementos que posibilitem y estimulen el pensamiento del lector, poner en palabras el funcionamiento mental y la complejidad de la emocionalidad de un paciente agraviado y resentido en tratamiento psicoterapéutico. Nos basaremos en un marco teórico que incorpora el modelo kleiniano y a algunos representantes contemporáneos post-kleinianos.

Para iniciar esta travesía, y buscando enmarcar esta revisión, destacamos a Luis Kancyper, quien en su libro *Resentimiento terminable e interminable* (2010), reflexiona directamente acerca de las características del sujeto resentido, pensándolo como alguien que «no acepta lo que sucedió, lo vive como injusto, y por ello necesita obtener como resarcimiento lo imposible, para obtener por lo menos algo de lo que lo han privado inmerecidamente» (p. 25). Se destaca en los planteamientos de este autor argentino el amargo y enraizado recuerdo de una injuria particular cuyo desagravio se desea, instalándose una voluntad de dominio que aspira imponer un poder retaliativo sobre el otro y el mundo. La afrenta narcisista, y los daños traumáticos externos que pasivamente ha experimentado, hacen que la desmesura de las pretensiones no lo hagan retroceder ante ninguna atrocidad, considerándose inocente y ávido de una reivindicadora justicia que funda un estado soberano y consumado de excepcionalidad donde adquiere derechos de represalia vividos en la fantasía y/o en su pasaje al acto.

Ideas seminales para pensar el resentimiento

Es un hecho clínico observar que la persona resentida se ubica en la condición de *víctima privilegiada*, sintiéndose una excepción, tratando de convertir la sesión psicoterapéutica en una especie de juicio supremo. Se presentan a continuación algunas reflexiones del padre del psicoanálisis, quien, aunque no se refiere explícitamente al sentimiento de resentimiento, reflexiona acerca de este estado de excepcionalidad presentes en algunos

pacientes. En *Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico* (1916/1984), Freud publicó tres ensayos: *Las «excepciones»*; *Los que fracasan cuando triunfan* y *Los que delinquen por conciencia de culpa*, trata el tema del trabajo psicoanalítico enfrentado a la tarea de instar al consultante a renunciar a una ganancia de placer fácil e inmediata por una más segura, aunque pospuesta, transitando en el avance desde el Principio del placer al Principio de realidad, donde el surgimiento del pensar se relaciona tanto con la pérdida de la omnipotencia como con la experiencia de la frustración. Expone claramente que algunos de sus pacientes «Dicen que han sufrido y se han privado bastante, que tienen derecho a que se los excuse de ulteriores requerimientos, y que no se someten más a ninguna necesidad desagradable pues ellos son excepciones y piensan seguir siéndolo» (p. 320). Freud explicita que todos quisiéramos presentarnos como una excepción, reclamando privilegios sobre los demás, sin embargo, en el caso de estos pacientes, el fundamento particular es que su neurosis se anuda a una vivencia o a un sufrimiento seguramente acaecido en la primera infancia, de los que se sabían inocentes y pudieron estimar como un injusto perjuicio inferido a su persona, constituyéndose en una afrenta a su amor propio. Los privilegios adoptados por esa injusticia, y la rebeldía resultante, contribuyeron a agudizar los conflictos que más tarde llevaron al estallido de la neurosis. Así, en el ensayo *«Las excepciones»* (1916/1984) Freud trabaja con el modelo literario de Ricardo III de Shakespeare, entregando luces en la comprensión de su tiránico y frívolo comportamiento, pensándolo como una persona que sufre por su deformidad, sintiendo que se le negó la belleza «que hace a los hombres ser amados. La vida me debe un resarcimiento, que yo me tomaré. Tengo derecho a ser una excepción, a pasar por encima de los reparos que detienen a otros. Y aun me es lícito ejercer la injusticia, pues conmigo se la ha cometido» (p. 322). También alude al caso de una de sus pacientes donde se había instalado esta actitud de rebeldía ante la vida luego de enterarse que un doloroso padecimiento orgánico, que limitaba sus metas vitales, tenía origen congénito; antes de este descubrimiento sobrellevaba la enfermedad con resignación.

Pensando en la idea freudiana referida a haber recibido una afrenta en la primera infancia que hace que el sujeto se ubique en un estado de excepción, ¿qué puede haber posibilitado dicha injuria al amor propio? Steiner (1993/1997) piensa que «el resentimiento puede estar ligado a experiencias tempranas, tales como el destete o la llegada de un nuevo bebé a la familia, todo lo cual puede haber constituido, en su tiempo, una pérdida y un escenario donde todo pareciera ser injusto, y donde el paciente se sintiera traicionado y maltratado» (p. 138), aludiendo implícitamente a la envidia. Por su parte, Chiesa (2001/2015), explicando a Klein, propone que en el refuerzo y estimulación de la envidia son factores importantes las experiencias precoces de privación y otras experiencias traumáticas, destacando que la fundadora de la Teoría de las relaciones objetales «pone en

claro que los ataques envidiosos van fundamentalmente dirigidos al objeto primario bueno y gratificante, no contra el pecho malo y frustrante. El objeto bueno inspira resentimiento y odio porque está dotado de cualidades generadoras de vida de las cuales el bebé depende para su supervivencia» (p. 144). Bronstein (2001/2015) puntualiza que «la envidia del pecho puede ser promovida tanto por la gratificación (prueba de la bondad y la riqueza del objeto) como por la frustración y deprivación» (p. 19).

Klein (1952/2009), reflexionando acerca de los orígenes de la transferencia, planteó que «A veces el analista parece representar simultáneamente a ambos padres, aliados en su hostilidad hacia el paciente, y la transferencia negativa adquiere gran intensidad... En la mente del bebé, cuando se ve frustrado (o insatisfecho por causas internas), su frustración se acopla con el sentimiento de que otro objeto (pronto representado por el padre) recibe de la madre la gratificación y el amor codiciados y que le son negados en ese momento. Aquí se halla una de las raíces de la fantasía de que los padres están combinados en una gratificación mutua de naturaleza oral, anal y genital. Y esto es, a mi criterio, el prototipo de las situaciones tanto de envidia como de celos» (p. 64).

Pensando la dinámica intrapsíquica presente en pacientes con resentimientos

A propósito de la idea kleiniana de la figura de los padres combinados, Michael Feldman (2008/2012), plantea que la existencia persistente, en la mente del paciente, de la configuración edípica deprivadora y persecutoria, se relaciona con el agravio, pudiendo implicar: a) La relación del analista con un objeto externo y/o b) La capacidad del analista de mantener un intercambio creativo con su propia mente (tener sus propios pensamientos y juicios). «Los pacientes, como resultado de la proyección de sus propios celos y envidia, se sienten excluidos por motivos crueles y sádicos de la unión gratificante que desean y a la que creen tener derecho» (2008/2012, p. 233). Formula que las personas en que el resentimiento está estimulado son pacientes que usan una particular relación de objeto de una forma tenaz y repetitiva, además de destacar que encontró en ideas de colegas que el resentimiento y la preocupación por la venganza son estados considerados como la encarnación de repliegues narcisistas ante la injuria y como el desarrollo de mecanismos omnipotentes para defenderse del sentimiento de vergüenza y vulnerabilidad.

Por su parte, John Steiner, psiquiatra y psicoanalista británico, en su libro *Refugios psíquicos* (1993/1997), consideró clínicamente los problemas presentados por pacientes que se encuentran estancados en sus aná-

lisis, siendo difícil establecer con ellos un significativo contacto ya que sus defensas y las relaciones objetales se organizaron formando complejas estructuras que son organizaciones patológicas de la personalidad que llama «refugios psíquicos». Una variedad de estos refugios se configura en aquellos pacientes dominados por sentimientos de rencor y agravio, operando de una específica forma cuando son usados defensivamente contra la ansiedad y la culpa. «Estos pacientes se sienten heridos y maltratados, pero son incapaces de expresar el deseo que tienen de vengarse, atacando abiertamente a los objetos que sienten que le han hecho daño» (Steiner, 1993/1997, p. 135). Algunos inhiben su deseo de venganza por miedo a las represalias, mientras otros se inhiben por temor a que sus venganzas sean excesivas y no puedan encarar luego la ansiedad y la culpa de lo que ellos mismos habrían querido hacer, y de lo que en la fantasía ya habrían hecho. Una vez establecido este refugio es difícil abandonarlo ya que el agravio sentido provee al paciente de una finalidad y un propósito fijos, además de convertirse en una nueva fuente de gratificación, relacionadas con el triunfo y el masoquismo. «En algunos casos, el paciente parece alimentar y cultivar el agravio, y entonces obtiene gratificación al mantener las heridas abiertas» (p. 138), manteniendo vivo el sentimiento de injusticia y la posibilidad de defenderse de cualquier sentimiento de responsabilidad hacia sus objetos.

Steiner (1993/1997) aclara que cuando el paciente intenta salir del refugio, encarando su realidad psíquica, empieza a vislumbrar el estado al que sus objetos se redujeron en sus fantasías, llenándose de horror y sintiéndose amenazados por la ansiedad y la culpa. «El miedo a la expresión abierta y violenta del odio y de la destructividad, conduce a un estado crónico, en el cual no se destruye al objeto ni se le permite morir, pero sí se le atormenta, se le incapacita y se le hunde en un estado de semimuerte» (p. 137). Es relevante destacar que en estas personas habría una imposibilidad de perdonar, lo que Lansky (2007) liga a una vergüenza subyacente intolerable; hay un estado vengativo de la mente constituido por una traición que causó una grave herida narcisista instigado por fantasías de vergüenza.

Avanzando en la comprensión de la dinámica intrapsíquica de estas personas va surgiendo una relación estrecha con el duelo, además de evidenciarse el nexo del resentimiento con la temporalidad, la alteridad y el poder. La elaboración del resentimiento tiene un lugar fundamental en el tratamiento del duelo patológico, pues en estos pacientes el contacto con la realidad del estado en que se encuentran sus objetos le permitirá reconocer el daño realizado por su odio, pudiendo enfrentarse con experiencias valiosas, aunque dolorosas, conectadas con las pérdidas asociadas con el proceso de duelo (Steiner, 1993/1997). El proceso analítico será una delicada experiencia emocional donde se tomará contacto y conciencia de aquellos aspectos del self proyectados en el objeto analista, principalmente

para que aquellos que fueron expulsados vía identificación proyectiva puedan retornar al self, dado que dicha proyección empobreció las capacidades yoicas del paciente. Lo proyectado, que era inaceptado como propio, podrá reintroyectarse, surgiendo remordimientos y sentimientos de culpa que al ser tolerados hacen dar un giro a la posición depresiva, en la que se reconocen las pérdidas y puede empezar a desarrollarse la reparación en el paciente.

Luis Kancyper (1997) reflexiona que «Presente y futuro son hipotecados para lavar el honor ofendido de un pasado singular, que se ha apoderado de las tres dimensiones del tiempo. La vivencia del tiempo sostenida por el poder del rencor es la permanencia del rumiar indigesto de una afrenta que no cesa, expresión de un duelo que no logra elaborarse, no sólo en el propio sujeto y en la dinámica intersubjetiva, sino que puede llegar a perpetuarse, a través de la transmisión de las generaciones, con sed de venganzas taliónicas, sellando un inexorable destino en la memoria colectiva» (p. 49). Puntualiza este autor la existencia de una intensa ambivalencia entre el amor y el odio que perturba el proceso del duelo, pero cuando el odio es reemplazado por el rencor se paraliza el duelar. Así, los contenidos del resentimiento son cuerpos extraños, aislados del curso asociativo con el resto del yo. Al no poder entrar en la cadena de la significación simbólica, no acceden a ser reprimidos, sino que persisten escindidos. Lo escindido es mantenido fuera de la circulación psíquica, y por consiguiente no puede evolucionar mientras permanece tal: se cristaliza en un caldo de cultivo de imborrables reminiscencias.

En su nexo del resentimiento con la temporalidad y el poder, Kancyper (2010) diferencia la memoria adictiva del rencor de la memoria del dolor, siendo central para él que es distinto resentir que recordar. En la *memoria del rencor* la persona no puede olvidar. Esta memoria se atrincheró y se nutre de la esperanza del poder de un tiempo de revancha futuro. Aquí, la repetición es el modo más eficaz de interceptar el porvenir y de impedir la capacidad de cambio. La persona está abrumada por la memoria de un pasado que no puede separar y mantener a distancia del consciente, repitiéndose los sentimientos y las representaciones como automatismos, sin configurar un recuerdo acompañado de una nueva vivencia afectiva integrada en una estructura diferente, con una nueva perspectiva temporal.

En la *memoria del dolor* se continúa con el tiempo de resignación. Se acepta la injuria padecida comenzando un proceso de transformación de la misma, admitiendo al pasado como experiencia y no como lastre. Esta memoria no exige la renuncia al dolor de lo ocurrido y sabido. Hay una aceptación (con pena, odio y dolor) como inmodificable y resignable para efectuar el pasaje a otros objetos posibilitando el paso a un duelo normal. Opera como un no olvidar estructurante y organizador -pulsión de vida mediante- como una señal de alarma que

protege y previene la repetición de lo malo y da paso a una transformación y a una renovada construcción. El recuerdo estimula aquí ideales tróficos o nutritivos, siendo el conocimiento de la verdad el motor con que se sale del error, un desengaño cuya enseñanza recibida es una lección amarga, pero que posibilita la salida hacia un movimiento más progresivo.

«Sólo el lento e intrincado trabajo de elaboración de los resentimientos y remordimientos posibilitará un procesamiento normal de los duelos para efectuar el pasaje de la memoria del rencor a la memoria del dolor» (Kancyper, 2010). La aceptación del dolor y del fracaso supone la admisión de la comprensión de las limitaciones que la realidad impone al deseo, desembarazándonos del lastre de la ilusión de esperanzas vanas cuyo abandono se experimenta a posteriori como una liberación (Rocco, 2021).

Pensando rasgos clínicos presentes en pacientes donde habita el resentimiento

Se presentan a continuación una serie de rasgos clínicos de pacientes con temáticas de resentimiento y agravio correspondientes a lo observado por los autores revisados.

Estos pacientes aparecen como inflexibles e indolentes en sus creencias. En particular, sostienen que es el objeto quien ha de cambiar, no esperando que el tratamiento cambie algo en ellos. Destaca la fantasía de que sus quejas lograrán conseguir un cambio, sin embargo, el mantenimiento de su funcionamiento envenena sus relaciones, pudiendo cometer acciones autodestructivas, necesitando el terapeuta monitorear este aspecto de manera continua.

Muestran al analista motivos comprensibles para quejarse de las limitaciones y deficiencias de sus objetos pasados y actuales, buscando confirmación de esto en el terapeuta. Es Michael Feldman (2008/2012) quien puntualiza que «Agravio» se diferencia de «Queja» en la gran hostilidad, estableciéndose una gratificación perversa derivada de las cavilaciones repetitivas de las que el agravio se nutre.

En aquellas sesiones donde se quiere explorar un estado mental diferente del referido a una queja o se amplía el campo, demandando mayor comprensión y profundidad, sorprendentemente pareciera que para el paciente la comprensión analítica nunca es adecuada, incapaz de aportar un alivio o un cambio durable, pues esto sería vivenciado persecutoriamente como un ataque del analista.

En la relación terapéutica, estos pacientes tienden a sentirse amenazados e indignados ante sugerencias de adaptación más amplia, sobre todo si esto supone el examen de su propia contribución a la situación que ha generado su resentimiento por lo que surge un tono emocional moralista en las sesiones que puede constituirse en un impasse, ya que mientras el odio se perpetúa sin ser reconocido, los ataques pueden continuar sin que se produzca ningún sentimiento de responsabilidad, culpa o conflicto. Desde otro vértice, si creen que su capacidad para influir en la manera de pensar y funcionar de su terapeuta es limitada apelarán en la fantasía a un tercero que funciona como jurado. En alianza con este jurado ejercen una presión moral y profesional sobre el analista, pasando los problemas de moralidad al primer plano en el tratamiento.

Respecto a la vivencia temporal, estas personas parecen amarradas a un amargo sentimiento de resentida privación, siendo excluidos de un lugar al que sienten tener derecho. Aparecen preocupados de su futuro, tolerando de forma masoquista su sufrimiento, aunque lo hacen con la esperanza de que se hará justicia y serán redimidos, lo que se convierte en defensa contra la realidad actual, especialmente contra toda la experiencia de pérdida.

Impresiona la falta de gratitud y la incapacidad de perdonar. La labor del trabajo analítico no es la búsqueda de que los pacientes logren perdonar al objeto ofensor, sino comprender, aceptar la culpa (persecutoria o depresiva) y que lo que resuelvan sea producto del análisis de los aspectos que están involucrados en la agresión del self. Por otra parte, si el resentimiento se asoció durante su estadía en la emocionalidad de los pacientes, a remordimientos y autorreproches, la persona tendrá dificultades para perdonarse, lo que nos sitúa en el universo melancólico. «El perdón implica el abandonar no sólo la definición de uno mismo como agraviado o traicionado y la obsesión por la reivindicación de justicia que debe ser efectuada si se va a elaborar el estado mental vengativo. El abandonar estas definiciones del self y afirmaciones y el vilipendio del ofensor es a lo que me estoy refiriendo como perdón, no a la reunión amorosa con el ofensor» (Lansky, 2007, p. 589).

Resulta importante promover el ejercicio de recibir y contactarse con aquello que la realidad ofrece, haciendo el paciente el proceso de manifestación, descubrimiento o desvalimiento que le son propias, asumiendo que ir conociendo no es otra cosa que desilusionarse de continuo para dar paso a mayor amplitud mental.

Pensando sugerencias técnicas para el abordaje de pacientes resentidos

Al aventurarse en el tratamiento de personas con intensos resentimientos es importante pensar en cómo se configuró este funcionamiento, estableciéndose una cronología de tres momentos: a) Injurias narcisistas, b) Inmovilización del estado de agravio con la posterior vivencia atemporal de resentimiento y c) Preocupación por la venganza (fantaseada y/o actuada). Respecto a este tercer momento, «Muchos autores han elaborado los temas del resentimiento y la preocupación por la venganza. Estos estados se consideran como la encarnación de repliegues narcisistas ante la injuria y como el desarrollo de mecanismos omnipotentes para defenderse de sentimiento de vergüenza y de vulnerabilidad» (Feldman, 2008/2012, p. 226). Es en la venganza donde se revierte la relación vivenciada en el conflicto, por lo que hay que considerarla en su manifestación en el proceso terapéutico. El sujeto resentido, en su intercambiabilidad de roles, pasa de ser un objeto anterior humillado, a ser un sujeto ahora torturador. El sujeto torturador anterior se convierte durante la venganza en un objeto actual humillado deudor, manteniendo la misma situación de inmovilización dual sometedor/sometido, con apariencia de movilidad.

Cuando el resentimiento en un paciente es palpable, es importante recordar que él no estima que es necesario un cambio en él, ya que está convencido de que el que tiene que cambiar es el otro. Paradójicamente, aunque busca el cambio del objeto, repite sus exigencias y quejas como si éstas pudiesen eventualmente tener efecto, sin tener esperanzas de que esto sea posible. Feldman (2008/2012) destaca que «En la situación analítica es importante que los pacientes sientan que el analista puede reconocer cómo han sido frustrados u ofendidos por sus objetos primarios o por su propio analista. La persistencia de sus quejas y críticas puede reflejar el hecho de que los pacientes sienten que el analista no los ha escuchado o comprendido adecuadamente, o pueden experimentar que falta algo importante en la respuesta emocional del analista» (p. 228). Agrega que si el analista reconoce que el paciente siente inconscientemente que ha sido desdeñado u ofendido, y puede comunicárselo, lo ayudará a comprender a sus objetos de una manera más compleja y tridimensional, movilizando su capacidad de perdonar.

Steiner (2011/2017) nos ayuda a entender la participación de las posiciones kleinianas en la resolución edípica, proponiendo que «la resolución clásica del complejo de Edipo, tal como lo describió Freud, es una solución paranoica que da lugar a un refugio psíquico dominado por el resentimiento y por un deseo de revancha. Entonces planteó que, junto a esto, también hay un resultado depresivo. En esta versión el niño es en principio el que domina en su fantasía. Al comienzo

esto lleva a un triunfo sobre el padre con la bendición fantaseada de la madre, pero cuando el niño reconoce que ha destruido a ambos padres en su fantasía, el sentimiento de triunfo se convierte en culpa y desesperación. Si se ayuda al niño en su desarrollo -y al paciente en su análisis- este puede obtener un apoyo que lo ayude a tolerar su culpa; esto puede servir para iniciar un movimiento hacia el remordimiento y la reparación» (p. 152).

Hanna Segal (1986/1989) destaca que el psicoanálisis, en su función de tratamiento psicoterapéutico, formula hipótesis antes impensables. «Una vez formuladas estas hipótesis, comienza a librarse una prolongada batalla con las resistencias emocionales y se inicia un largo proceso de elaboración, durante el cual primero se superan las propias resistencias internas de los individuos, luego las del *establishment* científico y por último las del mundo en general» (p. 276). Concluye que el pensar surge de la frustración, admitiéndola, pudiendo ser odiado y atacado desde sus inicios, y permaneciendo activo a lo largo de la vida. Puntualiza que cuando el analista pueda liberarse de la presión que ejerce el paciente sobre él, para encarnar las relaciones arcaicas de objeto del paciente, pudiendo pensar y comprender la situación de diferente manera, esto despertará el odio y la violencia del paciente, pero esto es un paso para alcanzar la libertad de pensamiento.

Como el pensamiento pone un límite a la omnipotencia, éste es atacado. Feldman (2008/2012), comentando el tratamiento de dos pacientes que muestra en su capítulo *El agravio: la configuración edípica subyacente* subraya que la considerable limitación de su pensamiento y de sus vidas no solo era producto de su ataque al pensar, sino que «... las dos lucharon con más o menos éxito para preservar las fantasías omnipotentes con incesantes ataques al objeto que encarnaba la pareja edípica odiada que ellas sentían que las privaba de conseguir sus logros o de retornar el estado que se representaba en la omnipotencia infantil. Esta es la base del agravio que, de este modo, representa un ataque a la realidad y a la libertad de pensamiento, tanto del paciente como de su objeto» (p. 246).

En estos pacientes, tanto la versión idealizada como la hostil de la relación terapéutica suponen un ataque a las capacidades del analista para mantener su propia perspectiva, su propia manera de pensar y de resistir a ser llevado a una reencarnación repetitiva de aquellas relaciones arcaicas de objeto. «Cuando el paciente siente que el analista ha contactado con él en las interpretaciones y experimenta un alivio, puede experimentar inconscientemente un cierto resentimiento al reconocer la capacidad de comprensión del analista» (Chiesa, 2001/2015, p. 145).

Pensando en reflexiones finales

En este trabajo hemos usado reiteradamente el verbo pensar, dándole un especial lugar en el título de este artículo. La razón más consciente de este hecho es que conocer la descripción de Hanna Segal (1986/1989) acerca del lugar de la libertad de pensamiento en lo vital y fecundo que ocurre en un análisis, y en un trabajo psicoterapéutico, cuando el analista logra que el paciente venza resistencias internas y él mismo encarne las relaciones arcaicas de los objetos de su analizado, ha sido de mucha inspiración en nuestro quehacer. Dicha apertura de un espacio para acceder a pensar y comprender la situación que se está escenificando, desde otros vértices, despertará el odio y la violencia del paciente. Este parece ser un camino insalvable en todo tratamiento, siendo particularmente intenso en el trabajo con personas agraviadas y resentidas.

Somos conscientes que en la educación de los tiempos actuales hay una valoración, en la crianza y en la educación, de evitación de la decepción y la desilusión, promoviendo falsas expectativas de perfección que malogran la configuración de identidades saludables. Este es un tema sociocultural que nos parece relevante de considerar en futuras investigaciones pues potencia en los sujetos un Ideal del Yo patológico muy presente en la sociedad contemporánea.

Finalizando este artículo, esperamos haber ampliado la posibilidad de describir y poner en palabras la emocionalidad presente ante los sentimientos de agravio y resentimiento, que muchas veces pierden su especificidad al quedar en la categoría de «odio». También esperamos haber aportado ideas que inspiren no sólo en el trabajo clínico, sino además en el entendimiento de eventos sociales, posibilitado una apertura imaginativa, teórica y técnica, que permita una mayor contacto y experiencia emocional con estas personas que se encuentran en este estado de dolorosa, agotadora y desesperada movilidad estática.

Resumen

Este trabajo es una revisión bibliográfica producto de la sistematización de las ideas de algunos teóricos kleinianos y postkleinianos, principalmente, que fueron utilizadas por los autores del presente artículo en la comprensión de los sentimientos de resentimiento y agravio tan presentes en nuestros pacientes y en la sociedad actual.

Aunque el padre del psicoanálisis no se refiere directamente a estos sentimientos se intenta buscar en su obra algunas ideas seminales que sirven de hilo conductor a la presentación de reflexiones teóricas y prácticas que buscan aumentar la comprensión de analistas y psicoterapeutas, aportando en el cuidado de la libertad de pensamiento en la relación de ayuda.

En Latinoamérica, Kancyper (2010), destaca en el sujeto resentido el amargo y enraizado recuerdo de una injuria particular cuyo desagravio desea. El efecto de esta afrenta narcisista se muestra describiendo su dinámica intrapsíquica, rasgos clínicos y algunas sugerencias técnicas.

Palabras claves: Resentimiento, agravio, duelo, envidia, afrenta narcisista, omnipotencia.

Abstract

This paper is a bibliographic review product of the systematization of the ideas of some Kleinian and post Kleinian theorists, mainly, which were used by the authors of this article in the understanding of the feelings of resentment and grievance so present in our patients and in today's society.

Although the father of psychoanalysis does not refer directly to these feelings, we try to find in his work some seminal ideas that serve as a thread to the presentation of theoretical and practical reflections that seek to increase the understanding of analysts and psychotherapists, contributing to the care of freedom of thought in the helping relationship.

In Latin America, Kancyper (2010), highlights in the resentful subject the bitter and rooted memory of a particular injury whose redress is desired. The effect of this narcissistic affront is shown by describing its intrapsychic dynamics, clinical features and some technical suggestions.

Keywords: resentment, grievance, mourning, envy, narcissistic affront, omnipotence.

Bibliografía

1. Bronstein, C. (Ed.) (2015). *La teoría kleiniana: Una perspectiva contemporánea*. Madrid: Biblioteca nueva (Trabajo original publicado 2001)
2. Chiesa, M. (2015). Envidia y gratitud. En C. Bronstein (Ed.), *La teoría kleiniana: Una perspectiva contemporánea* (pp.141-159). Madrid: Biblioteca nueva. (Trabajo original publicado 2001)
3. Freud, S. (1984). Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, pp.313-339). Buenos Aires: Amorrortu eds. (Trabajo original publicado 1916)
4. Feldman, M. (2012). El agravio: la configuración edípica subyacente. En *Duda, convicción y el proceso analítico* (pp.225-246). Madrid: Biblioteca Nueva (Trabajo original publicado 2008)
5. Kancyper, L. (1997). *La confrontación generacional: Estudio psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.
6. Kancyper, L. (2010). *Resentimiento terminable e interminable: Psicoanálisis y literatura*. Buenos aires: Lumen.
7. Klein, M. (2009). Los orígenes de la transferencia. En *Envidia y gratitud y otros trabajos* (pp.57-65). México: Paidós. (Trabajo original publicado 1952).
8. Lansky, M. (2007). Unbearable shame, splitting, and forgiveness in the resolution of vengefulness. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 55 (2),571-593.
9. Real academia española: *Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed., [versión 23.7 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [20.10.2023].
10. Rocco L., V. (Ed.) (2021). *Glosario del Fracaso*. Madrid: Pensamiento.
11. Segal, H. (1989). *La obra de Hanna Segal. Un enfoque kleiniano de la práctica clínica*. Buenos aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1986)
12. Steiner, J. (1997). *Refugios psíquicos. Organizaciones patológicas en pacientes psicóticos, neuróticos y fronterizos*. Madrid: Biblioteca nueva. (Trabajo original publicado 1993)
13. Steiner, J. (2017). *Ver y ser visto. Saliendo de un refugio psíquico*. Barcelona: MPPSM. (Trabajo original publicado 2011).

EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE OBSESIONES EN EL PSICOANÁLISIS

Ramón Florenzano U.¹

Introducción

Sigmund Freud escribió diversos textos, algunos clínicos, como el caso del «Hombre de las Ratas» (1909/1955) y otros teóricos, como sus escritos sobre las etapas del desarrollo psicosexual, acentuando la importancia del esfínter anal. A continuación, revisaremos estos temas para exponer las ideas del fundador del psicoanálisis y sus seguidores posteriores acerca del trastorno obsesivo compulsivo (TOC).

En Freud, la teoría del desarrollo psicosexual propone que el niño pasa por diversas etapas: oral, anal, y fálica. Luego aparece la etapa de latencia, con un interés sexual reducido y con actividad intelectual mayor (desde los cinco años hasta la pubertad), que dejan en mayor o menor grado un residuo «perverso» bisexual que persiste durante la formación de la sexualidad genital adulta. Freud argumentó que la neurosis y la perversión podían ser explicadas en términos de una fijación o regresión a estas fases, mientras que el carácter adulto y la creatividad cultural se logran por sublimación de estos residuos perversos.

Otro escrito freudiano importante fue «Acciones Obsesivas y Prácticas Religiosas» (1907/1959) donde Freud nota la semejanza entre la fe (creencia religiosa) y la obsesión neurótica. Allí señala la relación entre los rituales obsesivos de los neuróticos y las prácticas ceremoniales de las religiones. Afirma que esta relación no es casual, sino que puede arrojar luces sobre la psicología de las religiones. Los mismos sujetos diagnosticados como neuróticos obsesivos practican algunos ceremoniales religiosos. Estas personas ajustan su actividad diaria a una serie de eventos que imbrican desde el levantarse, siempre de la misma manera, hasta el acostarse y colocar la almohada de cierto modo, así como alisar las sábanas antes de dormirse. La similitud con los ceremoniales religiosos para Freud es clara: los rituales

sagrados deben realizarse en un templo especialmente construido para ello, no pueden ser interrumpidos, y cada acto del oficio religioso está claramente especificado. Los sacrilegios despiertan una fuerte reacción emocional entre los creyentes, y son castigados expulsando a su autor de la iglesia, o tomando medidas severas cuando se trata de un ministro de esa religión. Los tratamientos psicoanalíticos, afirma Freud, le muestran al paciente lo ilógico o insensato de estos actos, develando su origen infantil, tras lo cual la persona frecuentemente los abandona. Concluye que las parejas con un miembro obsesivo realizan sus rituales sin entender por qué lo hacen hasta que el psicoanalista les revela su sentido. Asimismo, quienes asisten a un oficio religioso se paran, arrodillan y se sientan, sin entender el sentido de hacerlo, hasta que el sacerdote o alguien entendido en los símbolos de esa religión los informa.

Otto Fenichel y su Teoría Psicoanalítica de las Neurosis

Otto Fenichel fue un psicoanalista austríaco de la llamada «segunda generación». Comenzó sus estudios de medicina en la ciudad de Viena en 1915, y muy joven comenzó a participar en el círculo de Sigmund Freud, asistiendo a él entre 1915 y 1919. A principios de 1920, con 23 años, ingresó en la Asociación Psicoanalítica Vienesa. Más adelante se trasladó a Berlín, formando parte de un grupo de psicoanalistas marxistas, junto a Siegfried Bernfeld, Erich Fromm y Wilhelm Reich, entre otros. En 1934 emigra a Oslo primero, y luego a Praga, para terminar en 1938 en Los Ángeles, donde murió a la temprana edad de 48 años.

El libro más estudiado de Fenichel fue su Teoría psicoanalítica de las neurosis (1945) la cual ha sido una obra que ha servido en la formación de múltiples generacio-

nes de analistas hasta nuestros días. En su formación psiquiátrica fue poderosamente influenciado por Karl Abraham, a quien sucedió en la dirección del Instituto de Berlín entre 1924 y 1933. Además publicó estudios sobre neurosis traumáticas, las cuales son vistas por él como surgiendo de una pérdida de la estabilidad del aparato psíquico, sea por la intensidad excesiva de los estímulos externos, sea por una vulnerabilidad previa. Estas neurosis llevan a un bloqueo de las funciones del Yo, ya que toda la energía se canaliza en defenderlo de las sobrecargas externas, permitiendo la aparición de ataques o crisis emocionales, alteraciones del dormir y muchos otros síntomas. Las neurosis traumáticas son separadas por Fenichel de las psiconeurosis, en las que el estímulo (trauma) externo pierde importancia, y el conflicto (o distorsión yoica) adquiere mayor relevancia. Al fracasar las operaciones defensivas del sujeto aparecen los síntomas neuróticos clásicos, tales como evitaciones fóbicas o impotencia/frigidez sexual, y finalmente, conductas impulsivas. Los distintos síntomas anteriores se combinan de diversas modalidades: fóbicas (histeria de angustia), conversivas, compulsivas, etc.

El tratamiento psicoanalítico, para Fenichel (1934/1967), tiene por objeto anular las defensas patógenas, liberando energía para el Yo y de esta manera fortalecerlo. Fenichel consideraba al análisis sistemático de las defensas como la única terapia científica y curativa de las neurosis.

Ignacio Matte Blanco

Este psiquiatra y psicoanalista chileno se formó como médico en la Universidad Católica de Chile, y como psicoanalista en Inglaterra, de donde retornó a Chile en 1943. Matte estudió la obsesión en términos de la lógica simétrica y asimétrica. En su concepción que elaboró a lo largo de su vida, desde sus escritos tempranos (1954, 1955) lo obsesivo es un modo de mantenerse en el plano de la racionalidad. El obsesivo controla su cuerpo, sus rutinas, y tiene una pedante racionalización de este control, pudiendo citar sus fuentes bibliográficas, mientras funciona en el modo asimétrico, en el cual predomina el «proceso secundario», como lo llamó Freud, y recurre a comportamientos compulsivos, en los cuales el paso a la acción se da mediante rutinas que son minuciosamente seguidas desde la mañana a la noche. En la lógica simétrica (1975, 1988), que predomina en la medida que nos sumergimos en las sucesivas capas del inconsciente, el orden y la rigidez obsesivas desaparecen y surge el caos primigenio, en el «proceso primario», en la visión de Freud, la hirviente caldera del infierno, y las conductas impulsivas de los limítrofes ya mencionados por Otto Kernberg, como veremos luego.

La propia biografía de Ignacio Matte-Blanco fue una en la cual él osciló entre periodos de desarrollo de un pensamiento ordenado, interrumpidos por periodos activos,

como su impulso al psicoanálisis al retornar a Chile. Vuelve finalmente a emigrar a Italia, donde desarrolló sus ideas más creativas (Florenzano, 2009).

Un tema que aparece entre los psicoanalistas, desde Freud hasta Kernberg, es el del orden y desorden. Lo que clínicamente Fenichel señaló en la polaridad comportamientos obsesivos e impulsivos, es la tendencia a explicar y planear ordenadamente la vida, pero saber que los momentos creativos vienen de las profundidades desordenadas del inconsciente. La matematización fue un tema recurrente en Matte, sea desde la lógica simbólica de Russell, o desde la lógica aristotélica de los «Segundos Analíticos» (Aristóteles, trad. en 2007).

Uno de los hijos de Ignacio Matte-Blanco, Francisco Matte Bon, se ha dedicado a la enseñanza de idiomas, especialmente del castellano como segunda lengua. En su formulación sobre la traducción, señala que el lenguaje es lo que estructura el mundo real, el cual él denomina «el mundo extralingüístico». Esto es llamado por Matte Bon la «antinomía» del lenguaje (2013): nuevamente la oposición entre el mostrar el proceso primario, el fluir interno de las asociaciones libres, versus el lenguaje como ocultamiento. Los diplomáticos son entrenados sistemáticamente en lo anterior: deben detectar las claves, verbales o no verbales, de los representantes de otros países, especialmente los enemigos, pero ocultar ese conocimiento mediante un lenguaje formal. Nuevamente, la lógica asimétrica del tercero excluido, versus la lógica simétrica del poder profundizar en el inconsciente, para poder retornar a lo consciente pero de forma reflexiva o creativa: Ernst Kris, uno de los fundadores de la Psicología del Yo junto a Hartmann y Lowenstein, ha hablado acerca de «la regresión al servicio del Yo» (1952), que se ve en artistas creativos.

Otto Kernberg y las Obsesiones

Otto Kernberg es un autor nacido en Austria y formado como médico psiquiatra y psicoanalista en Chile. Él ha desarrollado mucho de su pensamiento en los Estados Unidos, desde donde ha adquirido renombre mundial.

Kernberg confirma en sus estudios la idea de Fenichel, de que los pacientes obsesivos son rígidamente controlados y controladores, pero que bajo tensión pueden reaccionar impulsivamente. Gunderson, Kolb y Austin (1981) encuentran como rasgos diferenciales propios de estos pacientes la impulsividad, la tendencia a gestos suicidas repetidos de tipo manipulativo, una afectividad con tendencia a la rabia y depresión fáciles, pero transitorias, experiencias psicóticas leves y una hiper-sociabilidad con relaciones cercanas alteradas.

Erik Erikson

Este autor escribe sobre «Ritualización en la vida cotidiana» (1977), en el cual nos recuerda que en psicopatología llamamos rituales a conductas repetitivas, como por ejemplo el lavarse las manos repetidamente, hasta dejarlas rugosas y excesivamente limpias. Contrasta esto con el significado del término «ritual» en antropología, donde se refiere a una conducta realizada no individualmente, como el lavado compulsivo en el lavamanos, sino a conductas repetidas por grupos de personas que en forma solemne realizan una ceremonia que los re-liga como miembros de una comunidad de sentido; una misa católica, un musulmán prosternado, un judío leyendo la Torah, están todos haciendo un gesto comunitario, distante a la soledad del neurótico obsesivo. Se trata de un puente entre el universo natural y el universo social, dice Erikson.

Agrega que, en periodos de cambio cultural rápido, los rituales tradicionales se abren, y aceptan nuevos significados: se pasa de una asignación rígida de roles sexuales masculino y femenino, a una aceptación de estados intermedios o a la apertura de parejas del mismo sexo. Se refiere a continuación al comienzo de la vida para el niño, donde interactúan la luz, la madre y el bebé en una forma específica. La luz matutina despierta al niño, que llama a la madre ansioso por ser alimentado, o para que le cambien pañales, esperando que ella al acercarse le sonría luminosamente, y comience una serie de rituales para confortarlo, alimentarlo, limpiarlo. Esta interacción cultural no cesa hasta que ambos quedan satisfechos, y se repite ritualmente cada mañana. Desde un punto de vista antropológico, cada cultura realiza esto de modos diversos: algunos con ropajes ceñidos, otros sueltos, algunos con la madre tendida, otra sentada al dar el pecho, algunos manteniendo la alimentación natural en forma prolongada, otros pasando a suplementarla rápidamente. Esta interacción aparentemente juguetona entre madre e hijo tiene matices: en el plano biológico el bebé necesita salir de su estado fisiológico de hambre, y la madre requiere vaciar un pecho pleno de leche. El cómo hacerlo se repite transgeneracionalmente, pero varía de cultura en cultura. La madre post-parto enfrenta cambios de su identidad; desde su relación de pareja debe incorporar a un tercer viviente, y puede ver su nuevo rol materno como algo positivo, pero hacer el duelo por la independencia que tuvo antes del embarazo. Nuevamente desde la antropología cultural el rol del proceso de maternaje cambia desde las culturas más tradicionales, a las modernas, donde el cuidado del bebé debe insertarse en las actividades laborales y sociales de la mujer moderna. La mutualidad del reconocimiento de las caras antes descrita, se complica con el hecho de darle un nombre al niño, nombre que ha sido cuidadosamente elegido, repitiendo el nombre de mujeres queridas en la familia, en un proceso ritual formal

(el bautismo) tiene consecuencias futuras: el nombre será reconocido no solo por el niño sino por la sociedad como el núcleo lingüístico de la identidad personal. Los rituales de nominación y bautismo varían de cultura en cultura.

Esta ritualización inicial, dice Erikson (1964), de la diada madre-bebé (cara a cara y nombre a nombre) es ampliada posteriormente en rituales de reconocimiento, sean civiles, al ser aceptado como miembro de una sociedad, o religiosos, al ser reconocido como miembro de una iglesia. Algunos que destacan son homenajeados en vida con ascensos y condecoraciones y ya muertos con estatuas en una plaza de la ciudad. La interfase individuo-comunidad lleva a la intersubjetividad del self.

En lo que Erikson denomina la «ontogénesis del self», el niño puede desarrollar psicopatologías, tal como el aislamiento y abandono por una madre indiferente, que llevan a procesos de aislamiento psicótico, o a las formas inseguras de espejo descritas por Bowlby o Spitz. En las sociedades religiosas, el adolescente es aceptado por la comunidad como un miembro adulto en esta vida, y es esperado, en la simbología cristiana, por un padre que lo espera y una madre que lo lleva a la trascendencia.

Se refiere luego Erikson a la psicopatología de esta ritualización comunitaria, en la pseudo-ritualización o ritualismo de actos repetitivos diarios de las personalidades obsesivas, que repletan el día de acciones para evitar una relación amorosa real, y de la «idolización» de líderes o jefes psicopáticos que llevan a sus pueblos a la autodestrucción. La historia de Alemania nazi es el ejemplo más aterrador de este seguimiento obsesivo-fanático de un líder psicopático.

Conclusiones

Este trabajo muestra la secuencia histórica de las interpretaciones dadas por diversos psicoanalistas a los síntomas del trastorno obsesivo compulsivo (TOC) así como a los rasgos de personalidad obsesivos.

Se revisan sucesivamente las opiniones del fundador del psicoanálisis, Sigmund Freud, y las de algunos de sus seguidores que estudiaron los fenómenos obsesivos, tales como Otto Fenichel e Ignacio Matte Blanco. Las formulaciones matemáticas fueron una empresa que desarrolló Matte, pero que también acometió Jacques Lacan, quien reconoció a Matte como uno de sus inspiradores. Se alude al aporte de Otto Kernberg con su énfasis en los rasgos de control e impulsividad, y a la perspectiva de Erik Erikson respecto a la ritualización. A partir de este último, se llega a los intersubjetivistas actuales, que interpretan estos cuadros como una inte-

racción social, donde un miembro de la diada trata de controlar al otro.

Resumen

Este trabajo muestra la secuencia histórica de las interpretaciones dadas por diversos psicoanalistas a los síntomas del trastorno obsesivo compulsivo (TOC) así como a los rasgos de personalidad obsesivos. Se revisan sucesivamente las opiniones del fundador del psicoanálisis, Sigmund Freud, y las de algunos de sus seguidores que estudiaron los fenómenos obsesivos tales como Otto Fenichel, Ignacio Matte Blanco, Otto Kernberg y Erik Erikson. A partir de este último, se llega a los intersubjetivistas actuales, que interpretan estos cuadros como una interacción social, donde un miembro de la diada trata de controlar al otro.

Palabras clave: Trastorno Obsesivo Compulsivo, rasgos obsesivos, rituales, control, impulsividad, lógica simétrica y asimétrica, orden, desorden

Abstract

This work shows the historical sequence of the different interpretations of several psychoanalysts to the symptoms of the obsessive-compulsive disorder (OCD), as well as to the obsessional personality traits. To do this, the opinions of Sigmund Freud himself, as well as the ones of his followers, such as Otto Fenichel, Ignacio Matte Blanco, Otto Kernberg and Erik Erikson. After the latter psychosocial approach, we finish the paper reviewing the views of the so called intersubjectivists. They interpret these disorders as a case of social interaction where a member of the therapeutic dyad attempts to control the other one.

Keywords: Obsessive Compulsive Disorder, obsessive traits, rituals, control, impulsivity, symmetrical and asymmetrical logic, order, disorder

Bibliografía

1. Aristoteles (2007). *Posterior Analytics*. G. R. G. Mure (Traduc.). eBooks@Adelaide. (Trabajo original publicado aprox. 300 ac)
2. Erikson, E.H. (1964). *Childhood and Society*. New York: W.H. Norton.
3. Erikson, E.H. (1977). *Toys and reason: Stages in the ritualization of experience*. New York: W. W. Norton.
4. Fenichel, O. (1945). *The psychoanalytic theory of the neurosis*. New York: W.W. Norton.
5. Fenichel, O. (1967). Psychoanalysis as the nucleus of a future dialectical-materialistic psychology. *American Imago*, 24:290-311. (Trabajo publicado originalmente en 1934).
6. Girard, R. (1983). Las obsesiones antes de Freud. *Confrontaciones Psiquiátricas 17: Las obsesiones (I) y (II)*. Madrid: Rhone Poulenc Farma. (Trabajo original publicado 1981)
7. Florenzano, R. (2009). Docencia universitaria y psicoanálisis: Los aportes de Ignacio Matte Blanco. *Revista Médica de Chile*, 137 (9), 1248-1252.
8. Freud, S. (1955). Notes upon a case of obsessional neurosis. En J. Strachey (Traduc.), *The Standard Edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vol. X, pp.155-318). London: The Hogarth Press (Trabajo original publicado 1909)
9. Freud, S. (1959). Obsessive actions and ceremonial practices. En J. Strachey (Traduc.), *The Standard Edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vol. IX, pp.115-127). London: The Hogarth Press. (Trabajo original publicado 1907)
10. Gunderson, J.G., Kolb, J.G. & Austin, V. (1981). The diagnostic interview for borderline patients. *American Journal of Psychiatry*, 138, 896-903.
11. Hoch, P. & Pollatin, P. (1949). Pseudoneurotic forms of Schizophrenia. *Psychiatric Q*, 23, 248-276.
12. Kernberg, O. (1977). The Structural Diagnosis in of the Borderline Personality Organization. En P. Hartocollis (Ed), *Borderline Personality Organization* (pp.87-121). New York: International Universities Press.
13. Jacobson, E. (1969). *El Self y el Mundo Objetal*. Buenos Aires: Alfa. (Trabajo original publicado 1964).
14. Kris, E. (1952). *Psychoanalytic explorations in art*. New York: International Universities Press.
15. Mahler, M.S, Pine, F. & Bergman A. (1975). *The Psychological Birth of the human infant: symbiosis and individuation*. New York: Basic Books.
16. Matte-Blanco, I. (1954). *Lo psíquico y la naturaleza humana: Hacia un planteamiento experimental*. Santiago: Editorial Universitaria.
17. Matte-Blanco, I. (1955). *Estudios de psicología dinámica*. Santiago: Editorial Universitaria.
18. Matte-Blanco, I. (1975). *The Unconscious and infinite sets: An essay in Bi-logic*. London: Duckworth.
19. Matte-Blanco, I. (1988). *Thinking, Feeling and Being: Clinical reflections on the fundamental antinomy of human beings and world*. London: Routledge.
20. Mitchell, S.A. & Black, M.J. (1995). *Freud and Beyond: A history of modern psychoanalytic thought*. New York: Basic Books.
21. Rapaport, D. (1960). The Structure of Psychoanalytic Theory. *Psychological Issues*, 2(2), 1-158.

EL SÍNDROME DE CAPGRAS, UNA COMPRENSIÓN PSICOANALÍTICA

Pablo Santander T.¹

Introducción

El intento de comprensión psicoanalítica de cuadros clásicos de la psiquiatría, algunos de los cuales han ido quedando en el pasado, es a mi entender una interesante línea de estudio. Este puede aportar comprensión de estados mentales, permitiendo entendimientos de fenómenos que en un espectro menor podemos encontrar con mayor frecuencia en nuestra clínica, además de lograr comprensiones de estados primitivos del psiquismo. Por otro lado, resulta un aporte a la mirada psiquiátrica propiamente tal, dando comprensión a estos cuadros y de esta forma permitir mejor abordaje. En este sentido, resulta que, tanto para el psicoanálisis como para una psiquiatría moderna, permite refrescar la mirada y repensar nuestras formas de clasificación, a través de las descripciones clásicas.

Particularmente, el síndrome de Capgras responde a una tradición que tuvieron las clasificaciones psiquiátricas de antaño, en las que se daba al contenido del delirio una importancia clasificatoria, intentando unir dichos contenidos con la etiología del cuadro. Así, se hablaba de delirios erotomaníacos, persecutorios, parasitarios, de grandeza o hipocondriacos, buscando unidades clínicas más amplias. Es dentro de este paradigma que aparece la descripción del Síndrome de Capgras; no obstante, parece importante mencionar que, a diferencia de otros delirios, en la descripción de su contenido siempre fue presentado como un síndrome², en el sentido de un contenido delirante específico que puede ser generado por diversas etiologías. Lo que me parece importante de recordar es que existe un cierto paradigma que subyace a los sistemas clasificatorios, y que el agrupamiento de síntomas responde a una cierta forma de pensar los cuadros, resultando

siempre útil poder confrontar o volver a pensar dichos paradigmas. En particular para el psicoanálisis, en que, siguiendo la tradición iniciada por Freud, se da relevancia a los contenidos delirantes, ya que a partir de estos se buscan comprensiones, como fue, por ejemplo, el estudio que hizo del cuadro delirante en el caso Schreber³ (1911/1986).

El objetivo del presente artículo es describir este síndrome, apuntando a lograr una comprensión psicoanalítica que permita vincular elementos del cuadro que pueden aparecer en pacientes no psicóticos y conocer dinámicas subyacentes profundas de su identidad, constituyéndose una explicación que va en un continuum desde lo neurótico a lo psicótico, derivándose de dificultades precoces.

Por este motivo resulta de interés para el psicoanálisis el conocer y analizar estas descripciones y síndromes, ya que, al analizar estos contenidos, es posible ver elementos del funcionamiento mental más primitivo. En este caso particular, se observan alteraciones en relación con la identificación y con mecanismos profundos y básicos del funcionamiento de nuestro aparato mental. Desde este punto de vista, es posible observar nuestro sistema de creencias y ver cómo el reconocimiento de la identidad requiere más que solo la percepción de los sentidos, ya que implica una creencia respecto a la continuidad tanto de nuestra experiencia como de la representación que tenemos de nosotros mismos.

1 Médico psiquiatra. Psicoanalista APCh

2 Se entiende por síndrome un conjunto de síntomas o signos, que concurren en tiempo y forma, y con variadas causas o etiología.

3 Caso del que el autor hizo un artículo, enfocado en los síntomas propios de un síndrome de Cotard.

Descripción del cuadro

En 1923, Capgras y Reboult-Lachaux describieron a una mujer de 53 años que creía que las personas de su entorno inmediato habían sido reemplazadas por impostores y que también había varios dobles de ella misma. En su momento, fue descrito como «l'illusion des sosies» (ilusión de los dobles). La paciente misma usó el nombre de «sosies», palabra francesa para designar a los dobles. Este término, Sosias, proviene de la obra Anfitrón (Amphitruo) de Plauto, en la que Mercurio se hace pasar por Sosias, el criado del general Anfitrón, para ayudar a Júpiter a seducir a Alcmena, esposa del mismo general.

Desde entonces, el término «síndrome de Capgras» se ha utilizado para describir la convicción delirante por la cual, por lo general, las personas estrechamente relacionadas, o el propio paciente⁴, son reemplazados por dobles o impostores.

El Síndrome de Capgras es el más frecuente de los llamados delirios de identificación errónea (DMI, por las siglas en inglés de Delusional Misidentification) (De Paw, 1994). Otro síndrome similar es el llamado Síndrome de Frégoli, que consiste en la creencia de que personas del ambiente del paciente (en general extraños) son suplantadas por otra persona conocida.

Ha existido una discusión respecto a si corresponde a un síndrome o más bien sería un síntoma de otros cuadros (Ellis, 1994). Como este delirio aparece en diferentes cuadros nosológicos, se ha planteado que corresponde a un síntoma de esas patologías. Sin embargo, al ser un fenómeno tan llamativo dentro del cuadro, y al cual se le ha dado consistencia histórica en cuanto a las descripciones, se ha planteado también mantenerlo como un síndrome. Ambos argumentos parecen atendibles y la postura de que esta creencia sea más bien un síntoma hace sentido al autor de este escrito, pero independiente de la postura personal, resulta interesante su distinción y conocimiento.

El Síndrome de Capgras ha sido descrito en diferentes tipos de pacientes (De Pauw, 1994; Berson 1983). Hay pacientes en los que este delirio sería la única manifestación, donde es descrito como idiopático; y también en forma frecuente se ha asociado a otros cuadros psicóticos como esquizofrenia (asociación más frecuente), manías, trastornos delirantes y depresiones psicóticas. Al mismo tiempo se ha descrito en cuadros llamados orgánicos, tales como traumatismos craneanos, demencias e intoxicación tóxica metabólicas. Por otro lado, se encuentran descripciones del cuadro con curso crónico o agudo. Sobre esta notable diversidad de modos de presentación, se ha discutido e investigado buscando un factor aunador de base, que explique este delirio. Desde este vértice, han aparecido publicaciones del campo de las neurociencias

que buscan dar cuenta de la forma en que ocurre la representación de nuestros seres cercanos y si bien inicialmente se hicieron intentos comprensivos desde el psicoanálisis, no existen artículos psicoanalíticos recientes de este síndrome.

Descripción de casos

Si bien existían descripciones de casos similares previos al descrito por Capgras (Kahlbaun, 1866; Janet, 1903; Kraepelin, 1904/1968), fue la sistematización de este autor lo que generó una atención a este tipo de delirio. Posteriormente, han existido bastantes descripciones aisladas de casos (De Pauw, 1994; Berson, 1983).

Un caso llamativo, desde la perspectiva del paciente, es la autobiografía publicada por Clifford Beers (1908), connotado psicólogo norteamericano que, posteriormente, fue el fundador del movimiento por la higiene mental. En esta autobiografía, relata cómo dentro de un episodio de depresión psicótica, desarrolló un síndrome de Capgras, que cedió completamente con la recuperación de su cuadro depresivo.

Por otra parte, hubo una película, en su momento muy popular, que aborda el tema del reconocimiento de nuestros seres queridos y la vivencia de sentirlos familiares y «conocidos». La película «The Truman show» (1998) trata de un programa de telerrealidad en el que una persona nace y crece en un ambiente en que todos sus amigos y familia son actores, siendo su vida entera un programa de televisión. La fantasía de esta película está relacionada sin duda con el síndrome, que consiste en la creencia delirante de que una o varias de las personas del círculo íntimo son impostores, haciéndose pasar por él o los seres queridos. Señalo la película con el fin de mostrar cómo la creencia delirante del Capgras puede encontrar relación con cierta fantasía consciente o inconsciente más común, que es comunicada a través de un film. En este sentido, esta película da cuenta de la fantasía que busca elaborarse y que guarda relación con este síndrome, sin llegar a ser un contenido delirante, pero sí, que contacta con cierta fantasía común, ya sea consciente o inconsciente. En el caso del síndrome del presente artículo, dicha creencia adquiere características delirantes.

Comprensión psicoanalítica

Para intentar una comprensión de un fenómeno que, como vimos, se puede presentar en una diversidad importante de cuadros, incluyendo cuadros neurológicos y psiquiátricos, es necesario pensar en elementos primitivos del psiquismo.

La característica distintiva de este síndrome consiste en un contenido delirante. Se ve a personas cercanas y se da una interpretación a esa percepción de que son impostores. La vivencia es altamente paranoide y delirante, expresada con convicción apodíctica.

Es por ello importante señalar que este delirio no trata de una falla en la percepción; la percepción está intacta. El problema tiene que ver con el reconocimiento de identidad de lo percibido. La identidad implica creer en una estabilidad de características personales en el tiempo. En este sentido, tiene relación con la creencia, la que en este caso es de características delirantes.

El tema de la creencia resulta de gran relevancia para el psicoanálisis, ya sea en sus vertientes patológicas como en cuanto a un funcionamiento mental necesario para relacionarnos con la realidad externa. Para profundizar sobre la creencia quisiera delinear algunos de los importantes aportes que hace Ronald Britton, quién dedica un libro al tema (1998). Britton plantea que las creencias pueden ser conscientes o inconscientes. El estatus de creencia es conferido a algunas fantasías preexistentes (fantasías inconscientes descritas por M. Klein), las cuales al unirse a una creencia tendrán consecuencias tanto emocionales como en el comportamiento. Este autor, al establecer la relación entre creencia y realidad psíquica, dice (la traducción es mía): «Es en este último sentido que yo estoy usando realidad psíquica -esto es, como lo que es creado por la creencia- y yo considero creencia como la función que confiere el estatus de realidad sobre las fantasías e ideas. Sugiero que la creencia es a la realidad psíquica lo que la percepción es a la realidad material» (p. 11). En este sentido, Britton propone que tenemos creencias conscientes o inconscientes y actuamos frente a ellas como si fueran hechos; pudiendo darnos cuenta de que son creencias y darles ese estatus, si nos es posible una tercera posición, que permita observarlas (esto en el caso de dinámicas no psicóticas o delirantes). La función de las creencias es entonces fundamental en cuanto a la realidad psíquica de cada individuo.

Este autor también plantea que los seres humanos tenemos una necesidad de conocer, de la misma forma que requerimos amar y odiar, como un requerimiento esencial. En este sentido, es continuador de los aportes de Bion, quién describe tres tipos de vínculos; vínculo amoroso, de odio y de conocer al objeto (1963/1988). Al ir conociendo, vamos generando creencias que nos ayudan a lidiar con lo desconocido y con lo incognoscible. La creencia es anterior a la evaluación objetiva o la prueba de realidad.

En casos en que, ya sea por causas psiquiátricas o neurológicas, la función de la creencia es dañada, la realidad psíquica del individuo sufre una pérdida. Cuando esto ocurre, Britton dice: «Si esta función es aniquilada, el sentido ordinario no pensado de certeza de continuidad del self y la percepción cotidiana del mundo se

pierde» (p. 15). De esta manera, la creencia es necesaria para un sentido de continuidad de nuestra existencia, y de nuestra identidad, y también de la continuidad de las personas que nos rodean. Propone entonces que, en los casos en que hay un daño en esta función, se genera una certeza delirante, que es una creencia que sustituye a un vacío generado. Esto último está en concordancia con lo propuesto por Freud (1911/1986) en el caso Schreber, cuando plantea que un delirio vino a llenar la destrucción vivida en el psiquismo del paciente, expresada en un contenido delirante de destrucción del mundo.

Lo anteriormente descrito, sería en general una respuesta al ataque a la función de la creencia, a la vivencia recién descrita en que la continuidad del self o de nuestra cotidianidad está destruida. En el caso particular del Capgras, la vivencia de ajenidad de los seres cercanos al paciente como de ellos mismos, sería generada por un intento de reconstrucción y de comprensión de la pérdida de continuidad, así como por los sentimientos de perplejidad. La idea del impostor implica que un desconocido habita un cuerpo conocido, por lo que las emociones y afectos por esa persona no existen, al mismo tiempo que se experimenta la presencia del impostor como amenazante u hostil.

En cuanto a los pocos artículos psicoanalíticos que buscan comprender este síndrome, destaca el artículo de Berson (1983), en el que propone como mecanismo básico una relación introyectada madre-hija(o) defectuosa, en la que se debió usar un *splitting* patológico importante. Este autor, en una revisión de los artículos destinados al tema, clasifica las explicaciones psicoanalíticas propuestas (partiendo por las propuestas por el propio Capgras) en cuatro grupos: 1) problemas edípicos en mujeres (y en hombres con una homosexualidad latente), 2) sentimientos de extrañeza y otros problemas afectivos, 3) problemas con la ambivalencia, 4) *splitting* patológico de representaciones de objeto internalizadas.

En cuanto a los problemas edípicos en mujeres, propuesto por el mismo Capgras, se pensó en un inicio que era producido solo en mujeres y luego se pensó que, en el caso de hombres, habría una homosexualidad latente (esta propuesta tenía relación con la idea freudiana de que una homosexualidad latente estaba a la base de la paranoia)⁵. Hoy sabemos que este síndrome se produce tanto en hombres como mujeres, y la idea de la homosexualidad latente como elemento explicativo se ha descartado.

Los sentimientos de extrañeza son descritos frecuentemente, partiendo por el propio Capgras, proponiéndose que el paciente siente cambios en su respuesta afectiva cotidiana a las personas que lo rodean y el paciente atribuye esto a cambios en el otro, generando la idea del impostor. Con respecto a este punto, conviene recordar lo referido anteriormente por Britton, la sensación de

⁵ Esta hipótesis propuesta en el artículo reseñado del caso Schreber, fue posteriormente muy discutido siendo paulatinamente dejado de lado.

ajenidad producto del daño al aparato y a la realidad psíquica, daña lo que permite establecer una continuidad afectiva de la persona misma. Esta continuidad es algo que se va generando en un devenir relacional, lo que permite entender por qué es frecuente que esta creencia delirante rápidamente incluya a los tratantes también, los que son sentidos también como dobles (Capgras & Reboul-Lachaux, 1923; Berson, 1983).

La propuesta de que este delirio sería una solución psicótica a fuertes sentimientos de ambivalencia ha sido propuesta por diversos autores (como son Enoch, Todd, citados por De Pauw, 1994) y era la explicación psicoanalítica más frecuente en la década de los 60. Sin embargo, aparecieron diversos cuestionamientos a esta teoría (De Pauw, 1994; Berson, 1983). La idea era que ocurría una regresión psicótica como solución a las fuertes ambivalencias que no serían aceptadas por el paciente. La idea del doble sería una solución a este conflicto, como forma de no sentir la ambivalencia a la persona amada. De Pauw y Berson consideran insuficiente esta explicación ya que no daría cuenta del motivo de requerir esta solución específica; sin embargo, consideran que la ambivalencia está presente. En ese sentido, la ambivalencia, si bien es algo presente e importante, sería insuficiente para explicar el fenómeno clínico.

El splitting patológico ha sido una propuesta comprensiva posterior a las anteriormente descritas (Arieti y Bemporad, 1974; Berson, 1983). Berson lo describe de esta manera (la traducción es mía): «La alteración predominante en la relación madre-hijo parecen ser frustraciones crónicas severas en la temprana infancia» y agrega «En el síndrome de Capgras sugeriría que un splitting patológico ha ocurrido: representaciones de objeto internalizadas son escindidas en buenas (reconocidas conscientemente) y malas (imágenes inconscientes). Estas imágenes persisten hasta que un evento en la relación interpersonal gatilla un importante cambio afectivo. Sentimientos escindidos previamente se hacen conscientes, las imágenes del mal objeto emergen y el paciente declara que el otro significativo no es quien declara ser, sino que es un doble» (p.156). Berson se lamenta que existe en los casos descritos poca alusión a la infancia precoz de los pacientes, pero resulta coherente con el caso que él describe, el que es una mujer que nació en cautiverio en Austria, con una madre deprimida y muchos familiares muertos víctima del holocausto. En este sentido, la propuesta resulta de que más allá del mecanismo normal de escisión inicial propuesto por M. Klein, existiría una experiencia frustrante en el maternaje, que reforzaría este mecanismo, generando un splitting patológico. En este caso, sería, por ejemplo, una madre deprimida que pierde contacto emocional con el bebé, pero lo alimenta igualmente. El bebé realizaría un splitting forzado, en el que el objeto bueno que alimenta requiere ser nuevamente escindido para recibir el amantamiento, escindiendo la distancia emocional. Esto produciría como consecuencia que la representación del objeto y del sí mismo no se logren integrar.

Resulta interesante, en este sentido, el desarrollo propuesto por Bion (1962/1966) de los conceptos kleinianos, en donde propone el concepto del splitting forzado. Este ocurre cuando el bebe se siente en la necesidad de escoger entre la necesidad de mamar para subsistir y la amenaza ante los ataques envidiosos al pecho y el terror a la retaliación. El temor al poder destructivo de la envidia induce una fragmentación entre lo psíquico, como la necesidad de afecto, por una parte, y lo material por la otra (López-Corvo, 2002/2008). En este sentido, cuando el paciente carece de una función alfa que le permita discriminar lo animado de lo inanimado, recurrirá a la obtención de cosas materiales, y no logrará concebir ninguna otra actividad que no sea la introducción de elementos beta u objetos de consumo. De esta forma no logra concebirse a sí mismo y a quienes le rodean como personas vivas, y así como se señaló, quedaría un objeto no integrado que, en momentos de crisis, se percibe completamente desafectivizado, solo con aspectos materiales, adjudicándosele la creencia de ser intruso. Podemos decir entonces que este mecanismo del splitting forzado es relevante en la comprensión de este fenómeno.

Ejemplos clínicos

El síndrome de Capgras es un diagnóstico con el que los psicoanalistas no nos vemos enfrentados, ya que por una parte es un diagnóstico poco frecuente y un porcentaje de pacientes es de resorte neurológico y, por otro lado, no es un tipo de patología con indicación de terapia analítica. A modo de ejemplificación, describiré dos casos. El primero es un caso del cine y el otro de una paciente con cierta sintomatología con aspectos similares a un síndrome de Capgras. Desde ya estoy consciente de que el no contar con un historial clínico del cuadro es una contrariedad. Sin embargo, estos son presentados con el sentido de ejemplificar lo que se plantea.

El caso proveniente del cine es un personaje de una de las historias de la película del reconocido director griego Yorgos Lanthimos «Kind of kindness» (traducida como «Tipos de gentileza»), en la que se describe un síndrome de Capgras clásico. Luego relataré someramente la vivencia de una paciente que me tocó supervisar y que presentaba síntomas en la línea señalada, sin llegar a presentar una vivencia delirante, pero que es útil para comprender la experiencia temprana.

La segunda de las tres historias relatadas en la película señalada es la llamada «R.M.F. is flying». En esta se muestra el fuerte tormento que vive un policía frente a la desaparición de su esposa, una bióloga que iba en una expedición a una isla. Se aprecia que, durante el periodo de desaparición, el policía se encuentra sumamente interferido, viendo semejanzas a su esposa en los delincuentes. En este sentido, habiendo ya distorsiones en

la identificación de su esposa y con grandes angustias frente a la ausencia de ella. Pareciera que hubiera sido necesario verla en otras personas, en fotos o en videos en que tenían sexo grupal con una pareja de amigos. Cuando su esposa es encontrada, el policía se muestra suspicaz. La película toma la mirada del protagonista y en este sentido va mostrando pequeñas «pruebas» de que la esposa es una impostora. En la medida que esta creencia se hace certeza para él, aparece una crueldad intensa hacia la mujer, pidiéndole que se corte un dedo y se lo dé en un sándwich o luego que se saque el hígado y lo cocine. Si bien la película asume el delirio como realidad, en esta historia se puede ver las fuertes angustias generadas por la separación, las que son intolerables, comenzando con ilusiones de la presencia de la mujer en otras identidades, para luego, al volver ella, aparecer paulatinamente la convicción de que es una impostora y con eso los intensos, crueles y muy sádicos ataques.

Si bien se trata de una película y no de un caso clínico, esta nos sirve para ejemplificar lo que hemos venido describiendo. Algunos elementos serían, en primer lugar, que, frente a la ausencia de la esposa, surgen ansiedades intolerables que provocan dificultades con respecto a la identificación de la mujer. Al volver ella, aparecen los sentimientos crueles escindidos. Estos hacen pensar en la profesión de policía, en la que intenta apresar a los «malos», como una forma de manejar estas fuertes ambivalencias de su historia. Sin duda hace hipotetizar sentimientos de abandono traumáticos en los que el objeto querido fue muy odiado frente a la ausencia. Pero este abandono tendría que ser muy temprano, ya que la separación genera angustias profundas de la identidad del objeto querido, perdiéndose la creencia en la continuidad de la identidad. Él le pide que lo alimente, pero a la vez siente un odio no expresado hacia la esposa. Entonces le pide que se corte un dedo y se lo dé en un sándwich. Podemos intentar una construcción de esta escena, en la que el policía siendo bebé, sufrió una intensa separación/ abandono y que, al volver la madre, el bebé hizo un splitting forzado en el que sus emociones de odio se escindieron para poder alimentarse del pecho, y así sobrevivir, pero con un deseo de que la madre sufra al darle pecho, y con un sentimiento de gran desafección mutua.

El siguiente ejemplo es un caso clínico de una supervisión. Este no se trata de un síndrome de Capgras, pero pienso tiene elementos que nos ayudarán a observar dinámicas mencionadas en la comprensión psicoanalítica del caso. La Sra. B, una paciente con una patología limítrofe, al llegar a la consulta, cuenta que ha estado los últimos días muy mal. Siente que hay una impostora en su cuerpo y que ella misma se fue a otro lugar. Ella refiere que es una idea que le surgió; se da cuenta que es «una locura», pero es la sensación con que ha estado. En este sentido, no es una creencia delirante, sino solo una creencia que puede descartar, aun cuando la seguía sintiendo. Dice que esta vivencia ha sido muy angustiante. Esto se da dentro de un contexto complejo

de navidad. La paciente relata que todos los años esas fechas son un periodo malo para ella. Particularmente, este año se produjo una fuerte discusión con su madre, quien insistía en llevar a su nieto a una misa de 2 horas y media, sin importar la opinión del niño ni de la madre del niño (hermana de la paciente). En la discusión, la madre le dice que el problema es que se complace mucho a los niños por lo que no adquieren los hábitos que debiesen adquirir, a lo que la paciente responde muy fuertemente que por eso ella ha requerido estar en tratamientos psicológicos y psiquiátricos por tanto tiempo. La madre de la paciente ha sido descrita como bastante patológica, y con episodios aparentemente psicóticos anteriores. Esta discusión fue relatada durante la sesión, sin que la paciente la asocie a la sensación relatada al comienzo. Sin embargo, dice que la idea de ser impostora comenzó posterior a que una colega que se encuentra emocionalmente inestable le dijera que ahora que está mal, puede entender cómo se sintió la paciente frente a una crisis anterior. La Sra. B relata que sintió mucha rabia con esta colega debido a que recién ahora podía entenderla.

La viñeta recién relatada sin duda tiene muchos elementos, entre los que están las dinámicas transferenciales respecto a la sensación de abandono de navidad, que hacen resurgir fuertes sentimientos hostiles y sentimientos respecto a no ser comprendida, teniendo que hacer un splitting para alimentarse en la sesión, sin embargo, es mi interés poner el foco en un aspecto de la relación precoz madre-hija que ejemplifica los contenidos que se vienen señalando.

Si bien, la sintomatología relatada por la paciente no corresponde a un síndrome de Capgras, pienso que existen ciertos elementos que se relacionan con este. En este sentido, la creencia de ella ser una impostora, si bien es solo respecto de la misma paciente, y no incluye a personas externas, tiene un aspecto de este. Tampoco es una creencia delirante, ya que la paciente misma lo relata como «una locura de mi mente». Sin embargo, pienso que los elementos descritos previamente sobre el síndrome de Capgras permiten construir una comprensión del evento.

La situación laboral simboliza la situación que vivió con su madre en la casa de infancia, en la que se desea someter al infante, fría e impositivamente, a discursos y creencias, dentro de un contexto navideño. Navidad que tiene relación simbólica con el nacimiento y el recibimiento del hijo por la pareja de padres. La madre busca someter a una larga y tediosa misa al niño. El nacimiento, la natividad, no es vivido como una alegría sino algo que somete a una situación tediosa y hostil, que provoca en la paciente un splitting forzado, escindiendo a la madre como la dadora, pero también una con la que se generan intensas rabias frente al sometimiento. La paciente rememora fuertemente elementos de una relación madre-infante compleja que requirió un splitting forzado para mantenerse en esta relación, preservando, por este mecanismo, la posibilidad de

mantenerse en la relación, evitando los sentimientos de odio pero dejando una relación emocionalmente plana y los afectos quedan en otra persona. Por cierto, estos son elementos no simbolizados y vividos intensamente en la relación transferencial. Las fuertes rabias son difíciles de manejar, fomentando la escisión y generando la idea del impostor. Quizás sea relevante mencionar que la Sra. B trabaja en un lugar con pacientes en estado neurovegetativo persistente, replicando en la fantasía la relación descrita con la madre. El estado neurovegetativo sería el estado provocado por dicho splitting tanto de la madre como de la terapeuta. La idea del impostor surge frente al estado en que la continuidad del self y del objeto, en cuanto creencia necesaria, precozmente se pierde frente a las ausencias, debiéndose construir una identidad impostora en el objeto o en sí misma, en este caso el «estado neurovegetativo» sería en la paciente.

ciendo el mundo a partir de ideas que constituyen creencias, necesarias para la comprensión del mundo. También permiten observar la sensación de ajenidad cuando esta función queda obliterada por algún motivo. Pero también puede permitir pensar en las fantasías no delirantes que surgen en pacientes neuróticos, compatibles con el film «The Truman Show», las que pueden ser bastante más frecuentes que el síndrome mismo recién descrito, o entender elementos más aislados del síndrome en pacientes en que se presentan como fantasías o ansiedades que recrean inconscientemente vivencias muy precoces del psiquismo, como es el caso presentado.

Conclusiones

Uniando y ordenando los conceptos vertidos hasta aquí, podríamos proponer que los conceptos propuestos por Britton relativos a la creencia resultan de utilidad, es decir, la creencia tiene una función estructurante del aparato psíquico. Las creencias surgen en nuestro aparato mental como una forma de conocer. En un primer momento son tratados como hechos, y es en un segundo momento en que podemos cuestionar nuestras creencias. En casos en que este aparato resulta dañado, el mecanismo normal de conocer se afecta directamente. En estas condiciones, no es posible mantener una creencia de continuidad de nuestro self, ni de los seres que nos rodean. Frente a esto se genera una situación de extrañeza y ajenidad. En estas condiciones, se desarrolla un estado emocional paranoide. La idea de los «dobles» sería una solución en respuesta a esta perplejidad, surgida de vivencias estructurales del aparato psíquico, generadas precozmente. Una creencia delirante que llena el vacío generado.

En la propuesta del splitting patológico, este es considerado como un mecanismo utilizado precozmente y que decanta en la generación de esta creencia, como serían ciertas relaciones objetales existentes que emergen como respuesta ante esta nueva situación. En este sentido, la ambivalencia, como una historia materno-infantil que requirió un splitting patológico, sería revivida en estas condiciones, apareciendo estas creencias arcaicas que emergen en estas condiciones de detrimento del aparato psíquico. A lo anterior se agrega la vivencia de abandono, como vivencia desestructurante de la continuidad del self o del objeto.

La mirada de estos casos permite entonces ver funcionamientos primitivos, en cuanto elementos arcaicos de la psiquis, como dinámicas de la temprana relación madre-hijo, y comprender sobre cómo vamos cono-

Resumen

En este artículo se realiza una revisión del síndrome inicialmente llamado «ilusión de los dobles» y posteriormente denominado «de Capgras». Se describe el contenido delirante característico, para luego hacer una interpretación psicoanalítica de éste. La propuesta es que, con la comprensión del cuadro, es posible entender fenómenos primitivos del psiquismo. Se analiza la «creencia», como elemento necesario para el proceso de conocer, motor fundamental del aparato mental, a la par con el amar y el odiar. Se revisa también el postulado de una relación madre-infante primitiva con escisión forzada. Se plantea el caso de una paciente no delirante con elementos similares al «Capgras», proponiéndose algunos mecanismos primitivos precoces concordantes con lo expuesto previamente.

Palabras clave: Síndrome de Capgras, Splitting forzado, psicopatología, impostor.

Abstract

This article reviews the syndrome initially called «doubles illusion» and later called «Capgras». The characteristic delusional content is described, to later carry out a psychoanalytic interpretation of it. The proposal is that with the understanding of this picture, it is possible to understand primitive phenomena of the psyche. In this case, belief is analyzed as a necessary element for knowing. The latter as a fundamental drive of the mental apparatus, along with love and hate. Subsequently, the postulate of a primitive mother-infant relationship with an enforced splitting is reviewed. A case of a non delusional patient with elements similar to «Capgras» is presented, proposing early primitive mechanisms in accordance with what was previously developed.

Keywords: Capgras syndrome., enforced splitting, psychopathology, impostor.

Bibliografía

1. Arieti, S., & Bemporad, J.R. (1974). Rare, unclassifiable and collective psychiatric syndromes. In S. Arieti & E. Brody (Eds.), *The American Handbook of Psychiatry* (2nd Ed.) (Vol. 3). New York: Basic Books, Inc.
2. Beers, C.W. (1908). *A man that found itself*. New York: Longman»s Green.
3. Berson, R. (1983). Capgras» Syndrome. *American Journal of Psychiatry*, 140(8), 969-978.
4. Bion, W. (1966). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Ed. Hormé-Paidós. (Trabajo original publicado 1962)
5. Bion, W. (1988). *Elementos del psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Hormé-Paidós. (Trabajo original publicado 1963)
6. Britton, R. (1998). Belief and psychic reality. En *Belief and imagination: Explorations in psychoanalysis* (pp.8-18). London: Routledge.
7. Capgras, J., Reboul-Lachaux, J. (1923). L'illusion des »sosies» dans un délire systématisé chronique. *Bulletin de Societe Clinique de Médecine Mentale*, 2, 6-16.
8. De Pauw, K. (1994). Psychodynamic approaches to the Capgras delusion: A critical historical review. *Psychopathology*, 27, 154-160.
9. Ellis, H., Luaute, J.P., Retterstol, N. (1994). Delusional Misidentification Syndrome. *Psychopathology*, 27, 127-130.
10. Freud, S. (1986). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 12, pp. 1-76). Buenos Aires: Amorrortu eds. (Trabajo original publicado (1911[1910]))
11. Janet, P. (1903). *Les obsessions et la psychasthénie*. Paris: Alcan.
12. Kahlbaum, K.L. (1866). Die sinnes delirien. C. Die illusion. *All Z Psychiatr*, 23, 56-78.
13. Kraepelin, E. (1968). *Lectures in clinical psychiatry*. New York: Hafner. (Trabajo original publicado 1904)
14. López-Corvo, R. (2008). *Diccionario de la obra de Wilfred Bion*. Madrid: Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado 2002)
15. Santander, P. (2023). Comprensión psicoanalítica del síndrome de Cotard. Revisitando el caso Schreber. *Revista Chilena de Psicoanálisis*, 37(2), 15-19.

PEDRO Y SU MAMÁ: CONTINUIDADES/ DISCONTINUIDADES. UNA INTERVENCIÓN TEMPRANA

Lilian Hitelman J.¹

There is no such thing as an infant, meaning of course, that whenever one finds an infant one finds maternal care, and without maternal care there would be no infant.

Winnicott, 1940.

Introducción

Pedro y su entorno

Primer contacto

Escucho una voz de mujer por el teléfono que me dice que necesita una hora para su hijo, quién no para de llorar y no hay razón aparente para ello, a pesar de estar alimentado y aseado llora y agrega «y con pena». La noto ansiosa de contarme lo que le sucede con su hijo, en una forma de aparente calma.

Decido citar en una primera entrevista a la madre con el padre del bebé, para que me cuenten qué les sucede. La pareja llega unos minutos adelantados, me cuentan que tienen unos mellizos y que están aquí por Pedro, quien llegó a la casa teniendo 6 semanas de edad. Su mellizo, estuvo sólo 10 días en la clínica y está muy bien en la casa con ellos.

Ambos nacieron por cesárea a las 34 semanas; el embarazo debió ser interrumpido porque Pedro no crecía lo esperado, a pesar de haber estado la madre un mes en reposo. Los últimos 15 días estuvo hospitalizada. Pedro, fue el primero que nació, pesando 2 kg y bajando

a 1,700 kg. Estuvo un mes en incubadora y dos semanas en cuna en la neonatología.

Pedro, lleva dos semanas en casa y llora mucho, el equipo médico no encuentra causa biológica que justifique esta situación. La madre refiere que: «llora desconsoladamente y no sabemos cómo calmarlo, se angustia y dispersa, se pone tieso». Agrega, «es un llanto desconsolado, es difícil que esté tranquilo, se dispersa».

Pregunto: ¿qué significa que se disperse? La madre responde «Se agita y tiene ruidos particulares como mmm aah, hace gestos con la boca, no permite que lo acurruque. Sus rutinas son aseo, comer y dormir, pero él no logra dormir y comienzan unos llantos desgarradores. Hemos hecho de todo». El padre agrega que él lo hace «lulo» y que eso lo tranquiliza un rato, pero pronto comienza a tratar de zafarse (hacer un lulo es una técnica, en la que se envuelve al bebé en un pañal para calmarlo). La madre me pregunta con los ojos en lágrimas, «eso

del lulo ¿no le hace mal?». El padre interrumpe comentando que Pedro va a ser fuerte, que lucha con el «lulo».

Pregunto por el momento en que deciden tener hijos: manifiestan que llevaban más de dos años viviendo juntos y que quisieron hacer familia, pero no se embarazaban, entonces comenzaron un tratamiento en que se concluyó que ella tenía poca reserva de óvulos, por lo que hicieron dos intentos de inseminación asistida y un in vitro. Le implantaron dos huevos y un tercero quedó congelado. «Nos dijeron que Pedro se implantó 5 días después que su mellizo y en un principio dijeron que era mujer. A los 7 meses empezó a crecer menos, en el momento de la cesárea vieron que el cordón umbilical era muy delgado».

Realicé una entrevista a cada padre por separado, con el fin de conocerlos con más profundidad y saber sobre sus historias de vida. Al respecto, es relevante mencionar que la madre tuvo una relación distante con sus padres y no tiene explicación al respecto. Dice: «siempre fui independiente, era reservada, mi madre se trataba de acercar, pero como que no sentía confianza, ella es muy individualista y su regalón era mi hermano menor, así que me hice un lado».

También me cuenta que incluso cuando tuvo un cáncer, a los 16 años; no buscó el apoyo emocional de sus padres, «me las arreglé sola, no fue tan difícil, quizás no le tomé el peso». Le pregunto por consultas previas al psicólogo y me responde que cuando no podía embarazarse el doctor le sugirió que consultara por estar muy ansiosa, «tenía algo así como crisis de pánico, por no poder controlar la situación, pero con medicamentos salí rápido».

Con respecto a la entrevista con el padre, se hace difícil obtener información, ya que considera que todo es «normal o común y corriente». Es significativa su dificultad para conectarse con vivencias emocionales en situaciones de separación, por ejemplo, cuando se viene a estudiar a Santiago, ya que su familia de origen es de provincia, dice no recordar que haya sido especialmente difícil ni haber extrañado; «lo que todo joven de provincia debe vivir para poder estudiar».

Con respecto al nacimiento de sus hijos y la presencia de los abuelos; «sí, me hubiera gustado que pudieran ayudar en lo práctico, pero no se puede...viajan cuando pueden, vinieron cuando nacieron y mi mamá ahora está acá y se quedara un tiempo, lo que pueda». Observo poca consciencia de lo particular de la situación con respecto al nacimiento de sus hijos, con tendencia a normalizar la situación y centrado en lo práctico.

A menudo dice verbalizaciones como «es cosa de tiempo, de organizarse mejor, mientras más niños tengan rutinas más claras, ya van a crecer».

Sobre sus primeros días de vida

Pedro fue el primero en nacer, se lo mostraron a la madre y se lo llevaron, «no sabemos la razón, sólo sucedió»; el mellizo se quedó en el regazo de la madre. Al día siguiente ella fue a verlo a neonatología, lo notó inquieto. Recién a los 8 días de vida, la madre lo pudo tomar en brazos, debido a que hizo apneas. Fue alimentado con leche materna vía sonda. La madre dice: «creemos que lo pasó mal en la clínica, por el desapego en la incubadora...es como un niño adoptado». Le pregunto, ¿por qué adoptado? La madre responde «como que no fuera su casa, no creo que le hubieran hecho algo en la clínica... se me pasó por la mente que fuera un niño «cacho». Cuando lo llevamos a casa...no es su ambiente».

Pedro estuvo un mes y dos semanas hospitalizado, tuvo poco contacto físico con la madre, ella lo visitaba dos veces al día y recuerda haber estado angustiada porque «no podía estar ni con uno ni con otro», el salir de la casa a ver a Pedro la alejaba del mellizo. Mencionan que ellos presionaron para que lo dieran de alta. Pregunto: ¿cuál era la causa que siguiera en la clínica? Me cuentan que él presentó apneas y que por esto permanecía hospitalizado, por prevención, entonces lo trajeron a casa con monitoreo; lo que no han podido implementar ya que, por los llantos y movimientos constantes de Pedro, el monitor suena. El medicamento para prevenir estas apneas debe dejar de dárselo la próxima semana por indicación de la neuróloga.

Les digo que imagino que este tema de las apneas debe angustiarlos, y el no poder usar el monitor debe ser un tanto preocupante; ambos dicen casi al unísono: «no, él nunca está solo».

La madre si bien tiene leche, no dio de mamar a ninguno de los dos por tener pezón umbilicado; dice haberlo intentado, pero esto y el que Pedro no se pudiera prender del pezón la ponía más ansiosa.

Pienso que hay dificultades más psicológicas que prácticas para amamantar; las que van más allá de lo que la madre me explica, pero no digo nada.

Al final de esta primera entrevista, ellos agregan que la kinesióloga les ha mencionado que Pedro no sigue con la mirada, al moverle un juguete o cuando se le habla al unísono con el chasquido de los dedos, a diferencia de su hermano, que sí lo hace. Además, les comenta que Pedro es «más prematuro que lo que en realidad es».

Tengo la sensación que a la madre le cuesta irse de mi consulta, estamos pasados en la hora y ella comienza a excusarse por si no puede traer a Pedro la próxima sesión. Me cuenta que los médicos le han recomendado no sacarlo por lo prematuro y la mala calidad del aire de Santiago, y agrega que ha habido temperaturas muy bajas.

Impresiones después de la entrevista

Me encuentro con una pareja preocupada, la madre angustiada pero no muy conectada emocionalmente consigo misma y con su hijo. Ella tiene muy poca ayuda práctica y emocional, tengo la impresión que funciona intentando ser una buena cuidadora, eficiente pero distante. Creo que no logra entender a Pedro, lo que la angustia y desorganiza, se distancia y centra en -lo que en otras oportunidades en su vida la pudo calmar- ser práctica y eficiente, pero ahora no lo consigue. Me llama la atención el poco contacto de piel que tienen con Pedro.

Me pregunto: ¿Cómo él la va a reconocer con el poco contacto sensorial que han

tenido? Creo que Pedro no puede reconocer a su madre, ni por su olor.

El padre me impresiona como minimizando la situación y la madre me parece como en estado de shock, desconectada de sus emociones y negando sus necesidades.

Me invade una profunda angustia por la vida de este bebé, pienso en las apneas y que ellos deben estar muy angustiados, utilizando mecanismos de defensa psicológicos masivos, como negar el riesgo vital que implica no poder usar el monitor detector de apneas.

Creo que otro aspecto que los trae a consultar es la angustia por el cuidado de la vida de Pedro, no sólo la angustia por no poder calmarlo. La ambivalencia inconsciente de los padres hacia Pedro, recuerdo lo que menciona la madre, sobre el temor a que le hubieran hecho algo en la clínica, que fuera un niño «cacho». Para estos padres, jóvenes bien portados, y sus familias de origen, el tener un hijo que moleste, que esté fuera de los parámetros de normalidad de ellos, es un hijo extraño, «adoptado».

Siento pena por el bebé y su madre y, tengo la tentación de darles indicaciones, tales como que se ponga a Pedro en su regazo, piel a piel. En paralelo pienso que si no lo ha hecho es porque algo le sucede con la cercanía.

Me pregunto cómo poder ayudarlos, sin dar indicaciones, que por lo demás serían sentidas como críticas. Pienso en lo curioso del llamado solicitando una psicóloga para el bebé y posteriormente disculpándose de antemano por quizás no poder «presentármelo». Es probable que en su fantasía inconsciente esté buscando una madre-terapeuta, tal vez, intuye que la dificultad no está sólo en el bebé. O quizás tema quedar excluida de la relación de Pedro con la terapeuta, reafirmando su sensación de «mala madre».

Primera sesión de Pedro y su madre

Tengo preparado para él, una alfombra de goma Eva (alfombra de colores, blanda, pero a la vez firme, de espuma densa por lo que amortigua las caídas), un cojín con diseño infantil y un cascabel que suena al moverlo.

Abro la puerta y está ella con un «huevito» que lleva a la altura de sus caderas que mira hacia afuera, saludo a ambos y los invito a pasar.

Pedro que ya tiene dos meses y una semana de vida, viene muy tapado y emitiendo ruidos, como «quejándose». Ella se sienta con abrigo, a pesar de estar mi consulta muy calefaccionada, y deja el huevito sobre la alfombra. Le menciono que en este lugar trabajaremos.

Saca la manta y veo a Pedro, es un bebé pequeño pero vestido con ropa no precisamente de guagua (pantalón oscuro y camisa escocesa) está con los ojos cerrados y moviendo sus brazos y piernas en forma lenta, en paralelo sigue emitiendo estos «ruidos». No me parece que haya coordinación entre los movimientos de brazos y piernas ni con los sonidos que emite. Pienso que está incómodo al igual que su mamá y que sus propios ruidos son intentos de auto sostenerse.

Ella lo saca y lo pone medio sentado sobre sus piernas, yo lo saludo y me presento con entusiasmo, él no reacciona. La invito a sacarse el abrigo y ponerse cómoda, para aquello deja a Pedro en el sillón medio sentado. Me dan ganas de ayudarla tomándolo en mis brazos, me contengo, espero y observo. Pienso en la intensidad de mi contratransferencia y que la debo contener, no actuar.

Lo vuelve a tomar en brazos mirando hacia mí, él continúa con los ojos cerrados y quejándose. A pesar que la madre lo pone con su cara hacia mí, Pedro aún está envuelto en él, con su quejar no me oye, con sus ojos cerrados no me mira. Me impacto... pienso que así se debe sentir la madre cuando intenta encontrarse con Pedro... ¡Qué difícil tolerar su auto sostén!

Comienza a contarme que ayer, ella lloró por primera vez, pues se sintió frustrada porque él no le prestó atención, agrega que el marido tiene poca paciencia y que Pedro lloró 4 horas, no lo pudieron calmar. Me muestra un video del bebé llorando.

Me impacta mucho este video; sus ojos, su expresión, imagino las 4 horas de llanto, me invade una profunda angustia y pena por Pedro, su madre y toda la familia. Me recupero y le digo que *«quizás me muestra este video para que a través de mis ojos y oídos pueda dimensionar la situación que están viviendo todos»*.

Ella llora y me cuenta que el papá lo hace de inmediato «lulo» y lo deja en la cama, eso a ella no le gusta por

lo que trata de calmarlo en brazos, pero ayer no pudo hacerlo porque estaba invadida por el llanto -cada padre reacciona frente a la ansiedad de Pedro de forma distinta; cada uno piensa que el otro no lo hace bien-.

Le digo que *«parece que cuando deja salir la emoción siente que no puede ser eficiente»*.

Pienso que esta intervención fue incompleta, ya que no agregó que ella no puede imaginar lo que necesita su hijo/extraño, se siente rechazada/abandonada como madre, al igual como se sintió tal vez Pedro en la incubadora, abandonado.

De inmediato me cuenta que cuando tenía 19 años sus padres se fueron a vivir al extranjero y que a pesar que ella no se quiso ir, se sintió abandonada. Que en ese entonces tuvo que ser fuerte y no dejarse abatir por lo que sentía. Agrega que hasta hace poco tiempo no se sentía cómoda con la presencia de su madre, aunque reconoce que le ayuda con los bebés. Recién ahora no la siente como visita, y puede recostarse y descansar en presencia de ella. Mientras la madre me narra su experiencia como hija, Pedro se inquieta, no se ve plácido, duerme y despierta sucesivamente. Le digo en tono suave que *«parece que él siente algo parecido a la mamá, no se puede sentir tranquilo y relajado, le cuesta sentir sus brazos como un lugar conocido»*. Pedro logra conciliar el sueño y a la madre se le llenan los ojos de lágrimas.

Me dice que cree que por algo Dios se lo debe haber mandado; comenta que no sabe por qué el cordón umbilical de Pedro era mucho más delgado que el de su hermano, tenía miedo que no viniera bien. Creo que la madre tenía fantasías de muerte con respecto a este bebé -se implantó 5 días más tarde que el otro embrión, no crecía lo esperado-.

Me pregunta que ¿cómo lo veo yo?, le respondo que juntas lo estamos mirando.

Pienso que es impresionante cómo ella reedita en sus hijos, el trauma con su madre y hermano. Pienso, -no para decírselo-, que este Pedro/enviado pudiera ser una oportunidad para ella de reparar el vínculo con su madre. Guardo en mente esta idea, esperando el momento para ser mencionada; nunca sentí el momento ni el material apropiado para decirlo.

A la sesión siguiente viene sola, -parece que ella necesita de la terapia- me cuenta que, a Pedro aún le cuesta conciliar el sueño, pero que en el día lo logra calmar y que puede distinguir un poco mejor los llantos, que lo nota más conectado con la realidad. Le digo que *«quizás ambos están más conectados»*. Responde que ella se siente más conectada, y que le da pena que el hermano quiere estar más con ella a diferencia de Pedro. Agrega: *«el otro día lloré porque mi suegra lo tomaba y se tranquilizaba, con mi marido igual, duerme en el pecho de mi mamá y mi suegra, en el mío no, quizás es*

porque ellas son más gordas». Le digo que, a pesar de sentir rabia y pena por el rechazo de Pedro, ella logra entenderlo.

Me cuenta que él es asustadizo, que está tranquilo y se asusta; le digo que me parece que antes él estaba mucho rato asustado, como en la neonatología y que ahora puede estar relajado y sobresaltado y que ella ahora, puede discriminar esos distintos estados.

A la sesión siguiente, una semana después, llegan ambos; él viene quejándose, incómodo; ella se ve más familiarizada conmigo y mi consulta, se mueve armónicamente mientras lo toma en sus brazos. Les describo esto a ambos, que *«tengo la impresión que están cómodos acá conmigo»*, agrego diciéndole a él, *«a veces estás un poco inquieto»* -él llora-, le sigo hablando mientras que ella lo acomoda en sus brazos, le cuento que la mamá ya está familiarizada con él y con este lugar. Ella le sujeta el chupete, se calma y ella me sonríe. Inmediatamente me cuenta que la noche anterior él buscó el pecho y que recordando lo que habíamos hablado de la leche, ella le puso el pezón y él se agarró.

Yo había hecho una interpretación/intervención referida a que su pecho y leche no sólo alimentaba su cuerpo de nutrientes, sino que también alimentaba su mente de afecto y contacto, que Pedro necesitaba de eso.

Agrega que no cree que haya tomado mucha leche porque ella se había sacado recién y que el marido le dijo, en tono recriminatorio, *«ahora sí que no se va a calmar sin la teta»*.

Miro a Pedro y digo, como si fuera él el que habla *«si, tomé leche mamá y lo rico fue estar cerca tuyo, aunque papá y mi hermano se pongan celosos»*. La mamá se ríe y me dice que el papá bromea diciéndole al mellizo que no mire lo que hacen la mamá y Pedro.

Los psicoanalistas que trabajamos con infantes que aún no adquieren el lenguaje, sabemos la importancia de la expresión facial, la prosodia, la musicalización de la voz, como medio de comunicación. Y que muchas veces las intervenciones van dirigidas a la diada, al vínculo. «El paciente» es la madre, el bebe y el vínculo entre ambos.

Me comenta que está preocupada por su retorno al trabajo y que piensa dejarlos en una sala cuna. Me siento muy inquieta por esto, pienso en cómo decirle que no es indicado, entonces la invito a pensar en cómo *podría sentirse Pedro en aquel lugar*, ella responde que bien, porque estaría con su hermano, le insisto preguntándole si la sala cuna le podría recordar otro lugar, me dice; *«claro, la clínica»*; le agrego que podría volver a sentirse solo.

En la siguiente sesión, Pedro llega durmiendo. Me comenta que sigue con kinesiología y que la neuróloga

le pidió una polisomnografía, porque en el día le cuesta conciliar el sueño por periodos largos, si bien duerme bien por la noche; además, para descartar las apneas.

Pedro despierta y mira a su madre, ella me dice que está más conectada con él y que ha sentido mucha pena por lo de la Neo. Le digo que ahora puede recordar y pensar acá conmigo en lo difícil que fueron esos momentos para ambos. Lo toma en brazos y me dice que ahora a él le gusta estar en brazos. Le digo con mucha entonación; *«es muy rico estar en los brazos de la mamá, que son distintos a otros brazos»*. Él se queja y comienza a chupetear fuerte al mismo tiempo que tiende a abrir sus brazos. Es como que Pedro me contestara chupeteando fuerte. Le digo que chupetear y juntar los brazos podría ayudarlo a calmarse. La madre me dice que la kinesióloga le ha dicho que aún le cuesta regularse y ponerse en posición fetal. Esta posición lo ayudaría a tranquilizarse; las posiciones más «abiertas», con los brazos hacia afuera no ayudan a la regulación, a diferencias de las más «cerradas», hacia adentro, como lo es la posición fetal, que favorecen la tranquilidad y la regulación emocional.

Recuerda que cuando nació era más disperso, se quejaba y movía todo el rato, que cuando lo veía en la Neo estaba muy inquieto; se le llenan los ojos de lágrimas y Pedro comienza a llorar. Le digo a Pedro con mucha prosodia, *«es muy triste recordar lo inquieto y sólo que te sentías en la Neo, sin los brazos de la mamá»*. Ella lo acurruca y él llora a gritos, como recreándose una situación en la que no se podía regular con el contacto materno, ella se para y comienza a pasearlo, me dice que ya lo conoce y que no se angustia tanto porque sabe que se va a calmar. Le digo que: *claro, que ahora confía en que se conocen y lo puede calmar, que ya están juntos*. Pedro se calma y comienza a dormirse, ella se sienta y me dice que le ha tocado estar sola con ambos y que ya no la angustia estar sola y agrega: *«el otro día conversábamos con mi marido que ahora Pedro también nos da a nosotros, es más gratificante estar con Pedro»*. (Pienso en la disminución de la ambivalencia, en el niño «cacho», no digo nada). Me muestra que a pesar de estar durmiendo se mueve mucho y hace ruidos, ella cree que ahí no descansa. Pareciera que lo asaltan sensaciones somato psíquicas de sus primeros días de vida en la neonatología, quizás los ruidos, el movimiento del día le rememoran esas vivencias.

La invito a pensar ¿por qué en la noche logrará dormir muchas horas y en el día no? Me dice que en la noche está con ella o el marido, *«debe estar más calentito, quizás en el día se siente más solo»*; entonces recuerda que hace unos días durmió en el regazo de la abuela unas horas seguidas, que ella no puede hacer eso porque tiene mucho que hacer, pero que no le importa que duerma con la abuela, con tal que duerma y que debe ser porque la suegra es gorda, por eso debe sentirse más calentito. No digo nada al respecto... me da un poco de risa.

Sobre el término

Atendí a Pedro y su madre por 5 meses, con frecuencia de una sesión semanal. La madre quiso interrumpir con el argumento que Pedro estaba bien, que ella ya se «manejaba» bien con ambos, que él se acompañaba con su hermano y estaba muy acostumbrado a la casa. *«Ya no parece niño adoptado...»*, ríe.

Le digo que, si bien Pedro está mucho mejor, que la relación entre ambos es más cercana y que efectivamente él está cómodo en casa con sus padres, pienso que ambos aún podrían seguir beneficiándose de las sesiones. Ella insiste en no continuar, llegamos al acuerdo de tener dos sesiones más, antes de separarnos.

Al disminuir el síntoma, los padres quieren creer que está todo bien, no aceptan que el trauma no está elaborado.

La madre me llama cuando los mellizos cumplieron un año. Me dice que quería contarme que Pedro estaba bien, finalmente habían decidido que una persona los cuidara en casa. Alcanzaron a ir menos de un mes a la sala cuna y que no fue bueno, sobre todo para Pedro que volvió a inquietarse y a tener problemas para dormir, lo que la hizo recordar nuestras sesiones. Quería contarme eso y agradecerme.

Le agradezco su llamado y le digo que estoy disponible para lo que necesiten.

Aproximaciones Teóricas

Obviamente el haber estado Pedro separado de la madre los primeros meses de vida, sumado a la condición de embarazo múltiple alteró el vínculo temprano madre/bebé. Imagino a Pedro dentro de su madre junto a su hermano, acostumbrado a ciertos ruidos, voces, movimientos, temperatura. Esta situación se interrumpe en todo proceso normal, pero para Pedro lo diferente es que queda sólo en una neonatología, sin su hermano y sin su madre, se perturbó el pase del continente útero al continente, reverie materno, que evita que el nacer se fije como acontecer traumático. Ruidos, voces, luces, temperaturas desconocidas, expuesto a un mundo aterrador. Se produce un desencuentro en el vínculo con la madre... al irse a casa y estar físicamente cerca, siguen separados, no se logran acoplar.

Por otra parte, el escenario interno en el que se desarrolla la historia personal de la mamá de Pedro es de una madre a la que se le activaron sus propios conflictos como hija con su propia madre, expresados en su dificultad para embarazarse y para el maternaje. Principalmente con Pedro como receptáculo de lo escindido de la mala madre versus su hermano mellizo, con el

que se reafirma como buena madre. Con su hijo Pedro -extraño, ajeno, adoptado- pareciera una repetición en cuanto a la presencia de lo tanático imponiéndose en la diada materno-filial sobre una vitalidad inerte y con escasos recursos para enfrentarla. Dan cuenta de ello las diversas dificultades orgánicas y emocionales que refirió la madre en relación a su fertilidad, embarazo y al desarrollo intrauterino de Pedro, como su detenimiento en el crecimiento fetal a las 34 semanas precipitando el nacimiento suyo y de su mellizo como prematuros.

Para una madre primeriza tener mellizos hospitalizados resulta difícil, traumático; más aún si pensamos que el mundo interno que esta madre nos había descrito acerca del vínculo con su propia madre era frío y distante, de poca confianza. Nos narra episodios previos de mecanismos de defensa en la línea de la desconexión emocional consigo misma y la realidad, tales como so-breadaptación y negación frente a eventos angustiantes.

Pienso que es una madre con dificultades en la contención, en la capacidad de reverie. En una situación extrema como la de un parto múltiple, la experiencia de tener una escasa contención externa por un lado, y por otro, un mundo interno con escasos recursos y mucha desconfianza en la propia capacidad maternal -quizás por las dificultades para poder identificarse con su propia madre y la hospitalización de Pedro con la consecuente distancia emocional (a diferencia de su hermano)- hizo que fuera difícil la recepción de las comunicaciones de este hijo por medio de identificaciones proyectivas que permitieran una transformación de unos elementos en otros, posibles de ser pensados.

Mirar este material clínico a la luz de la teoría de Wilfred Bion me ayuda a entender las dificultades en el vínculo Pedro/mamá. Bion (1962/2003) propone como modelo, un aparato para pensar los pensamientos representado por los signos femenino (continente) y otro masculino (contenido). Es la mente de la madre, abierta y receptiva, que recibe por vía de identificaciones proyectivas, las ansiedades de muerte del bebé, ejerciendo a su vez, la función alfa, proveedora de significado, digiriéndolas y devolviéndolas, morigeradas. El logro de construir un aparato mental para pensar pensamientos dependerá de la posibilidad del lactante, a través de la construcción de un vínculo predominantemente amoroso, de introyectar un objeto interno bueno, como pecho continente que pueda albergar y procesar proto pensamientos, y logrando la capacidad de simbolizar. El pecho, en la concepción Bioniana, es epistemológico: otorga conocimiento y sentido a la experiencia emocional.

En este caso, los estímulos sensoriales y las angustias tempranas no pudieron ser transformadas en impresiones sensoriales, elementos acumulables y disponibles para pensamientos oníricos y para el pensamiento inconsciente de la vigilia, debido a que la estadía de

Pedro en neonatología significó que no se implantara la continuidad rítmica con la madre, pues no estaba disponible. Las visitas eran discontinuas y la ausencia, para Pedro, era el encuentro con el «terror sin nombre» (objeto ausente/malo). La madre no estaba disponible (presente/ausente) y su posibilidad de rêverie era escasa. El vínculo con Pedro fue interrumpido por más de un mes en neonatología, tiempo que, para un recién nacido y una madre, es no-cuantificable. La activación de conflictos internos en ella por la relación con su propia madre, donde probablemente emergieron mecanismos de escisión entre sus dos hijos, representantes del hermano y ella, y Pedro, representante de la madre y su propio deseo de muerte.

Pedro no podía dormir, menos soñar, ya que estaba invadido de emociones confusas que lo aterraban. «Terror sin nombre» en palabras de Bion (1962/2003), significaba estar invadido de elementos beta que necesitaba evacuar o expulsar por alguna vía, pues sólo al ser transformados por la función rêverie, estos podrían ser usados en pensamientos oníricos: «Como la función alfa determina que las impresiones sensoriales de la experiencia emocional sean asequibles para el pensamiento consciente y el pensamiento onírico, el paciente que no puede soñar, no puede quedarse dormido y no puede despertar» (Bion, 1962/2003, p. 33). Con la existencia de la función alfa, se logra una adecuada instalación de la escisión en el dormir; acontece el aprendizaje por experiencia; se logra significar, representar y subjetivar cada estímulo sensorial. En vez de hipersensibilidad tendríamos sensibilidad. Pedro no contaba con un vínculo contenedor que le transformara sus angustias, experiencias sensoriales, es decir, que el rêverie materno pudiera transformar los elementos beta en elementos alfa.

Pienso que las sesiones de acompañamiento y la función analítica de contención de las angustias observadas en la diada, el poner en palabras lo que sentía ella, Pedro, y ambos en la secuencia de encuentro y separación entre sesiones, pudo reducir las angustias de la madre con respecto a su fantasía inconsciente de no ser buena madre para Pedro. Ella pudo repetir su conflicto, conectarse con su hijo, adoptado/extraño, subjetivarlo, mirarlo como hijo diferente a su hermano mellizo, y darse cuenta que puede querer a sus dos hijos. Esto facilitó la activación de la función alfa en la madre, y así comprender y significar las necesidades de Pedro. El que Pedro logre dormir implica que puede soñar, conectarse con su mundo interno, con un objeto bueno en construcción. Esto va mostrando un grado de organización mental que le permite sostenerse y aprender de la experiencia.

Comentarios Finales

Aún no logro conceptualizar totalmente de qué aspectos del proceso psicoanalítico pude dar cuenta con cierto grado de especificidad; qué es lo que produjo cambios en la capacidad de rêverie de esta madre y en el vínculo madre/bebé, tomando en cuenta la duración y frecuencia de la intervención.

No quiero dejar de mencionar, aunque sea «poco psicoanalítico», la influencia que tuvo el hecho de que la madre llegara muy necesitada de ayuda; la situación era crítica y sus mecanismos de defensas habituales, le eran ineficaces. Por otra parte, la derivación fue realizada transmitiendo mucha confianza en mis habilidades terapéuticas, lográndose una buena alianza de trabajo en un encuadre psicoanalítico. El grado de compromiso emocional con el caso fue alto; se mantuvo una escucha atenta que permitió que ella, desde su lugar de madre, fuera conociendo a su hijo, respetando su ritmo, con una analista que siempre estuvo un paso detrás de ella; primó un clima empático, se usó prosodia y musicalidad en la voz. Pienso que la dupla madre/bebé pudo sentir el genuino interés de la psicoanalista en comprender y colaborar en su proceso de mutuo conocimiento.

El poder acompañar a Pedro y su madre en este proceso de reconocimiento mutuo ha sido un privilegio. Indudablemente la verbalización de la madre: «es como un niño adoptado», alude a la ruptura en la continuidad del vínculo entre ambos, a causa del trauma preconceptual (López-Corvo, 2020/2021) que sufrió Pedro al estar un tiempo significativo hospitalizado; seis semanas son infinitas para un recién nacido que resulta desprovisto de las palabras y el contacto de piel que brinda la madre. A raíz de esto, Pedro no podía ser calmado por su madre, no la reconocía como tal. Esto perturbó el acoplamiento madre/bebé y ella lo percibía. Hubo ausencia de rêverie además de angustias de muerte que circulaban en el entorno -las apneas que no podían ser monitoreadas- que dejaron marcas importantes. Conjeturo que, de no ser intervenido el vínculo, se habría perpetuado el trauma o se habría creado una segunda piel para sobrevivir (Bick, 1968/1970). Para una madre, el no ser reconocida por el hijo -como ella hizo con su madre- es sumamente frustrante y angustiante, e ineludiblemente se desencadena un círculo vicioso de desencuentros.

La madre pudo pensar lo impensable en el momento que, en sesión, ella pudo recordar emocionalmente y pensar los momentos que vivieron en neonatología, y así comenzar a imaginar lo que su bebé, ya nombrado como Pedro, debió haber sufrido allí, hospitalizado. De ese modo se va poniendo en juego su capacidad de rêverie, a la vez que va haciendo el trabajo de duelo de la situación traumática vivida como familia y dupla. La madre también pudo elaborar sus duelos tempranos

como hija; ahora que es madre, puede reconocer a su madre -que ya no siente como visita-. Esto significa que puede recordar para luego olvidar y así elaborar lo traumático.

El proceso de reconocimiento de ambos, como díada de madre y bebé, se fue dando lentamente; la madre lo fue conociendo a él y él a ella; ella logró distinguir sus llantos y calmar a su hijo. Pedro fue transformando la experiencia de un encuentro con displacer en ensoñación; el «lulo» fue reemplazado por los brazos, considerando todo lo que implican los brazos.

Pedro va en vías de poder introyectar a la buena madre, para permanecer durmiendo en ausencia concreta de ella, pero en presencia de un objeto interno bueno. El desencuentro entre ambos se ha convertido en momentos de encuentro. Se ha activado un proceso de «digestión mental», donde los elementos beta pueden ser transformados en elementos alfa, básicos para el proceso de simbolización.

Resumen

Este texto busca describir el trabajo clínico de una psicoanalista, al intervenir en la familia de un lactante recién nacido con problemas de sueño, abordando principalmente la tarea con la díada madre/bebé. La clínica incluye las reflexiones de la psicoanalista, dando cuenta del marco psicoanalítico que la acompaña y la guía. Se describen conceptos fundantes de lo que el psicoanálisis plantea sobre el trauma en el desarrollo perinatal.

Palabras Clave: Afectos, vínculo madre/bebé, trauma perinatal, «terror sin nombre»

Abstract

This text aims to describe the clinical work of a psychoanalyst working with the family of a newborn with sleep issues, focusing primarily on the work with the mother-baby dyad. The material includes the psychoanalyst's insights, highlighting the psychoanalytic understanding. Trauma in perinatal development is analyzed a psychoanalytical perspective.

Keywords: Affects, mother-baby bond, perinatal trauma, «nameless dread»

Bibliografía

1. Bick, E. (1970). La experiencia de la piel en las relaciones de objeto tempranas. *Revista de Psicoanálisis APA*, 27(1),111-117. (trabajo original publicado 1968)
2. Bion, W. R. (2003). *Aprendiendo de la Experiencia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado 1962)
3. López-Corvo, R. (2021). La desolación en el corazón del trauma pre-conceptual. En *La traumática desolación de los niños* (p.115-123). Buenos Aires: Ediciones Biebel. (Trabajo original publicado 2020)
4. Winnicott, D. W. (1965). The theory of the parent-infant relationship. En *The Maturational Processes and the Facilitating Environment: Studies in the Theory of Emotional Development* (p.37-55). London: Karnac. (Trabajo original publicado 1960).

Bibliografía complementaria

1. Klein, M. (2008). Los efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual de la niña. En *El Psicoanálisis de niños* (p.206-248). México: Paidós, 2008. (Trabajo original publicado 1932)
2. Klein, M. (2009). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Envidia y gratitud y otros trabajos* (p.10-33). México: Paidós. (Trabajo original publicado 1946)
3. Klein, M. (2009). Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa. En *Envidia y gratitud y otros trabajos* (p.34-51). México: Paidós. (Trabajo original publicado 1948)

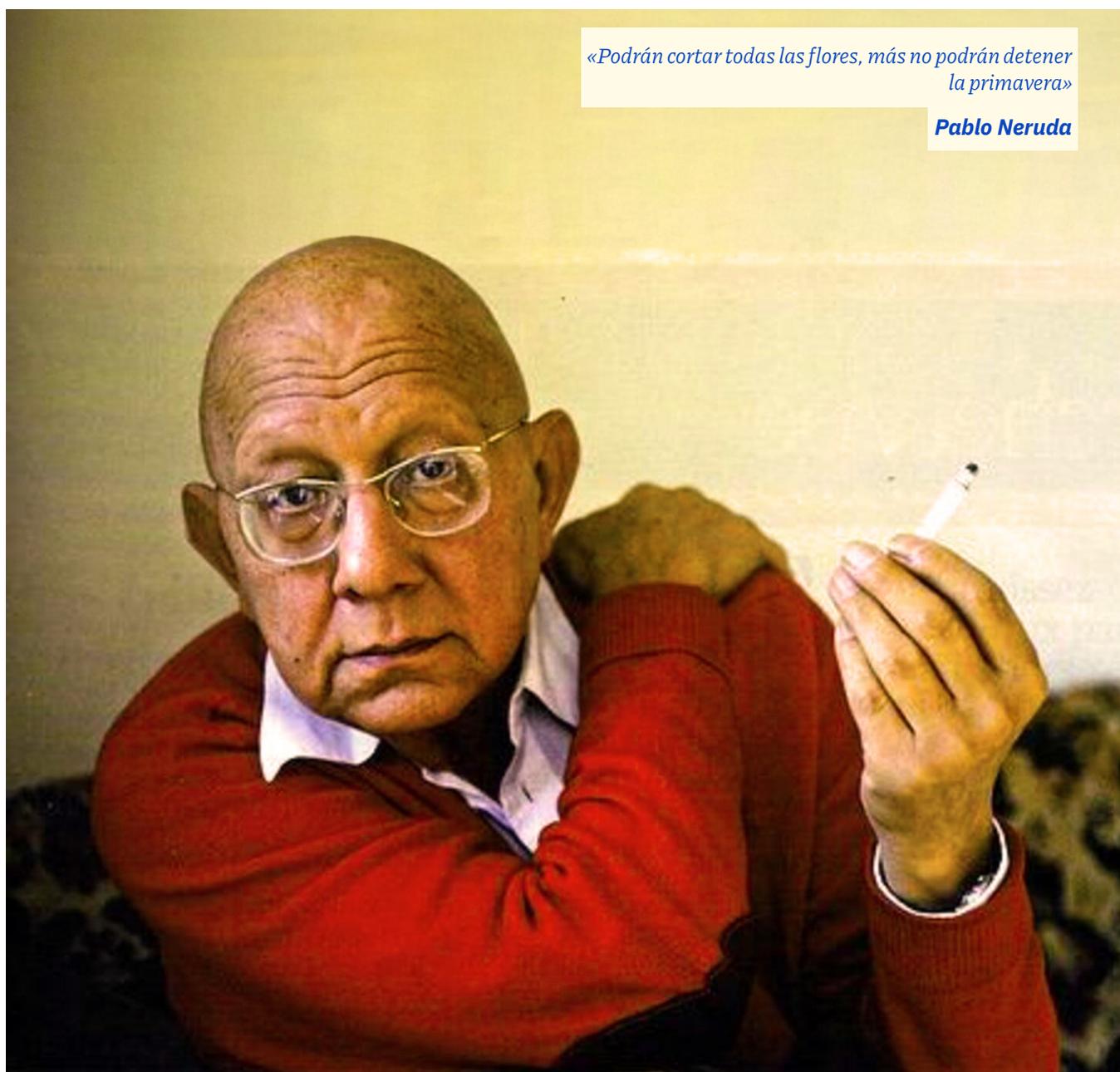
MONOGRAFÍA

CORNELIUS CASTORIADIS: ACERCAMIENTO A ALGUNOS DE SUS PRINCIPALES CONCEPTOS

Nicole Gomberoff S.¹

*«Podrán cortar todas las flores, más no podrán detener
la primavera»*

Pablo Neruda



1 Psicóloga. Psicoanalista APCh

Tokio, paciente a quien atiendo hace aproximadamente 4 años me mira, llevamos unos 10 minutos en silencio... Mis pensamientos toman su propio camino. Comienzo tratando de entender en qué estará y cómo se sentirá, mientras percibo fuertemente que sus intensas angustias poco han de parecerse a las más terribles mías. Me conmueve lo mal que lo pasa. Me pregunto ¿Qué hacer con su ajenidad? Me acuerdo de mi supervisor con quien hemos hablado de lo importante que será que emerja el odio en nuestra relación, y me pregunto cómo hacerlo... Espero... Pienso que ayer murieron muchos ucranianos tras un bombardeo, ¿Por qué está pasando algo así? ¿Qué nos pasa a los seres humanos? ¿Qué le pasa a Putin? ¿al mundo? En nuestro país una nueva constitución nos divide, pensar distinto puede ser un problema. Pienso que, a veces, es tan difícil atreverse a pensar libremente. ...miro a Tokio, le pregunto en qué está... Me dice: «en que no sé hablar» ... No logro entender a qué se refiere con esto. Me siento muy angustiada.

Introducción: Entrada al laberinto

El embrollo comenzó cuando quise comprender desde el psicoanálisis, algunas problemáticas de índole más social. La turbulencia actual, tanto en Chile como en el mundo, la acentuación de las diferencias y la no aceptación del otro, daban vueltas en mi mente. Pensaba en narcisismo y reflexionaba sobre el dolor que produce el (des)encuentro con el otro, la pérdida de la omnipotencia, el abandono del estado al que Freud llamó: «Yo placer purificado». Hubiese sido sencillo seguir en esa línea, pero en mis lecturas apareció Cornelius Castoriadis, filósofo y psicoanalista greco-francés, revolucionario y radical en su pensamiento, a quien había escuchado pocas veces a algunos profesores sin que capturara realmente mi atención.

Su obra, extensa y variada, que abarca diversas dimensiones sobre la experiencia humana, incluido lo político, lo social, lo histórico e individual, resultó ser extremadamente exigente en su lectura. Recorrerla, me iba haciendo sentir que tenía algo de inabarcable y que mis bases de conocimiento sobre pensamiento francés, filosofía, estructuralismo y marxismo entre otras, dificultaban aún más la misión. Pensé que sería imposible intentar dar cuenta, aunque sea de una parte de su trabajo, al ser este tan extenso, complejo y fascinante. Una y otra vez, surgía la pregunta interna; ¿En qué lío me metí?

Si bien esta interrogante no desaparece, tampoco lo hizo el deseo de entregarme a la lectura y darle rienda suelta al profundo deseo de conocer más de su persona y su trabajo.

Tanto su obra como su pensamiento, nos suele llevar por distintos caminos, invita a movernos entre recovecos donde a veces doblamos y otras volvemos la marcha

para buscar una nueva salida. Para él pensar, tal como lo definió en «Encrucijadas en el laberinto» (2001), requiere transitar bajo la oscuridad y asumir que a veces no se verá la luz, tolerando la penumbra. Así accionamos los seres humanos cuando buscamos profundizar nuestro conocimiento.

Al tratarse de un autor que viene de la filosofía y la política, se ha mantenido un tanto en la marginalidad, como un externo en el mundo psicoanalítico. Sin embargo, tuvo sus reconocimientos; André Green lo consideraba una de las personas más inteligente que haya conocido, y lo invitó a continuar con su carrera para dar movimiento a las ideas y teorías psicoanalíticas.²

Castoriadis, poco conocido en nuestro medio chileno, consideró necesario salir del solipsismo psíquico que propone el psicoanálisis, ampliando la mirada a una relación obligada ente la psique y lo social. Para él, política y psicoanálisis son dos miradas imprescindibles para comprender lo humano. No se trata del clásico dualismo mente/cuerpo o realidad interna/realidad externa, se trata de una relación necesaria e imposible a la vez, de una creación constante, donde el imaginario individual y social se va nutriendo uno del otro, creando y también cerrando posibilidades. «*La psique se socializa, incorporando significaciones imaginarias sociales y la sociedad sobrevive gracias a esa incorporación*» (Franco, 2003, p. 11).

Cornelius Castoriadis recuerda que Freud dijo que la política, la pedagogía y el psicoanálisis, son profesiones imposibles. Imposibles por su voluntad de cambio inacabable, e imposibles en la medida que buscan que este cambio no sea impuesto (cuando cualquiera de estas disciplinas se realiza, desde la necesidad del crecimiento humano y no en el intento de imponer posturas e ideales). Se tratan de disciplinas que buscan el crecimiento y evitan el adoctrinamiento, cuestión que será central en su pensamiento.

El estudio del autor comenzó cuando tropecé con el concepto de «Mónada Psíquica», que pensé similar a un periodo originario de tipo narcisista. La curiosidad me fue llevando a lecturas que me parecieron en extremo originales y creativas, dando luces distintas sobre el tema que me abocaba. Al intentar estudiar y entender dicha noción, comprendí que no era posible de hacer sin un contexto, y que debía intentar acercarme a su pensamiento, lo que requeriría un mayor estudio, que diera cuenta del desarrollo histórico de algunas de sus ideas esenciales. Me pareció que también era importante conocer su biografía, que, dada la importancia de los contextos históricos/sociales para su pensamiento, parecía deshonesto no incluir. Uno de mis objetivos será transmitir lo apasionante que puede llegar a ser la lectura de un autor que se atreve a generar nuevas ideas y contribuir desde lo social a abrir la mirada del psicoanálisis. Espero lograr transmitir sus principales

² Luis Hornstein (autor que ha escrito extensamente sobre narcisismo), escribió el prólogo del libro «Magma» de Yago Franco, sobre la obra de Castoriadis.

contribuciones; que incluyen una mirada desde la lógica de los Magmas, la comprensión de conceptos como el de autonomía, imaginario e Imaginación radical. Dichas nociones, permitirán arribar con mayor profundidad a la de Mónada psíquica tanto como desarrollo necesario de la mente, como en su función socializante. Por último, quisiera converger en el tema que me llevó al estudio de Castoriadis, es decir, su mirada sobre el nacimiento del odio (psíquico y social), su relación con la Mónada, y el modo en que se presenta en nuestra sociedad.

El Autor; breve bibliografía y contexto social

Nació en Estambul (imperio Otomano) en 1922. A sus 3 meses de vida, la familia emigró a Atenas, ciudad que fue su residencia hasta 1945 cuando se fue de manera definitiva a Francia. Cesar, su padre, fue un hombre extremadamente autoritario, intelectual y con un gran compromiso político, por el cual afirmaba estar dispuesto a dar su vida y fue quien enseñó a Cornelius, el valor de la república y la revolución. Su pasión por la música, que casi lo llevó a dedicarse a ella, se la debe a su madre, Sofía, mujer descrita como una belleza apabullante y de enorme amabilidad (a quien le debemos la sensibilidad del autor). La mujer, tras casarse con Cesar, a quien su familia aristócrata no apoyó y por la cual fue desheredada, sufrió de varias infidelidades por parte de él, cuya secuela fue el contagio de una grave enfermedad. Sofía murió cuando Cornelius tenía 16 años, tras lo cual él sufrió de alopecia, perdiendo todo el sistema piloso.

A los 15 años, siendo un alumno modelo y destacado, mientras convivía con la dictadura fascista de Metaxas, se afilió al partido comunista luchando primero contra el dictador y luego ante la ocupación alemana. Sin embargo, se fue desencantando rápidamente con el partido, debido al énfasis político puesto en la URSS más que en la situación local, temática a la que dedicó gran parte de sus escritos iniciales.

Oponiéndose al deseo de Cesar de tener un hijo médico, Castoriadis, se matriculó en derecho y ciencias económicas y políticas. Además de este doble plan, se dedicó a un profundo estudio de la filosofía. A sus tempranos 20 años, tenía a su haber la traducción al griego de «Economía y Sociedad» de Max Weber. En literatura tradujo a Rilke y también varios libros de Stefan Zweig. El recuerdo de quienes estudiaron con él, es el de su potencia intelectual y su capacidad para entablar complejos diálogos con sus maestros, que pocos estudiantes podían seguir. Todo lo anterior mientras militaba y se iba transformando en una figura conocida por sus ideas revolucionarias, su gran conocimiento de filosofía y el rigor de su pensamiento.

Hacia 1945 la situación política era muy peligrosa para él, siendo perseguido tanto por la Derecha como por el ejército popular de liberación. Castoriadis, estuvo dos meses oculto, hasta que, en diciembre de ese mismo año, logró escapar y se trasladó a Francia³. Continuó con sus estudios de Filosofía en el Instituto de Francia y se unió al partido comunista internacional y más tarde al movimiento Trotskista, donde conoció a Rilka Walter⁴, con quien, en 1947, tuvo a su primera hija, Sparta⁵. Su matrimonio fue de corta vida y de importantes apreturas económicas.

En 1948, comenzó a trabajar como economista en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, lo que le permitió vivir con mayor holgura, y ocupar la mayor parte de su dinero en la revista «Socialismo y Barbarie»⁶, fundada un año después junto a su amigo Claude Lefort⁷. Esta revista, se da en el marco de su ruptura radical con el partido Trotskista. Su reflexión partió de su militancia política dentro del PC, advirtiendo la contradicción que imposibilitaba ser revolucionario y Marxista a la vez, ya que el Marxismo requería fidelidad a una doctrina, que según él no animaba ni a la reflexión, ni a la acción. Posteriormente se embarcó en partidos políticos anti estalinistas, buscando la libertad de pensamiento y acción que ninguna dictadura (de izquierda o derecha) permitía a sus ciudadanos. Socialismo y Barbarie fue el lugar donde plasmó sus ideas innovadoras y su pensamiento revolucionario y profundo, cuestionando al Marxismo, Leninismo y al Trotskismo, apuntando a los absolutismos y al nuevo mundo (guerra fría), en los que ambos polos apuestan por el poder y la dominación. Desde ésta plataforma solía escribir con distintos seudónimos, siendo entre los más reconocidos los de Piere Chaulieu, Paul Cardan y Jean Delvaux.⁸

En 1955, antes de acercarse al psicoanálisis ya planteaba un conflicto entre las estructuras sociales e individuales (psicológicas), asentando su visión respecto de que se nos imponen ideas respecto al trabajo, al sexo y formas de comportarnos, inhibiéndonos de lo que serían nuestras formas naturales. Cobra importancia un concepto fundamental; el de autonomía, que supone las capacidades de los actores sociales de manejarse por sí mismos.

Su interés por el psicoanálisis, data desde sus más tempranos estudios. Entre 1960 a 1966 emprende su primer análisis⁹ y adhiere al movimiento lacaniano

3 Se trasladó en el Barco «Mataora» hasta Tarento, Italia. Viaje de contrastes donde primó la pobreza y el hambre, así como la amistad. Es conocido por la gran cantidad de intelectuales y artistas que transportó. Este plan se le debe a Octave Merlier.

4 Los siguientes 3 años serán de gran dificultad económica. Ambos bohemios, intelectuales y apasionados por el juego.

5 Quien posteriormente será psicoanalista.

6 Uno de sus grados colaboradores fue el psicoanalista Jean Laplanche.

7 Gran amigo, pero también rival. Relación profunda y ambivalente. El abandonará la revista (el grupo) en 1958, por sus diferencias irreconciliables.

8 Lo hacía ya que aún no era ciudadano francés y temía ser expulsado. Tampoco quería arriesgar su puesto en la OCDE

9 Con Irene Perrier.

desde su constitución. Su lucha contra el totalitarismo lo hace abandonar tempranamente a la sociedad Lacaniana (1969), por cuestiones asociadas a la formación y a las reglas burocráticas de la nueva institucionalidad. En 1970, renuncia a su cargo en la OCDE, para formarse como psicoanalista. En 1973, comienza su ejercicio como clínico (para el autor, lo principal será la búsqueda de la autonomía del analizante, a través de una actividad que él llamó practica-poietica). Su interés inicial será la psicosis y su intento por darle sentido al delirio.

En 1968 se casó con Piera Aulagnier. Ambos se interesaron en los vínculos entre la dimensión psicoanalítica y la social, otorgando a lo histórico social un estatus desde el cual se hace necesario pensar al psicoanálisis. También son parte del 4to grupo, cúpula que abandonó al grupo Lacaniano, para posteriormente criticarlo, entre otras cosas, por haber dejado de lado los afectos en su teoría y criticando más que a Lacan, al Lacanismo. Este matrimonio duró 10 años, posteriormente se casó con Zoe Christophides, con quien tuvo su segunda hija, Cybele, en 1980.

Castoriadis, muy apreciado por algunos y odiado por otros, controversial, revolucionario, creativo y activo en su pensar, falleció el 26 de diciembre de 1997, tras varias cirugías y complicaciones cardíacas.

Lógica de los Magmas¹⁰

El diccionario de la lengua española define Magma como: «Masa ígnea en fusión existente en el interior de la tierra, que se consolida por enfriamiento». La idea de masas o estratos distintos que se funden y solidifican, podría aproximarse al modo en que ideas y pensamientos, se estructuran según el autor. Lo novedoso es que, para él, se trata de un flujo constante de representaciones psíquicas y sociales, con posibilidades infinitas al plasmarse en un hecho o acción.

La lógica de los magmas se opone a la lógica racional o «conjuntista Identitaria», como Castoriadis le llamaba. Se trata de una totalidad contradictoria, con múltiples organizaciones lógicas, no reductibles a una sola organización. Noción aplicable tanto al imaginario radical (psíquico) como al imaginario social.

Castoriadis invita a que se piense en la totalidad de representaciones, sean recuerdos, fantasías o sueños y pregunta si se podrían ordenar, contar, separar o recortar. El magma es indeterminado, a diferencia de cualquier conjunto o entidad matemática. De un magma pueden extraerse o construirse organizaciones conjuntistas, en un número indefinido, no pudiendo ser reconstituidas a partir de dichas composiciones.

La lógica de los magmas permite reflexionar desde ópticas distintas, donde existirían distintas áreas del pensamiento (política, filosofía, economía, psicoanálisis), cada una con distintas estratificaciones (que obedecen a distintas lógicas y legalidades), no necesariamente regulares.

Postular a una lógica magmática, permite postular la posibilidad de pensar desde un lugar diferente al heredado, pensar desde lo autónomo. Combinar teorías o incluso metodologías de una disciplina con otra, aun cuando parezcan incompatibles, permitiendo ir más allá de nuestros pensamientos racionales.

Es una lógica que debe ser entendida como una parte de la realidad, asociada sobre todo a la creación. Sin embargo, la lógica «conjuntista – identitaria» será necesaria para crear significaciones sociales sobre la cual la imaginación radical debería volcarse y posibilitar los cambios.

Psicoanálisis y Autonomía¹¹

Filósofo de la historicidad, plantea que cualquier análisis social o político, debe hacerse desde la realidad histórica de lo que se pretende estudiar. Las fallas de algunos razonamientos se relacionarían con no tomar en cuenta estos contextos, que permiten a los significantes tener su propio significado. Es decir que dependerá de la sociedad a la que pertenecemos, la comprensión que tengamos del mundo. Este sentido, nunca cerrado, va promoviendo la generación de cambios y rupturas en las sociedades. El autor sostiene que sólo podemos mirar la historicidad desde la propia perspectiva, lo que es un sesgo inamovible. Creer que esta es la única mirada posible, sería sólo un modo más de autoritarismo. Los escritos de Castoriadis se centran en un primer momento en sus pensamientos políticos, cuya fuente será la filosofía, y recaerá en la crítica a cualquier sistema cuya práctica desencadene sistemas totalitarios, burócratas¹² y/o dogmáticos. Desde su filosofía no existe la teoría pura, ni punto de vista exterior a la historia o a la sociedad, por lo que todo pensamiento es una forma de hacer (praxis) histórica - social.

El autor se basa en el proyecto de autonomía de Aristóteles, que consiste en la libertad de obrar según la propia voluntad, teniendo como móvil ético para nuestro actuar, al «deber». Entiende que el psicoanálisis debe incorporar los asuntos sociales en su mirada y nos invita constantemente a salir de la heteronomía de la sociedad, para crear individuos autónomos, capaces de cuestionar y reflexionar. Agrega que la intención de la autonomía de un sujeto analizado no deja de lado el hecho de que se trata también de un sujeto socializado, por lo que cualquier aspiración de autonomía, debe incluir también un proyecto social.

10 Concepto interesante de pensar en su relación con la bilógica de Matte Blanco.

11 Autonomía; del griego «Darse leyes a sí mismo»

12 Énfasis en los procedimientos centralizados de la organización, que él llama automatizados.

Imaginario e Imaginación Radical

Los límites de la autonomía individual están dados por la coincidencia posible con la autonomía del conjunto. A nivel del individuo, el psicoanálisis aparece como un camino para arribar a dicho estado. En este orden, debe entenderse que la autonomía no se trata de un fin, ya que cerraría cualquier posibilidad de crecimiento. Tanto en su mirada política como en su visión de psicoanalista, la autonomía refleja un principio, cuyo final depende de la praxis y será indeterminado. Lo anterior, lo llevó a ser extremadamente prudente en su atención psicoanalítica, siendo descrito por sus analizandos, como un hombre silencioso y respetuoso.

El psicoanálisis sería una herramienta fundamental para que el ser humano le haga frente a las leyes y se atreva a cuestionarlas. El proceso psicoanalítico permitiría encontrarse con las propias causalidades y fundamentos, accediendo así a la posibilidad de decidir con una mayor consciencia sobre lo que hago y pienso. El psicoanálisis, a través de la asociación libre, permite que surja la imaginación radical¹³

Para el autor, la autonomía se relaciona con hacer consciente lo inconsciente, y nos aclarara que no se trata de desechar las pulsiones, sino de hacernos cargos de nuestras decisiones y acciones. Dice: «*Si a la autonomía, a la legislación o a la regulación por uno mismo se opone la heteronomía, la legislación o la regulación por otro, la autonomía es mi ley, opuesta a la regulación por el inconsciente que es una ley otra, la ley de otro que yo*». (Castoriadis, 1975/2007, p.94). Aclara que ese otro del inconsciente no es «otro Yo» sino que se trata de «otro en mí». La autonomía, el discurso «mío» tendría que ver con negar el discurso del Otro, constituyendo un discurso o verdad propios, que, por otro lado, no puede desligarse del todo del discurso inconsciente, ya que, como dice Freud, éste siempre se manifestará de alguna manera.

La autonomía, en último término, es un problema político y social. La autonomía individual debe poder entrar en relación con la alteridad, con el otro. El autor, intenta desmitificar la idea del otro como un infierno, asumiendo la vida social, como una variable que es parte de la existencia misma, donde lo intersubjetivo sería el enhebrado principal de lo social.

La autonomía es el fin último al que debe aspirar una sociedad o un sujeto libre, como la única posibilidad de crear y de generar cambios que, bajo la lógica de los Magmas y la ausencia de determinismos, sucederán o culminarán de una forma insospechada.

Para el autor: «*La historia de la Humanidad, es la historia del Imaginario Humano y de sus obras*» (Castoriadis, 2001b, p. 93). En este sentido, cabe comprender que Imaginario e Imaginación, siempre estarán ligados a la creación.

«*Lo imaginario no es a partir de la imagen en el espejo o en la mirada del otro. Más bien, el «espejo» mismo y su posibilidad, y el otro como espejo, son obras de lo imaginario, que es creación ex nihilo... Lo imaginario del que hablo no es imagen de. Es creación incesante y esencialmente indeterminada (histórico-social y psíquico) de figuras/formas/imágenes, a partir de las cuales solamente puede tratarse de «alguna cosa»*». (Castoriadis, 1975/2007, p.5). Se diferencia así del imaginario Lacaniano, que remite a algo especular e ilusorio. El imaginario de Castoriadis es anterior y nuclear y se relaciona con la Imaginación y la creación.

La creación dirá el autor, es obra humana. Para él, tanto la filosofía heredada como la mirada racionalista/determinista nos ha privado de entender de este modo la imaginación; ya que, en el primer caso, la «Creación» se ha entendido como obra de dios, desde el segundo, esta debería entenderse desde leyes causales, racionales y deterministas.

La imaginación humana y colectiva sería radical, nace del caos, y es necesario pensarla desde la lógica de los magmas, que incluye la indeterminación y creación a partir de la nada, rompiendo con la lógica «conjuntista-identitaria», que sería aquella impuesta por la sociedad actual, bajo la llamada racionalización. Es decir que se trata de una imaginación ajena a cualquier intento explicativo causal o determinista.

Se trata de la creación hacer-ser, de algo que no estaba allí, que incluye aspectos de las sociedades como el lenguaje, el arte y la institucionalidad. Dichas creaciones, formarían parte de las significaciones sociales imaginarias, que son el modo de presentificación de la imaginación radical en el conjunto, produciendo significaciones que la psique no podría producir por sí sola. El imaginario es la instancia de creación del modo de funcionamiento de una sociedad, instituyendo las significaciones que producen un determinado mundo (griego, romano, etc.) llevando a la emergencia de representaciones, afectos y acciones propios del mismo.

El flujo de emociones, que pertenece a la imaginación radical, se aleja de toda comprensión racional. Castoriadis en «Imaginario e Imaginación en la Encrucijada» (2001b), muestra que no podemos explicar los estados de ánimo, ya que no provienen de ninguna lógica, apareciendo de manera excepcional y discontinua. Refiere, por ejemplo, lo difícil que es intentar explicar racionalmente que un ser humano pueda llegar a matar a otro

por ambición. A diferencia de muchos animales cuyas acciones se explicarían desde la funcionalidad, en el ser humano, la funcionalidad tampoco serviría. Se pregunta entonces: ¿Cuál será la funcionalidad de la ambición? El odio para el autor (y el deseo de matar) es parte de lo íntimamente humano.¹⁴

A nivel psíquico, la Imaginación radical (o imaginación primera) es para el autor la esencia de la mente humana, es la condición de acceso de ésta a la existencia psíquica que implica la capacidad de la psique de crear un flujo constante de representaciones, deseos y afectos. Es radical, en tanto es fuente de creación, de poiesis. Implica creación, y no solo repetición, o combinaciones sobre una cantidad predeterminada y finita de representaciones. Se trata de un «hacer-ser» de una forma que no estaba allí.

La imaginación radical, origen de lo que puede ser representado y por ende pensado, debe ser canalizada y regulada para la vida apta en sociedad. Esto se logra interiorizando la institucionalidad, su lenguaje, el modo de categorizar las cosas, el sentido de justicia, de orden, lo que se ama y lo que se odia.

La institucionalidad, necesaria, suele ahogar la imaginación radical, adquiriendo un carácter de conformidad y repetición. Dice el autor: *«En estas condiciones, la sociedad en su conjunto es heterónoma. Pero los individuos mismos son heterónomos, ya que juzgan aparentemente según criterios propios, cuando en realidad sus juicios tienen un criterio social»* (Castoriadis, 2001b, p. 97).

Para Castoriadis, es fundamental esta relación - indisoluble e irreductible- entre psiquis y sociedad. La interdependencia entre ambas es profunda y su comprensión acerca al núcleo de su filosofía. La psiquis con su imaginación radical crearía el imaginario social instituyente. Toda creación viene de la imaginación radical, flujo de sensaciones y representaciones no determinadas por la historia, aunque creada gracias a las significaciones sociales, originadas en un colectivo anónimo (la creación si bien es radical, necesita de lo instituido, para dar forma) La idea es que las posibilidades son infinitas, la imaginación es profunda, pero determinada por ciertas significaciones sociales dadas, que definen, de modo arbitrario, las representaciones, deseos y actos de los sujetos.

Podemos ahora, comprender mejor lo que sería lo social histórico, tan ligado a las significaciones sociales imaginarias; *«Lo «social-histórico» no es ni la adición indefinida de las redes intersubjetivas (aunque también sea esto), ni, ciertamente, su simple «producto». Lo social-histórico, es lo colectivo anónimo, lo humano- impersonal que llena toda formación social dada, pero que también la engloba, que ciñe cada sociedad de entre las demás y las inscribe a todas en una continuidad en la que de alguna manera están presentes los que ya no son, los que*

quedan fuera e incluso los que están por nacer. Es, por un lado, unas estructuras dadas, unas instituciones y unas obras «materializadas», sean materiales o no; y, por otro lado, lo que estructura, instituye, materializa. En una palabra, es la unión y la tensión de la sociedad instituyente y de la sociedad instituida, de la historia hecha y de la historia que se hace». (Castoriadis, 2001b, p. 99).

Para el autor, las comunidades deben tomar lo que hay (lo instituido) para asegurar la continuidad de la sociedad. No obstante, también será necesario generar nuevas formas, que no estén predeterminadas (lo instituyente, creativo). Salir de aquello que está cerrado o determinado (heteronomía) para buscar la autonomía (creatividad). Cuando buscamos la solución en los elementos cerrados, conocidos, nos enfrentamos a lo alienante de la sociedad (automatización).

Existiría un discurso alienante, que disfraza y domina al sujeto bajo la sombra de lo que no es; *«Un imaginario autonomizado que se arrogó la función de definir para el sujeto tanto la realidad como su deseo»*, (Castoriadis, 1975/2007. p.94). Así, El ello¹⁵ cumpliría la función de investir la realidad de imaginario, cuyo contenido está en relación con el discurso del Otro. El discurso imaginario no es posible de detener, para Lacan (y en este caso para Castoriadis), lo que el Yo puede hacer, es dominarlo, o reconocerlo como tal. No se trata de una toma de conciencia definitiva, sino que de una nueva relación entre Icc/Cc.

El imaginario, cuando se cierra en sí mismo, se relaciona con lo no pensado, con la preeminencia de la repetición por sobre la creación. Tiene que ver con nuestra más temprana socialización, donde incorporamos automáticamente el discurso del otro. Se observa, dentro de sociedades burocratizadas y hegemónicas, que no cuestionan los sistemas de poder, dominación y productividad entre otros, en las que el ser humano actúa sin cuestionar ni cuestionarse.

«En el sujeto como sujeto hay el «no sujeto», y todas las trampillas en las que ella misma cae, las excava la filosofía subjetivista, olvidando esta verdad fundamental. En el sujeto hay ciertamente como momento «lo que jamás puede llegar a ser objeto», la libertad inalienable, la posibilidad siempre presente de volver la mirada, de hacer abstracción de todo contenido determinado, de poner entre paréntesis todo, comprendido uno mismo, salvo en tanto que uno mismo; es esta capacidad que resurge como presencia y proximidad absoluta al instante en el que se distancia de sí misma» (Castoriadis, 1975/2007, p.97)

Salir de este estado, tanto a nivel individual como social, requiere la recuperación de la capacidad de pensarse. Los elementos para lograrlo los provee la imaginación, permitiendo hacer pensable lo psíquico, y hacer consciente lo inconsciente. Para él será fundamental la

14 Decía el autor a modo de chiste, que quien no ha sentido odio o deseo de muerte, al menos una vez al año, debería ir a ver a un psicoanalista.

15 El ello, es aquella parte del Inconsciente que es el «otro mi» señalado en la p.11

constante interrogación y la pasión por el conocimiento, que será fuente de reflexión.¹⁶

«Lo propio del hombre no es la lógica, sino la imaginación irrefrenada, desfuncionalizada. Esta imaginación es la que permite que el pensamiento reflexivo pueda existir, por lo tanto, que pueda existir una ciencia, y aun un psicoanálisis. Porque el ser humano es caos, abismo sin fondo, en tanto ser de imaginación e imaginario, creación no predeterminada...cuando el hombre organiza racionalmente, no hace más que reproducir...pero cuando organiza poieticamente, da forma al caos» (Franco, 2003, p. 35)

Para el autor la reflexión es lo que permite al individuo social reconocer la alienación en la cual está inmerso, posibilidad que la cura analítica puede generar cuando el sujeto toma contacto con sus deseos y determinaciones, pudiendo reflexionar y decidir sobre ellos. Como todo, en su modo de pensar, esto se trataría de un proceso y no de un estado logrado de una vez y para siempre.

Mónada Psíquica

Nos encontramos ante los más cercano al proto sujeto o sujeto originario; se trata de una mónada cerrada sobre sí misma, sin distinción entre el sujeto y el mundo exterior.

La Mónada psíquica es el primer estrato de la psique, su núcleo. La psique se autorrepresenta, sin establecer ninguna diferenciación entre ella y el mundo, entre representación y percepción¹⁷. La psique es el mundo. Se trata de un círculo indiferenciado donde se es en todas sus partes.

La inclusión totalitaria que la Mónada lleva a cabo a partir de su omnipotencia resulta paradigmática, al haber un círculo de indiferenciación, en el cual solo Yo existo. Se trata de un estado de «tranquilidad Psíquica», de satisfacción y completud, donde el deseo ya es satisfecho.¹⁸

El deseo (posterior al quiebre de esta mónada), no es a causa de un objeto perdido, sino que es deseo de un estado: es lo que Castoriadis rescata de Freud como «Soy el pecho», unidad fusional de piel-calor-leche-olor., etc., que habla de una protoidentificación. Se trataría de una escena intraducible, tanto por la fantasía como por la palabra, por lo que no encuentra representación, aunque sí pende en el campo psíquico, presente como «figura, sentido y placer». (Franco, 2003, p.125). No hay objeto ni imagen que se le correspondan, ni palabras

que logren expresarlo, pero está presente de una manera muy potente en la mente.

Lo que el sujeto desea, es a un estado (de fusión, omnipotencia, totalitarismo) y no a un objeto.

La ruptura se produce por las presiones de lo biológico y del Otro, que imponen el trabajo de socialización para la psique. Así emerge un afuera y un adentro y adviene lo que él llama fase triádica; que se da ente el infans, el pecho y la madre. La ruptura, que es vivida como una pérdida de la omnipotencia originaria, promueve la proyección de dicha omnipotencia en el otro; la madre. Otro representante de la realidad, con quien se daría un juego de desplazamientos mutuos, proyecciones, e identificaciones, que para Castoriadis se trata de un proceso de Humanización.

A través de este Otro, se va incorporando la Institución Imaginaria de la sociedad, otorgando el poder de significar (omnipotencia) a «nadie» (poder anónimo); «Es necesario y suficiente que otro sea capaz de significar al niño que «nadie» de todos los que podría encontrar, es fuente y señor absoluto de la significación» (Castoriadis, 1975/1989, p. 234). Así, la institución de la sociedad limita la omnipotencia de la psique, permitiendo que nos convirtamos en seres sociales y en último término compartamos una realidad.

La Mónada, sería determinante para comprender el comienzo de la socialización de la psique, que para el autor comenzaría en lo que él llama la fase triádica, remitiendo al complejo de Edipo. La madre, no satisfecha por el niño, reconoce su deseo fuera del hijo, buscando la satisfacción en el padre. El niño – excluido- debe buscar su propio camino de identificación, que servirá de referencia y formarán su psique, introyectando las significaciones sociales de sus objetos primarios.

El complejo de Edipo marca la aparición de la institución de la sociedad que limita la imaginación radical de la psique, evitando que la locura monádica se continúe en una locura de a dos o a tres. Deben estar castrados no solo el infans, sino, y sobre todo, primeramente el padre y la madre. Se abre así el proceso identificatorio para la psique, que más allá de la familia, continuará en las otras instituciones de la sociedad.

El infans, separado de su madre, a quien ya no puede proyectar toda su omnipotencia, debe otorgar un nuevo sentido a ese mundo fuera de la mónada, renunciando a su omnipotencia

En este punto, el mecanismo de sublimación será de gran importancia ya que va unido a la socialización de la psique, en su aspecto psicogenético. Se relaciona con la capacidad de esta de experimentar placer a partir de la representación, siendo lo más importante que este placer estaría determinado por la representación de objetos socialmente valorados.

16 Interesante sería mirar esta relación de pasión por el conocimiento con el pensamiento de Bion.

17 Castoriadis niega la idea de que la representación nace de la falta. Psiquismo y representación serían sinónimos, por lo que la posibilidad de representar está presente desde los inicios.

18 Para él el objeto no nace de la falta, sino que de su presencia. Cuando el objeto falte se lo deseará como algo que ya se conoce.

Sostiene Castoriadis que únicamente puede haber sociedad si los objetos de la sublimación son típicos, categorizados y mutuamente complementarios. Esto lleva a que la realidad es la que dicta la institución imaginaria de la sociedad y entenderá desde este lugar la institución del principio de Realidad. Su concepto de sublimación es mucho más amplio que el de Freud, ya que implica todo el quehacer que nos permite ser considerados individuos sociales.

Origen del Odio

En su conferencia «Las raíces psíquicas y sociales del Odio»¹⁹, el autor se pregunta sobre las pulsiones agresivas observables en las guerras, en matanzas de población civil, destrucción de monumentos, tortura, violaciones, etc. Lo primero que nos dice; es que se trata de la materialización de poderosos sentimientos de odio, cuyas fuentes serían:

La tendencia fundamental de la psique de rechazar (y odiar), todo lo que no es ella misma.

La cuasi necesidad de la clausura de la institución social y de las significaciones imaginarias que acarrea. (Castoriadis, 2001c, p.183)

Remite el autor a la Mónada, momento de clausura (sobre sí misma) de la psique, y que será para siempre lo que, de sentido a un estado unitario e indiferenciado, donde sujeto y objeto son lo mismo. La psique buscará para siempre dicho estado, aunque no sea posible de alcanzar en el mundo real. «Si no entendemos esto, jamás podremos comprender por qué motivo la identificación – con personas, tareas, colectividades, significaciones, instituciones- es un proceso tan poderoso y omnipresente en la vida psíquica» (Castoriadis, 2001c, p.184).

Para el autor, cuando se rompe este estado monádico de tranquilidad psíquica, le energía esencial de este amor a sí mismo se escinde en 3 partes:

Como auto investidura del núcleo psíquico, dando cuenta de un egocentrismo imposible de erradicar y que, para el autor, domina nuestros pensamientos y actos. Se trata de un estado donde «estoy aquí y mi mundo es mi única representación».

Siendo trasferida al pecho, bajo la forma de «sí mismo». La madre, como el primer objeto de amor, que en su ausencia derrumba este primer mundo monádico. El niño, recurrirá en primer lugar a la alucinación (del pecho), que pronto será insuficiente, generando: «Un agujero abierto en su mundo y reacciones a través de la angustia y la rabia», (p. 185) asociadas a una total falta de sentido.

Como odio al mundo exterior: Muy relacionado al punto anterior. La angustia y rabia, desencadenará una profunda ambivalencia hacia el pecho bueno en presencia, y malo en ausencia, que derivarán en sentimientos de amor y odio, que serán trasferidos a la madre en primera instancia y luego poblará las futuras relaciones del sujeto.

Para complicar un poco más este cuadro, agrega que en el proceso de maduración/socialización, debemos transformarnos en individuos sociales, o sea somos objetos extraños o extranjeros para nuestra propia psique (desde la perspectiva de la mónada Esto en términos Freudianos sería la división entre Yo Real y Yo Placer. Así entendemos que el odio alcance a todo lo que está afuera del núcleo psíquico. La supervivencia se logra ya que el amor sobre el Yo suele imponerse sobre el odio del que es objeto, aunque este último sea una presencia constante y silenciosa.

Existen para el autor, sociedades abiertas y otras cerradas. Las clausuras, agregará, son necesarias para demarcar ciertos límites territoriales o de participación, pero serán un problema cuando lo que se clausura, es el significado; «Un mundo de significaciones esta clausurado si toda pregunta susceptible de ser formulada en el mismo, o bien encuentra una respuesta en términos de significaciones dadas, o bien está planteada como desprovista de sentido» (Castoriadis, 2001c, p. 188).

Lo central, es que todas nuestras identificaciones corresponden a lo instituido por las significaciones sociales a las que pertenecemos. Así es como «ser» o «ser padre» o comunidad, tendrán sentidos completamente distintos en la sociedad chilena o en la griega. Además, estas identificaciones, suelen ser más fuertes que la conservación del propio individuo (matar por un familiar, una guerra, una religión, etc.).

El sentido, es idéntico para la psique al de la no división de su totalidad inicial. Entonces el salvaje «es» su tribu, el religioso «es» su iglesia y el nacionalista «es» su nación, brindando un sustituto a la omnipotencia perdida.

«Esta identificación es la que permite tal posibilidad de no sentirse culpable y de desinhibirse para que resulte factible el despliegue sin frenos de destructibilidad mortífera en la guerra, pero también en los movimientos de la muchedumbre, como se puede apreciar desde hace mucho tiempo. Todo ocurre como si en esos momentos los individuos recuperaran, sin saberlo, la certeza de que la fuente de la institución es el hombre colectivo anónimo, capaz de plantearse nuevas reglas y levantar antiguas prohibiciones» (Castoriadis 2001c, p. 190)

El odio, para el autor, se instalaría en el origen de la socialización, en relación con lo «extranjero», tanto en el Yo como en el Otro. La tormenta perfecta, se daría cuando estas tendencias destructivas individuales se conjugan con la necesidad de la sociedad de clausurar-

¹⁹ Dictada en mayo de 1995 en París y reeditada en el libro «Figuras de los pensable» (2001c)

se, reforzando la posición de sus propias leyes, valores como verdades únicas donde los valores y costumbres de los otros, serían abominables, inferiores o diabólicas. La base principal de esto es que, la amenaza a los principios instituidos, es vivida por los individuos como una amenaza mucho más seria contra su propia vida.

Discusión

Comienzo esta discusión comentando la pasión que me despertó la lectura del autor. Si bien varios de sus textos son bastante difíciles, otros, resultan más sencillos de comprender, ya que contienen abundantes ejemplos y revelan el enorme sentido del humor que tenía. Sus escritos son refrescantes y creativos, y tras su estudio se me hizo evidente la necesidad de conocer más profundamente los fundamentos del pensamiento y más específicamente del psicoanálisis francés.

He intentado a lo largo de este texto, subrayar la importancia del contexto, de lo histórico social y del Otro en el pensamiento de Castoriadis, así como la relevancia que tiene la creación a través del imaginario radical. Para mí, ha resultado interesante no sólo desde una perspectiva intelectual, sino que también en el ejercicio clínico; permitiéndome una mayor capacidad negativa, en la medida de no insistir en entender ni buscar causalidades, confiando en la importancia de la emergencia de esta imaginación, que para él es un fin en sí mismo. Así como permitirme ser un poco más crítica con mis propias teorías (o significantes simbólicos) para poder internarme en la de mis pacientes.

Con relación a Tokio, la cuestión del lenguaje como una primera forma de representar y acceder a la socialización, ha cobrado un nuevo significado en mi mente, permitiendo que, en alguna parte de mi psique, palabras como las de Tokio, «No sé hablar» puedan ser representadas (y resonar de algún modo con ella). Hablamos lenguajes distintos, ella no sabe comunicarse conmigo y mis significantes no alcanzan para comprender los de ella.

Pienso que la falta de comprensión de la una hacia la otra, la falta de significantes comunes que permitan al menos la ilusión de cierta continuidad de la mónada, generó momentos de intenso odio, que en un principio me costó asimilar. Sobre todo, el que venía desde mí, ella me hacía (me hace) sentir incapaz de entenderla, de acogerla y muchas veces me dejaba completamente fuera de sus asociaciones. Mi vivencia de exclusión e incompreensión sólo promovía el cierre de posibilidad a un campo común y a la emergencia del imaginario radical. Comencé a sentir que ciertas ideas más rígidas en mí, mis propias teorías sobre la psicosis, más que ayudarme a pensar, estaban confabulándose como un impedimento para poder escuchar su propia locura. Tokio me pudo hablar del miedo que sentía de que yo enloqueciera

junto a ella en su relato (lo cual coincidía con mis defensas), y muy lentamente pudo hablarme de sus fantasmas. Lo radical y distinto fue no intentar ponerle teoría a lo que ella narraba, enloquecer con ella y creer en su mundo fantasmagórico y aterrador. Sentirme y ser un objeto indiferenciado por un rato, conviviendo juntas en ese ilusorio, para luego recupero mi capacidad reflexiva, después de las sesiones.

Aún son difíciles las palabras para mi paciente, pero entre ambas hemos logrado crear un modo de estar juntas, que ha permitido la emergencia de nuevos significantes y significados compartidos.

Este caso también me ha obligado a pensar y cuestionar algunas teorías implícitas en mí. Y aunque espero plasmar esto en un nuevo trabajo, sí me parece importante la ayuda que me prestó Castoriadis para permitirme este cuestionamiento, que requirió una lucha no menor con un Superyó psicoanalítico.

Todo paciente es extranjero al principio, y para poder encontrarnos, será necesario sentar las bases de significaciones comunes. Cambió mi clínica en la medida que el autor caló profundamente en mi mente, permeando en los últimos meses muchos de mis pensamientos e ideas. Estoy segura de que esto no sería un ideal para él, que rechazaba cualquier furor a líderes o ídolos. Lo importante es la posibilidad de impregnar el Magma con nuevos estratos, sembrando el campo para la emergencia de nuevas ideas. Ojalá haya logrado transmitir parte de la pasión que me generó escribir este trabajo y que sirva para estimular preguntas e interrogantes, siéndole fiel en la búsqueda de nuevas reflexiones.

Para profundizar en las ideas de Castoriadis, quedan algunas propuestas dentro de tantas otras posibles, como su posible diálogo con Winnicott sobre la muerte y la creación, la transicionalidad o la relación primaria. Con Bion, sobre las preconcepciones, los pensamientos sin pensador, los elementos y Beta y el crecimiento Mental. Con Melanie Klein, sería interesante el diálogo en relación con la fantasía Inconsciente. Lamentablemente, el espacio no permite profundizar en ellos, dejando muchos temas de interés en un lugar de interrogantes y futuras reflexiones.

Queda abierta también, la invitación a interpelarnos dentro de la institucionalidad psicoanalítica que, debería ser parte de una reflexión constante, para evitar caer en los riesgos de la heteronomía, la repetición por sobre la creación, sin cuestionamientos al quehacer diario. Para el autor, la clínica es una práctica poética, donde la emergencia de la imaginación radical será lo fundamental, siendo esto transferible a los distintos grupos humanos que componen la sociedad. El llamado es a no dejar de reflexionar más allá de la teoría y la práctica, pensar el pensamiento, desafiarnos como institución y ser lo más críticos posibles, para que desde ahí emerja lo nuevo, lo radical.

Este punto me parece de suma importancia en momentos en que el psicoanálisis está sufriendo de algunas crisis institucionales, además de ser cuestionado desde el «establishment». Los fanatismos y dogmatismos también son parte de nuestras instituciones y generar espacios que permitan pensarnos de manera creativa, rupturista a veces y radical

Pensar libremente, requiere cierta osadía que nuestras sociedades poco permiten, sobre todo por la fuerte inclinación a temer al castigo, a la muerte y al infierno. En este punto, el enraizamiento del autor en la cultura griega, que incorpora la tragedia como parte de la existencia, lo conduce a reflexionar sobre el ateísmo y más aún, sobre lo importante que resulta para una sociedad la noción que tenga sobre la muerte. Para Castoriadis, la importancia de la tragedia en Grecia radica en el hecho que sus miembros vivían la vida sin miedo a la muerte, lo que permitiría mayores posibilidades de dar espacio a lo nuevo, a la creación. La sociedad actual, donde lo finito produce temor nos llevaría a actuar evitando el riesgo, lo que sólo contribuye a cerrar el imaginario social. Lo instituido, desde este lugar, no dará paso a lo instituyente.

Castoriadis fue un gran Freudiano que tomó al autor y siguió fielmente su línea de pensamiento, ampliando la mirada en algunos casos, como en su concepto de sublimación y fue crítico cuando se trataba de sus escritos más sociales. Difiere de Freud en el análisis hecho en Tótem y Tabú, sugiriendo que es imposible que una sociedad se funde en base a la prohibición (del incesto). Para él las sociedades se instituyen bajo el dominio de la imaginación radical, son creación y no prohibición.

Por último, volviendo al tema del interés inicial; la violencia actual, me parece importante destacar que el autor plantea algo bastante distinto a Freud, reformulando la noción de pulsión de muerte, que se desenmarca por completo de una mirada biologicista, validando la del sentido. El odio tendría dos fuentes; la psíquica y la social, siendo esta última fundamental, ya que no nace del sujeto, sino que de un colectivo anónimo. Es la búsqueda de identificaciones la que responde a la demanda por el sentido, a través de grupos que respondan a las mismas significaciones sociales, dando cuenta de la pesquisa de una nueva unidad cerrada y completa, que nunca podrá suplir a la mónada inicial.

El odio se origina en la ruptura, que no sólo se dirigirá al objeto externo, sino que también al propio yo como objeto socializado. En cuanto a lo social, la sociedad se autoinstituye a través de las significaciones sociales. Así, la idea de que lo instituido no está determinado, remite a una falta de sentido último, usualmente encubierto por las sociedades que, frente a la angustia por dicha falta, tienden a instaurar un origen extra social, que las constituye como sociedades heterónomas. El paradigma, sería la religión.

Lo extranjero entonces, porta con significaciones extrañas, que amenazan el sentido de las sociedades cerradas. Así el sentido de la sociedad a la que se pertenece sería el «más» valioso y adecuado, lo ajeno en cambio, devaluado. El odio a sí mismo es fácilmente proyectado a estas figuras cuyas significaciones sociales, cuestionarían el valor del sujeto. El odio en la cultura (más aún si es cerrada), sería un elemento irreductible.

Ahora bien, el autor no habla de la ambivalencia entre pulsión de muerte y pulsión de vida. Para él lo central, será con la ausencia o presencia de sentido y la angustia concomitante, esencial para comprender la dificultad que tenemos los seres humanos para relacionarnos con lo ajeno, que, además nos enfrenta con la ruptura de la totalidad monádica.

Por último, me alarma observar que las sociedades en Latinoamérica están cada vez más cerradas sobre sí mismas, potenciando el surgimiento del odio. La historia de Chile muestra lo vulnerables que somos y cómo los totalitarismos han logrado sobrevivir en nuestra cultura, donde la búsqueda de la omnipotencia y la Mónada perdida se disfraza de nacionalismos y promesas de completud que no llegan y hacen peligrar la democracia. Me alegra observar que el psicoanálisis y la autonomía de los sujetos, permiten salvaguardar de las distintas formas de manifestación del odio.

Resumen

La autora, comienza preguntándose sobre los orígenes del odio en momentos de tanta turbulencia social, sospechando que este se origina en relación con la diferenciación y al abandono del estado de «Yo placer purificado». Bajo estas reflexiones, se encuentra con un texto de Castoriadis, que la motiva a seguir conociéndolo.

Siendo el autor poco conocido en Chile, se propone introducir algo de su biografía y las que considera, sus ideas principales que incluyen la «Lógica de los Magmas» que se opone a una lógica conjuntista identitaria (o positivista y racional), la «Autonomía», asociada a la libertad para pensar y que sería el fin último del psicoanálisis, y la «Imaginación Radical», con su anclaje en la creatividad y en lo más esencial de la psique. El Imaginario se relaciona con lo instituido a través de significaciones simbólicas comunes. El concepto de mónada sería el proto sujeto, cuando aún no hay diferenciación Yo/no Yo, y el odio se originaría cuando esta mónada se rompe.

La autora concluye con lo importante que resultó aprender sobre Castoriadis para cuestionarse su propio quehacer clínico e invita a conocer a este autor que propone cuestionar y cuestionarse, como un elemento de gran importancia en la institucionalidad en general y en las instituciones psicoanalíticas en particular.

Palabras Claves: Castoriadis, Lógica de los Magmas, Autonomía, Mónada Psíquica

Abstract

The author begins by asking herself about the origins of hatred in times of such social turbulence, suspecting that it originates in relation to differentiation and the abandonment of the state of «purified I-pleasure». Under these reflections, she comes across a text by Castoriadis, which motivates her to get to know him better.

Since the author is little known in Chile, she proposes to introduce some of his biography and what she considers to be his main ideas, which include the «Logic of the Magmas», which is opposed to an identitarian (or positivist and rational) conjunctive logic, «Autonomy», associated with the freedom to think and which would be the ultimate goal of psychoanalysis, and «Radical Imagination», with its anchorage in creativity and in the most essential of the psyche. The Imaginary relates to the instituted through common symbolic meanings. The concept of monad would be the proto-subject, when there is still no I/non-I differentiation, and hatred would originate when this monad breaks down.

The author concludes with how important it was to learn about Castoriadis in order to question her own clinical

work and invites to get to know this author who proposes to question and to question oneself, as an element of great importance in institutionalism in general and in psychoanalytic institutions in particular.

Keywords: Castoriadis, Logic of Magmas, Autonomy, Psychic monad

Bibliografía

1. Aulagnier, Piera (2014). La violencia en la interpretación. Del pictograma al enunciado. Buenos Aires: Amorrortu editores. (trabajo original publicado en 1975).
2. Castoriadis, C. (1989). La institución imaginaria de la sociedad 2. Barcelona: Tusquets Editores. (Publicado originalmente en 1975)
3. Castoriadis, C. (2001a). Nuevamente sobre la psique y la sociedad. En Figuras de lo pensable (Las encrucijadas del laberinto VI) (pp.237-255). México: Fondo de Cultura Económica. (Entrevista original publicada en 1996)
4. Castoriadis, C. (2001b). Imaginario e imaginación en la encrucijada. En Figuras de lo pensable (Las encrucijadas del laberinto VI) (pp.93-113). México: Fondo de Cultura Económica.
5. Castoriadis, C. (2001c). Las raíces psíquicas del odio. En Figuras de lo pensable (Las encrucijadas del laberinto VI) (pp.183-196). México: Fondo de Cultura Económica.
6. Castoriadis, C. (2007). La institución imaginaria de la sociedad 1. Barcelona: Tusquets editores. (Publicado originalmente en 1975).
7. Castoriadis, C. (2008). El mundo Fragmentado. La Plata: Terramar Ediciones. (Publicado originalmente en 1990).
8. Cothros, M. (2012). El rechazo a lo extraño: Contribuciones de Cornelius Castoriadis a la elucidación de la misoxenia. En L. Lutereau y A. Bertorello (comps.), Inconsciente y verdad: Actas del I Coloquio de Fenomenología y Psicoanálisis (pp.21-29). Buenos Aires: Edit. UCES.
9. Dorado Romero, Juan (2012). La Mónada Psíquica y la Omnipotencia del Ciudadano: Cornelius Castoriadis. *Revista de Estudios Políticos (nueva Época)*, (157),105-134.
10. Dosse, François (2018). *Castoriadis: Una vida*. Buenos Aires: Editorial El cuenco de Plata.
11. Espinosa Proa, Sergio (2021). La lección de Castoriadis. En: El Catoblepas Revista Crítica del presente, N° 195. Abril-junio. Recuperado el 20 de noviembre, de <https://www.nodulo.org/ec/2021/n195p15.htm>
12. Franco, Yago (2003). Magma, Cornelius Castoriadis: Psicoanálisis, filosofía, política. Buenos Aires: Editorial Biblos.
13. Miranda, Rafael (2006). Las Fronteras del Odio. Reflexionando sobre la Alteridad a partir de Cornelius Castoriadis. TRAMAS. Subjetividad Y Procesos Sociales, (24), 229-242. Recuperado de <https://tramas.xoc.uam.mx/index.php/tramas/article/view/426>
14. Montes, Rossel (2019). El Concepto de lo Imaginario en Castoriadis. Recuperado el 20 de noviembre de <https://reporterosdeinvestigacion.com/2019/08/23/el-concepto-de-lo-imaginario-en-castoriadis/>
15. Glosario. En Magma: Sitio sobre la obra psicoanalítica, filosófica y política de Cornelius Castoriadis. Recuperado el 20 de noviembre de <https://www.magma-net.com.ar/glosario.htm>
16. Rueda, Ezequiel (2010). La imaginación radical en la obra de Cornelius Castoriadis. II Congreso internacional de investigación y práctica profesional en psicología. XVII jornadas de Investigación. Sexto encuentro de investigadores en psicología del MERCOSUR. Facultad de psicología. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2010.
17. Stavisky, S. (2016). «Sin deseo revolucionario, no hay práctica revolucionaria». Entrevista a Fernando Urribarri. *Revista Diferencia(s)*, (2):235-247.
18. Valle, Ana María (2017) El Odio en los Umbrales de la Autonomía. En Reflexiones políticas, año 19, N°37, Enero-Junio IEP-UNAB Colombia. Recuperado el 20 de noviembre de, <https://revistas.unab.edu.co/index.php/reflexion/article/view/2765/2324>
19. Vera, Juan Manuel (1998). Cornelius Castoriadis (1922-1997): La interrogación permanente. *Revista Iniciativa Socialista* (Primera época de la actual Revista Transversales). N° 48. Recuperada el 20 de noviembre de, <http://www.transversales.net/i48jmvc.htm>

ENTREVISTA

AL DR. ROOSEVELT CASSORLA¹ (1945 - 2024)

Patricia Olgún Espejo²
Juan Carlos Almonte Koncilja



- 1 Entrevista realizada en abril 2024
- 2 Psicóloga. Psicoanalista APCh
- 3 Médico psiquiatra. Psicoanalista APCh

El Dr. Roosevelt Cassorla fue un destacado y querido psiquiatra, psicoanalista, miembro titular y analista didáctico de las Sociedades Brasileñas de Psicoanálisis de Sao Paulo y Campinas. Era además profesor titular de la Universidad Estatal de Campinas, Brasil, miembro del Consejo Editorial de la Revista Internacional de Psicoanálisis y autor y consultor del Diccionario IPA. En el 2017 recibió el premio Sigourney Award por sus contribuciones al psicoanálisis. Fue autor de 5 libros y numerosos artículos y capítulos de libros, entre ellos «El Psicoanalista, el Teatro de los Sueños y el Enactment en la Práctica Clínica» publicado en 2017 y cuya versión en español fue presentada en nuestra Asociación.

El Dr. Cassorla nació en Chile, en la ciudad de Temuco y a la edad de 8 años emigró a Brasil. Su vínculo con Chile permaneció a través de los años, en especial con la APCh, donde supervisaba y tenía grupos de estudios con miembros de nuestra Asociación. El pasado 23 de septiembre nos enteramos de la triste e inesperada noticia de su muerte. Había postergado sus últimas reuniones de trabajo con miembros de la APCh debido a una cirugía que estaba programada para el 18 de septiembre.

El 4 de abril de 2024 el Dr. Roosevelt Cassorla visitó por última vez nuestra Asociación. Durante 3 días se llevaron a cabo diversas actividades, entre ellas supervisiones, la exposición de un trabajo teórico y también la presentación de la versión en español de su libro. En dicha ocasión tuvimos el privilegio de entrevistarle —seguramente fue una de las últimas, si no la última entrevista. Quisimos ahondar en un aspecto menos conocido de su carrera y de su historia y preguntarle por su experiencia en sus análisis. Fue una conversación íntima y profunda que nos permitió conocer cómo llegó a formarse como psicoanalista, su visión del proceso analítico y parte de su historia personal. Al finalizar el encuentro le agradecemos, sin embargo, fue él, en un gesto de mucha humildad, quien quiso darnos las gracias a nosotros. Había descubierto algo sobre su historia a través del diálogo, tal como nos contó que le pasaba todo el tiempo con sus pacientes.

P: ¿Qué lo motivó a llegar al mundo del psicoanálisis? ¿Cómo fue su camino para llegar a especializarse en lo teórico, pero también en la experiencia del análisis?

R: Yo creo que todos nosotros nos tornamos analistas por una necesidad personal de conocernos más. Y esa necesidad se inicia con algún tipo de sufrimiento emocional o físico. Si uno tiene la suerte de identificar que ese sufrimiento demanda una ayuda por otra persona, depende de condiciones locales, de cultura familiar, cultura del lugar que vives y condiciones laborales, entonces vas a buscar ayuda. Yo soy médico. Luego me dediqué a la medicina social y toda mi vida, desde que era estudiante de medicina, quise trabajar con la gente necesitada. Luego que me gradué fui a trabajar a una

universidad, la misma en la que trabajo hoy (Universidad Estadual de Campinas). Empezamos a hacer programas de comunidad. En aquella época era muy difícil porque estábamos en medio de la dictadura y nosotros éramos mal vistos porque trabajábamos con los pobres. Al final descubrí que estaba muy frustrado con lo que estaba haciendo. No me sentía feliz. Me sentía impotente, incapaz, me deprimí. No tenía ganas de trabajar. Entonces me indicaron psicoterapia y en ese momento descubrí una cosa que yo no sabía hasta entonces, que existía un tal inconsciente. Me quedé fascinado con el inconsciente. Entonces a partir de un sufrimiento emocional, descubrí el inconsciente y después de algunos años pensé que quizás todo el beneficio que el análisis me había proporcionado, podría compartirlo con otras personas. Empecé como toda la gente a hacer psicoterapia, cursos, supervisiones. Empecé a atender gente, estudié psiquiatría, pero siempre con el psicoanálisis. En algún momento, esto puede parecer una broma, fui a buscar a mi antiguo analista y le dije que quería retomar el análisis y me dijo que no me aceptaría y que tenía que hacer mi formación psicoanalítica. Yo le debo mucho a él, se salió de su papel y me dijo que tenía que buscar a un analista didáctico. La pregunta inicial, de cómo yo llegué, es esa. Pero yo soy una persona totalmente diferente de la persona que buscó análisis por primera vez. Entonces yo tenía una serie de defensas, de mecanismos, de configuraciones mentales de las cuales yo no tenía conciencia. Cuando esas configuraciones fueron tornándose conscientes, yo fui cambiando y me transformé en otra persona. Seguro, más creativo, más feliz, más capaz de lidiar con los conflictos, con las dificultades y los problemas de la vida. Yo creo que el psicoanálisis hace eso con las personas.

P: Es interesante lo que usted nos cuenta. Que primero fue analizado y eso le despertó la curiosidad de ser analista. Fue esa primera experiencia analítica.

R: Sí, en ningún momento me imaginé ser analista. Lo contrario. Cuando mi primer analista me dijo que hiciera la formación, pensé que estaba loco, que yo no tenía las condiciones. Yo tenía familia, tenía que trabajar, mantener a mis hijos y además tenía que viajar a otra ciudad, a Sao Paulo. Pero él me convenció. Partí con mi análisis didáctico y en algunos meses ya estaba decidido a hacer la formación. Entonces la formación fue después del análisis. Hay gente que por sus circunstancias de vida puede comenzar la formación con su primer análisis. Pero en mi experiencia, es más común que los candidatos lleguen a la formación después de psicoterapias o análisis. Porque para poder hacer la formación analítica hay que estar muy seguro de que va a hacer un gran sacrificio, ya que va a entrar en contacto con cosas difíciles de sí mismo aunque tenga otros análisis, va a trabajar mucho, tener pacientes, supervisar, estudiar mucho. Entonces hay que tener una vocación muy grande y esa vocación viene de los análisis anteriores. Es como si tu

fueras a un país que no conoces y dices «Yo quiero vivir aquí», entonces tú te vas a esforzar por ir a vivir allá.

P: ¿Usted siente que hubo muchas diferencias entre su primer análisis y su análisis didáctico?

R: No se pueden comparar. En cada análisis, son momentos diferentes de vida. Y cada uno me ayudó en ese momento de mi vida. Yo no puedo decir que uno fue mejor que otro. Por suerte, porque yo sé que hay análisis que no funcionan, que la dupla no funciona bien. Por suerte todas mis terapias y análisis me ayudaron de alguna forma. No concibo compararlos. Con cada analista vi cosas iguales o diferentes, en otros momentos, de otras formas.

JC: Parece que en su primera experiencia analítica, fue circunstancial llegar con un analista.

R: Seguro. Yo llegué muy contrariado. Yo no quería hacer análisis, no creía que me iba a ayudar. Yo vivía en un ambiente en que las personas se hacían análisis, estaba trabajando en la universidad. Es bueno ir contrariado, porque uno no idealiza y se empieza el análisis directo. Ya no me acuerdo mucho, pero tengo la impresión de que fui contrariado, pero al mismo tiempo desesperado, porque yo necesitaba ayuda. Y quizás estaba contrariado porque necesitaba ayuda, no tenía nada que ver con el análisis. Yo creo que todos los analistas que sufrimos y que pasamos por conflictos, cuando conseguimos elaborarlos en análisis, tenemos mejores condiciones de entrar en contacto con el sufrimiento de nuestros pacientes. Porque sabemos lo que está pasando. Por eso que la formación analítica es terriblemente perfecta: el análisis personal, el análisis didáctico, que para mí es lo más importante de la formación, es más importante que la supervisión y los estudios teóricos. Pero lo ideal es que sean las tres cosas al mismo tiempo. El análisis da la base para aprovechar lo que estás estudiando. En algún momento, todo es teórico, pero luego te hace sentido porque lo que estás leyendo lo viviste. Y aquellos autores que uno lee y no le hacen sentido emocional, no nos van a ser muy útiles. Y otros autores que nos mueven más emocionalmente, tiene que ver con nuestras características personales, pero también con lo que vimos en nuestros análisis. Estudiamos mucho, pero de muchas cosas nos olvidamos. Lo que queda, cuando estamos trabajando con los pacientes, es mucho más lo que vivimos y no lo que sabemos intelectualmente.

JC: Respecto a lo que vivió en esa primera experiencia analítica, en la que venía contrariado, con críticas, también con fuertes necesidades: ¿con qué se fue encontrando?

R: Me fui encontrando con una persona que no conocía y que yo creía que conocía profundamente. Descubrí que detrás de esa persona había otra persona que yo no conocía y que me estaba influenciando, pero yo no tenía conciencia. Me fui sorprendiendo, el análisis nos sorprende y cada sorpresa no es necesariamente buena. Cada sorpresa nos trae sufrimiento. Como dice Bion: cada nueva experiencia emocional que nos hace sentido va a modificar todo lo que éramos, va a haber un cambio catastrófico, hay que deshacer todo lo que uno era para introducir un conocimiento nuevo. Se rompe todo y ahí uno se queda muy asustado. Debemos tener paciencia y tenemos que confiar en el analista. Confiar en que vamos a superar este momento de ruptura para reconstruirnos. Pero en ese momento estamos en un abismo. Y ese abismo es muy sufrido. Por eso, yo no le recomiendo a nadie el análisis (risas). Y al mismo tiempo se los recomiendo a todos, pero les digo que no va a ser muy fácil. En esos momentos uno sufre, pero uno siente que eso es necesario. Infelizmente algunas personas no lo soportan e interrumpen el análisis, no consiguen soportar eso. Es una pena, una lástima. Pero si uno tiene la suerte de poder soportar, después va a ver que valió la pena. Por ejemplo, yo escribí hace poco en un trabajo que los pacientes odian a sus analistas porque cuando llegaron ellos creían que lo sabían todo, que eran omnipotentes, omniscientes y después de algún tiempo descubren que no, que eran apenas unos miserables seres humanos y el culpable es el analista. Pero al mismo tiempo tenemos una gratitud muy grande porque el analista tuvo el coraje de mostrarnos eso de una forma cariñosa, amorosa, de una forma que fue soportable. El analista sabía que íbamos a sufrir, pero estaba ahí junto con nosotros para acompañarnos en eso de bajar al infierno. Es como que el analista fuera como Virgilio, que acompaña a Dante al infierno.

JC: Su primer analista tuvo el coraje de darle ciertas recomendaciones y usted las siguió y hoy es analista. ¿Qué recuerdos tiene de su primer analista dentro del proceso terapéutico?

R: Es difícil, porque son tantas imágenes. La que predomina es la de una persona más grande, más fuerte, muy sensible, pero directo de una forma cariñosa. Yo peleé mucho con él, resistí. Fue un análisis muy bueno. Tuvi- mos todas las fases de un análisis, de odio, de amor, de pasión, no le pagaba, todo eso es bueno saber porque después nos va a pasar con nuestros pacientes. Y él fue trabajando eso y lidiando con esos aspectos psicóticos, neuróticos, perversos, una mezcla. Todo eso era una forma resistencial de impedir. Porque ¿qué hace el paciente? El paciente quiere análisis y no quiere análisis. El paciente quiere resistir y mantener el statu quo. Entonces, gran parte de su actividad es atacar la función analítica, pero al mismo tiempo tiene la esperanza de que su analista no sea destruido para que pueda ayudarlo. Es una dialéctica. Yo ataco a mi analista, pero no quiero

que muera. Quiero y no quiero. Hay otros análisis en que la cosa es muy idealizada y todo es muy bueno, pero yo desconfío de esos análisis. Cuando las cosas están yendo muy bien, seguro que hay un área subterránea que no está pudiendo aparecer. Ya no estoy hablando de mi análisis, estoy hablando de mi experiencia como analista. Cuando un colega en supervisión me dice que quiere ver a otro paciente porque este está yendo muy bien, yo le digo que vamos a ver el que está yendo muy bien porque hay un problema ahí. Y siempre hay. Es una forma también de resistir.

P: ¿Cuál es el lugar que usted le dio a sus sueños en su análisis?

R: Aparecían naturalmente. Yo siempre fui un gran soñador. Yo siempre soñé mucho. Sigo soñando. Yo creo que eso ayudaba a mi analista. Hay pacientes que no sueñan, pero hoy sabemos que todo lo que un paciente nos cuenta despierto nosotros lo tomamos como un sueño. Entonces, también está soñando despierto. Los sueños son ricos, importantes, pero no son indispensables. Lo que se sabe es que, en general, cuando el proceso analítico se va profundizando, los pacientes sueñan más. Pero no siempre. No es una regla. Lo que importa es lo que pasa en el campo analítico, con sueños o sin sueños.

P: Usted nos ha contado que al menos ha tenido dos análisis. ¿Ha tenido más análisis?

R: Sí, yo digo que tuve un primer análisis. Luego tuve mi análisis didáctico. Y después hice por lo menos tres períodos de reanálisis. Pero ahí fueron períodos más cortos, con menos sesiones por semana. Uno un poco más largo, otro un poco más corto. Para reciclar. Hay momentos en que uno siente que algunas cosas no están tan claras, ahí es bueno conversar con alguien que tiene más experiencia.

P: ¿Usted recomienda los reanálisis?

R: Claro, nosotros trabajamos con nuestra mente y ésta puede quedarse viciada con alguna cosa. Siempre es bueno hacer un reciclaje. Nuestro instrumento de trabajo es nuestra mente. Lo hacemos cuando discutimos casos, cuando vamos a supervisiones, en reuniones científicas. Porque todo lo que vemos en nuestra formación analítica o después, todas las experiencias que vivimos las aprovechamos para nosotros. Los pacientes nos ayudan. Cuántas veces terminamos una sesión y tenemos ganas de pagarle al paciente (risas) porque todo aquello que pasó en el campo me ayudó tanto a mí, el paciente me ayudó a percibir algo. Por eso el trabajo es

permanentemente de reciclaje. Pero a veces es importante tener un tercero. Hablar con un colega, no debemos tener pereza de llamar a un colega. No necesita ser alguien famoso, puede ser un colega hasta más joven, en el que yo confío.

JC: Lo habitual, como fue en su caso, es partir un análisis cuando hay una crisis o sufrimiento. Después en el análisis empiezan a aparecer otras cosas, sorpresas, descubrimientos, que se van despegando de esa primera atención al síntoma. Acá hay una tercera parte, que usted nos está contando que es el reciclaje de la función analítica, con lo que trabajamos los analistas. ¿Qué le fue pasando con la experiencia de descubrimiento, de curiosidad? ¿Fue en sus reanálisis un motivo importante para acercarse a un nuevo analista?

R: Es fascinante, porque cuando uno entra en contacto con lo que no sabemos que es el inconsciente, es un viaje desconocido. Como si fuera un viaje interplanetario. No sabemos lo que vamos a encontrar. Con todo lo que vamos a encontrar vamos a intentar hacer algo productivo con eso. A mí me gusta mucho hacer análisis. Estoy siempre descubriendo algo, aunque sé que me voy a enfrentar con desconocidos, con sufrimientos, con cosas que no me gustan. Y si voy a hacer análisis para confirmar lo que me gusta, mejor gastar la plata en otra cosa. Es como descubrir un nuevo mundo y el nuevo mundo tiene todo lo desconocido. En el reanálisis, generalmente hay un motivo aparente, pero después el motivo no era necesario, era un pretexto. A veces tú conoces a alguien y dices «quiero hacer análisis con esa persona, me cae bien, me va a entender, me identifico con ella». Algún día la voy a buscar después de algunos años. Inconscientemente en esos años la fui siguiendo.

P: ¿Y se acaba el análisis? ¿Hay fin de análisis?

R: No hay fin de análisis. El inconsciente es infinito. Se está siempre modificando, no se termina nunca. Finaliza cuando uno muere. Siempre nos está desafiando con nuevos problemas, nos va fascinando con nuevos enigmas. Siempre nos estamos auto analizando. Y si podemos pedirle a alguien que nos ayude, mejor.

P: También es una experiencia terminar un análisis, aunque luego vengan otros análisis.

R: Sí, tienes que tener la experiencia de hacer el duelo. Porque ahora terminó, entonces en este momento decidimos con nuestro analista que vamos a interrumpir, que vamos a terminar este análisis. Pero el análisis no termina nunca y todo lo que conocimos y aprovecha-

mos, vamos a tener gratitud, reconocimiento y el duelo por todo el tiempo que vivimos juntos, pero sabemos que muchas áreas siguen desconocidas. Si voy a seguir viviendo, voy a vivir mejor con lo que sé y voy a vivir mejor con lo que no conozco. Yo sé que hay áreas desconocidas que van a seguir apareciendo con mis pacientes, colegas, supervisiones y quizás con otro análisis. Cuanto más conocemos, más aumenta lo desconocido. Por eso las personas dicen que es mejor no saber, porque si vas a saber algo, la cantidad de lo desconocido aumenta. Eso es muy evidente cuando vas a estudiar o hacer una tesis. Un autor cita a otros y esos otros a otros. Hay que saber hacer el duelo y no leer a todos los autores, no porque no me interese sino porque es imposible. No puedo saber todo.

JC: Es evidente que el psicoanálisis se fue enhebrando con su vida profesional. En su vida extralaboral ¿Qué nos puede comentar de la influencia de sus análisis allá afuera?

R: El análisis se manifiesta por tu autoconocimiento que se va a reflejar con tu vida afuera, con tu familia, con tu mujer, hijos, papás, amigos, trabajo. No es algo teórico, que yo me voy a conocer y no voy a hacer nada con eso. Se expande para toda tu vida. Es difícil localizar qué pasó.

JC: Su experiencia es que entró uno y se fue encontrando con otro.

R: Yo cambié muchas cosas en mi vida. Fue cambiando naturalmente y fue producto del autoconocimiento.

JC: Hay una pregunta que no le puedo dejar de hacer. Usted nació en Chile, en Temuco. Y por ahí por los 7 u 8 años se fue a Brasil. No sé bien qué pregunta hacerle, pero estamos en Chile...

R: Yo creo que tú no me vas a hacer ninguna pregunta, pero uno de los grandes asuntos de mis análisis fueron los duelos. Yo perdí a mi papá aquí y tuve que salir de Chile porque estaba huérfano. Mi mamá tuvo que salir de aquí para encontrar familiares. Los duelos son parte de mi estructura mental. Tú intuiste que la salida, la migración de Chile a Brasil estuvo envuelta en duelos, no fue una salida buena. Fui exiliado. Tuve que salir como niño. Yo creo que a partir de eso tengo una característica que me sigue con todos mis análisis, que yo soy una persona indignada, no me gusta que las personas se mueran, que haya injusticias, que haya gente pobre, que las personas tengan que migrar. Eso fue lo que me llevó a la medicina social. Mira, ¡qué curioso! No había pensado en eso. Eso que me llevó a la medicina social no estaba

suficientemente elaborado. Yo quería quizás salvar a las viudas y a los huérfanos. Cuando descubrí que esto era algo omnipotente, mi cabeza no aguantó y fui a hacer análisis. Sigo indignado, pero creo que mi indignación es más creativa ahora. Creo, a veces no (risas). Es imposible hablar de psicoanálisis si uno no habla de sí mismo. Yo le debo al psicoanálisis cosas fantásticas que me hicieron sentir más integrado y yo creo que una buena señal de salud mental es cuando uno se siente creativo, que tiene ideas, que tiene problemas, que le gustan los desafíos aunque sean difíciles. Y cuando yo no me siento muy creativo, es señal de que debo buscar otro análisis.

P: Le queremos agradecer por esta conversación. Es interesante el lado personal pues hablar de la experiencia analítica como analizado es distinto a lo que uno suele hablar con los psicoanalistas cuando uno habla desde lo teórico o en supervisiones. Al menos para mí, en esta conversación ha sido muy interesante conocer el otro lado. Además, por lo que usted nos cuenta, siente una pasión por el psicoanálisis y eso es tan inspirador y esperanzador.

R: Hay que cuidarse. Yo soy creyente del psicoanálisis, pero yo soy creyente de la vida. El psicoanálisis me ayudó a creer que vale la pena vivir aunque sabemos de todas las cosas malas que ocurren en el mundo. El psicoanálisis fue apenas una puerta que me abrió para eso. Yo tengo algunas dudas cuando uno se queda fascinado sólo con el psicoanálisis. Yo soy fascinado por la música, por viajar, por comer. En todo eso el psicoanálisis me ayudó, pero no es sólo psicoanálisis. Hay que cuidarse. Quien hace sólo psicoanálisis, ni psicoanálisis hace. El psicoanálisis es un instrumento para que nosotros podamos fluir en la vida y poder enfrentar los problemas de la vida de una forma más suave aunque sean muy difíciles. Lo importante es fascinarse por la vida.

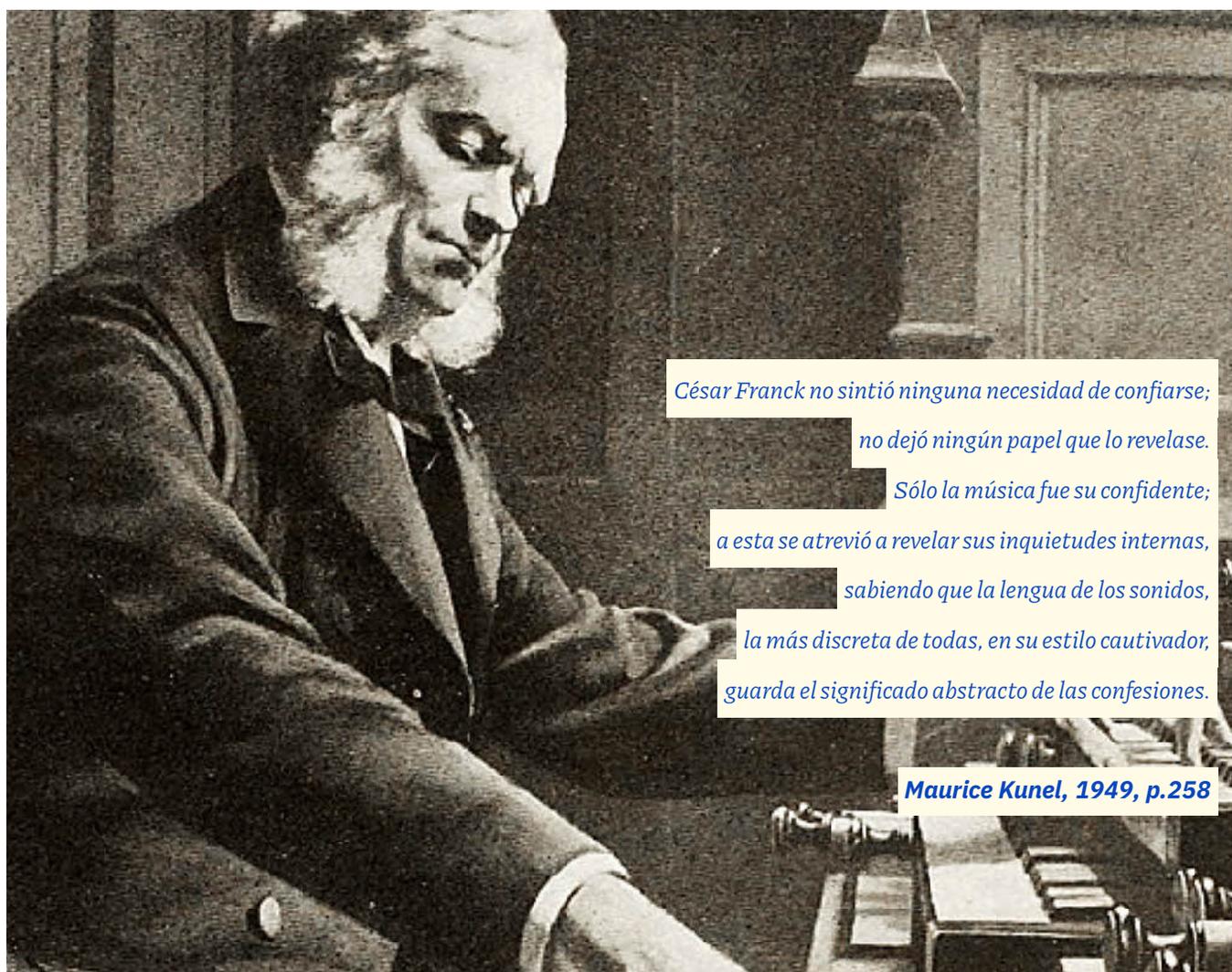
PSICOANÁLISIS Y LAS ARTES

Arlette Lecoq



Óleo sobre tela, de Constanza Buguñá

CÉSAR FRANCK. ALGUNAS REFLEXIONES PSICOANALÍTICAS^{1 2}



*César Franck no sintió ninguna necesidad de confiarse;
no dejó ningún papel que lo revelase.
Sólo la música fue su confidente;
a esta se atrevió a revelar sus inquietudes internas,
sabiendo que la lengua de los sonidos,
la más discreta de todas, en su estilo cautivador,
guarda el significado abstracto de las confesiones.*

Maurice Kunel, 1949, p.258

Este artículo nació del fructífero intercambio que tuve con el musicólogo Xavier Falques³ quien, con motivo del bicentenario del nacimiento de César Franck, se preguntaba sobre los misterios de la vida de este compositor. Le agradezco porque me permitió dar una mirada analítica al complejo recorrido y a la historia a veces enigmática de este creador que no dejó ningún escrito sobre su vida personal. ¿Quién fue aquel que fue calificado de Serafín⁴, de Padre Franck, o de Fra Angelico de los sonidos?

Mi intención es abrir humildemente, ofrecer hipótesis o vías de elaboración sobre la vida interior y la trayectoria de este hombre genial que tanta influencia tuvo en la evolución de la composición musical. ¿Qué vínculos deberían establecerse entre los aspectos intuidos de su organización psíquica y la expresión de la propia creatividad?

Mi trabajo se basó esencialmente en la excelente biografía de Joël-Marie Fauquet (1999) y en las de Maurice Kunel (1949) y Léon Vallas (1955).

1 Publicado originalmente en Revue Belge de Psychanalyse, 82(1):169-188, 2023.

2 Traducido del francés por M. Angeles Vergara

3 Xavier Falques, musicólogo que es autor de la série «César Franck, de chair et sons» (César Franck, de carne y sonido), realizada en Music3 por Cyrielle Cour en 2022

4 Como menciona J-M Fauquet, serafín no solo evoca el lado angelical sino que de la etimología de «saraph» en hebreo, se entiende también ardiente.

AMANECER DE LA VIDA PSÍQUICA DE CÉSAR AUGUSTO FRANCK DE LIEJA

Polisemia geográfica, polifonía lingüística

El padre Nicolás-Joseph, es originario de una familia de personalidades notables de Völkerich, pequeña ciudad fronteriza de la provincia de Lieja que limita con los

Países Bajos y Alemania. Su madre, Marie Catherine Barbe Frings, provenía de una familia de vendedores de telas de Aquisgrán.

Cuando César Augusto nació en Lieja el 10 de diciembre de 1822, Bélgica no estaba establecida y la ciudad estaba bajo dominio holandés (1815 a 1830). La familia Franck no se convirtió en belga sino hasta 1830. En los planos geográfico y lingüístico, César Augusto nació en el corazón de una región cargada de corrientes polisémicas germánicas, holandesa, walona y francesa. ¿Podría ser ésta una de las razones que llevaron al padre del compositor a especificar siempre el origen de Lieja de su hijo? Es de considerar que Lieja gozaba en aquella época de una prestigiosa reputación musical. Pero en cualquier caso, los sonidos que sacudieron los primeros días de César Augusto tenían los acentos polifónicos de la walonia picarda, del Plattdütsch² y del francés, que se convertiría en el idioma elegido por la familia.

Mortalidad infantil

César Augusto es el segundo de los cinco hijos del matrimonio. Su hermano mayor, que fue bautizado con los mismos nombres y murió al año de edad mientras él mismo, el segundo César Augusto, aún se encontraba en el vientre materno, naciendo tres meses después de la muerte del primero. Contar con el mismo nombre del que acababa de morir fue una ardua tarea para César Augusto, desde un principio. ¡Y qué nombres!! Más tarde serían el hazmerreír de los críticos parisinos. Un tercer niño vivirá sólo unas pocas semanas. Luego viene Joseph, su hermano 4 años menor, aplicado y futuro violinista. Y por último, viene una hermana pequeña, que murió a los 2 años.

¡Impresionante hecatombe! ¡Por supuesto que la mortalidad infantil era algo común en aquella época! El primer duelo fue doloroso para los padres y, como escribe M. Kunel: «Nicolás-Joseph veía desvanecerse sus esperanzas», en tanto para la madre, el hijo que llevaba en el vientre «la compensaría por la pérdida del primer hijo» (Kunel, p.16)

Comentario

Así vino al mundo en brazos enlutados César Augusto, marcado desde el principio por una huella dolorosa de ser quien nunca podrá compensar a sus padres por la herida irreparable que los abruma. El primer César Augusto seguirá siendo el niño lamentado e idealizado. La identidad de los nombres traerá por añadidura el mandato imposible de reemplazar al hijo imbatible y lograr complacer las expectativas de los padres, intentando repararlas sin cesar. De hecho, el peso de esta reparación debió verse incrementado por las muertes posteriores que rodearon al niño. ¿Y qué culpa carga él, el primer sobreviviente? Quizás se sintió responsable de haber diezmado a los hermanos. La vida y la muerte, la culpa y la reparación, son parte de su viaje emergente.

¿Será posible encontrar en esta triste configuración de origen, la fuerza extraordinaria que desplegará contra toda crítica, en el poder de su música, la fogosidad y los gritos que pueden escapar de la aparente templanza del personaje? O, por el contrario, ¿podemos encontrar también la falta ocurrida en la lucha por defenderla y afirmarla? Como veremos, César Augusto no puede ser el primero y sólo podrá brillar si es empujado a hacerlo por otros, por su padre o por la «banda de Franck».

El cuaderno de aritmética

El cuaderno de aritmética que César Augusto comenzó a los 7 años, cuando nació su hermana, está lleno de lecciones. Para enseñarle a calcular, Nicolás-Joseph le impuso dos tipos de ejercicios. Los primeros, como era de esperar de un agente de la bolsa, consistían en pedir al estudiante que calculara el precio de las monedas de los países vecinos basándose en el tipo de cambio vigente. El segundo, bastante morbosos, requería que el niño calculara al segundo más cercano, la edad exacta que tendrían sus hermanos (incluidos los muertos), por ejemplo, el 18 de febrero de 1831 a las 3 horas y 22 1/2 minutos. Y así sucesivamente (Fauquet, p.41). Esta aritmética malsana sólo podía mantener recurrentemente la hermandad dolorosamente afectada. ¿Cómo podría elaborarse el duelo entonces? ¿cómo podría operar la represión? Quizás incluso, la psique del niño estaba constituida por esta compulsión del eterno retorno del pasado trágico que debía ser recalculado cada vez, repensado en una elaboración que nunca termina y que debe recuperarse constantemente. ¿Cuál fue la influencia en su música, que algunos describieron como demasiado larga, demasiado austera y demasiado repetitiva? En cualquier caso, el dolor por el niño muerto perseguirá al compositor incluso en sus «Bienaventuranzas», la tercera de las cuales canta: «la madre afligida ante la cuna vacía» (Fauquet, p.42). Ella será sin duda la responsable de algunos de sus movimientos depresivos.

La relación padre-hijo. El control

Los biógrafos y sus contemporáneos son unánimes: Nicolas-Joseph, autoritario, era un tirano violento y orgulloso; un verdadero atormentador de niños. Calculó el tiempo de trabajo de sus hijos; les impidió jugar; cortó el pan para que en su ausencia, su esposa no les diera ni un trozo demás. Hacía reinar el miedo en la familia. Escritor mediocre, no hay duda alguna de que quería que sus hijos repararan su herida narcisista. «Seréis virtuosos», decretó; una elección que le reportaría dinero. Porque la avaricia era otro de sus defectos. Quiso matricular a su hijo mayor a los 5 años en l'École Royale de Musique que acababa de abrir sus puertas a alumnos de 8 años. Se descubrió el engaño y mientras esperaba su octavo cumpleaños, el estudiante recibió excelentes lecciones privadas, de modo que ingresó bien formado a l'École Royale, que desde entonces se había convertido en Conservatorio. El progreso de los aprendizajes de César Augusto fue riguroso y deslumbrante: Primer premio de teoría musical en 1832; Primer premio de piano en 1834; primeras obras (Grand Trio) en 1834; estudios terminados en 1835.

Escuchemos a Antonin d'Indy citado por Fauquet: «Apenas cumple trece años, ya es profesor asistente, virtuoso y compositor. El niño Franck no tiene un segundo de respiro. Es de creer que para él, los juegos no son más que combinaciones sonoras y proezas instrumentales... Por el momento, César Augusto acepta el dominio de este padre inflexible, una especie de «Thenardier»» (Fauquet, p. 50). Pero, ¿tendría elección este niño prodigio con un alto potencial, como diríamos hoy, atrapado en la red de una relación de control que lo sometía a verdaderos trabajos forzados? Nicolas-Joseph le ordenó a la edad de 10 años, que enseñara a su hermano, quien se convertiría así en su primer alumno. Le ordenó «escribir no sólo según su inspiración sino de acuerdo con las opiniones utilitarias del padre y de manera brillante» (Vallas, p.145); debía inspirarse en el espíritu de Liszt. Cuando tenía 13 años, el padre llevó a su hijo a una primera gira a Bruselas, donde recibió el apoyo de Leopoldo I, primer rey de los belgas.

La madre de César Augusto

Poco sabemos de ella aparte de que era gentil y piadosa, encantadora y tierna, y que con su marido «sufrió las repercusiones de su violencia» (Kunel, p. 39). Los domingos, cuando estaba desesperada, llevaba a sus hijos a la iglesia y «César se vuelve (volvería) hacia la tribuna para admirar este altar de tubos» (Kunel, p. 39).

La sumisión, con sus componentes masoquistas, infiltró indudablemente y organizó el equilibrio familiar de un hogar dominado por un padre omnipotente, y César Augusto pudo identificarse con esta posición materna frente a este padre dominante.

LLEGADA A PARÍS. EL CONSERVATORIO. LOS CONCIERTOS. LOS ALUMNOS.

El Conservatorio

Convencido de que su hijo mayor ya sabía lo suficiente, Nicolas-Joseph lo llevó a París en 1835 y quiso inscribirlo en el Conservatorio, pero el director Cherubini acababa de reservar esta formación sólo para los franceses. No importó, el padre se nacionalizó. Durante el examen para optar al primer premio de piano en 1837, César Augusto de 15 años, cautivó al jurado. Sin embargo, no estando satisfecho con la interpretación de la pieza requerida, con brío escogió deliberadamente repetirla, leyendo a primera vista la partitura una tercera por debajo de lo escrito, aumentando significativamente su dificultad. ¡La hazaña se realizó perfecto! Para que los otros estudiantes pudieran competir, el jurado otorgó a César Augusto un Gran Premio de Honor, algo que nunca había sucedido ni sucederá después. Pero ¿cómo iban a acoger los franceses a este joven walón que acababa de suplantarlos magistralmente? Sabemos del impacto nocivo de los movimientos de envidia y destructividad que genera el narcisismo de las pequeñas diferencias. Estos movimientos ciertamente marcaron el difícil camino que el joven músico intentaba recorrer en la capital y en su país de corazón. En 1840, el alumno obtuvo un primer premio de contrapunto, un primer premio de fuga y luego un segundo premio de órgano en la clase de François Benoist. Sólo le quedaba competir por el Premio de Roma, la prueba definitiva que coronaría su brillante carrera y le abriría las puertas a la composición. César Augusto se estaba preparando ardientemente para ello cuando su padre, como un trueno en un cielo sereno, lo sacó repentinamente del conservatorio por razones desconocidas en 1842, y lo llevó de gira por Lieja y Alemania. ¿Por qué tal gesto? ¡Misterio! Según L. Vallas, el padre quería obstaculizarlo en la composición para que siguiera siendo esencialmente virtuoso, porque esto era más rentable. Fauquet propone otras ideas: si el padre estaba nacionalizado, el hijo no lo estaba y no sabía que bastaba con una firma a los 21 años para lograrlo. Al no avisar a tiempo a su hijo, Nicolas-Joseph bloqueaba su acceso al Premio de Roma francés. ¿Al traerlo de regreso a Lieja, quería encaminarlo hacia el Premio de Roma de Lieja que acababa de abrir? No hizo nada y César Augusto, obstaculizado, castrado en su carrera, nunca obtuvo este prestigioso premio. Pienso también que las críticas parisinas maliciosas habían acabado enfadando a este padre y decepcionando a su hijo, como vamos a ver. Sin duda hubo muchas razones para esta retirada del Conservatorio de París, pero fue un obstáculo para la carrera del artista. Queda abierta la pregunta: ¿cómo es que César Augusto no preguntó

nunca por su nacionalización? ¿pasividad? ¿sumisión? ¿retirarse únicamente sobre su música?

Conciertos y reseñas de los críticos

Paralelamente a los estudios de César Augusto y Joseph en el Conservatorio (toda la familia ahora vive en París), Nicolas-Joseph aprovechó cada oportunidad para que los hermanos actuaran en conciertos. Habiendo improvisado como empresario aunque sin educación musical, desplegó torpemente una energía considerable para ensalzar, proclamar y magnificar arrogantemente las cualidades musicales de César Augusto Franck de Lieja. A través de la publicidad, lo exhibió como un mono erudito bien adiestrado en las prestigiosas y costosas salas de la capital. César Augusto se sometió a esto, escribe Kunel, sabiendo que en lo profundo de él existía una «cella»³ inaccesible que lo protegía. La Gaceta musical, bajo la pluma mordaz de Henri Blanchard, torpedeó y ridiculizó al padre, alcanzando también al hijo. «Ahora será un juego para Blanchard atacar el orgullo del padre a través del talento del hijo y atrapar al inocente César Augusto en la trampa del ridículo de sus dos nombres imperiales» (Fauquet, p. 114). Blanchard escribió en 1841: «... Como los emperadores de Roma cuyos nombres lleva, y que soportaron todo el peso de la monarquía del mundo, el señor César Augusto Franck cargó con casi toda la responsabilidad de su concierto. ... para todo bastaba el invencible César Augusto. Vino, vio y venció... Ciertamente este joven tiene talento pero es un talento mecánico... Es claro, puro, seco... Él sabe pero no siente. La melodía o la dificultad nunca perturban la sonrisa que aparece estereotipada en su rostro» (Fauquet, p. 118). Si los críticos reconocieron el virtuosismo de su interpretación, cuestionaron la identidad del virtuoso.

Comentarios

Estas palabras podrían evocar en este artista un comportamiento de adaptación al estilo de un falso self. Sin embargo, tenemos poca evidencia de la relación primaria con la madre para apoyar esta hipótesis. Además, Franck nunca interpretará a Liszt, Beethoven o Schubert; siempre mantendrá una fuerza identitaria lo suficientemente sólida, aunque se oculte bajo una sonrisa defensiva y otras capas de protección para afirmar su música y luego triunfar sobre sus obstáculos. En cierto modo, el modelo no lo moldea de manera adaptativa, sino que lo inspira. Es consciente de su valor, pero obedece y se somete a la dominación paterna, y parece más probable que sea la obediencia al dictado paterno en una relación de control, lo que determinará su conducta de sumisión o incluso de borramiento, más que la adaptación con un falso self.

1842

Después de siete meses de silencio que corresponden a siete meses de trabajo o de descompensación tras este final de su carrera y críticas humillantes, César Augusto abandona París para realizar una gira por Lieja y Alemania, donde siempre fue mejor recibido que en Francia. Sus tres primeros tríos (Opus 1) compuestos en el mismo año que fueron presentados al rey de Bélgica, le entregaron una medalla de honor. De regreso a París, volvió a presentarse la oportunidad para que el padre desplegara otra propaganda tan inapropiada como ridícula entre los periodistas.

La vida plena del joven artista se dividió entre conciertos, composición, conservatorio y estudiantes. Parecía estar pasando por esto con una sonrisa en los labios y un aire un poco ausente de la vida social que lo rodeaba. Sin embargo, a lo largo de 1844 estuvo enfermo y casi no se volvió a saber de él. Tenía 22 años. En 1845, retomó la escritura con obras muy diferentes: un oratorio, una égloga bíblica, Ruth, que tras un difícil camino de reconocimiento sólo desembocó en el éxito de una velada. ¡Sin embargo, la obra volverá a triunfar mucho más tarde!

LA RUPTURA, EL GRAN GIRO Y EL MATRIMONIO

La ruptura con el padre

Para vivir y mantener a su familia, y para ayudar a su hermano, César Augusto aumenta el número de cursos. También es promotor de los pianos Pleyel como lo será luego para los órganos Cavallé-Coll. Acompaña a otros músicos y todo ello le aporta el dinero que exige la insaciable codicia de su padre. Entre sus alumnos, en 1840 conoció a Félicité Desmousseaux, hija de actores de la Comédie Française, burgueses cultivados. Me pregunté, en vista de lo que siguió, si los sentimientos románticos que surgieron en el músico no entraron en conflicto interno con la obediencia al padre, y si los siete meses de silencio en el 42, la partida organizada por el padre en Lieja y la enfermedad del 44, no podrían ser leídos a la luz de un conflicto instintivo no elaborado entre los deseos cada vez más precisos del joven y la tiranía prohibitiva del padre. Una descompensación depresiva o psicósomática habría debilitado previamente a César Augusto ante la evidente aparición del conflicto que le sería importante resolver en momentos de gran tensión.

El hecho es que en febrero de 1846, ante el romance que amenazaba con robarle a su hijo, Nicolas-Joseph habría roto la partitura que César Augusto quería ofrecer a su amada según Vallas (Vallas, p. 102). Era

El ángel y el niño... reescrito de memoria más tarde. Incluso si la realidad de este acontecimiento encierra dudas, este tipo de incidente es muy probable según Fauquet (Fauquet, p. 199).

La tensión familiar está en su apogeo y finalmente, gracias a la complicidad de su madre que saca a pasear a su tiránico marido, César Augusto, en un decidido movimiento de autoafirmación y empoderamiento, huye del hogar paterno. Literalmente se aleja del control de su padre, a pesar de las amenazas de este último de golpear a su madre si no regresa. Desgraciadamente, en estas convulsas circunstancias, accede a firmar un reconocimiento de deuda con su padre, lo que le comprometerá al trabajo durante toda su vida. El 4 de septiembre de 1846, le escribe a Liszt: «Te anuncio una gran noticia: desde el miércoles 26 de agosto soy mi maestro» (Fauquet, p. 204).

El gran giro se había producido

Sin embargo, según las obligaciones de la época, sólo después de tres respetuosas solicitudes, César Augusto pudo obtener la mano de Félicité a la edad de 26 años, el 22 de febrero de 1848. Pero TODO había cambiado profundamente para él, empezando por el registro de identidad porque de ahora en adelante se hará llamar César Franck y no César Augusto Franck de Lieja, que causaba el ridículo y lo vinculaba con su hermano muerto. Abandonará la carrera de virtuoso y con ella la publicidad, las revistas, los conciertos y las actuaciones públicas. Abandonará su instrumento favorito, el piano, en favor del órgano que, de facto, le situará fuera de la vista. Se convertirá en profesor, organista; se casará y pronto será padre. ¡No más exposiciones! El pudor y la discreción envolverán más aún su expresión musical y toda su actitud. Y un hecho importante y extraño en la trayectoria de este compositor, que dejará su huella en la evolución de la música de cámara, deja de componer para piano en este momento y no retomará esta actividad hasta 40 años después, en la época en que escribía sus obras maestras más bellas. ¡De 1846 a 1885, César Franck dejó de componer para piano!

El matrimonio y la historia

Antes de formular alguna hipótesis sobre este cambio, miremos el contexto histórico.

Luis Felipe llegó al poder bajo barricadas y reinó sobre los franceses desde 1830. Fue la Monarquía de Julio la que gradualmente trajo empobrecimiento y miseria a los súbditos de Francia. La revuelta retumbó de nuevo y se cristalizó peligrosamente el 22 de febrero de 1848, día del matrimonio de César Franck con Félicité Desmousseaux. Se levantaron nuevamente las barricadas y Luis Felipe tuvo que huir de Las Tullerías antes de

abandonar París el día 25. ¡Se proclamará la Segunda República! Luis Napoleón Bonaparte fue su presidente. A nivel musical, se creó la Asociación Nacional de Artistas Musicales, favorable a la «moralización»⁴ del pueblo. Hizo un movimiento hacia la música religiosa bajo la mirada favorable del clero. La recaudación de fondos en la iglesia permitió evitar los fuertes impuestos que gravan los conciertos y las misas se convirtieron en un verdadero recurso. El primer hijo de la joven pareja nació 9 meses después. ¡Se llamaría Georges y lo apodarían «Barricada»!

Comentarios

César Augusto tuvo que alejarse literalmente de la influencia de su padre para vivir... y casarse con Félicité. Al mismo tiempo, Luis Felipe huye y el asesinato del padre edípico se une simbólicamente al asesinato del padre de la nación. ¡Parricidio y regicidio, «¡es mucho»⁵! Llevado por este movimiento de gran violencia, César libera su autonomía y desbloquea su identidad. Nace César Franck y le escribe a Liszt que finalmente puede poner un pie delante del otro sin preguntarle a su padre. ¡Liberación, autonomía! Podemos suponer que esta liberación generó, sin embargo, un flujo de culpabilidad y que, al separarse de esta relación deletérea con su padre, renunciaría también a todo lo que estaba vinculado a ella: exposiciones, conciertos, eventos sociales, la carrera de un virtuoso, pero también, a su instrumento favorito, el piano. ¿Tenía derecho aún a componer para el instrumento que le había asignado su padre?

A la culpa de su nacimiento, se añade la de un Edipo asesino, que en un efecto acumulativo posterior, puede inducir inhibiciones diversas. En cualquier caso, al retraimiento que caracteriza este período y a los fuegos del virtuosismo, sigue el borramiento del escenario en favor de la caja del órgano y el ambiente más silencioso e íntimo de la capilla. El altar de tubos recuerda también la presencia materna en busca de apaciguamiento. ¿Será también este sentimiento de culpa el que lleva a César Franck a firmar un colosal reconocimiento de deuda que compromete parte de su vida a la docencia y lo convertirá, por falta de tiempo, en ser un compositor de vacaciones? ¡Su liberación le cuesta caro!

A todos estos movimientos conscientes e inconscientes añadiría una reflexión más: la deuda ligada al hermano mayor fallecido está escrita en lo más profundo de su ser y contribuye al impedimento de brillar si no es auto-impulsado o impulsado por un tercero, incluso por el padre tiránico. Privado de sí mismo, encuentra una posición discreta, modesta y humilde.

Pero sabemos que César Franck concilia fuerza y modestia y, si acaba de liberarse derribando a los padres terrenales de sus pedestales, el movimiento de interiori-

4 Educación

5 ¡Ce n'est pas rien!

dad que opera en el plano musical y religioso, lo orienta al mismo tiempo hacia un padre idealizado, celestial, hacia un padre internalizado que podría canalizar su angustia, preservar sus fuerzas y compensar la pérdida del padre. ¡Algunos quisieron verlo como un movimiento místico y no estaban lejos de querer beatificarlo! Sin negar el catolicismo de la familia de César, prefiero verlo como un movimiento psíquico de idealización transitoria en un estado de gran desestabilización. En cuanto a sus posiciones políticas, César Franck era republicano ¡pero no demasiado!

ORLEANS, LA FAMILIA, EL ORGANISTA...Y LAS MUJERES

Al servicio de...

Si César Franck había desaparecido de la vida pública, lo veíamos regularmente en Orleans donde sus prestigiosos suegros y sobre todo Auguste Féréol orquestaron la vida musical. Sin embargo, César tocó su música allí solo una vez con su hermano, recibiendo las críticas sempiternas: «ejecución brillante a pesar de que no despertó el sentimiento musical esperado» nos dice Fauquet. Sin embargo recibía rondas triples de aplausos. Por otro lado, todos los meses acompañaba a músicos, cantantes y estudiantes. Esto le reportaba beneficios económicos pero esta posición paradójicamente lo relegaba una vez más a la sombra de artistas que le robaban el protagonismo. Sumisión, masoquismo, César Franck no tenía otro igual para promocionar a su padre, a su hermano, a sus alumnos, a los artistas de Pleyel o de Cavallé-Coll, los instrumentos de los que era presentador, los armonios, etc... Esta actitud, demasiado frecuente para no ser cuestionada, no era sólo humildad y modestia. Estaba hecha de intentos de reparación y se unía a esa culpa por lucirse o ser el primero a menos de verse obligado. Seguía siendo heredero de la eterna deuda de su infancia.

La familia. La vida se organiza en torno al trabajo y bajo la suave autoridad de Félicité, pero las frustraciones y las desgracias afectarán esta encantadora armonía. Después del nacimiento de Georges en el 48, la pequeña Blanche (nombre de una calle parisina en la que vivió la familia durante mucho tiempo) murió en el año 50, con menos de un año. El dolor del padre es inmenso. Su música toma acentos melancólicos. Experimentará una grave depresión agravada por el exceso de trabajo y, habitualmente tan discreto, le confesará a un joven estudiante desconsolado: «El dolor que sentimos al perder a estos pequeños seres a los que nos apegamos más porque son más delicados, es tan grande que casi se convierte en injusticia hacia quienes permanecen con nosotros; lo he experimentado yo mismo. Me parecía

que los que se quedaron conmigo eran menos buenos, menos inteligentes que el que acababa de perder» (Fauquet, 1999, p. 374, citando correspondencia de Franck). Esta era la situación que César Franck había vivido en carne propia de niño. Después de Blanche, nació Germain en el 53, luego Paul-Eugène que murió en el 59, con poco menos de 4 años. Una vez más la muerte marca su vida. Mientras tanto, murieron el suegro y luego la suegra de César Franck a la que llamaba madre; siguió la muerte de la madre del compositor, en 1860. A Joseph, el hermano de César que había permanecido bajo la autoridad del padre, solo se le permitió casarse en el año 65 y Nicolas-Joseph se retiró entonces a Aquisgrán hasta su muerte en el año 71. César lamentó no haber sido advertido hasta unos días después. Sabemos que la mayoría de las obras maestras para piano de César Franck serán posteriores a esta fecha. Sólo tras la muerte de su padre supo que bastaba con firmar a los 21 años para convertirse en francés. Finalmente se nacionalizó. Sin duda se le habrían abierto muchas puertas si lo hubiera hecho antes, pero ¿cómo no haberlo descubierto?

Franck organista

«De pianista destacado y virtuoso, César Franck pasó a ser un músico invisible en el órgano, un artista que se desvanece» (Fauquet, 1999, p. 268). Pero él, que obtuvo un segundo premio de órgano en el conservatorio, va a consagrarse a este instrumento durante muchos años de su vida; habrá que esperar a 1854 para que emergiera de la oscuridad. En ese momento todavía era organista de la Capilla Notre-Dame de Loreto y solo cuatro años más tarde sería nombrado oficialmente Maestro de Capilla y primer organista de la parroquia de Santa Clotilde, donde ofició y tocó hasta el final de su vida. Como César Franck se entregó a la improvisación, estas obras a veces sublimes nunca fueron escritas y sólo existieron para los oídos privilegiados de la época. Es la cima de la modestia⁶. ¿Estaba más cómodo incluso sin partituras? Fauquet escribe: «Ahora, por desgracia, sólo nos quedan los testimonios de quienes pudieron juzgar como expertos estos momentos trascendentes de la música. Para Franck, la improvisación era un auténtico acto de composición. Tanto es así que podemos pensar que el músico construyó su verdadera obra para órgano improvisando. Queda por ver si las mejores piezas escritas resultan de la destilación de estos momentos de creación instantánea perdidos para siempre, castillos de arena de sonido» (Fauquet, 1999, p. 485). Liszt y muchos otros vinieron a escucharlo y no agotaron los elogios. Las críticas incluso fueron ditirámicas⁷. Saint Saëns, en cambio, habla de la música catedralicia. Con sus «Seis piezas para órgano», el que más tarde sería considerado el más grande organista del siglo XIX se convirtió en un organista de primer nivel y «el instrumento de tubos recuperó sus cartas de nobleza por primera vez desde Bach» (Fauquet, 1999, p. 346). Según Vallas «...el verdadero Franck se revela en cada página de partituras

6 La autora escribe «effacement de soi» que equivale a «borramiento de sí mismo»

7 Elogiosas, muy favorables.

muy diversas, sólidamente estructuradas a veces a la manera de Bach y más a menudo, según la forma tradicional de la sonata beethoveniana» (Vallas, 1955).

Franck y las mujeres.

La discreción, la reserva y la moderación pueden haber llevado a la gente a creer que la libido y el erotismo del artista estaban esencialmente sublimados en su arte, pero varias situaciones socavan esta imagen de asceta. Tenía un vínculo muy tierno e íntimo con su prima Claire y con sus alumnas. Tan íntimo, que un día su hijo Georges precisó que la conexión de su padre con un estudiante, en realidad era una relación con «una» estudiante. Lucile, otra alumna, escribe: «En cuanto a mi maestro de piano y armonía, el señor Franck, a quien conozco desde hace diez años, lo aprecio a él y él me aprecia a mí... Soy cada vez más su alumna favorita» (Fauquet, 1999, p. 380). Luego estuvo Augusta Holmès, cuyo encanto irlandés encendió a todos los músicos que la rodeaban y a quién Saint Saëns había propuesto matrimonio. «¿Franck no habría caído bajo también el encanto de su radiante alumna y admiradora? Un día, delante del pianista Mathias, la gente afirmó que el músico de las «Bienaventuranzas» era sólo un místico. «¿Un místico?» respondió rápidamente Matías, «pregúntenle a Augusta Holmès» (Vallas, 1955). Como debía ser, Madame Franck odiaba a esta persona, al igual que el «Quinteto en fa menor»⁸, escrito según algunos, bajo la inspiración de esta musa irlandesa. ¿Qué es lo que evitamos ver cuando vestimos a alguien con atuendo místico?

LA «BANDA DE FRANCK», LAS OBRAS MAESTRAS, LA SONATA DE VINTEUIL

Regreso al conservatorio.

A pesar de los contratiempos de las primeras interpretaciones provocados a veces por los odiosos celos de sus rivales (celos y narcisismo de las pequeñas diferencias) o por el propio compositor que se desvanece o se tuerce la muñeca el día anterior al estreno (masoquismo y prohibición de brillar), los éxitos se multiplicarán, las obras maestras también: «Redención», «Las Bienaventuranzas»... «Ruth», su égloga que no había logrado gran éxito al ser creada, triunfa luego en varias ocasiones. El crítico Reyer escribe: «César Franck, recuerda bien ese nombre» (Fauquet, 1999, p. 416). Los homenajes se multiplican.

Nicolas-Joseph, el padre, murió en el año 71, en Aquis-

grán donde se había retirado después del matrimonio de Joseph, y César finalmente supo que podría haberse nacionalizado con una simple firma a la edad de 21 años. Finalmente adquirió la nacionalidad francesa. Al año siguiente, a la edad de 50 años, se convirtió en profesor de órgano en el Conservatorio de París, sucediendo a su antiguo maestro, François Benoist. ¡Será criticado por enseñar improvisación y composición, más que técnica de órgano y así allanar el camino para que los estudiantes obtengan el Premio de Roma!

Hipótesis

Al hacerlo, sin duda estaba reparando y reanudando su carrera interrumpida en el mismo lugar donde se había roto. Recordemos que había obtenido un segundo premio de órgano y luego su padre, sacándolo del conservatorio, había obstaculizado su carrera hacia la composición y el Premio de Roma. ¿Es este regreso al conservatorio por el camino de la composición, lo que vino a suturar la herida? ¿Es este regreso el que lo impulsará durante los años de vida que le quedan, por el camino de la más bella creatividad musical que revolucionará la música de cámara francesa? El padre castrador y dominante ha muerto, y César retoma plenamente el curso de su vida. Su nuevo puesto le aporta una bonificación monetaria sustancial. Una vez más, la gran historia se entremezcla con la vida de César, porque después de la guerra franco-prusiana (1870-1871), se produce la rendición de Napoleón III, y esta caída del Segundo Imperio da paso a la Tercera República.

La «Banda de Franck»

César Franck se rodeó poco a poco de un grupo de estudiantes que rápidamente se convirtieron en la «banda de Franck», formada principalmente por hombres: Vincent d'Indy, Ernest Chausson, Henri Duparc, Emmanuel Chabrier, Guillaume Lekeu...y Augusta Holmès. Un apego intenso, una veneración de los estudiantes al «Padre Franck». El círculo así formado llegó a ser tan importante que despertó miedo o celos en el mundo musical y St Saëns, por ejemplo, se volvió un crítico virulento y odioso hacia su antiguo amigo. Nacería un movimiento, el «franckismo», y César fue su líder. Reinaba un clima particular en este grupo: la humildad del Maestro que no desconocía su propio valor y sus exigencias musicales así como la confianza de los alumnos crearon un espacio de compartir, de juego, de emulación, de placer, de unión, de fuerza. Las partituras eran intercambiadas, corregidas, elaboradas; un alumno podía influir o validar la composición del Maestro. Esto hizo decir a Alexis de Castillon que «el Padre Franck fue formado por sus alumnos» (Fauquet, 1999, p. 397). En cuanto

a César, como lo vimos, podría hacerse a un lado para ascender a un estudiante y el grupo podía constituir una nueva máscara tras la cual vivir feliz con su música y sus alumnos. La «banda de Franck» se había vuelto influyente y lideraba batallas como la de llevar música contemporánea extranjera a la muy oficial Société Nationale de Musique (S.N.M.), lo que molestó a Saint Saëns y a otros. El mundo musical estaba dividido entre los seguidores de Wagner y los demás. El «franckismo» defendió posiciones fuertes y César, odiando los conflictos, evitó la primera línea.

Hipótesis

Según el eje vertical de la filiación, la intimidad humilde, tierna y confiada que el Maestro Padre Franck mantenía en el vínculo con sus alumnos, sin duda dio lugar a una reparación, invirtiendo la muy dolorosa relación de dominación que había sufrido en el vínculo con su padre.

Pero en un eje horizontal, Blandine Faoro-Kreit, psicoanalista de la SBP, especializada en problemas entre hermanos, me sugirió la idea de que la «banda de Franck» podría evocar un vínculo fraterno que resucitaría para César a sus hermanos originales, antes diezmados. La hermandad reconstituida, podría haberlo exonerado y permitirle soltar los últimos frenos a su creatividad.

Obras maestras instrumentales.

César Franck tiene 66 años (1878); le quedan 12 de vida y ha retomado la composición instrumental. En el año 80, durante la primera audiencia de su «Quinteto en fa menor», hubo una bomba, nos dice Fauquet: «fue la ruptura de la ola de fondo la que cautivó al público más que la que produjo el entusiasmo» (Fauquet, 1999, p. 522). En un hermoso acto fallido, la partitura ofrecida a Saint Saëns fue olvidada por este último sobre el piano. Esta obra fue sin embargo, como escribe Fauquet, «el pórtico sonoro de la tan fértil década de 1880». Tendrá un gran éxito pero el deslumbramiento y la pasión de la obra, repentinamente destrozarían el aire musical del ambiente que en Francia era más propenso a expresiones serenas.

«Preludio, coral y fuga» (1884) fue considerada tal vez la obra más bella de música de cámara de César Franck, o incluso de toda la música clásica que he escuchado recientemente. Para Vallas, «este fue el punto de partida de un renacimiento francés de la música para teclados» (Vallas, 1955).

El 7 de agosto de 1885 fue nombrado caballero de la Legión de Honor. Finalmente, el reconocimiento público y oficial.

La Sonata de Vinteuil y el Cuarteto

«Ella había desaparecido, Swann sabía que reaparecería al final del último movimiento. (...) Primero se quejaba el piano solitario, como un pájaro abandonado por su compañera. El violín le escuchó y respondió como desde un árbol vecino. Era como en el principio del mundo, como si todavía estuvieran sólo ellos dos en la tierra, o más bien en este mundo cerrado a todo lo demás, construido por la lógica de un creador donde no estarían nunca más que ellos dos: esta sonata» (Proust, 1954, p. 351-352). Si la «Sonata de Vinteuil» amalgama a Franck con Saint Saëns, Wagner y Fauré, la frase anterior se relaciona bien también con la «Sonata para piano y violín en La mayor» de César Franck.

El compositor la escribió en tres semanas y ofreció el manuscrito a Eugène Ysaÿe con motivo de la boda de este último, en septiembre de 1886; pero al no haber podido realizar el viaje, Ysaÿe, que quiso descifrarla inmediatamente, le escribió más tarde: «...nos agarraron, nos agarraron, nos voltearon y, fue con el corazón lleno de emoción febril que me atreví a exclamar: - ¡Es una obra maestra! ...Sí, maestro, una obra maestra.... Tu primera parte es una caricia larga... ¡es una maravilla! La segunda... un grito de gran elevación... la parte que sigue... la más apasionante... No he encontrado nada más feliz en las obras de Beethoven que el regreso de esta extraordinaria frase en el final» (citado por Fauquet, 1999, p. 642). Ysaÿe tocará esta sonata en todas partes. Finalmente, la fama premiará el estallido sublime de la música de César Franck. La gloria pasaría por Bélgica, porque la primera audición tuvo poca respuesta en París. La segunda, en cambio, transportó al público hasta el punto de que los músicos tuvieron que repetir el final. Incluso nacionalizado, el camino de Lieja hacia París estuvo plagado de obstáculos, lo que demuestra una vez más la validez del concepto freudiano del narcisismo de las pequeñas diferencias. Una actuación memorable y decisiva tuvo lugar en Bruselas en el marco del Círculo de los XX. Fauquet nos cuenta: «El crepúsculo invernal caía rápidamente. En las salas del museo no había forma de iluminación. Mientras la oscuridad envolvía a la asamblea pronto y por completo, Ysaÿe y la señora Bordès-Pène continuaron tocando de memoria, mientras el misterio de la noche se acercaba al de la música. ...el éxito se medía por la ejecución impecable...la impresión...impactante» (Fauquet, 1999, p. 648).

El año siguiente fue el del «Cuarteto de Cuerdas en Re mayor», una obra de madurez. «Hizo palidecer las obras que lo rodeaban» (Fauquet, 1999, p. 665). Se trataba de una nueva obra maestra cuyo éxito inmediato en la S.N.M.; la sala Pleyel sorprendió a Franck cuando el entusiasmo delirante y los aplausos exigieron que subiera al estrado.

Fauquet cuenta que una noche, mientras Franck, conmovido hasta las lágrimas, abrazaba a Ysaÿe por

las interpretaciones de los artistas, se escuchó decir: «Usted tiene que ver con el destino de sus obras. -Sí, ¿usted lo cree? dijo Franck, sin la menor ironía y con un acento sinceramente sorprendido» (Fauquet, 1999, p. 669). En pleno éxito y en vísperas de su muerte, el niño César Franck sin duda todavía se preguntaba si realmente podría brillar. En 1916, recluso en su habitación de enfermo, Proust pidió al cuarteto Poulet que vinieran a tocar el *Cuarteto* de Franck para él.

EL FINAL, EL DESPUÉS, LA FORMA CÍCLICA

Un accidente.

En julio del 90, mientras viajaba en un taxi, César Franck fue víctima de un accidente: el timón del bus lo golpeó violentamente en el costado. Siguió varias complicaciones; César luchaba con valentía y completaba sus «*Corales*». Los doctores Félix Féréol y Édouard Brissaud, compañeros de estudios de Freud cuando estudiaba con Charcot, lo trataron. Murió el 8 de noviembre de 1890.

Y después...

Inmediatamente surgieron conflictos entre la familia representada por el hijo mayor, George, laico y agnóstico, y los discípulos de César, encabezados por el muy católico Vincent D'Indy. A nivel musical, «la música de Franck ahora hacía desmayar los oídos y jadear los corazones» (Kunel, 1949, p. 330). Los conciertos se multiplicaron y su música triunfó tanto en París como en otros lugares. Franck se había «convertido en el padre de la música francesa contemporánea y en director de escuela sin saberlo» (Kunel, 1949, p. 359). En 1896 se inauguró la Schola Cantorum que se negaba a hacer del arte una profesión, y de la que Franck fue considerado simbólicamente, abuelo.

Una última hipótesis a modo de conclusión.

La forma cíclica en la música consiste en retomar un tema, repetirlo de un movimiento a otro elaborándolo, desplegándolo, transformándolo. Esta figura ya está presente en la música gregoriana; también la encontramos en Beethoven, en Schubert, Schumann, Liszt y muchos otros, pero en César Franck, es casi una firma⁹. Me pregunto si la organización psíquica del niño que era, no habría sido estructurada de esta manera. Cuando en su cuaderno de aritmética el niño tenía que repasar

periódicamente las edades respectivas de sus hermanos, volver a pensar en ellos, recuperarlos en detrimento del duelo, ¿no se rodeaba de incesantes repeticiones y transformaciones de esos hijos que crecieron con él? La hermandad que podemos encontrar en la pandilla de Franck. Seguramente otros compositores que no tienen la misma historia utilizan esta forma cíclica, pero con Franck fue desde el principio, desde los primeros tríos. Se sorprendió cuando sus discípulos le revelaron, nos cuenta Vallas sobre la originalidad de su ciclismo (Vallas, 1955). Era tan natural en él. Sería ahí, en efecto, la firma del inconsciente.

A la sombra y en la intimidad, César Franck revolucionó la música de cámara. Este artículo le rinde humildemente un homenaje.

Bibliografía

- 1.- Fauquet, J-M. (1999). *César Franck*. París: Fayard.
- 2.- Kunel, M. (1949). *César Franck. L'homme et l'œuvre* (livre numérique). París: Editions Bernard Grasset. (Trabajo original publicado 1947)
- 3.- Proust M. (1954). *À la recherche du temps perdu*, I. País: Gallimard
- 4.- Vallas L. (1955). *La véritable histoire de César Franck 1822-1890* (livre numérique). París: Flammarion.

MIRADA PSICOANALÍTICA A LA «CARTA AL PADRE DE FRANZ KAFKA»^{1 2}

Esperanza Castell R.³
Mabel Silva.^{4 5}



«Sólo en el coro puede
yacer cierta verdad.»

Franz Kafka

1 Este trabajo será publicado en catalán en la Revista Catalana de Psicoanálisis (2024)

2 Fue escrito en catalán y traducido por las autoras al castellano

3 Psicoanalista Titular SEP - IPA

4 Psicoanalista Titular SEP - IPA, miembro asociado APCH-IPA

5 Ambas autoras son miembros del Consejo Editorial de Monografías de Psicoanálisis, Psicoterapia y Salud Mental.

INTRODUCCIÓN

Carta al Padre es una de las epístolas escritas por Franz Kafka (Praga 1883-Kierling 1924), uno de los escritores en lengua alemana más influyentes y representativos de la literatura mundial.

Durante su vida publicó unos cuantos escritos y una novela corta (*La Metamorfosis*). Antes de morir a los 41 años, se dirigió a su amigo Max Brod, a quien había conocido al final de su primer año de universidad (su amistad duró hasta su muerte), para pedirle que quemara todo lo que había escrito sin publicar (diarios, manuscritos, cartas, compilaciones de cuentos, novelas...) y que lo hiciera sin leerlos. Su amigo que era un escritor consolidado, por suerte, no lo hizo y, tras su muerte, trabajó intensamente para supervisar y promover la publicación póstuma de la obra literaria de Kafka.

El año 1995, Harold Bloom publicó *El canon occidental*. Seleccionó veintiséis autores a los que consideraba esenciales en la tradición literaria de occidente. Franz Kafka fue uno de los escogidos en el lugar N.º 21. Le dedicó un capítulo, donde habla, entre muchas otras cosas, de su concepto de indestructibilidad. Se refiere a una esperanza o anhelo que existe dentro del ser humano, a pesar que sus manifestaciones son inevitablemente destructivas y particularmente autodestructivas. Toda esperanza será destruida porque no puede existir una vida nueva.

«Entonces, la paciencia así no es tanto la principal virtud Kafkiana, sino el único recurso para poder sobrevivir...»

(Bloom, 1995, p. 493)

Franz Kafka era judío, descendiente de los que se establecieron en Praga, al sur de la ciudad vieja desde el año 965. El escritor leía a su contemporáneo Freud, según consta en sus cartas y diarios (Pualuan, 2013)

Bloom (1995) señala que las cartas de Kafka producen angustia al leerlas y las considera como las más elocuentes de las escritas en el siglo XX.

Veamos que dice el mismo Kafka acerca del hecho de escribirlas: «Se trata en realidad, de una relación con fantasmas y no sólo con el fantasma del destinatario, sino también con el nuestro, un fantasma que se va formando entre medio de las líneas de las cartas que escribimos...» (Bloom, 1995, p.483-484).

Escribir cartas, así mismo, significa desnudarse delante de los fantasmas, una cosa que ellos esperan con desasosiego. Los besos escritos no llegarán nunca a sus destinatarios, sino que los fantasmas se los beberán por el camino. Nos encontramos, paradójicamente, con un Kafka partidario de las relaciones presenciales y

que sus relaciones afectivas con las mujeres, las mantuvo por correspondencia.

Kafka es un maestro de la paradoja y de las descripciones poliédricas. *La Carta al Padre* fue escrita el año 1919, cuando tenía 36 años, en el periodo entre las dos guerras mundiales. No fue publicada hasta el año 1952. Algunos autores dicen que esta *Carta* surgió como una verdadera confesión dirigida a su padre. Franz reconoce lo que ha recibido de él, pero continúa acusándole desde una relación que no puede, ni quiere superar. El escritor dice que la *Carta al padre* iba destinada al padre para que la leyera y para obtener una cierta paz en la relación. Hay autores que ponen en duda esta intención y solo resaltan su valor literario.

Kafka murió de tuberculosis en un sanatorio cercano a Praga, pero tuvo bastante tiempo para vivir el feroz antisemitismo que se iba anidando. Tres de sus hermanas murieron, luego de la muerte del escritor, en campos de exterminio nazis. El escritor tuvo que sufrir las convulsiones políticas y sociales de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Vivió en medio de fuerzas sociales muy poderosas y en gran medida incomprensibles. Este ambiente queda reflejado en su obra, La angustia, la opresión y el absurdo, figuran como propias de una situación «kafkiana»¹.

Kafka hace una crítica a los regímenes político-económicos de signo muy diverso (fascismo, comunismo, capitalismo...). Nos habla de la deshumanización de la vida y de las alienaciones del hombre moderno. Describe lo indefenso del ser humano cuando, por ejemplo, cualquier ciudadano puede ser víctima de un acto policial aparentemente inmotivado. Kafka es un portavoz de la injusticia arbitraria ejercida por parte del poder. Analiza la sociedad de su tiempo, de todos los tiempos y del futuro.

La obra de Kafka es desde este punto vista una crítica al poder patriarcal y expresa una actitud de rebelión contra este poder. Hay estudiosos que consideran la agitada relación entre el padre y el hijo, descrita en la Carta, como la base de sus grandes obras literarias. Las figuras paternas en su obra son especialmente duras, ya que el padre acepta ejercer como un «plenipotenciario de una clase social represiva» (Despiniadis, 2023).

No podemos interpretar a Kafka de forma unívoca. Cualquier camino nos dejará nuevas puertas por abrir. Cada lector, en cierta manera, construye su Kafka. Nosotros como psicoanalistas interesados en la psicología primitiva tampoco hemos renunciado a explicar nuestra mirada después de leer la *Carta al Padre*.

El objetivo de este escrito es el de comunicar al lector el impacto que las autoras hemos vivido después de la lectura de la *Carta al padre*, que escribió cuando rom-

1 Según la segunda acepción del DIEC

pió su segundo compromiso de casamiento. El escritor Franz Kafka se sitúa como un buen observador de una relación entre padre e hijo y despliega sus grandes capacidades analíticas para describir el vínculo que tienen los dos personajes.

Kafka dice que entre líneas de las cartas se crean y se esconden los fantasmas. En la *Carta al padre*, en un poderoso diálogo interior, el hijo también habla de sus fantasmas y de los que surgen en la relación con el padre. El hijo K dice que esta realidad que vive supera con creces su memoria y su comprensión. (Puede que nos avance que tendrá que recurrir a la ficción para comunicarse) Puede ser que tampoco pueda conocer más allá de lo que observa y describe. De hecho, Borges² señala que Kafka escribe textos que trascienden el lugar y el espacio donde han sido escritos y se refieren a situaciones y sueños tan antiguos, como la historia misma.

Con este trabajo intentaremos iluminar algunas problemáticas que desde el punto de vista de nuestra práctica nos sugiere el funcionamiento de la mente humana que está descrito y a las que brevemente nos referiremos con algunas de las teorías de los autores psicoanalíticos que hemos convocado para comprender el texto. Este trabajo no ahorra al lector de leer y releer la obra original que seguramente ya conocen.

EL PRIMER ESCALÓN

*Lo que no pasó fue tan súbito
que allí me quedé para siempre
sin saber, sin que me supieran.
como debajo de un sillón,
como perdido en la noche
así fue aquello que no fue,*

y

así me quedé para siempre

Pablo Neruda («La soledad»)

Franz Kafka hasta los 30 años, vivió en la casa de sus padres y trabajaba en la mañana en una empresa de seguros, como abogado. En La Carta, nos dice que desde bien pequeño había intuido claramente cómo se desarrollaría su vida en referencia a los estudios y a su futura profesión. En cambio, no había hecho ninguna previsión de la importancia de casarse. Cuando se dio cuenta...:

«...un terror, hasta ese momento el más profundo de mi vida se puso por encima de mí, de una manera realmente inesperada. Yo me había desarrollado tan poco a poco... que muy raramente topaba con la necesidad de pensarlo. Nada me permitía intuir que se escondía un reto duradero, decisivo, el más atrevido de todos.»

(Kafka, 1952/2020, p. 67-68)

Franz K. intentó casarse en tres ocasiones, sin conseguirlo. En los diferentes intentos dice que juntó todas las fuerzas positivas de las que disponía. Pero, también se le juntaban con la rabia todas las fuerzas negativas como resultado, dice, de la educación que había recibido; la fragilidad, la escasa confianza en él mismo y el sentimiento de culpabilidad de vivir (¿quizás por el hecho de sobrevivir a sus dos hermanos?). Parte de esta culpa la reconoce el propio Franz al no cumplir las expectativas de sus padres.

En uno de los períodos más creativos (1912-1914), se negó a ir a la fábrica de abastecimientos, de la cual había aceptado ser socio a pedido de sus padres. En ese momento, cuando Kafka necesitaba obsesivamente escribir, su madre y su amigo Brod hicieron de mediadores y continuó escribiendo de noche, en vez de ir a la fábrica. En el mañana trabajaba en la empresa de seguros, pero las tardes las utilizaba para hacer una larga siesta, mientras su padre y el cuñado se ocupaban de solucionar los problemas de la empresa.

Este aspecto lo sabemos por el biógrafo Reiner Stach (2003) y no queda explícito en la *Carta*, pero el saberlo hace más comprensible lo que dice:

«Ha habido años en que he disfrutado de una salud magnífica, me he pasado más tiempo perezoso en el sofá que tú en toda tu vida, contando las temporadas en que has estado enfermo. Cuando huía corriendo de ti, aduciendo un mundo de trabajo, era para ir a descansar a mi habitación. El trabajo que he hecho tanto en la oficina... como en casa, es todo junto, minúsculo. Seguramente no soy perezoso por naturaleza, simplemente no tenía nada que hacer. Allí donde vivía me sentía rechazado, censurado, dominado...»

(Kafka, 1952/2020, p. 64)

Es difícil no imaginar que, para Kafka, el hecho de casarse representó la reactivación de las situaciones traumáticas vividas en la infancia. El autor dice:

«El obstáculo más importante y que, malogradamente, no guarda relación con el caso, es que por lo que parece, soy, mentalmente incapaz de casarme. Esta incapacidad se manifiesta en el hecho que, en cuanto decido casarme, ya no puedo dormir, ni de noche, ni de día, me caliento la cabeza, me arrastro de un lugar a otro, desesperado, y tengo un vivir triste.»

(Kafka, 1952/2020, p. 78).

El joven Kafka no ha podido (al contrario que su padre) ir paso a paso desarrollándose y aprendiendo de la

2 Texto publicado con el título «El sueño eterno» el 3 de Julio de 1983 en el diario El País. También se encuentra a <https://leeporgusto.com/2015/07/28/laeternidad-de-Kafka-Borges>

experiencia. Lo que aprendió no le sirvió para continuar subiendo escalones y asumir los embates de la vida. El hijo nos dice en la *Carta*, que se sentía detenido, sin poder subir el primer escalón. Si quería hacerlo, sentía que tenía que subir cinco a la vez y ese esfuerzo era para él totalmente inasumible.

El hijo Franz reconocía que el padre había tenido una vida más plena que él, y que al padre no le había pasado en la vida nada tan importante como lo habían sido para el joven K, sus intentos de casarse. Lo argumenta así:

«Es como si alguien tuviera que subir por una escala de cinco escalones (uno a uno) y otro lo tuviera que subir todo de una vez. El primero no sólo superará esos cinco escalones, sino que podría subir centenares o miles más. Al final habrá vivido una gran vida, ardua, pero ninguno de los escalones que habrá subido tendrá la importancia que tenía para el otro, aquel primero y único escalón, tan alto e inalcanzable para sus fuerzas, un escalón que era incapaz de subir, y es claro, de esquivar».
(Kafka, 1952/2020, p. 69)

Y aquí nos detendremos. ¿Qué ha pasado para que Franz reconozca que él no ha podido evolucionar de manera que le fuera posible el ir superando retos importantes que la vida le pide, como es el tener una pareja y formar una familia?

Creemos que este primer escalón que él no superó es el de la relación con su madre. Si las cosas entre madre e hijo van bien desde el comienzo, la madre adopta una actitud receptiva y sueña para entender qué es eso que le pasa al bebé y da nombre a lo que le hace sufrir. En una relación satisfactoria de continente/contenido, la reverie natural de la madre le permite al niño pequeño recibir sin pánico, aquello que le espanta y modula el dolor y las emociones intolerables, ofreciéndole una especie de atmósfera protectora que favorece el crecimiento mental.

¿Es que el pequeño Franz había sentido una falta de empatía y de comunicación con la madre, cuando no sabía qué le pasaba, cuando nadie le veía escondido «bajo de un sillón/perdido en la noche», como dice Neruda en el poema?

Franz Kafka era el celebrado primogénito de la familia. Le ponen el nombre de Franz en honor al emperador Francisco José I. Este hecho nos hace pensar que los padres tenían depositadas en él grandes expectativas y que el bebé vivió estos momentos de felicidad. Pero, poco después de su nacimiento la madre quedó embarazada de un segundo niño que murió al año y medio. Sabemos que luego siguió un embarazo de otro hijo, que solo vivió hasta los dos años y medio. Todo esto pasaba en los primeros cuatro años de la vida de Franz Kafka.

La familia lo debe haber sentido, pero especialmente la madre, debe haber quedado profundamente conocio-

nada por estas dos muertes, quizás deprimida y ausente. Y el pequeño Franz debe haber dejado de tener la proximidad y la calidez de sus primeros meses de vida. Le tocó padecer, con frecuencia sin comprender qué pasaba, con la enfermedad y la muerte de sus dos hermanos. Creemos que toman sentido los tres primeros versos del poema aplicado a Kafka: «Lo que no pasó, fue tan de súbito, /que allí me quedé para siempre/ sin saber/sin que me supieran». No parece que el padre haya podido mitigar, en la relación con el niño, las consecuencias de la posible depresión de la madre. Esta es la gran queja de Franz: que no hubiera una mente que pudiera hacerse cargo de él, cuando todo eso pasaba.

«La imposibilidad de comunicarnos con calma... desprendí el hablar»

(Kafka, 1952/2020, p.25)

Intentaremos referir las resonancias que para nosotros tienen algunas de las teorías psicoanalíticas que nos ofrecen luz para comprender algunas de las vivencias traumáticas en la mente del pequeño Kafka.

Veamos que le dice el hijo Kafka al padre en la *Carta*:

«...como padre fuiste demasiado fuerte para mí, sobre todo teniendo en cuenta que mis hermanos habían muerto cuando eran pequeños, que las hermanas tardaron mucho en venir y que entonces, tuve que enfrentar solo el primer embate, pero yo era demasiado frágil para eso.»

(Kafka, 1952/2020, p. 12)

El «primer embate» en la vida es todo aquello que pasó cuando era muy pequeño. André Green (1983/1993), estudió el trabajo de lo negativo, en este caso, de eso que no fue. Este autor menciona a Winnicott como el primer psicoanalista al que se refirió y que inspiró su trabajo. Winnicott sugiere que las experiencias traumáticas que ponen a prueba la capacidad del niño para esperar la respuesta de la madre que no llega, conducen a un estado en que únicamente lo negativo (la falta de objeto) es real.

Son vivencias que dejan una marca en todo el psiquismo del niño, de manera que perduran independientemente que el objeto esté o no esté. El segundo psicoanalista al que se refiere Green (1983/1993) como inspirador de su trabajo es Bion (1962/1977), quien habla de los dos desenlaces posibles frente a la frustración y el dolor (cuando la madre no responde). El niño puede seguir dos caminos: los puede registrar y elaborar o los puede evacuar sin siquiera registrarlos. El pequeño Franz debe haber registrado algunas experiencias, si bien la mayoría las había olvidado («así fue aquello que no fue/ y así me quedé para siempre»).

No se pudo desarrollar durante sus primeros años de vida con un apoyo afectivo materno o paterno que le ofrecieran una atmósfera de seguridad. En algún nivel el

desarrollo se detuvo y repercutió en una falta de fortaleza del yo. ¿Cómo podía haber recibido este soporte si el psiquismo del niño, «El trabajo de lo negativo», hacía que el niño Kafka ni tan solo viese a la madre cuando se dedicaba a él? En la Carta al padre sólo existen quejas y agravios contra el padre. Como si solo hubiera existido la relación con él.

Uno de los hechos que nos ha resultado sorprendente es que el Hijo K en la *Carta*, en vez de quejarse de la madre, explica que se había sentido protegido por ella desde que era pequeño, ya que venía a salvarlo (del padre). A ella no le hacía reproches claros, excepto para decirle que la relación con ella siempre estaba mediatizada por la figura del padre. Es decir, para el niño Franz, la madre parecía no existir únicamente en relación con el niño, como una madre. El niño no la veía, excepto cuando la madre se dirigía a él, pero lo hacía según nos comunica en la *Carta*, desde la relación con el padre. Por el trabajo de estudiosos sobre el escritor, sabemos que la madre de Kafka en la vida adulta se movió entre la fidelidad y la admiración por su marido y el temor hacia él; una posición ambivalente propia de muchas mujeres, que les hacía quitarle importancia a las injusticias cometidas por el padre hacia los hijos. A pesar de ello Franz Kafka considera en la *Carta* (escrita unos cinco años antes de morir):

«la madre sacó fuerzas del amor que sentía por nosotros y de la alegría de este amor».

(Kafka, 1952/2020, p. 44)

Pero, «el primer embate» se había jugado en los primeros años de vida de Franz. Y aquí tiene lugar el conflicto central, aunque él no tenga memoria cuando escribe.

Kafka creció bajo la influencia de tres culturas: la judía, la checa, y la alemana. Franz hablaba checo con soltura, como su padre, pero escogió como lengua literaria la alemana, la que hablaba su madre. Franz Kafka admiraba y añoraba la lengua hebrea, que también conocía, pero no llegó a hablar con fluidez. En sus *Diarios* escribió acerca del vínculo con su madre a partir de la relación con ese idioma. Esta vez sí que es más directo:

«Ayer se me ocurrió que si no he amado siempre a mi madre tal y como ella lo merecía y tal como yo soy capaz de amar, tan solo es porque me lo ha impedido la lengua alemana (...) ya que, para los judíos la palabra Mutter es especialmente alemana y contiene inconscientemente, junto con el resplandor cristiano, la frialdad cristiana. Por este motivo a la mujer judía que se le dice Mutter, se vuelve no únicamente rara, sino ajena.»

(Martínez y Yelín, 2013, p. 352)

Es en los *Diarios* que el escritor Kafka expresa un sentimiento de lejanía, de extrañeza, respecto a la madre. La madre es para él un objeto al cual, como niño, no puede llegar directamente cuando lo necesita. Hay demasiada frialdad. Podemos imaginar que el niño pequeño y la madre no pueden jugar, ni él puede mirarle a

los ojos, ni lamerle la piel, ni olerla. No pueden intercambiar miradas y sonrisas.

Las circunstancias del nacimiento de Franz también nos remiten a lo que López Corvo (2023) define como «Traumas preconceptuales», es decir, aquellas vivencias frustrantes, dolorosas, del infante preverbal que han quedado registradas para siempre, pero sin tener ningún recuerdo. El trauma preconceptual es aquella condición que podría haber sido temporal, pero que en realidad se hace permanente, por aquello que, inspirado en la física cuántica, se denomina «el entrelazamiento traumático» con las situaciones vividas posteriormente.

Las consecuencias que tiene para el niño la relación con la madre deprimida son descritas por André Green (1983/1993) en un artículo acerca de «La madre muerta». No se refiere a la muerte real de la madre, sino en la mente del niño: la madre viva, la fuente de vitalidad para el niño, se transforma en una figura lejana, casi inanimada. La madre continúa viva, pero para el niño está psíquicamente muerta. Green profundiza en el vacío que deja en la mente de la criatura y habla de agujeros psíquicos que pueden ser rellenados por expresiones de destructividad y que están en la base de las dificultades, más o menos intensas, en las relaciones íntimas. Se acompañan de un sentimiento de impotencia para amar. En este sentido, recordemos que ninguno de los tres intentos de Kafka por casarse pudieron prosperar. Salomonsson (2016) dice que el estado de ánimo negativo de la madre repercute en el hecho que el niño vive una contención inestable. Las proyecciones del bebé no pueden ser procesadas por el objeto y las emociones regresan al niño como una fuente de terror.

También el conflicto posterior de Kafka entre el abrirse al mundo o cerrarse y alejarse reside en la incomunicación primera (que sospechamos tuvo) con su madre, que produce en el niño un sentimiento de abandono, de inseguridad y profunda desesperación.

II. EL PADRE, EL OBJETO OBSTRUCTIVO

Cuando Kafka escribe la *Carta* se dirige a su padre. Como si solo existiera la relación con él. Diferentes estudios sobre el escritor refieren claramente que, a pesar del autoritarismo del padre, el conflicto con él se habría suavizado si el niño hubiera recibido un apoyo de la madre en sus primeros años de vida.

En la *Carta al padre* se expresa el enorme choque con el padre autoritario y la torturante relación interna con él, como la única cosa que le importa. Mantiene una

lucha constante en la cual siente que se le va la vida. ¿Qué pasó en el psiquismo del niño para que la figura paterna tomara esta dimensión tan central? Con una madre ausente o incapaz de responder a sus angustias, él no se puede relacionar. Pero tampoco le ofrece ninguna seguridad la relación con el padre.

«Y como eres tú quien realmente me educaba, eso tuvo consecuencias toda mi vida... si no te hubiera hecho tanto caso, seguro que habrías estado más contento de mí, todas tus medidas educativas hicieron diana. Ni una sola vez, me pude escaparmi manera de ser es, el resultado de tu educación y de mi obediencia.»
(Kafka, 1952/2020, p. 26)

El hijo Kafka, sí que recuerda que sufría y reconocía tener serios problemas con el mismo:

«Una de las cosas que más me preocupaba era mi salud. Al principio era poca cosa: de tanto en tanto, temía una indigestión, perder los cabellos, que se me desviara la columna, etc. Estas cavilaciones no van a parar de crecer, hasta convertirse en una verdadera enfermedad. ¿Qué era en realidad? No era ninguna enfermedad corporal, propiamente dicha, pero como no estaba seguro de nada, como que necesitaba que confirmaran, a toda hora, mi existencia, como que nada se encontraba en mi poder de manera mía, indudable, exclusiva, inequívoca- siendo yo, en realidad – un hijo desheredado-, como es natural, tenía que dudar de lo que me era más cercano: mi cuerpo.»
(Kafka, 1952/2020, p. 63)

Cuando ya era mayor, cuando escribe la *Carta*, es esta relación con el padre la que recuerda y con la que se confronta desde la queja pasiva, de no haber recibido suficiente atención cuando vitalmente la necesitaba. Sólo existe la conciencia del conflicto actual y de eso que recuerda:

«No me puedo creer que una palabra amable, un cogerme de la mano en silencio, una mirada de bondad no hubiera podido conseguir de mí, lo que hubieras querido...»
(Kafka, 1952/2020, p.14)

«Tú solo podías tratar a un niño de la manera que tú estás hecho, con ira, fuerza y ruido.»
(Kafka, 1952/2020, p. 15)

En diferentes páginas de la *Carta*, hemos encontrado reclamos claros de ternura, como cuando se refiere a su escritura:

«Mis escritos trataban de ti, en ellos lloraba lo que no podía llorar en tus brazos.»
(Kafka, 1952/2020, p. 61)

Pensamos que la acusación hacia el padre se nutre de un malentendido que tiene lugar en su vínculo relacional

con la madre. Es esta relación primera la que está claramente perturbada y la que es objeto del malentendido primario.

Hanna Segal (1981) dice que el niño disocia los aspectos negativos del objeto y de sí mismo, y los coloca en una tercera figura mala, para poder preservar una relación tolerable con el primer objeto. En la misma línea, Britton (1998/2005) plantea que la creencia en un buen objeto materno, en casos como este, sólo se puede mantener disociando la experiencia del malentendido y atribuyéndosela a un tercer objeto, el padre de la situación edípica primitiva. En estos casos el padre se transforma en la encarnación del malentendido maligno.

También lo podemos relacionar con que el padre de la *Carta* funciona como lo que Grotstein (2009), siguiendo a Bion, denomina «El objeto obstructivo». Se refiere a algo que se forma en la mente del niño, cuando vive situaciones traumáticas que resultan de las disfunciones familiares. Entre el padre internalizado y el niño, hay una relación de continente/contenido negativo. Esta relación está constituida por un objeto interno obstructivo que representa una amalgama entre un objeto real externo que no puede tolerar las proyecciones del niño y, por tanto, se las devuelve al niño. El infante siente odio al no sentirse comprendido y proyecta este odio a la imagen del objeto que obstruye la buena relación. «El objeto obstructivo» que ataca el buen vínculo del niño con el padre constituye, en palabras de Grotstein, el núcleo de un retiro psíquico que actúa como el sello de un trauma.

El hijo Kafka dice que escribe esta carta para acortar la distancia emocional entre su padre y él. Pero, lo vive con ambigüedad: por un lado, quiere ir hacia el padre con la esperanza que mejoren las cosas y por otro no entrega la carta. Puede ser, que ya no la entrega porque sentía que la distancia entre los dos era demasiado profunda como para conseguirlo.

El joven Franz estaba inmerso en un conflicto irresoluble. Mejorar la relación con el padre, agradecer lo que ha recibido o amar a una mujer, significaba reactivar y superar las angustias de aniquilación. El niño muy pequeño, a causa de su mente rudimentaria, había quedado atrapado en el conflicto entre la vida y la muerte.

En la *Carta*, el hijo le reconoce cosas buenas al padre, y aunque no hace un balance entre las unas y las otras, Franz Kafka lucha por comprender lo que le ocurre. Creemos que lo hace sin autoconciencia, ni autocrítica de sí mismo. Nos preguntamos, como el biógrafo Reiner Stach (2016), si podría haber una evolución porque de momento parecía estar estancado.

Bleger (1967) habla de la ambigüedad en relación con el objeto. Siempre hay una oscilación entre el deseo de proximidad y la intolerancia a la relación que lleva a la defensa de la huida.

El hijo vive preso de esta ambigüedad y también la proyecta en el padre cuando dice que es el padre el que no acepta que él pueda casarse y asumir una independencia.

«La idea que fundamentaba ambos intentos de casarme era bien sólida: independizarme, (y) fundar una familia. Esta idea te resultaba simpática, es cierto, pero en la práctica pasaba con ese juego de criaturas en que uno sujeta la mano del otro y la mantiene apretada mientras va gritando: «Vete, ¡vete! ¿Por qué no te vas?»

(Kafka, 1952/2020, p. 76-77)

Como si fuese el padre externo el que le atrapa, no hay conciencia de que era él, el que se encontraba atrapado por el conflicto entre dependencia y autonomía.

Weiss (2020) afirma que el espacio claustrofóbico es un área donde la persona no puede tolerar la intimidad ni la separación, sin sentirse atrapado, confuso o abandonado, y esta dificultad ya había surgido durante experiencias primeras que habían resultado traumáticas a causa de una falta de contención, cuando el espacio mental se estaba construyendo.

Klein cuestionó la linealidad de las etapas que marcan la evolución de la mente humana descrita por Freud. Bion profundizó desarrollando la idea de las oscilaciones entre las posiciones esquizoparanoide (PS) y depresiva (D). Bion también las denomina *Paciencia y Seguridad*. Los miedos han de ser tolerados y enfrentados con el sentimiento de seguridad, durante todo el proceso vital en una oscilación continua. Lo que es importante para la evolución de la personalidad es esta oscilación que en Kafka parecía bloqueada al escribir *La Carta*.

La mente funciona como un proceso dinámico y tiene un desarrollo no-lineal. En la persona coexisten diferentes niveles de madurez en interacción. A veces predomina uno y los otros pueden quedar en el trasfondo. La oscilación en las posiciones es básica para el crecimiento, pero el buen contacto con la realidad requiere también un predominio de su sentido direccional hacia la posición depresiva. Si no se puede establecer este predominio, la personalidad no se puede establecer sobre unas bases sólidas. El infante necesita tener la experiencia de un primer vínculo que supere las dudas sobre la bondad de la relación. Si esta relación primera no es suficientemente buena, no podrá haber un fortalecimiento del yo, no podrá continuar viviendo sin disociarse. La disociación afecta a la persona que no se define hacia el desarrollo y, en cambio, «sirve a dos señores». Por un lado, Kafka quiere salir de la situación que lo hace sufrir, pero por otro lado, le da demasiado miedo y se mantiene fiel, en el momento de escribir la *Carta*, a su objeto obstructivo con el odio y el resentimiento que implica.

La misma *Carta* describe esta encarnizada dicotomía y a la vez muestra una lucha por conseguir un cierto sosiego en la relación.

Toda la *Carta* es también una indagación. Pero ésta, por muy verdadera que sea, puede eludir la apertura de heridas muy dolorosas. El mismo, a veces, dice «no quiero, ni puedo adentrarme» a tratarlas.

Al final de la *Carta* la voz del padre y el hijo se confunden.

«En realidad, las cosas no encajan como lo hacen los argumentos de mi carta. La vida es más que un rompecabezas. Con la rectificación que resulta de mis observaciones una rectificación en la que ni quiero, ni puedo adentrarme se llega a una perspectiva tan cercana a la verdad que nos puede dar cierto sosiego y hacernos más fáciles la vida y la muerte.»

(Kafka, 1952/2020, p. 87)

III. UNA LUCHA CONSTANTE: EL AGRAVIO CRÓNICO

El hijo Kafka está muy resentido del daño que siente que le ha hecho el padre y no puede hacer un balance positivo valorando lo que ha recibido. Hacerlo comportaría para él, un sentimiento de aniquilación, porque debajo de este balance se encuentra la aceptación de sí mismo, el reconocer y hacer el duelo por sus propias deficiencias, al mismo tiempo que aceptar los aspectos malos del padre, como también los buenos para disfrutarlos auténticamente. Todo eso le es muy doloroso. Siente que con el matrimonio conseguirá la independencia respecto al padre, pero vive que eso le volvería loco.

En la *Carta*, el joven Kafka, que quiere evitar la venganza del objeto, le da las gracias al padre por lo que ha recibido de él, pero sin emoción, como lo haría un pedigrüño que recibe una limosna.

«Tampoco niego que habría podido disfrutar plenamente de los frutos de tu trabajo, tan arduo y riguroso, que podría haberle sacado provecho y preservarlo con mi esfuerzo para que tuvieras una satisfacción. Nuestra distancia, en todo, me lo impedía. Sí que podía disfrutar de lo que me dabas, pero lo hacía con vergüenza, con cansancio, flaqueza y sentimiento de culpa. Es por eso por lo que sólo te podía expresar mi agradecimiento como un limosnero y no con los hechos.»

(Kafka, 1952/2020, p. 38)

En el trabajo con los pacientes hemos podido observar que, cuando viven un dolor intolerable, para evitarlo, se refugian en lo que Steiner (1993/1994) denomina un *retiro psíquico*- En algunas ocasiones el *retiro* deja de ser un refugio transitorio para evitar el dolor y pasa a ser un estilo de vida donde la persona establece una especie de mundo de fantasía que encuentra preferible al mundo real.

Kafka, como él mismo describe en la *Carta*, vive en un refugio psíquico que le proporciona tranquilidad. «*He cruzado varias veces la zona fronteriza entre la soledad y la compañía: y hasta puedo decir que me he instalado en ella*»

(*Walde Moheño, 2008*)

El agravio y el resentimiento, Steiner (1993/1994) lo relaciona con experiencias primeras como el destete o la llegada de un nuevo bebé a la familia; situaciones que suponen una pérdida para el niño y que siente como maltrato e injusticia. El resultado puede ser una herida que se inviste tan narcisísticamente, que niega la posibilidad de una curación.

La cuestión nuclear de la permanencia en el *retiro* centrado en el resentimiento es que, si sale de él, se vivirá la culpa como insoportable.

Él sabe que el mundo relacional le reclama, pero opta en diversas ocasiones por romper con sus amantes. Si no fuera hacia atrás, el camino le llevaría a ser esposo, a casarse como el padre y a formar una familia para la cual desarrollaría una actividad económica que les permitiese vivir. Kafka hace un camino, pero no evoluciona.

A nosotros nos hace pensar que el final inacabado de sus novelas da cuenta en realidad de un tormento interno que él vivía como irresoluble, autodestructivo. Y para huir, él continuaba escribiendo obsesivamente.

El hijo Kafka, cuando reconoce las bondades del padre, las anula a continuación, enumerando una hilera de agravios. Se desdice de lo que ha dicho y vuelve a la situación anterior. Los datos que tenemos dicen que él le dio la carta a su madre y ella se la ocultó al padre por considerarla exagerada y para que él no se enfadara. También es necesario decir, que sabemos por los biógrafos que el padre estaba enfermo del corazón y que, durante muchos años la familia intentaba ahorrarle situaciones difíciles.

En definitiva, cuando la persona se ve amenazada por la posibilidad de un cambio, puede responder con una retirada más profunda. El no dar curso a la *Carta*, lo podemos pensar como un estado de la mente que forma parte del mismo *retiro psíquico*:

«*El matrimonio ...ofrece la forma más honrosa de independencia, pero al mismo tiempo, por esta estrecha relación contigo cualquier intento de casarme lo habría de pagar con locura.*»

(*Kafka, 1952/2020, p.79*)

La incapacidad de Franz Kafka para experimentar las relaciones está vinculada al hecho que abrirse para amar a alguien le significaba reavivar una situación de ansiedad catastrófica.

Y sobre todo, siente que le volvería loco. Por tanto, él cree que su deber en la vida es:

«Impedir que me sobrevenga ningún peligro que yo pueda evitar...Y el matrimonio representa la posibilidad de un peligro así. También está, ciertamente, la posibilidad de un enorme progreso. Pero, para mí ya hay suficiente con que pueda representar un peligro.»

(*Kafka, 1952/2020, p.81*)

Lo que hace para intentar sobrevivir al conflicto con la alteridad es concentrarse en sí mismo y volcarse en la escritura. Con ella respira y se quiere dedicar a ella en exclusividad. Kafka se refugia. Durante mucho tiempo la vive como una vía de salida hasta que se da cuenta que escribir tampoco le libera de sus miedos.

Franz Kafka valora el hecho de desarrollarse en la realidad, de progresar, pero siempre vuelve al mismo lugar y también se siente culpable porque no avanza. En la *Carta al padre*, se trata como a un esclavo que no puede hacer más que tener miedo de las relaciones con las figuras parentales y con el medio social en general (no le son ajenas las circunstancias sociales y políticas, aunque no creemos que sean las determinantes de su aislamiento). Él se encierra en su propio mundo, pero no del todo. Cada vez se sentía más impulsado a escribir, pero desde el punto de vista mental y físico, le resultaba agotador. Además, llega a hacer un balance negativo de un camino sin progreso:

«*Con la escritura he hecho intentos, bien poco exitosos, de independizarme, de huir*»

(*Kafka, 1952/2020, p. 81*)

Kafka se siente inseguro cuando escribe. Si publicaba sus obras, sentía que no las podía retocar y se mantendrían imperfectas para siempre. El hecho es que se mantuvieron en el ámbito privado, una gran parte de sus escritos. De hecho, hay 350 páginas publicadas y 3.400 que quedaron sin publicar (anotaciones, diarios y tres novelas importantes sin final) (Stach, 2016). Como hemos visto, tenía también una relación ambivalente con la literatura; por un lado, confiaba que lo salvara y por otro, sabía que eso no pasaría. Pero, él necesitaba no dejar de intentarlo.

«*Tú aversión (hacia mi) se dirigía con más acierto contra mi escritura y a lo que ignorado por ti estaba ligada. En este punto sí que me había independizado un poco de ti, si bien en eso me parecía a los gusanos de tierra, que, si alguien les pisa la parte posterior, la dejan atrás y continúan con la parte anterior.*»

(*Kafka, 1952/2020, p.60*)

Los desgarros de la confianza básica en la primera infancia lo van a marcar profundamente. No había tregua para la guerra en la que luchaba para conseguir un autoconocimiento. Y la guerra, la hacía contra la escritura, sin desfallecer, lo que le dejaba exhausto. ¿Sería ésta definitivamente, una lucha infinita, sin evolución, sin final? ¿Es verdad que no habría redención para él, tal como lo escribe en la *Carta*?

IV. DISCUSIÓN

Hasta ahora, nuestro trabajo se inscribe en la corriente de muchos autores que han hecho una interpretación de la *Carta al padre*, para llegar a comprender lo que nos quiere comunicar.

Esta obra literaria comenzó como una «carta a su padre», y ha resultado ser una «carta a todos los padres». El artista no pretende la comprensión, sino comunicar emoción. Eso es lo que hace Kafka y los lectores nos sentimos afectados. Nos comunica desesperanza, sentimientos de vacío, desesperación, ausencia de sentido, terror sin nombre. Por eso los estudiosos de la obra de Kafka consideran que la *Carta al padre* está en el origen mismo de su obra y hasta podría haberla escrito para sostenerla (Vogelmann, 2013, p.188). El conflicto de Franz es un conflicto interno, creado por el hijo más que por el padre.

La figura paterna trasciende la imagen real, para convertirse en un arquetipo de alguien que impone la ley, un superyó cruel, acusador, que le impide progresar.

En la *Carta* congela la rememoración de la infancia de un destino adulto que él sabe que ya se había completado. El año 1917 le habían diagnosticado tuberculosis. Escribió la *Carta* cuando da por fracasados sus intentos de matrimonio en los cuales, como hemos visto, el escritor fijaba su independencia como hombre y su progreso.

Nora Catelli (2013) cree que la *Carta* no es una ficción, sino un artificio. Es auténtica, pero hecha con una técnica estudiada a la vez, escogiendo qué anécdotas son las más adecuadas para lo que nos quiere comunicar de sus fantasías o fantasmas, con una intención claramente literaria más que confesional, o para hacerla llegar a su destinatario.

Estamos de acuerdo con Bodner (2018), cuando señala la doble dimensión de la *Carta*. Por un lado, contiene hechos y anécdotas reales, pero a la vez hay un trabajo de su imaginación. Recordemos también que, al inicio de estas páginas, el mismo Kafka le había dicho a Milena (una de sus amantes) que escribir cartas significaba desnudarse, hacer hablar a los fantasmas.

Hemos visto la *Carta* en la perspectiva de un relato que Kafka hace desde su refugio psíquico, desde el punto de vista del escritor, en esta situación fronteriza entre la muerte y la vida psíquica. Inconscientemente, Franz tiene miedo de amar y que se repita el abandono traumático vivido en sus primeros años de vida.

Al llegar a este punto, queremos referirnos al trabajo del psicoanalista Ogden (2009), que nos ha hecho pensar en la función de la *Carta* como parte de un proceso que Kafka había seguido para, a través de la escritura, conseguir un autoconocimiento, incluso en los últimos años

de su corta vida. Ogden analiza *Un Artista del Hambre* (1924), el penúltimo relato que Kafka comenzó a escribir un par de años antes de morir, cuando él mismo moría pasando hambre. La enfermedad se había extendido a la laringe y con dificultad podía tragar los alimentos.

El argumento de la obra se resume diciendo que se trata de un hombre que vive en la jaula de un circo y pasa semanas enteras sin alimentarse, en ayuno profesional, mientras interviene en espectáculos públicos. El hombre tiene una personalidad con rasgos en común con el mismo Kafka. El artista vive día tras día preso, mirando al vacío, en un eterno presente. Intenta mostrar que sus ayunos «admirables» son mérito suyo. Vive entre rejas, expuesto al reír de los niños y de los espectadores. El artista del hambre es incapaz de tomar conciencia sobre su estado, y está orgulloso porque los otros no pueden ayunar como él.

Pero un día, el Artista se da cuenta que ayunar le resulta muy fácil. Y es entonces, cuando se le hace difícil vivir con esta conciencia. Por eso, en el momento en que el Artista comienza a tomar conciencia de que es humano, no lo puede tolerar. Comprende que ayuna, porque no puede hacer otra cosa, se le hace insoportable sentir que su ayuno no tiene mérito y vuelve a vivir en el «sin sentido», con amargura y ataques de indignación. Saberse haciendo una cosa fácil le hace sentirse inútil. Se vuelve loco y proclama que puede ayunar por siempre. Niega que es humano. La breve conciencia ha sido sustituida por un pensamiento omnipotente.

Cuando el espectáculo ya no es atractivo para la gente, el Artista del hambre ocupa una jaula entre los animales del circo y la gente ya ni le mira. Flota en la atemporalidad. Al final, un empleado del circo descubre al artista del hambre acurrucado al fondo de una jaula. Siente compasión por él. Le grita y le habla valorando que es un hombre. El Artista responde al empleado acercando sus labios a la jaula, como si le fuera a dar un beso y le dice *que no podía evitar ayunar, porque no podía encontrar la comida que le gustaba*. Estás fueron sus últimas palabras. Ogden (2009) remarca que cuando el Artista habla, lo hace delante de un empleado compasivo que lo trata como a un hombre.

Cuando el *Artista del Hambre* reconoce que no tiene hambre para comer los alimentos que ha encontrado hasta ese momento de su vida, Ogden (2009) se pregunta ¿Era que no existía una comida que le gustara o era que no tenía hambre para comer lo que se le ofrecía?

Quizás se trataba de que él no tenía hambre por la vida misma. El caso es que el *Artista del hambre* acepta una comida que le ofrece el empleado del circo, un sentimiento de proximidad, de compasión, de ver y ser visto, de ser reconocido como un hombre.

Ogden (2009) nos hace ver que, si bien la muerte del Artista es inminente, también es cierto que antes de

morir, éste experimenta una vida nueva que no había conocido antes. En este momento la conciencia de sí mismo le salva. Pero, un instante después, el Artista no soporta esta autoconsciencia y se vuelve vulgar. Nos viene a decir que, si hubiera encontrado la comida, se habría saciado hasta reventar.

Nosotras nos preguntamos: ¿tendría miedo de destruir al objeto con su voracidad? El hecho es que murió cuando aún ayunaba, pero ya sin arrogancia y aceptando que *no había encontrado la comida que le agradaba*.

La tragedia de la vida del Artista era que, habiendo encontrado la conciencia, la rechazaba y se rechazaba a sí mismo, aunque no se destruía del todo, ni a sí mismo, ni a la consciencia que había adquirido.

Ogden (2009) nos habla del paralelismo entre la vida del Artista y la de Kafka, en el sentido que Kafka había podido reconocer, al final de su vida, que posiblemente era él quien no sabía aprovechar el amor-comida que los otros le ofrecían. Sabemos que el médico que le atendía, quien era su amigo, lo había visto llorar durante mucho tiempo mientras escribía esta obra. Supuso que su paciente Franz estaba teniendo un encuentro espiritual con su antiguo yo. Max Brod explica que el mismo Kafka, cuando le pidió quemar sin leer, todo lo que había escrito, le dijo que hiciera una excepción con la obra *Un Artista del hambre*.

El biógrafo Stach, (2016) explica que Kafka, muy tarde en su vida, comenzaba a comprender que algunas cosas posibles, le habían resultado a él imposibles, sobre todo porque se obstinaba en que lo fueran. Por ejemplo, descubrió que era posible compartir la vida con una mujer. Así, cuando se conocieron con Dora Diamant, deseaban pasar mucho tiempo juntos. Kafka se trasladó a Berlín para estar con ella. Ella era una judía oriental de 20 y pocos años, y él un judío occidental de 40 años, enfermo de tuberculosis. Sin embargo, para Kafka, la nueva situación de pareja no era sentida como una amenaza para la escritura, sino que compartir la literatura, dependía de que los dos fueran capaces de disfrutar de las cosas sencillas. Stach deja claro que conocerse en ese período fue un hecho afortunado

Cuando la enfermedad avanzó y estaba en el sanatorio, *Kafka esperaba con impaciencia las galeras de Un Artista del hambre*. Quería leerlo y vivirlo una vez más. Kafka insistió en corregir las últimas pruebas del libro y estuvo trabajando en ellas hasta poco antes de su muerte.

Otro médico que le iba a ver, el profesor Tschiasny se sorprendió cuando Kafka decía que se encontraba mejor de la laringe y que podía comer. Cuando Dora entró a la habitación, se puso a llorar y le abrazó repetidas veces asegurándole que nunca había deseado tanto la vida y la salud como en aquel momento. Aún creía posible que la cirugía le ayudara. Cuando se dio cuenta

que no era así, les escribió a sus padres para decirles que le agradaría verlos, pero también para convencerlos que no fueran. Recordaba buenos momentos pasados, especialmente cuando se reunían y bebían cerveza con el padre. Cuando Dora fue a visitar a los padres de Kafka, fue bien recibida por ellos.

Al día siguiente de la muerte del escritor, Klossstock escribió a una de las hermanas que *«sólo quien conoce a Dora puede saber lo que es el amor»*.

Después de este recorrido, podemos ver el sentido de la *Carta* en función del proceso de autoanálisis de Kafka que dura toda una vida y que lo hace principalmente a partir del lenguaje escrito. Por poco tiempo, Kafka llegó a comprender que tenía auténticas dificultades para recibir el amor que le habían ofrecido (los padres y las mujeres que había amado), un amor al cual no había podido corresponder.

Ogden (2009) hace una inferencia hacia los seres humanos y reflexiona sobre el hecho que algunas experiencias producen tanto dolor que éste es superior a la posibilidad de tolerarlo.

La lectura de la *Carta al padre* nos ha permitido, sin habérmolo planteado así al comienzo, la reflexión sobre algunos aspectos que hemos querido compartir con los lectores.

Kafka, a diferencia del *Artista del Hambre*, pudo sentir la satisfacción de explicar que esta historia era la suya, y Ogden (2009) comenta que esta es también una obra de arte que Kafka consigue escribir para dar forma y vitalidad a su verdad, sin sentirse obligado a destruirla.

El 19 de junio de 1924 tuvo lugar un acto solemne en memoria de Kafka, en la Academia Alemana de Praga. Hablaron Brod y Urzidil, un joven escritor a quien se atribuyen estas palabras: *«Si ha habido un caso de absoluta congruencia entre vida y arte, ha sido el de Franz Kafka.»* (Stach, 2016)

Cuando tiene lugar una relación de autenticidad entre el autor y su obra, ésta se le ofrece como investigación. Folch (1990/2018) plantea que, en estos casos, la experiencia de escribir no se acaba sin transformaciones internas que, cuando son exitosas, consiguen modificar las ansiedades que, entonces, se resuelven y permiten convivir mejor con los conflictos que se mantienen, gracias a la apertura hacia nuevas perspectivas.

Una vez que la obra está acabada, el autor ya es otro, y la obra es sólo un testimonio de alguna cosa que había estado vigente y que ha ido quedando atrás a causa del avance en el propio e interminable proceso de individuación.

No queremos dejar de expresar que nos sumamos a todos los que antes de nosotros han admirado el tra-

bajo ingente de este gran escritor que es Franz Kafka. Asimismo queremos reconocer y agradecer a su amigo Max Brod, quien decidió que sus obras fueran publicadas para las generaciones siguientes, y así pudiésemos disfrutar de la clarividencia de un escritor excepcional que enfrenta situaciones absurdas y del humor de un escritor excepcional que ha dejado una honda huella en el pensamiento contemporáneo.

Bibliografía

1. Bion, W. R. (1977). *Learning From Experience. A Seven Servants: Four Works*. New York: Jason Aronson. (Trabajo original publicado 1962)
2. Bleger, J. (1967). *Simbiosis y ambigüedad: Estudio psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.
3. Bodner, G. (2018). Transferencia, creació i literatura. *Revista Catalana de Psicoanàlisi*, 35(2), 9-23.
4. Bloom, H. (1995). *El canon occidental*. Barcelona: Columna.
5. Britton, R. (2005). *Creença i Imaginació*. Barcelona: Viena Edicions, (trabajo original publicado en 1998)
6. Caper, R. (2020). Bion I Els pensaments massa profunds per a les paraules. Barcelona: Monografiès de Psicoanàlisi i Psicoterapia.
7. Catelli, Nora (2013). «Pruebas de Haber vivido». *Los Diarios y la Carta al padre de Kafka como límites de la autobiografía*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
8. Despiadis, C. (2023). *Franz Kafka. El anatomista del poder*. Trad. Juan Merino. Aranjuez, Madrid: El Garaje ediciones.
9. Folch, P. (2018). Procés psicoanalític i procés literari. En A. Grimalt i M. Silva (compil.), *La poesia de la paraula en psicoanàlisi (Volum 2, pp.169-195)*. Barcelona: Monografiès de Psicoanàlisi, Psicoterapia i Salut Mental. (Trabajo original publicado 1990)
10. Green, A. (1993). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu eds. (Trabajo original publicado 1983).
11. Grotstein, J. (2009). «...But at the Same Time and on Another Level...» Volume Two. *Clinical Applications in the Kleinian/Bionian Mode*. London: Karnac.
12. Kafka, F. (2020). *Carta al Padre*. Joan Ferraron i Llagostera (Trad.). Barcelona: Angle editorial. (Trabajo original publicado 1952)
13. López-Corvo, R. (2023). Trauma preconceptual, compulsión a la repetición y lo que es infantil en la mente del adulto. *Revista Catalana de psicoanàlisi*, XL/1, 2023.
14. Martínez Salazar, E. y Yelin, J. (2013). *Kafka en las dos orillas. Antología de la recepción crítica española e hispanoamericana*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
15. Ogden, T. H. (2009). Kafka, Borges and the creation of consciousness: part I: Kafka – dark ironies of the «gift» of consciousness. *The Psychoanalytic Quarterly*, 78 (2), 343-367.
16. Pualuan, L. (2020). Ante una puerta del laberinto: culpa persecutoria en Franz Kafka, una aproximación. En M. A. Vergara, M. Moreno, R. Rebolledo y M. I. Cruz (Eds.), *Re-creaciones. Entre arte y Psicoanálisis* (pp.163-185). Santiago: Asociación Psicoanalítica Chilena.
17. Sala Valldaura, J. M. (2023). *Acords i ruptures*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat. p.156.
18. Salomonsson, B. (2016). *Teràpia Psicoanalítica amb bebès i pares. Pràctica, teoria resultats*. Barcelona: Monografiès de Psicoanàlisi i Psicoterapia.
19. Segal, H. (1981). *The Work of Hanna Segal*. London: Free Association Books.
20. Stach, R. (2016). *Kafka. Los primeros años, los años de toma de decisiones, los años del conocimiento*. Barcelona: Acantilado.
21. Steiner, J. (1994) *Replegaments Psíquics*. Barcelona: Columna Edició. (Trabajo original publicado 1993)
22. Vogelmann, D. J. (2013). Acotación del Traductor de la carta al padre. *Kafka en las dos Orillas. Antología de recepción crítica española e hispanoamericana*.
23. Weiss, H. (2020). *Trauma, Guilt and Reparation*. London: Routledge.
24. Walde Moheno, L. Von der (2008). *Franz Kafka. Entre la soledad y el mundo*. *Destiempos* 3 (16), 1-9.

COMENTARIO DE CINE¹

«UN ASUNTO DE FAMILIA»²

Juan Dittborn Chadwick³



1 Trabajo presentado en el Ciclo de Cine y Psicoanálisis 2019. APCH - Corporación Cultural de Las Condes

2 Film japonés del año 2018

3 Psicólogo. Psicoanalista APCh

La película «**Manbiki Kazoku** (万引き家族)» cuya traducción oficial al inglés fue «Shoplifters», literalmente «ladrones de tiendas», es una película dramática del año 2018, escrita y dirigida por el aclamado director japonés Hirokazu Kore-eda.

En nuestro idioma fue traducida oficialmente de dos formas: para España como «**Somos una familia**» y en Latinoamérica, «**Un asunto de familia**». Digamos que el problema de la traducción está por una parte, en la arbitrariedad de los términos escogidos, y por otra, en su ambigüedad semántica, remitiendo al espectador a una experiencia de asombro, perplejidad y a ratos, a un sentimiento de confusión que no deja de acompañarnos durante el transcurso del film. Desconozco las razones por las que sus traductores escogieron «**Un asunto de familia**» pero creo, como psicoanalista, que motivaciones inconscientes participaron en esa elección y que la ambigüedad de la palabra «asunto» refleja el sentimiento que experimentamos con esta historia. Cabe preguntarse: ¿Cuál es el asunto de esta familia?

Siguiendo en esta línea y en relación a los sentimientos de ambigüedad y perplejidad, la secuencia de las primeras escenas de esta historia, cuando no tenemos información alguna, nos enfrenta a la aparición de supuestos padre e hijo que ingresan a un supermercado con la intención de robar. Ellos demuestran una fina destreza en el arte del robo y un trabajo de equipo coordinado, en el que se valen de gestos y códigos a través de las manos, con el fin de robar el alimento básico para la casa. Nos cuestionamos los principios éticos de su conducta cuando no observamos el más mínimo remordimiento en ellos. El desconcierto puede ser aún mayor cuando de regreso a casa divisan a una pequeña niña en la ventana de un departamento vecino; se compadecen de su soledad ofreciéndole comida, y la llevan finalmente a su casa para campar el frío de la noche. Hasta aquí surgen nada más que preguntas en el espectador e intuimos que la trama recién comienza a desplegarse, dejándonos expectantes del curso que ésta pueda tomar. Por ejemplo, nos preguntamos: ¿Qué motiva a estos ladrones a llevarse a esta pequeña niña a su casa? ¿Lo que están haciendo es un acto de rescate motivado por un genuino sentimiento cariñoso y de protección o estamos frente a un secuestro? ¿Son personas en quienes los sentimientos bondadosos imperan frente a la inescrupulosidad de sus delitos? Tendremos que sostener y aclarar todas estas interrogantes y muchas otras durante todo el transcurso de esta historia. Irán surgiendo pistas y haremos hipótesis personales, pero tendremos que tolerar la incertidumbre y la confusión hasta el final. Ni siquiera el interrogatorio policial al que me referiré más adelante, que nos provee información y cuestionamientos, nos permitirá «aclarar la película».

El director japonés Hirokazu Kore-eda obtuvo el premio del Festival de cine de San Sebastián con esta pelí-

cula, para luego consagrarse con la Palma de Oro en el Festival de Cannes en el 2018 y ser nominada a los premios Oscar como mejor película extranjera en el 2019. Los críticos definen la obra cinematográfica de Kore-eda como un proyecto que pone en el centro los lazos familiares y su complejidad; una obra que se guía insistentemente por una difícil pregunta que, sin obtener respuesta, invita al espectador a reflexionar sobre la naturaleza humana. «¿Qué une a los integrantes de una familia?» o dicho psicoanalíticamente «¿De qué tratan los vínculos emocionales de esta familia?» Es una pregunta presente en esta hermosa y dramática película, que a ratos también incluye dosis de humor y de dolor y logra conmovernos y encariñarnos con unos personajes que finalmente nos conectan con las angustias humanas más primarias.

Guiado por esta pregunta, buscaré reflexionar psicoanalíticamente desde distintos vértices sobre la complejidad de esta historia. Sin llegar a conclusiones definitivas, solo intentaré iluminar y describir algunos aspectos que a mi juicio quedan velados o requieren de una «segunda mirada». Mi propósito es que podamos seguir pensando e intentando comprender el complejo mundo mental del ser humano.

Este análisis requiere en primer lugar presentar a esta familia y a sus integrantes. Les advierto que seré arbitrario en su descripción porque lo que conocimos inicialmente como una familia de distintas generaciones unida por lazos sanguíneos, comienza a desfigurarse y cuestionarse tan radicalmente, que caemos en cuenta de que lo que habíamos supuesto, ya no es. Aclaro esto para poder entender a qué personaje nos estamos refiriendo en este análisis.

A mi juicio los protagonistas de esta película son todos los integrantes de esta humilde familia japonesa llamada los Shibata. Por una parte, tenemos a un matrimonio y padres de familia integrado por Osamu, un obrero de la construcción y también ladrón, y a Nobuyo su esposa, que trabaja para un servicio de lavandería industrial. Después tenemos a la joven Aki, que trabaja en un prostíbulo de mujeres exhibicionistas; ella no es hija de la pareja sino como lo aclara Osamu el padre, es «su cuñada». Después tenemos a Shota, el hijo preadolescente, quien no asiste al colegio y roba tiendas junto a su padre, y a la hija menor, Yuri, a quien adoptan y rebautizan con el nombre de Lin. Finalmente está la abuela Hatsue, dueña de casa e importante sustento económico de la familia gracias a la pensión que recibe de su difunto marido.

Desde un primer vértice, podemos comenzar a pensar sobre lo que emocionalmente vincula a esta «supuesta» familia con la siguiente observación: la familia Shibata vive en un suburbio constituido principalmente por edificios que se asemejan más a un barrio de occidente que oriental. Sin embargo, viven en una casa tradicional japonesa que resalta por su semejanza con

templos budistas, que se distingue de nuestra arquitectura occidental que enfatiza los espacios cerrados y bien delimitados, sobre todo de lo exterior, en una suerte de culto a lo privado. La arquitectura oriental por el contrario, no está ni totalmente abierta ni totalmente cerrada; no hay paredes sino un centro cuyos márgenes están rodeados de puertas de papel arroz blanco mate que atenúan el paso de la luz como creando una transición entre externo e interno. Ellos pueden comer estando sentados en la mesa central así como también desde una de las piezas del costado, o pueden vivir la intimidad de una sexualidad apasionada acompañados directamente por el canto de una lluvia torrencial. Desde esta perspectiva espacial, quiero enfatizar esta indiferenciación entre lo interno y lo externo, lo propio de lo ajeno, y mirar también este elemento en la dinámica familiar. Los Shibata se reúnen en torno al comedor central, participan de un diálogo grupal, se alimentan de una olla común; comen, ríen y duermen juntos; se cortan las uñas mientras comen, como si no lograrse instalarse pregunta o cuestionamiento alguno respecto a la individualidad y a la intimidad de cada uno de sus integrantes. La privacidad no es exigida ni menos defendida. Ellos habitan y son parte de una grupalidad.

Aquí me detengo para subrayar un primer elemento con el que la teoría psicoanalítica nos podría iluminar. Lo llamaré el *vértice de la simbiosis*, que muchos estudios del psiquismo temprano han descrito como una grupalidad indiferenciada, en contraste con un grupo con distintas individualidades o mentes que se relacionan entre sí, como podría pensar el sentido común de un observador externo. Por ejemplo, me refiero a que no habría una madre en relación con su bebé, sino una unidad madre-bebé. Pese a que evoluciona hacia el desarrollo de una individualidad (dos individualidades), este aspecto simbiótico de la naturaleza humana permanecería habitando en cada uno de nosotros. Este vértice permite entender muchas dinámicas grupales de nuestra vida cotidiana y de la necesidad que tenemos de ellas. Estarían al servicio de protegernos de intensas angustias primarias presentes desde el inicio de la vida; angustias catastróficas, de derrumbe y desamparo descritas por algunos autores, que especifican que sólo pueden ser sostenidas por un ambiente que crea la ilusión de unidad.

Volviendo al film, podemos entender que la familia integre rápidamente a la pequeña Yuri cuando constatan sus heridas en los brazos y entienden, a través de miradas cruzadas, que esta niña sufre de maltrato y abandono. Osamu, el padre, decide finalmente cuidarla, protegerla del frío, del hambre y de la violencia. No surgen cuestionamientos; la hacen parte del clan familiar como si hubiese sido parte de él desde el nacimiento; no aparece ningún tipo de enjuiciamiento ni remordimiento. Más adelante, las mujeres discutirán si será un secuestro, argumentando que no están pidiendo rescate y que tampoco ha habido denuncia, y así,

simplificando la situación, piensan que la niña estará mejor entre ellos. El fuerte impulso a proteger del desamparo y de la situación traumática que ha vivido esta pequeña niña nos parece evidente.

Este aspecto defensivo frente a angustias primarias que fundamenta la constitución de un grupo protector puede ilustrarse también en otros pasajes de la película, por ejemplo, cuando la abuela Hatsue va a cobrar su pensión e introduce en el cajero automático el código 1192, año del régimen Kamakura. Si pensamos por qué habrá escogido ese número, tal vez encontremos algunas respuestas en la historia del antiguo Japón: el régimen Kamakura fue el primer régimen militar feudal instalado ese año; un gobierno que condujo las clases guerreras al poder; clases que antes consideradas inferiores y subordinadas a la aristocracia tradicional. Representan la emergencia al poder de un grupo anteriormente excluido.

Para mencionar otro ejemplo, podemos mirar al pequeño Shota en otro pasaje de esta historia narrando a su padre Osamu, el cuento de «Nadarín», con una hermosa metáfora del trabajo en equipo en el que un cardumen de pequeños peces genera una imagen o Gestalt de un pez gigante que termina amenazando al temerario Atún. Ambos ejemplos ilustran dinámicas grupales destinadas a la sobrevivencia y sostén frente a intensas angustias primarias. Pienso que la familia o grupo Shibata y su casa tradicional japonesa ubicada en medio de este suburbio, representan elementos que cumplen con esta función protectora y se constituyen en un refugio frente a la situación traumática de violencia y abandono.

Desde el vértice de la relación con el alimento, anteriormente señalé que la comida cumplía una función importante en el espacio central de la casa de los Shibata. Me llamó especialmente la atención el ruido que emiten los enérgicos sorbos al momento de comer fideos que aparecen en distintos pasajes de esta historia. Sabemos que el acto de comer cumple una función muy importante desde el punto de vista de la sobrevivencia humana, tanto en su dimensión biológica como psicológica. A través de la nutrición, un recién nacido establece un canal de comunicación afectivo con su madre; no sólo intercambian el elemento nutritivo de la leche sino también un amplio abanico de emociones que necesitan ser procesadas (digeridas) por la madre y devueltas a su hijo como parte esencial de su desarrollo emocional. Podríamos pensar que esta familia está fijada en esta etapa, en donde el acto de comer, *su presencia e insistencia*, es un intento por resolver carencias y privaciones emocionales tempranas. La pequeña Yuri, abandonada y maltratada por sus padres biológicos, es acogida e invitada a pasar a esta mesa familiar para ser alimentada. Más avanzada la historia llegaremos a sostener que esta función también se aplica a cada uno de los integrantes de esta familia.

Indagando un poco más en la conducta de los sorbos de fideos, descubrí que esta forma de comer es parte

de la tradición japonesa y que ha llamado mucho la atención a los occidentales, quienes irónicamente la han llamado «noodle harassment»¹. Los japoneses defienden su estilo de sorbeteear los fideos porque así logran un mayor disfrute. Aquí podemos incorporar a nuestro análisis el vértice de una sexualidad ligada a nuestras necesidades básicas como el comer, que Freud señala estar presente desde los primeros momentos de la vida. Quiero destacar aquí la dimensión placentera, motor del deseo, que nos vincula y que hace de una experiencia compartida como el comer todos reunidos, una experiencia gozosa.

Pero esta perspectiva de la sexualidad no se agota aquí, porque también podemos ligar lo recién mencionado a esa escena íntima entre Nobuyo (madre) y Osamu (padre), cuando aparece toda la sensualidad y el erotismo de la pareja. Ella mostrándole a él, con una camisa de dormir semitransparente, el maquillaje que se compró. Luego coquetean mientras comienza a llover intensamente, él la mira y comenta sobre su ropa interior nueva; se siente la atracción intensa entre ellos mientras se escucha el «sorbeteo» de los fideos, hasta que ella se abalanza sobre él como pillándolo por sorpresa. Un elemento importante de destacar aquí es que resguardan la intimidad de su sexualidad a la llegada de los niños; me parece un elemento protector hacia la pequeña Yuri y Shota, que ya han estado expuestos en sus respectivas familias de origen a la negligencia de los adultos.

Un tercer elemento de esta sexualidad, se puede observar cuando la familia Shibata va a la playa. Me parece que no es un elemento aislado, sino también conectado con un elemento estético, en donde erotización y belleza se unen. Me refiero al momento en que llegan a la playa y Shota mira fijamente los pechos de Aki; Osamu el padre lo interrumpe pidiéndole que continúe inflando su flotador. Luego están dentro del mar sorteando las olas, y en una conversación muy íntima entre padre e hijo que inicia la pubertad, hablan sobre los pechos de una mujer, la erotización que despiertan y los misterios de la sexualidad masculina. Nuevamente esta escena me hace pensar en un padre que intenta transmitirle a su hijo su masculinidad y potencia, elementos centrales para que pueda en un futuro cercano vivir su sexualidad de manera satisfactoria y creativa.

Mientras tanto en la orilla, la abuela Hatsue conversa con Nobuyo sobre los beneficios de poder elegir a la familia; ella le dice «...cuando te veo directamente, veo que eres una mujer muy linda»; Nobuyo se incomoda y camina hacia la orilla donde se encuentra el resto. Me parece importante señalar que la vinculación del elemento estético ligado a la belleza está muy presente entre los integrantes de esta familia. Esta secuencia finaliza con una de las escenas a mi juicio más hermosas, en donde la abuela Hatsue mira al resto de los Shibata desde la arena y aparecen todos ellos tomados de la mano a orillas del mar. Ahí ríen, juegan y se burlan

de sus trajes de baño, demostrando una clara complicidad familiar.

Hasta aquí he querido destacar los aspectos protectores y contenedores de los vínculos, los elementos estéticos y la sexualidad o Eros como lo llamaba Freud, todos ellos impulsos reparadores para sobrellevar las angustias generadas por situaciones traumáticas que esta historia nos explicita principalmente con el personaje de la pequeña Yuri, pero también se irá esbozando paulatinamente en el resto de los personajes de este clan familiar.

Comencemos por plantear que en esta historia también aparece otra versión de la sexualidad, una versión defensiva que contiene paradójicamente algunos aspectos odiosos. Aquí es cuando nos adentramos en ese oscuro ámbito de la perversión; cuando la sexualidad está fuertemente teñida por un aspecto odioso y destructivo. La abuela Hatsue y la joven Aki (cuñada) conversan sobre el particular trabajo al cual ella se dedica. Participa en un prostíbulo (sexshop) compuesto por jóvenes mujeres, probablemente menores de edad porque hablan de una sigla EV (excitador de vírgenes). Le cuenta sobre el vestido y su trabajo de exhibir su cuerpo mostrando sus pechos, trabajo por el que recibe 3000 yenes, bajo la total aprobación de la abuela.

Aki utiliza en su trabajo el nombre de Sayaka, nombre de su hermana biológica, hija de un matrimonio acomodado a quien la abuela visita con cierta frecuencia para cobrarles una «indemnización por perjuicio». En una primera lectura podemos pensar en los sentimientos fraternales que unen a Aki con su hermana biológica; sin embargo, ella utiliza su nombre ejerciendo un trabajo de prostitución, actividad que representa la denigración y la odiosidad no solo hacia el cuerpo de la mujer, sino hacia la sexualidad como modo de vínculo amoroso y creativo entre los humanos.

A este trabajo le llaman «sacudir los senos», en donde los pechos de una mujer se transforman en objetos de excitación a través de su exhibición, al igual que un genital que es masturbado y exhibido a través de un espejo unidireccional que impide todo contacto con el cliente. El intercambio se restringe a la experiencia sensorial de la visión y de un intercambio de palabras escritas en una pizarra en el transcurso de un tiempo acotado. Aquí podríamos pensar que el único objetivo es producir un nivel de excitación suficiente que logre producir ese efecto calmante de las intensas angustias depresivas y de soledad. Por eso mencioné más arriba que esta dinámica perversa me parece sobre todo defensiva. Esto se devela con mayor claridad cuando Aki invita a su cliente «el señor 4» a la sala del «conversatorio». Aparece él recostado sobre su falda, se lo ve triste y deprimido, y Aki nota en sus manos heridas el signo de un maltratador. Él está llorando y ella lo abraza y le dice: «se siente cálido juntos».

Emparentada con la dinámica perversa está la adictiva. En una escena muy breve que pasa casi desapercibida, vemos a la abuela Hatsue que después de recibir su indemnización, acude al casino de juegos apostando una cantidad considerable de fichas. Aquí el objeto adictivo que es el juego, así como el objeto sexual lo es en la perversión, exacerba los sentimientos de voluptuosidad y omnipotencia como una forma de negar la dependencia emocional, la ausencia y el desamparo. Comenzamos a entender que la pequeña Yuri y la joven Aki, al ser separadas de sus padres, y la abuela Hatsue que vive un duelo por su difunto marido, comparten experiencias traumáticas e intentos fallidos de lidiar con ellas.

Y entonces, a propósito de soluciones sustitutivas o fallidas y de estos vínculos odiosos presentes entre los personajes, merece una especial atención la conducta del robo. Robar implica apoderarse de una cosa ajena; podríamos pensar en un intento de venir a llenar o sustituir aquello que falta, aquello de lo que se carece, no material sino emocionalmente, es decir, venir a colmar un vacío afectivo. Pero también todo acto de robar es un gesto de apoderamiento violento que desconsidera al otro en tanto sujeto; es destructivo e incluso podríamos pensar que incluye un componente envidioso. Shota y su padre, como mencionamos al inicio, son ladrones de tiendas; trabajan de manera inescrupulosa y se proponen iniciar a la pequeña Yuri en este arte. También constatamos que la abuela y Nobuyo roban ropa en los probadores de las tiendas, y entendemos que son una familia de ladrones. Así vamos cayendo en cuenta de que ellos son conscientes de sus actos, o más bien de sus delitos, y recurren deliberadamente a la mentira para evitar que caiga sobre ellos todo el peso de la ley. Nos sorprende descubrir que llevan mucho tiempo escapando de ella y desenvolviéndose con mucha cautela para no ser descubiertos.

Esto se ilustra con mucha claridad cuando entra en escena la policía o representantes de la ley, quienes interrogan a cada uno de los integrantes luego de atraparlos «in fraganti» tratando de huir de su casa, después de que el pequeño Shota terminase internado en el hospital tras su intento fallido de huida en el robo de un almacén. En el interrogatorio se ponen de acuerdo para mencionar que son 5 integrantes en la familia, omiten al personaje de la abuela que yace muerta y enterrada dentro del hogar familiar. Aquí nos preguntamos, ¿la enterraron para conservarla junto a ellos, para cuidar ese sentimiento de grupalidad o refugio protector? O, como piensa la policía, ¿para encubrir un homicidio o la posibilidad de ser descubiertos como secuestradores?

Cae sobre nosotros todo el peso del interrogatorio y se empieza a desenmascarar una historia en la cual cuesta distinguir lo que es mentira y de lo que es verdad; nos confundimos y nos desilusionamos. Vemos a la pequeña Yuri decir que son cinco los integrantes y des-

mentir la existencia de la abuela; también a Shota, el preadolescente, afirmar que vive en un auto y no junto a su familia; que la pareja de Osamu y Nobuyo alteraron sus identidades, que no llevan el apellido Shibata y que en verdad se llaman Enoki Shota y Tanabe Yuko. Que además cuenta entre sus antecedentes, el haber asesinado a su esposo anterior, en defensa propia.

También nos enteramos de que la joven Aki se mudó con su abuela porque ella se lo pidió, pero que al parecer la abuela siempre estuvo más interesada en el dinero de sus padres que en la nieta misma. Y la madre Nobuyo que frente al secuestro de la niña Yuri, reconoce a la policía que a lo mejor fue por envidia de no poder tener hijos y que quizá en el fondo odiaba a su propia madre. Por otra parte, el padre Osamu dice que no fue un secuestro sino que lo hicieron por protección y que lo único que podía enseñarles a los niños era robar, porque es lo único que sabía hacer.

Tenemos que hacer un esfuerzo por integrar e intentar comprender la complejidad de esta historia familiar. Tal vez sea una tarea imposible porque si pensamos en los distintos vértices emocionales descritos, mi impresión es que ellos coexisten y coparticipan de manera simultánea en la dinámica familiar, pero lo hacen también de forma separada unos de otros, sin contactarse entre ellos. Esto se traduce en una desmentida o, como lo llamamos coloquialmente, un «hacer la vista gorda» a los aspectos más dolorosos y conflictivos que cohabitan en la familia. Este mecanismo nos ayudaría a entender que la pareja de padres acoja a una niña desvalida y abandonada tanto como a un niño preadolescente que fue dejado solo en el auto por sus padres biológicos, inspirada por sentimientos de cariño y protección a la vez que deja a un lado, separa y desmiente, sus propios sentimientos de desamparo y el resentimiento odioso que surge de sus respectivas historias traumáticas. En este sentido, para esta familia, integrar esta diversidad de experiencias emocionales sería una ardua y dolorosa tarea que implicaría asumir que en nuestro interior cohabitan impulsos sexuales, belleza, deseos de protección y también el más profundo dolor, desamparo y resentimiento, producto de la situación traumática.

Pienso que en los Shibata ha habido un intento por sobrellevar y reparar el dolor desde sus aspectos protectores y amorosos, pero éstos han sido fallidos y solo han cumplido con una función defensiva, que es la de desmentir sus propias historias traumáticas no elaboradas y el resentimiento odioso que ellas producen. Esta familia termina por desarticularse: la abuela Hatsue ha muerto, la madre Nobuyo termina encarcelada, la pequeña Yuri es devuelta a sus padres maltratadores y Shota es separado de su padre Osamu y asignado a un orfanato.

No quisiera finalizar esta exposición sin plantear la siguiente pregunta: ¿Podría tener otro desenlace este



Fotografía película Un Asunto de Familia

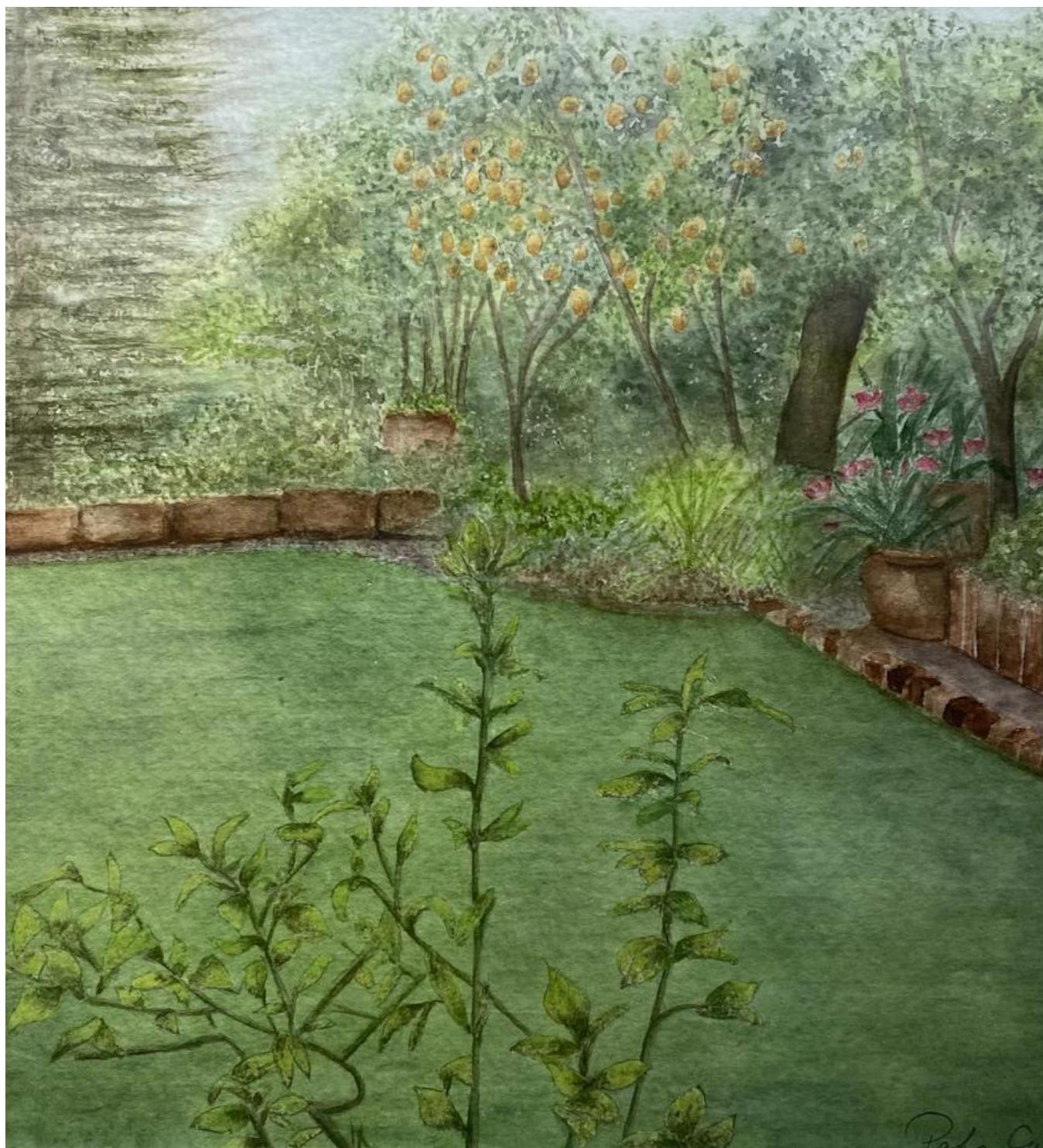
drama familiar? Si bien esta historia nos sumerge en el dolor y el desgarramiento de la separación, si nos detenemos a mirar las dos últimas escenas tal vez asome una pequeña luz de esperanza, o mejor dicho y parafraseando a nuestro ciclo, tal vez podamos apreciar «la esperanza puesta en el poder transformador del encuentro interpersonal». Estamos en el paradero de buses, el padre Osamu corre adolorido y desgarrado porque ya no verá más a su hijo Shota que se dirige al orfanato. Pero Shota ¿es su hijo? Ese doloroso momento de la separación culmina con Shota mirando por la ventana hacia atrás y logrando finalmente pronunciar la palabra «Papá». Primera y única vez durante toda la historia

que se refiere así a Osamu. Entonces podemos intuir que en este niño se ha desarrollado un verdadero y amoroso sentimiento hacia este (su) padre y que hubo el inicio de un proceso transformador en esa relación. Lo mismo podemos pensar de la pequeña Yuri, que en la última escena de la película y ya viviendo en la casa de sus padres biológicos, mientras juega sola canta la canción que aprendió donde los Shibata. También lleva dentro de sí, la marca de una incipiente experiencia transformadora, protectora y contenedora, tal vez lo que todos nosotros necesitamos para poder enfrentar la cotidianidad de una vida con traumas, penas y alegrías.

COMENTARIO DE LIBROS

LA SEÑORA A. EL DUELO EN MELANIE KLEIN

Juan Dittborn SC



A continuación publicamos las palabras con las que fue presentado el libro «*La Señora A: El duelo en Melanie Klein*» de **Juan Dittborn Santa Cruz** con acuarelas de **Paola Cavallo**, editado por **Ocholibros**.

Palabras de Juan Dittborn Santa Cruz¹

Al contactarse con la producción científica de autores que han marcado escuela en alguna rama de la creatividad humana, parece constituir una constante encontrar algún hilo con sucesos biográficos relacionados con las motivaciones temáticas desarrolladas en sus escritos.

Esto queda particularmente claro en la obra de nuestra autora, Melanie Reizes- ya se entenderá la razón por la cual incluimos su apellido de soltera- Klein.

Los problemas relacionados con el duelo traspasan su obra adoptando diversas formas y énfasis conceptuales. Es que quién haya tenido acceso a su biografía podrá comprender mejor la tesis recién planteada.

La Sra. A es un caso clínico que figura en uno de sus escritos de finales de la década de 1940. No es una paciente cualquiera, es ella misma relatando el recorrido del proceso de duelo acontecido en razón de la súbita y violenta muerte de Hans, uno de sus hijos queridos, a los 27 años.

Este libro es un intento por describir el proceso normal de duelo por la muerte de un ser amado. Como verán los lectores, se acompaña de bellas acuarelas que ilustran con fuerza, hitos de dicho proceso.

Palabras de Paola Cavallo²

Me siento profundamente emocionada de compartir con todos ustedes el fruto de un trabajo de varios años que realizamos con mi querido Juan, profesor, supervisor, colega amigo y ahora autores de este libro.

Agradecemos a nuestras familias, amigos y colegas que nos acompañan en la presentación de este libro, libro hecho con mucho cariño, que se fue articulando lentamente, de una manera muy colaborativa, entusiasta, alegre, rigurosa y meticulosa.

Agradezco las palabras de Ernestina, Marcela y Constanza con quienes me siento unida por sentimientos de mucho cariño, agradecimiento y gratitud, ellas me han ayudado y enseñado en distintos momentos de mi vida y lo siguen haciendo.

Les comento brevemente un poco del proceso, de cómo y por qué la acuarela...

Hace muchos años, le comenté a mi marido mi deseo de aprender a pintar en acuarela y, algún día, hacer la formación de psicoanalista... El tiempo pasó y un día, para gran sorpresa mía, me entregó una caja de madre muy bonita que tenía en su interior pigmentos de acuarela, pinceles y papeles muy delicados. Con la llegada de los hijos esta caja la guardé. La llegada de los hijos significó dedicar mucho tiempo a su cuidado y así como quedé guardado el deseo de pintar en acuarela, también quedé guardado el deseo de ser psicoanalista... El tiempo fue pasando, los hijos crecieron, ya más grandes, la mamá pudo dedicarse a algo que tenía guardado...

Hace ocho años atrás, comencé a asistir semanalmente a clases de acuarela con la acuarelista e ilustradora botánica Fernanda Casanova, actividad que mantengo hasta el día de hoy. Lo mismo con la posibilidad de comenzar la formación... pintar en acuarela y devenir psicoanalista han sido deseos antiguos, guardados y postergados por las ocupaciones y tareas de la maternidad...

Un libro ilustrado sobre los sueños de Melanie Klein, fue una idea de Juan, compartida hace algunos años atrás en el grupo de supervisión. Nos propusimos entonces hacer este libro sobre duelo, Juan escribiendo y yo ilustrando. En base al texto de Melanie Klein de 1940, «El duelo y su relación con los estados maníacos depresivos», primero fue imaginar y figurar los dos sueños de la señora A y, junto a mi profesora de acuarela, considerar la paleta de colores. Por otro lado, junto a Juan, representar los distintos momentos del proceso de duelo de manera que, a través de las distintas imágenes creadas y pintadas pudiéramos transmitir el clima emocional de cada uno de esos momentos.

Celebro este momento en que compartimos con todos ustedes la presentación de este libro con mucha alegría y agradecimiento.

Palabras de Marcela Fuentes³

La profunda comprensión de Klein en relación a la pérdida de un ser querido y el trabajo del duelo posterior, conforman una de las obras que han suscitado mayor interés en el mundo psicoanalítico. Es por eso que este libro publicado por Juan Dittborn, junto con las emotivas acuarelas de Paola Cavallo, nos aportan algo amoroso y reparador para nuestra Asociación. Además nos recuerdan con nostalgia y gratitud a los analistas que ya partieron, a quienes volvemos a reencontrar en este libro.

1 Psicólogo. Psicoanalista APCh

2 Psicóloga. Analista en formación del Instituto de psicoanálisis de la APCh.

3 Psicóloga. Psicoanalista - Vicepresidenta de APCh

Melanie Klein no hizo una referencia a su pérdida personal, como tampoco, Freud en Duelo y Melancolía. Sin embargo, estos escritos se sienten tan reales, que podemos conectarnos con la comprensión que expresan acerca de las vivencias de pérdida, y por lo mismo, cada vez que los leemos nos emocionamos y admiramos su sensibilidad para captar en profundidad al ser humano. Como nos señala Juan en la introducción, volvemos a pensar en las misteriosas y diferentes maneras en que respondemos los seres humanos, a nuestras propias pérdidas. Esta trágica pérdida personal de Klein, en el contexto de una severa depresión económica, el advenimiento del nazismo y con una guerra de proporciones, hacen todavía más admirable su capacidad de amar y fuerza yoica, la base para que haya hecho aportes significativos en la evolución del psicoanálisis clínico y de la teoría psicoanalítica.

Juan nos muestra a través de los sueños de la Sra. A, los pasos del duelo, desde una paralización inicial -Juan habla de entumecimiento-, negación inicial que para Juan no sería la negación de Freud, ya que incluiría además una desmentida. Paola logra de manera elocuente, en su retrato de Melanie Klein, expresar el desconsuelo que provoca la pérdida.

Luego, ella revisa cartas destruyendo algunas y guardando las de su hijo. Estos momentos pienso fueron fundamentales ya que, a través de este proceso, recrea el íntimo vínculo entre ellos, tanto en sus aspectos buenos como malos. Aparecen el Hans bueno y el Hans malo. Pensamos cuán doloroso pudiese haber sido para ella, revivir el vínculo con su hijo a través de la lectura de las cartas para guardar lo bueno de él y alejar lo malo. De hecho, un tremendo esfuerzo personal pero ineludible si se quiere tomar el camino del juicio de realidad, que conlleva el conflicto doloroso entre renunciar y dejar ir al objeto, o mantener el objeto perdido identificándose con él, adoptando la senda de la melancolía. Me parece que el texto de Juan explica delicadamente este momento crucial, y también, está dramáticamente graficado en la acuarela de Paola, donde pinta el barco, el mar, una persona se va al fondo y la otra sube a la superficie.

Creo que esta experiencia es una de las más difíciles de vivir, va y viene continuamente en la vida, nos deja la interrogante de lo mucho que nos queda por aprender. De alguna manera tiene que lidiar con el hecho de haber decidido vivir y la realidad que dice que su hijo está muerto, esto es muy difícil de tolerar. Pienso en lo terriblemente doloroso que es para la persona tener que resignar el hecho de no haber podido hacer algo que impidiera aquella muerte; la desolación y culpa que provoca así como los sentimientos penosos y rabiosos que se suscitan en ella, con ese mismo hijo amado. Es aquí donde se mezclan ansiedades depresivas y persecutorias.

Con respecto al análisis que hace Juan sobre el sentimiento de triunfo, tengo mis dudas si se daría este sen-

timiento en un duelo de una madre por su hijo; tendería más bien a pensar que no, o al revés, que posiblemente la madre querría morir en vez del hijo. Es otro tema para profundizar...

Son muy notables en el libro la aparición de los verdes y la recreación de la resignación y lo plácido en las acuarelas de Paola; junto a las palabras de Juan cuando se inicia el penar por el objeto perdido y donde se reviven todas las pérdidas sufridas, para finalmente sentirse acompañada por un mundo interno con unos padres compasivos que sufren junto con ella. Es toda una tarea de reconstrucción interna y externa, como señala Juan, donde finalmente aparece el deseo de reparar y se amplía el amor. Pienso que la reparación es un trabajo complejo que realiza la mente y se daría en diferentes niveles desde una mayor integración a una menor.

Escribir un libro es un acto de reparación y gratitud en sí mismo; pienso Juan cumplió su cometido como hijo de su madre: la metáfora del jardín es muy elocuente.

Palabras de Ernestina Corvalán⁴

I
 Cuando murió su amada
 pensó en hacerse viejo
 en la mansión cerrada,
 solo, con su memoria y el espejo
 donde ella se miraba un claro día.
 Como el oro en el arca del avaro
 pensó que guardaría
 todo un ayer en el espejo claro.
 Ya el tiempo para él no correría.

II
 Mas pasado el primer aniversario,
 ¿cómo eran -preguntó- pardos o negros
 sus ojos? ¿Glaucos? ... ¿Grisés?
 ¿Cómo eran, ¡Santo Dios!, que no recuerdo?

III
 Salió a la calle, un día
 de primavera, y paseó en silencio
 su doble luto, el corazón cerrado...
 De una ventana en el sombrío hueco
 vio unos ojos brillar. Bajó los suyos
 y siguió su camino ... ¡Como esos!

Antonio Machado, Nuevas Canciones

La muerte de un ser amado, sin dudas, nos confronta de manera directa con la experiencia de lo irremediable, de lo definitivo, lo irreversible.

El poema que escogí a modo de apertura, nos comunica de forma conmovedora, la tristeza, el dolor frente a la muerte, el impacto de la pérdida y cómo, de manera silenciosa, íntima y personal, comienza a elaborarse la experiencia de la muerte: el aislamiento, la soledad, la omnipotencia y la angustia frente al olvido o pérdida del objeto, y de qué manera, una vez iniciado este movimiento, que supone volver a tomar contacto con la realidad, el objeto amado puede ser recuperado, reencontrado. Lo que nos conecta con las etapas del proceso de duelo.

El Libro que tengo el agrado de presentar nos describe de una forma profunda y esclarecedora, el proceso normal de duelo ante la pérdida de una persona amada, a la luz de la revisión de los planteamientos de Melanie Klein, y junto con ello, el autor analiza los sueños de la señora A, sueños que le permiten comenzar a elaborar la muerte de su hijo.

La señora A, como nos alerta el autor del libro, «no se trata de una paciente cualquiera: al leer el caso estamos asistiendo a la sentida teorización sobre los procesos de duelo por la muerte del hijo de Melanie Klein, Hans, fallecido súbita y violentamente un tiempo atrás»

Teoría, datos biográficos, sueños, análisis de material clínico, reflexiones personales e integradoras se entrelazan en este libro de forma tal que estimula la lectura y facilita la comprensión. Diría que el autor de forma creativa nos va tendiendo puentes, que ofrecerán al lector una pluralidad de significados.

Desde este prisma, destacaré sólo algunos aspectos que son abordados en el texto y les extiendo la invitación para que cada uno de ustedes pueda descubrirlo haciendo su propia lectura.

El autor nos introduce en los aspectos centrales de los procesos de duelo de la teoría de Melanie Klein, subrayando que todo nuevo duelo reedita y se conecta indefectiblemente con experiencias de pérdida anteriores.

Desplegando un marco teórico-conceptual ordenador, fruto sin duda, de continuas reelaboraciones, Juan Dittborn nos introduce en el proceso de duelo, definiéndolo «como un conjunto de procesos anímicos que se desencadenan tras la pérdida de un objeto amado, de un ser querido».

El modo cómo enfrentamos entonces, la muerte y el proceso de duelo que esta origina y que nos conecta con los duelos anteriores, es, indubitablemente, un trabajo o una tarea que precisa de tiempo, que conlleva dolor, fortaleza, que nos pone a prueba en nuestra capacidad de amor y de reparación para sostenernos en la vida.

Elaborar un duelo, nos plantea el autor, «consistirá en un intrincado trabajo realizado por la mente de un sujeto en relación con la persona concretamente fallecida. Su finalidad consistirá en un tortuoso esfuerzo por reinstalarla dentro del mundo interno, esta vez puramente en calidad de objeto interno.»

Visto así, el trabajo de duelo nos requiere y nos convoca generando una inevitable regresión. La posición depresiva se tambalea dando lugar a un funcionamiento esquizoparanoide. La tesis planteada alude a que toda pérdida de un objeto amado actual desencadenará dentro de la mente un sin fin de sucesos cuyo punto de origen radica en una primera gran pérdida: la pérdida del objeto primario, la cual debió ser abordada con los mínimos recursos de un yo frágil.

Poder reflexionar acerca de estas experiencias desde diferentes niveles es siempre enriquecedor en nuestra profesión, dado el rol que nos corresponde asumir como psicoanalistas, acompañar a una persona en el camino que supone el proceso de duelo. El desarrollo individual que comienza a desencadenarse, que ha ocurrido, que ocurrirá y que seguirá ocurriendo en todos nosotros ante la pérdida, nos conecta con nuestra propia fragilidad, con la incertidumbre de sostenernos en este duro trance.

En este sentido, el duelo nos ubicaría en la ardua y constante tarea de reconstrucción; de reinicio de los procesos de asimilación, lo que implica, nos plantea el autor, «la recuperación, re/introyección del objeto perdido. Eso sí, con una cualidad distintiva de otras introyecciones: el objeto, tanto como los objetos que simbólicamente lo representan, pertenecientes todos a la historia del sujeto en cuestión, parece haber sufrido transformaciones enriquecedoras.»

En este proceso doloroso, cuando la elaboración se da dentro de un marco «normal» la posibilidad de reparar, se vuelve así una valiosa experiencia que permite que tanto los objetos del mundo interno como las personas de la realidad externa hayan adquirido un grado de bondad que antes no poseían.

«La reintroyección del objeto perdido, gracias al proceso de duelo es la de un objeto reparado que contiene, tal cual su denominación, algo nuevo agregado, o bien algo antiguo arreglado. Siempre conservando su identidad esencial»

Finalmente, es esta proposición esperanzadora, la que nos brinda la posibilidad de una salida ante la pérdida de un ser querido y que como experiencia, nos acompañará en nuestra vida; es este un reencuentro interno y vivo con «los que se fueron y hoy nos acompañan», que además nos brinda la oportunidad de soñarlos, de revivirlos en la experiencia cotidiana, sorprendiéndonos y emocionándonos cuando «el jardín de mamá adquiere un nuevo y profundo valor»

Así, mitigado el dolor del luto que nos inundó por un tiempo, podemos comenzar a sentir que el objeto amado no se ha perdido sino que la tarea implicada en la elaboración del duelo contenía también la posibilidad de recuperarlo; esto augura un reencuentro con el objeto amado, una vez realizado el camino.

«Cada pérdida elaborada exitosamente enriquecerá la personalidad de quien la sufrió. Como consecuencia de un incremento de los procesos de identificación introyectiva con objetos reparados.»

Este reencuentro se dará en condiciones distintas, resguardadas en esta parte del proceso por la primacía del amor sobre el odio, posibilitando la introyección de sus cualidades, brindándonos de esta manera, la chance de recuperar los lazos, vínculos fracturados por la conatural coexistencia del amor y el odio en las relaciones humanas.

«Volverás a mi huerto y a mi higuera:
Por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera
de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
De los enamorados labradores.»

Miguel Hernández, Elegía

Palabras de Constanza Buguñá⁵

«Un objeto psicoanalítico»

Al recibir éste libro, me descubrí cautivada por la hermosura de la acuarela usada como portada y contratapa. Tendría que decir que tuve la impresión que ésta acuarela envuelve el contenido del libro, otorgándole una figurabilidad profunda a los complejos procesos emocionales y psicológicos del duelo tratados en el libro.

He tenido la ocurrencia de denominar «objeto psicoanalítico» a éste libro. Es una denominación arbitraria e inexistente en nuestra teoría. Así es que no la busquen en el diccionario. Me refiero a que el libro es un objeto de la realidad material, que dan ganas de tomar, hojear, leer. Bello en las imágenes, profundo en los contenidos y generoso en la transmisión de la posible comprensión de un aspecto del proceso de duelo pocas veces abordado y tan importante para el trabajo psicoanalítico, como es la posición maníaca y sus vicisitudes, entre otros conceptos.

De las imágenes...

La acuarela, como técnica es tan difícil que me dan ganas de decir: «Paola, que valiente atreverse a ilustrar éste libro con acuarelas!!» Imagino que confiaste en tu expertise. La instantaneidad del trazo en la acuarela hace difícil representar algo figurativo y específico, lo que me parece muy logrado en las diferentes imágenes que acompañan el texto. Hay algo hermoso en la coloratura no saturada de la acuarela; las luces y las sombras provocan una sensación de tiempo y espacio dinámico, algo así como percibir la patina di tiempo, cuestión fundamental en el proceso de duelo.

Me interesó mucho la imagen del segundo sueño. Es impresionante cómo transmite el trabajo de duelo al morir un ser querido. Mientras su hijo se hunde en la profundidad del mar, del mundo interno de Klein y se asimila a éste, junto con integrarse y elaborarse los duelos antiguos, ella se «salva», respira y sigue viva. La imagen muestra una suerte de intención de alcanzar lo seguro fuera del agua. Si todo anda bien, hay un momento en que dan ganas de salvarse y vivir. Pienso que en los duelos por muerte de un hijo, este proceso es extremadamente difícil ¿imposible? Lo interesante de la imagen es que muestra como en el duelo se transita en ésta dinámica de estar «muriendo de pena y dolor» y al mismo tiempo «luchando por vivir»

De los contenidos...

La manera en que está escrito éste libro es muy de: «Juan Dittborn Santa Cruz». Uno puede reconocer su estilo riguroso, metódico y su interés por iluminar un concepto utilizando un modelo de pensamiento. Hace 20 años ya, siendo yo candidata a psicoanalista y Juan profesor de seminario teórico, pude aprehender las vicisitudes de la Posición Depresiva en Klein. En ese entonces escuché a Juan decir que la preocupación por el objeto dañado en la P. depresiva, era también una preocupación por el sí mismo. Habría una gratificación narcisista en esa preocupación por reparar al otro. A lo largo de los años, pensarlo así ha sido un aporte. ¿Será éste aspecto parte de la sensación de triunfo de la P maníaca? A propósito de lo expuesto en el libro, pienso que tal vez esto último, la gratificación narcisista se relaciona con los sentimientos de culpa inconsciente, frecuentemente presentes en las experiencias de duelo.

Al pensar en el contexto de muertes importantes en la biografía de Klein y la muerte reciente de un hijo, me impresiona su capacidad de dar cuenta de su proceso de duelo, transmitir lo que va experimentando en su vida, en sus sueños y su relación con el mundo. Mientras leía, me acordé de los Kindertotenlieder de Mahler (Canto para los niños muertos), sobre poemas de Friedrich Rüc-

kert. Durante su infancia 8 de sus hermanos murieron. Mahler relata en algún pasaje biográfico que «tuvo la experiencia de ver pasar los ataúdes con sus hermanos muertos hacia la calle atravesando la taberna en que trabajaba su padre, tantas y tantas veces», y lo triste que esto fue para él. La creación de estos kindertotenlieder, en su adultez, fue tal vez una manera de elaborar esos dolorosos momentos biográficos de pérdida.

Dice el autor del libro: «la historia, la verdad histórica, determina ineludiblemente nuestro presente, otorgando a la transferencia parte importante de su eje argumental» Son así los duelos, elaboraciones tan propias en los procesos psicoanalíticos con nuestros pacientes.

Es de justo derecho, la mención de la trascendencia de la pulsión de vida, el amor y la realidad externa, en la elaboración del duelo en la obra de Melanie Klein, puesto que esto se observa en su trabajo como psicoanalista de niños de diversas maneras, y es parte de la comprensión e interpretación del material en la hora de juego analítica, comunicada en los escritos que conocemos. La envidia, pulsión de muerte y fantasía inconscientes han tenido mucho mayor difusión y desarrollo teórico, en desmedro de lo planteado anteriormente aquí.

El Modelo Orbital y el isomorfismo del proceso de asimilación/ reparación, con el mundo de los átomos y electrones es muy interesante. Pareciera que la pulsión de vida y de conservación, son los atractores para el desarrollo del yo y en el caso del duelo, los que posibilitan la reconstrucción y reparación. Si todo anda bien se podrán experimentar identificaciones introyectivas que enriquecerán finalmente al que duele.

Hace muchos años ya, tuve la oportunidad de ver una obra teatral de Mauricio Celedón y el teatro del Silencio, cuyo título era «Marx, Freud y Einstein». En ésta obra se vislumbra un escenario muy similar entre los átomos y electrones, y la tierra y el sistema solar, en el universo. Sorprende pensar en el posible isomorfismo entre el universo, la materia y lo que Juan plantea en el modelo orbital, en la elaboración del duelo en la teoría kleiniana, respecto del movimiento de identificaciones e introducciones, con el objeto perdido.

Para concluir...

Este libro y su feliz articulación de arte y psicoanálisis aporta a la comprensión psicoanalítica profunda del proceso de duelo, un conocimiento imprescindible. Sólo me queda felicitar y agradecer a Paola y Juan por este valioso e interesante «objeto psicoanalítico» a explorar.

INSTRUCCIONES PARA LOS AUTORES

La Revista Chilena de Psicoanálisis publica trabajos cuyo tema principal es el psicoanálisis. Estos artículos pueden ser investigaciones clínicas, teóricas, revisiones bibliográficas, comentarios de cine, notas breves, reseñas de revistas y libros, cartas al editor. Deben ser originales e inéditos, salvo los casos calificados por el Comité Editorial. Se da preferencia a los autores chilenos.

Los autores cuyos trabajos contengan material clínico deberán tomar todos los resguardos necesarios para evitar revelar la identidad del paciente y pedir el consentimiento informado a quien corresponda el material que se usará en la publicación.

Los trabajos deben enviarse a la dirección de email: bibliotecaapch@apch.cl. en formato Word.

El trabajo será revisado por tres miembros del Comité Editorial, usando el sistema doble ciego. Si el Comité Editorial lo considera necesario, se designará un revisor externo con conocimientos especiales en el área específica del trabajo presentado, sin incluir el nombre del/la autor/a.

Se establecen 3 categorías para el trabajo:

- 1) Aceptado
- 2) Aceptado con observaciones
- 3) Rechazado.

Si el trabajo es aceptado con observaciones, éstas se enviarán al autor, quien si considera necesario realizar preguntas, observaciones o sugerencias a los revisores, podrá comunicarlás a través de la secretaria asistente de la Revista.

Una vez confirmada la versión final del trabajo, el/la editor/a comunicará la decisión final al/la autor/a.

Forma y presentación de los trabajos

El trabajo debe ser escrito en castellano, incluir un breve resumen (máximo 150 palabras) en español e inglés. Se recomienda una extensión máxima de 20 páginas para los trabajos (12.000 palabras). Se deberán incluir las palabras clave que lo identifiquen y que permitan

integrarlo a los sistemas de búsqueda bibliográficos existentes.

El título del trabajo deberá ir acompañado de los datos del/la o los autores. Si ha sido presentado en alguna reunión o congreso, o en aquellos casos calificados por el comité, en que el trabajo ya haya sido anteriormente publicado, se recomienda indicar la fuente original y fecha al pie de la primera página.

Las citas deberán ser exactas, incluyendo la página de la obra correspondiente. Las adiciones al texto original se deben incluir entre paréntesis, por ejemplo «él, (Freud) considera...». Las palabras en bastardilla en el texto original se deben subrayar en el manuscrito. Cuando un/a autor/a quiera dar un énfasis personal a algunas palabras de una cita deberá subrayarlas en el manuscrito y añadir la frase: («el subrayado es mío») al final de esta. Los puntos suspensivos indican una omisión en el texto citado, por ejemplo: «Este es...siempre el caso».

Las referencias en el texto se hacen dando el nombre del autor y el año de publicación entre paréntesis. Si se citan dos coautores se deben dar los dos nombres. Si se citan más de dos coautores la referencia en el texto se hará de la siguiente manera; Smith et al. (1972) o (Smith et al. 1972) por ejemplo. Cuando se cita Freud se usa la edición Amorrortu, indicando el volumen.

En la bibliografía, al final del artículo, se hará la referencia completa de los trabajos citados en el texto, usando los criterios de las normas de la Asociación Psicoanalítica Americana, 6a edición (ver <https://www.psicoanalisisapdeba.org/wp-content/uploads/2018/06/2018-Instructivoparacitas.pdf>).

Cada entrada de la bibliografía debe corresponder exactamente a los trabajos citados en el texto y no debe contener entradas adicionales. Los autores se incluyen en las referencias por orden alfabético, y sus escritos en orden cronológico según la fecha de publicación. Si se citan dos o más trabajos de un autor publicados en el mismo año, se debe usar para designarlos: a, b, etc. Cuando un autor se cita solo y como (primer) coautor, la referencia como autor solo procede a la conjunta. Los títulos de los libros se escriben en letra itálica. Debe

mencionarse el lugar de publicación, nombre de la editorial y después del último autor y entre paréntesis, año de edición de la obra. Para obras con fecha original distinta a la fecha de edición consultada, agregar entre paréntesis y al final de la referencia misma, la frase: Trabajo original publicado en xxxx.

En los títulos de artículos de revistas y en todos los trabajos de Freud, sólo use mayúscula en la primera palabra. Al título del trabajo seguirá el nombre abreviado de la publicación, el número del volumen, el número del fascículo o parte entre paréntesis y finalmente el número de la primera y última página del artículo. Si no conoce la abreviatura del nombre de la publicación, puede dar el nombre completo.

Aviso de derechos de autor/a

El envío y evaluación de los manuscritos recibidos supone que los/las autores/as declaran ser titulares originarios y exclusivos de los derechos patrimoniales y morales de autor sobre el artículo, de conformidad a lo dispuesto en la ley 17.336 sobre Propiedad Intelectual (Chile). El/la autor/a libera expresamente de cualquier responsabilidad a la Asociación Psicoanalítica Chilena, por cualquier infracción legal, reglamentaria o contractual que eventualmente cometa o hubiere cometido en relación a la obra, obligándose a reparar todo perjuicio que resultare de la infracción de estos u otros derechos.

El/la autor/a autoriza a la Revista Chilena de Psicoanálisis para que, por sí o a través de terceros autorizados expresamente por éste, ejerza los derechos que se precisan a continuación, respecto del artículo enviado:

publicación, edición, reproducción, adaptación, distribución y venta de los ejemplares reproducidos, incluyendo la puesta a disposición del público en línea por medios electrónicos o digitales, del artículo, en idioma castellano, en todo territorio conocido, sea o no de habla castellana, y para todo tipo de edición impresa en papel y electrónica o digital, mediante su inclusión en la Revista Chilena de Psicoanálisis otra publicación que edite la Asociación. La presente autorización se confiere en

carácter no exclusivo, gratuita, indefinida, perpetua y no revocable, mientras subsistan los derechos correspondientes, y libera a la Asociación Psicoanalítica Chilena de cualquier pago o remuneración por el ejercicio de los derechos antes mencionados. Los autores conservan sus derechos de autor sobre sus obras, pudiendo reutilizarlas según decidan.

Reproducción

Los artículos publicados en la Revista pueden ser reproducidos por sus autores, siempre que se indique su fuente original de publicación.

Declaración de privacidad

Los nombres y direcciones de correo electrónicos introducidos en la Revista Chilena de Psicoanálisis se usarán exclusivamente para los fines declarados por esta revista y no estarán disponibles para ningún otro propósito u otra persona.



REVISTA CHILENA DE
PSICOANÁLISIS

